Javier Pastor

Esa ciudad

ESA CIUDAD

Javier Pastor

1.ª edición: noviembre, 2013

© 2013 by Javier Pastor
© Ediciones B, S. A., 2013
Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)
www.edicionesb.com

Depósito Legal: B. 26.752-2013

ISBN DIGITAL: 978-84-9019-663-2

Maquetación ebook: Caurina.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

a mi madre
a Ivonne
a la memoria de Ana
a la memoria de mi padre

Queequeg was a native of Kokovoko, an island far away to the West and South. It is not down in any map; true places never are.

Melville

Comparado con el héroe trágico, colmado por la adversidad, su bien de siempre, su patrimonio, el personaje novelesco aparece como un aspirante a la ruina, un jornalero del horror, muy preocupado por perderse, muy tembloroso por no lograrlo. Inseguro de su desastre, sufre por ello. No hay necesidad alguna en su muerte. El autor, tal es nuestra impresión, podría salvarlo: lo que nos da una sensación de malestar y nos echa a perder el placer de la lectura.

Cioran

La mujer que amé se ha convertido en fantasma. Yo soy el lugar de las apariciones.

Arreola

Contenido

Portadilla
Créditos
Dedicatoria
Cita

Esa ciudad

De oro, merengue y plomo: tal que un torerito de diseño me brindaba el cielo la luz de esta mañana. Palabras con las que he deseado abrir *algo* —por qué no esta agenda— desde que las junté en orden adolescente ante un cielo del todo ajeno a esa descripción y muy semejante, de hecho, al azul deshidratado que ahora tensa el paisaje a través de las ventanillas: palabras que no obstante su bastardía se hicieron hoy ciertas, verbo encarnado en cielo antes de que la estación me abovedase. Pues oye

Otra señal inequívoca de algo

concluyo encaminándome al vagón bar a la hora fetén en que el pasaje se amodorra en la acidez del combinado n.º 3 o del choripán correoso que manos maternales envolvieron, al alba, sobre la formica acuchillada de una cocina que acoge amorosa los tufos de la achicoria recolada, el ajo y la manteca colorá, el vino de brik en porrón y la leche agria de los regüeldos infantiles. Folclorizar porque sí es un procedimiento imbatible para afirmar un territorio. Para devastarlo.

Anclar las nalgas en el taburete del fondo, el único que permite apoyar la espalda en el paño y quizá desplegar, si se supera el asco, el tercero de los diarios nacionales que van estragando la jornada. Sostener sin vacilaciones un ritmo de comandas que whisky a whisky acabará por endulzar el rictus profesional del camarero, un veterano de la empatía etílica en trayectos largos. Abandonarse al vaivén náutico, el estómago medio ayuno empapando sorbitos de alcohol, amortiguar con serratos propiamente pingües el golpeteo contra el canto de aluminio de una barra ya atemperada a nuestra piel, alternar la letra impresa con la amapola que rutila el surco o la calima lejana —horizonte temblón del que ha de surgir como un bajel fantasma la ciudad que ha de asilarme o expulsarme o consumirme: *la ciudad en la que espero.* Embriaguez de una mirada sin reposo que la luz aturde, luz abruptamente aniquilada en el negro infisurado del siguiente túnel para resurgir más luz, más cegadora y restallante en su acoso al blanco

penacho de las chimeneas en erupción, al ondulado festival de uralita de los suburbios industriales. *La luz es más grande que la tierra, la tierra es más grande que el hombre y nunca jamás puede hacer pie el hombre hasta que no respira hacia la patria, regresando a la tierra, terrenalmente retornando a la luz, recibiendo terrenalmente la luz sobre la tierra, recibido por la luz y sólo a través de ella, tierra que se torna luz.* Quién dijo.

La velocidad deshilvana los nombres de los apeaderos
Va l n o c h e s
Al m e c a
Qu e j i d o

y me asalta, con un repunte maníaco, el deseo furioso de que el tren borre a su paso cada uno de los lugarejos que atraviesa y no deje ni una pared en pie ni seis generaciones encadenadas a una casuca de adobe —sólo los nombres a la deriva, sin referir a nada ni a nadie, mera invención y burla: que esas vidas disueltas estercolen mi futuro, que este sol achicharre mi pasado con sus habitantes y lugares. Voy al encuentro de una patria.

El camarero sabe de lo que pasa tras las ventanillas de una manera, cabe decir, entre nominal y cronológica: un vistazo al exterior le proporciona las referencias espaciales básicas para acertar el nombre de la localidad sin titubeos y de paso la hora masmenos cinco minutos, un nuevo logro del actual gobierno. En caso de duda, basta una ojeada al reloj para determinar el tramo kilómetro arriba, kilómetro abajo (¡qué gobierno, seores: qué gobierno!). El avance del tren representa la cuenta atrás de su jornada, espacio y tiempo discurriendo en sentidos opuestos, reflexión de chichinabo propia de esta época afecta a las paradojas divulgativas. Mi camarero, físico teórico in nuce, sabe que viajar currando no es viajar, como dice la canción. ¿Saldrá de vacaciones *en tren*, será capaz de ver a través del cristal otra cosa que no sea su tiempo acortándose conforme se aleja del punto de partida, gozará de lo que su trabajo le hurta —el árbol solitario que vigila un barbecho, el sol violando nubes, las camisas que el viento disloca en un alambre? Sí. Sí, ¡por supuesto!: he decidido que es un poeta, otro más, que compone acrósticos amanerados en la mucha vida perdida detrás de la barra.

Verificación de la hipótesis: sólo tiene dos clientes y estamos abrevados, ergo aguardo a que saque un cuadernito sobado y el boli de las sumas, a que se acode sobre una cámara frigorífica y desenfoque el horizonte tanteando el arranque. Falsación de la hipótesis: bosteza, me echa una ojeada —pero hago crujir el periódico *con gran aparato* y es el Otro el que no se hace el tonto con la suficiente rapidez (¡la cagaste!). Así que le ofrece un cigarrillo que es rechazado —inútil cortar el paso a ese primer y convencional avance, amiguete: la cagaste— da lumbre al suyo y se demora dos caladas antes de empezar, cuestión de delicadeza o de la misma psicología práctica que ha aplicado con éxito en la selección de la víctima

Vamos a pasar una temporada sin putas en el tren

psicología, psicología práctica, qué duda cabe. Y ya sin indulgencia —mi oreja derecha despliega el pabellón extensible que desarrolla todo periodista de letras porque el tipo ha bajado la voz, tras el titular, con el fin de castigar mi nula disposición

Hace una semana lincharon a un choro en el vagonlit, un choro especializado en lusiños. Los lusiños, sabusté, hacen el trayecto completo hasta la frontera por la feria de la Xuntamare. Van, venden dos quintales de lencería y vuelven con un fajobilletes que no cabe en una tartera. Se juntan cuatro aquí y se ponen jabalines de beber y soltar berzas, sacando el fajo, guardando el fajo, mostrando el fajo y tirando de fajo hasta que cerramos y van a dormirla a sus literas con el puto fajo, perdonusté, remetido en el burto los gayumbos. Pues pasa que cuando van por el eñe coñac un gordito con cara buenagente que lleva un rato celebrando a su manera las burradas de los tipos se acerca, los invita al equis y sin reprimir su entusiasmo brinda por Lusicia y los lusiños, sin olvidar, guiñando un ojo, a las hermosas y nada hirsutas lusiñas. En dos minutos les suelta que los años más felices de su vida fueron los que pasó trabajando en Meigasfora, entona una canción que los pone a berrear como criaturas —ya sabusté, sabusté, cómo son los lusiños—

(yo no, joder: ¿tópicos?)

y en eso están, jurando de una manera espantosa y exprimiendo entre

las manazas el tocino de las mejillas del próximo cuando aparecen dos señoritas ordinarias pero de buen ver a las que el gordito saluda muy afable y sorprendido Peero bueeno…, qué hacéis vosotras aquí y enterado de dónde vienen y a qué van Peero peerdonad…, tengo que presentaros a estos amigos, ¡los mejores amigos! Sube el tono de la farra, empieza el tonteo y el pico con lengua y la mano en el antemuslo, perdonusté, transitan de la quina al anisete conforme se nos agotan las existencias y amanecen en sus literas hechos un asco, sin una pelfa y talmente aplatanados, cuatro tarugos que no recuerdan ni su nombre. Las tías se untan el soñífero en la canal sita entre las tetas, sabusté y las aréolas, perdonusté. Se dejan comer de dos en dos, que el pecado mortal encomandita toca a venial por cabeza o lo pasan boca a boca o lo echan en el cubata de tizona o qué sé yo. Pero ya le digo que vamos a pasar una temporada sin putas en el tren

¿administrando el suspense? ¿Querrá que el tipo apoquine por el remate? Me archiconcentro en una foto de Nacional, un repeinao con bigote extiende el índice regañando a alguien

Y es que tres golfas resentidas con su chulo por yoquesequé y queseyoqué lo sometieron al mismo tratamiento poniéndolo a dormir con los pringaos, medio fajo asomando en el bolsillo. Los de seguridad no se atrevían a entrar. Tendría que ver cómo quedó el compartimento de sesos desparrrrr…, ¿un cortadito, señoras? ¡Ahora mismo!

el oyente oficial y el parasitario se quedan sin saber del castigo que sin duda habrán infligido los rufianes supervivientes a sus empleadas para que no cunda el ejemplo, final que justificaría el motto *vamos a pasar una temporada sin putas en el tren.* Y es una lástima, porque la vocación oral del camarero anunciaba alguna especie de irresistible moraleja que ya nunca podré añadir a mi tesorico de sentencias —pero ahí vuelve: aun perdido el hilo, avanza dispuesto a seguir haciendo de su vida solaz del Pasajero (al que ahora recompensa botella en mano)

Pues sí —¿otro chispacito?— ahora hay más control y más vigilancia. Que falta hacía, ¿hein? Que a mí me han destripado la caja en esta misma

línea cuando faenaba en el tramo Membrilla-Capitolia que Diosz confunda, perdonusté si es de allí y no digamos ya si cree en Diosz: no he pasado más cagarrina en mi vida. Me atracaron en nombre del Cantón llamándome esbirro de la red ferroviaria de ocupación ¿¡a mí!? ¿¡Esbirro de la Red Ferroviaria de Ocupación!? El cabrón, perdonusté, del pasamontañas se quedó mirando el pisacorbatas de mi equipo como si lo fuera a abollar de un tiro. Desde aquello me quité del julbiton pero lo sigo llevando de detentebala cosido en la camiseta…, si ha funcionado una vez…, digo yo… Pero buah…, este curro es un asco…, ayer…, ayer arrestaron a un jeta que se hacía pasar por mozo de equipaje con una gorrita de cabo primero y un guardapolvos…, ¡si aquí no ha habido mozos de equipaje en…, en…! Entraba por el andén y salía a contravía, de puerta a puerta, fíjese qué chorrada…, los guiris caían todos…, ¿y las chiquitas finoslavas que cargan contra los viejos justo cuando están subiendo al vagón y luego los limpian al pretexto de ayudarlos…?, tres caderas y cuatro clavículas crujidas en lo que llevamos de mes, imagínese lo que era antes…, perdonusté, cambio turno ahora y tengo que hacer arqueo…, dos mil setecientas…, muy amable…

el paciente Pasajero se incorpora dirigiendo al parlanchín un

Grõsze, szebòr. Nie komprij nu adårma dszut majadiårska pier grõsze prszut interèszti ond szimpatutu

que detiene el arqueo en seco y le congela el sonrictus. Ya pasando a mi lado

¡Es que el capullo me ha cobrado el chispacito! *¡Después de aguantarlo!*

El contenido de las vejigas ulceradas de un centenar de old scouts en dormición atónita o en pleno desguace de boleros —la progresión, repetición o interrupción de la pieza depende de si el maestro Alzheimer está o no a la batuta— hace olitas chopochop en la taza medio atascada. Reconozco que en ocasiones me da por masturbarme en sitios deplorables. Toallitas de papel de sobra, Diosz bendiga a este gobierno.

Han cerrado el bar porque sí, ha caído alguna variante de toque de queda sobre el tren y purgo mis muchos pecados en compañía de una coneja hipertrofiada y sus seis gazapos, correctivo más atroz que una carrera de baquetas. ¡Muéstrate, Capitolia, te lo suplico! Te nombran la de las Cien Torres: sea, que se alcen ya sobre esta campa más monótona que un puto plato llano. Las saludaré con hurreta y zapateta, *pegarán los mostros sus belfos al cristal* y Curiosidad me regalará, piadosa, medio instante de traqueteo sordo, el silencio del tren. Silencio reivindicado, paradoja, con un siseo de dureza y espesor inconcebibles cuya frecuencia, lejos de crear costumbre, en nada ha mermado su capacidad de desatar en mi interior las más melancólicas reflexiones

sssssssssSSSSSSSSSSSSSSssssssssss callaaaarrse

excretado por la coneja sin necesidad de desviar los ojos de una industria de ganchillo destinada, parece, a tapar la boca del botijo que se amodorra a sus pies. Ni mi respingo repetido, ni el eco suspendido de la erre, ni los conmovedores esfuerzos de las criaturas por liberar otro aterrador

sssssssssSSSSSSSSSSSSSSssssssssss callaaaarrse

turban el dogmático alelamiento. ¡Acabaré por estrenarme en el asesinato en serie con el concurso de la aguja de ganchillo! (¡si al fin tus agujas arañasen el cielo, neopatria mía de los cojjj!) (¿Qué fatuo ignorante aseguró que cuando duerme un mamón duermen todos? ¡Éstos se relevan en la jodienda como una guarnición disciplinada!) Venganza. ¡Bengancha! —pero he aquí que un chillido exasperado lacera por fin el aire: los engendros se desgañitan, el prolongado encierro ha aniquilado cualquier ilusión de compostura. Vuela, paloma de guerra, vuela la mano de la amorosa madre, la alianza arranca un tintineo monosílabo de un diente de leche

ding

¿Ding? ¡El palo de ciego magulla el hocico equivocado! Transcurre todo un segundazo —el primero del viaje— de silencio pánico antes de que la pública injusticia aliente un vagido de lo más coral. ¡La pepona declama un introito de blasfemias (horrorosas) que preludia un mal temperado concierto de sopapos! ¡Pim! ¡Pam! ¡Pum! ¡Se encarniza pim y ceba la desalmada, patea el botijo y dos cabezas pim pam, libera de puñetas sus manetos y arremete pim pam pum! Éste era, pues, el final que anunciaban la falsa flema y el siseo de radial: ¡os voy a matar a hosztias! Mi presencia no es obstáculo: más bien creo que la espolea a dar cuenta cumplida de su registro de guantazos, del dominio de la finta y el gancho a voleo, de la vivacidad con que intuye y frustra el siguiente movimiento del adversario. Sin precipitación, con mortífero método, cierra salidas, amaga trayectorias, acoquina con la ronca voz y la inercia fatal del tonelaje. Ayayay. Qué exhibición. ¿Entrañaba mi jartá de niños ese fervor filicida? De ningún modo: seis mordazas de ganchillo habrían colmado mis anhelos. He dejado de aborrecerlos —ella es la sola enemiga, la verduga.

Resuella (saciada) en mitad del compartimento, asentada en los jamones bien abiertos, los brazos al fin abatidos, la piel afogonada, bigote y frente perlados de un rocío turbio: en verdad es la imagen misma de la salud. Arroja a su pefomans un vistazo de nauseabundo orgullo y sonríe elevando un mugido sobre los lamentos quedos

Meeuuuuah al fin se han callaaado

sin que mi cólera atragantada halle contestación. Ahora examina contrita la labor y el ovillo empapados y pisoteados, la boca rota del botijo (¡como la de tus hijos, miserable!) a mis pies.

Pienso: no es suficiente castigo.

Pienso: voy a descornar a esta vaquita.

Resopla, se agacha, extiendo la mano, cierro los ojos, me abalanzo.

Buen cálculo: apresamos el barro al tiempo, chascan las sinartrosis, ¡pumba que te parió!

Qu-qué ha pasado.
Esquiaba. Un alud.
Navegaba. La botavara.
Escalaba. Una roca desprendida.
Nadaba. Un pez martillo.
Corría. Un policía.
No, no. ¡Ahora me acuerdo!

¡Vuelve la realidad, vuelvo a la realidad! ¡Kranio Justisiero ha percutido en la ancha testuz con ánimo de ver qué mierda hay dentro! (Ahí está: esparrancada en su asiento con ojos de res exoftálmica) (atónita) (rabiosa). Improviso un pie de estampa romántica: *Ante Su Rotundidad se ahinoja, tendiendo un fragmento de kantharos en ademán petitorio, el Arqueólogo Caridoliente.* Afloja el gesto, afloja, llegó el momento de palpar el daño. Sale perdiendo (¡bieennn!): un corte limpio le prolonga la ceja en voluta vamp. Hay sangre, vaya: pero eso no amilana a los diminutos mastuerzos. Primero uno, luego otro y otro más retienen las lágrimas y se descoyuntan de risa viendo padecer a dos adultos lo que para ellos es pan (¡pam!) reciente y cotidiano, la pupapupa

Guof con el calvo

susurra la desnaturalizada, que ya enjuga la herida con moquero y la enjuaga con saliva. Y atruena el aire una carcajada prehistórica, empatía toda: se palmea el muslo descubierto, coquetona, prodiga el amoroso torniscón y el capón cómplice entre los resignados acreedores de tan sañudo afecto: aquí ha cobrado hasta el botijo, un nuevo triunfo de la cefalocracia a riesgo de reabrirme la fontanela y mis protegidos, sosegado el apetito de emociones, se amodorran con sonrisa blanda y rastros de baba de caracol en las mejillas.

Buh. La verdad es que el golpe me ha dejado así como raro. Raro

raro.

Será soberbia de campeón, pero preveo un bodoque mediano deformando la aborrecida jeta durante no menos de una semana, por más que la cachas se aplique cien cataplasmas de esputo: *estos golpes son muy malos.* Mírala, joder: cuánta ternura irradia el ojo sano. Imagino la pasión que sucede a las recíprocas somantas con su marido, practicantes de esa rústica sabiduría que hace de la coyunda elemental forma de violencia concertada admirablemente con las otras. Aunque haya disfrazado mi acción de torpeza y buenas intenciones, el instinto del hembraje barrunta mi voluntad de poner las cosas en su sitio: ahora sopesa en mí el gramaje de machomán que escondía el calvorota, su pulso se acelera, acude la sangre a ruborizar el escote, ¡a enconar la vulva rezumante! —y cuando está a un saltito de proponerme gorrinadas en el horizonte se solapan tres azules: sobre el cielo el mar, sobre el mar la línea aserrada de Capitolia.

En el andén pasta un calor sin consuelo, flota un hedor de engañosa levedad que alterna la podredumbre salina con el caucho quemado. Entre el aturdimiento y la náusea alcanzo a oír

Niiiiinios buscar al papa dooondestalpaapa

No, no me encuentro nada bien y el vejete que sesteaba en la recepción del Hotel Ferroviario, a qué ir más lejos a estas horas y con este cuerpo (Visite Nuestro Restaurante La Vía Muerta, qué audacia) me sugiere con ojo clínico una aspirina y un paseo turístico por el vertedero cercano. ¿Paternalismo profesional o Vaya usted a diñarla a otro sitio? Solicitaba una habitación, no un diagnóstico amateur

Guárdese sus placebos, muchas gracias

¡Error! ¡Error! (es que estoy malito). Percibo un instantáneo resquebrajamiento en la laja de corteza que monta sobre los hombros, así que echo mano a la llave y firmo raudo por si improvisa un Completo por Imbécil. Se desquita omitiendo llamar al botones —su

canilla con doble franja lateral asomaba por un vano que también fuga el cliclic de un cortaúñas. El solidario lacayo retira la pierna y silencia el artefacto. ¡Mezquino mundo éste en el que tienes que tragarte una aspirina y corretear unos kilómetros entre detritos si no quieres acarrear dos maletas presa de mortal fatiga! *Y eso que le he dado las gracias*. Me envenena la altanería y emprendo la escalera ignorando el ascensor. Llego al primer piso en un estado deplorable, miro la llave, vaya: seiscientos treinta y seis. Qué tontolculo. Llamo al ascensor.

Noche entrada. He remontado el ánimo merced al mueble bar. No ha refrescado pero corre la halitosis de una brisa. Desde la ventana, más allá de los haces de vías entrenudados y las bóvedas industriales rematadas en cresterías de fundición se recuesta Capitolia, pura luz indolente, ayuna de animación. Burbujas incandescentes enfiladas como cuentas de collar se encaminan a arder en el gran filamento del puerto y en dos o tres puntos —quizá la Plaza Grande, la catedral— bien diferenciados de la mortecina dispersión que apenas deslinda el bulto negro de la ciudad del cielo tachonado y quieto. Y al fondo la erguida masa del Peñazo, coronada de destellos.

Apenas he dormido un par de horas. Sueños novedosos, inquietantes: es el cambio de ambiente. Pero mi primer taxi local no se distingue del universal Taxi. Rancios jirones de tagarnina fría, de sudor insomne y colonia de sobre, escay rastrillado, caspa en los respaldos, papanocorras imantado y mucha malahosztia envasados entre seis ventanillas. El dueño de este micromundo es un cilindro de odio pretensado que mastica tres palillos sin dejar de injuriar un instante al transeúnte madrugador, a los camioncitos y furgonetas que evacuan el vientre en doble fila, al enemigo de profesión, a los pocos automovilistas legañosos que tantean el asfalto a estas horas. Desde su mundo odia el mundo, estoy atrapado en su pecera de odio: trabajaría sin cobrar si le diesen carta blanca para machucar huesos y carrocerías. No me cae mal este tipo sin doblez. Voy a invitarlo a un café (soy nuevo en la ciudad, ¿tendría la bondad de darme alguna información…?) cuando lleguemos a destino.

Un tarugo incivil, un ceporro de matar: tal es el bueno de Vico, no

engaña. Lo he devuelto al taxi con una dosis de alcohol que doblaría las corvas de un adulto de ochenta kilos. Él debe de andar por el quintal y cuarto, una masacre en potencia. Tras el primer vistazo sorprendido por el retrovisor, los ojillos exorbitados tras unas lentes cuyo grosor juraría que lo incapacita para este oficio, se ha prestado de buen grado a hacer una parada para desayunarse cuatro huevos con salchichas y un número indeterminado de carajillos formato jumbo. Me paga con su sabiduría de vagacalles, que apenas contiene nada útil: se empeña en mandarme una y otra vez al mismo barrio de putas. La maciza constitución de su manía, que se alimenta sin distinción de lo que improvisa sobre la marcha, lo que ha oído por ahí y lo que se atribuye por el morro hace de este chalao un fenómeno rebosante de pintorescos atributos: sangre de horchata, truños como pomelos, lengua con un repertorio de juramentos de concurso y una experiencia, en fin, que agota la totalidad de la experiencia: no se me ocurre nada delictivo por lo que no haya *pasado*, así sea de perfil. Sin darse la menor importancia aplasta moscas sobre la mesa antes de incinerarlas con el mechero mientras desmiga heroicidades invariablemente truculentas. Ya tan amigos, me confiesa que ha estado a punto de *soltarme un porrazo* cuando lo he *convitado*. Creía que era uno de esos *repuercos* que se dedican a hacer proposiciones *raras* a la gente *normal*

Primero unas copas y luego ¿eeeeeh…?

Lo tranquilizo, a mí no me va la zoofilia. El animal no entiende pero se descojona. Le pregunto si hace servicios extra (de conducción) fuera de horario —un chófer psicópata es útil a más no poder aunque todavía no sé para qué. Desde luego, desde luego, tiene las tarjetas en el coche. Antes de despedirnos me muestra la corta garrota —un clavo de Jriszto (auténtico, perjura) atravesado en la contera— que defiende su virtud de los repuercos. Pobres. Se aleja blandiéndola por la ventanilla entre bocinazos y chirridos de neumáticos. Sobre un as de bastos toscamente tramado se anuncia

VICOTASIS
Servicio

Economía
Seguridad
24 HORAS

La que será mi ama de llaves y cocinera, Demetria, portera del edificio donde consumaré mi corresponsalía (regalía o galera, sin matices, en opinión de quienes he dejado *allí*) da dos vueltas a la llave y entramos en una oficinita vetusta, separada por un retal clavado con chinchetas de una estancia poco más amplia que habitan un camastro y un sillón de broma que se escora cuarenta grados según me siento. Menuda caca de sitio: una tronera malventila un excusado con lavabo y plato de ducha jamás salpicado por ducha alguna. En un armario abierto se columpian cuatro perchas de alambre. Un archivador maltratado al ácido, una ciclópea Understood de carro largo enfundada en la mesa en la que se posan los cuervos de dos teléfonos de baquelita junto a un fax jurásico y una Oliveta portátil, una silla de ruedas dolientes, un taburete al que han enmendado la cojera con medio huevo de zurcir, tulipas cielito lindo recompuestas con cinta aislante, un frigorífico que entona un solemne vibrato cuando lo enchufo, grititos de tarima, maullidos de somier, persianas que se obstinan en su posición como un crucificado en su estaca. Demetria observa mis manipulaciones, mis ensayos invariablemente fallidos, acaba de estallar la bombilla de la lamparita de noche: perita en trastería, adjudica plazo de vida a todo lo que toco. El inventario post mortem es breve y atañe a casi todo lo que alcanza la vista. Por fin exclama

El otro señor no venía mayormente

y exclama

Acaso una vez a la semana

evidencia que desata mi hilaridad: ¡he aquí un camaranchón que en nada desmerece del que he dejado atrás! Decido quedarme, claro: hay que respetar ciertos trazos de continuidad con el pasado, así sean simbólicos, para mejor familiarizarse con un presente virgen.

Trabajaré aquí, habitaré este aquí. Mi patria. Así se lo comunico a la parca del menaje para que ponga precio a sus servicios. No sé si se alegra, ha soltado un espontáneo *lo que me faltaba* y sin transición una cifra que la sorpresa no me ha dejado negociar. La muy ladina me da la llave y se esfuma antes de que me oriente en las divisiones de salario/hora. Iba a deshacer la maleta pero me expulsa a la calle la gravisonante deglución de no menos de cuatro cisternas sincronizadas. Qué tabiques, vive Diosz.

He vagado por la ciudad, fascinado por la ruina que la devora. El viejo esplendor muestra sus entrañas tumoradas, espantosos abscesos dejan al aire ladrillo y vigas, las capas incontables de pintura erosionada penden abiertas de los frontispicios como libros húmedos puestos a secar. No sólo los delicados relieves corroídos de los frisos, todo se abandona a tal caricatura del original que con frecuencia ignoro si el extremo de una guirnalda reducida a maroma deshilachada es bucráneo o cratera florecida, si el remate de esos contrafuertes son pináculos aristados de bodoques o santos cuajados de bubones —ese informe gusano boquiabierto hubo de ser una gárgola pavorosa, especulo. Las altivas edificaciones civiles, las innumerables iglesias de todo estilo y formato parecen levantadas con bloques de talco, camino pisando crujientes placas fracturadas de enfoscado y terrones de mortero desprendido. Busco sangre seca en esos fragmentos, es improbable que el ciudadano salga indemne de esa lluvia de cascote

Es cuestión de no detenerse jamás

susurra un pasante perspicaz que ha interpretado mi cabeceo de perro de parabrisas y que ahí se pierde, sordo a mi eh. He llegado a Capitolia para asistir a su desmoronamiento. O quizá al nacimiento de su verdadera forma: la gracia innegable de los paramentos combados, la rebuscada asimetría que vence esos caparazones carcomidos apoyando unas fachadas en otras como borrachos enlazados derrotándose de acera a acera crea una euritmia que ningún arquitecto habría podido prever —y que alegra el corazón *siempre que uno no se detenga.*

Reseño que a la vuelta de ese primer paseo topé con una placa de latón de tamaño desatinado atornillada a la puerta de mi nuevo domicilio

LA CLARIDAD
Corresponsal

que no había visto al salir esa mañana.

Día y noche hace un calor que sólo se me ocurre calificar de *acojonante.* Baste para dar idea de los efectos de este calor.

En la oficina de correos me tienden el primer salario, girado desde la otra vida. La cantidad incluye el alquiler del apartamento que ocupaba Peláez —la oficinucha es propiedad del periódico— y del que yo voy a prescindir sin dar cuentas. La sisa es magra, pero lo poco honorable de la acción me hace dichoso: al paso, compruebo si el control de la casamadre sobre su delegación de Capitolia es nulo, como imagino. Nada mejor que un inocente desfalquillo goteando mes a mes. Trémulo, inflamado, entro a premiarme en el bar más a mano.

Hiperabundancia de cruces. En los dinteles, coronando cúpulas y semáforos, al abrigo de hornacinas, señalando plazuelas, columpiándose sobre las tetas de viejas y curas, policromando vitrales, hendiendo olas en la proa de los faluchos, adoquinadas en el Paseo Marítimo para mejor subrayar sus balaustres rematados en imagomundis, teseladas en el umbral y el porche de palacetes públicos y privados, entrelazadas en la forja de verjas y ventanas. Cruces célticas, griegas, de Malta y Gerusolami, lanceoladas, aguzadas, flordelisadas y gamadas, cruces recruzadas y hasta requetecruzadas o capitolinas —ahí la veleta erguida en la torre del homenaje del Fortín. Cruces mechero, cruces navaja (automáticas y de mariposa) y cruces sacacorcho en las tiendas de cruzvenirs, pastelones en cruz de cruzjiente hojaldre, cruces glaseadas y empiñonadas, cruces en los cruces. Me pregunto si la planta primitiva de este avanzado y macizo bastión de la jrisztiana superstición con más cruces que un capacho de vaticanos tendría forma de cruz aspada, si camino sin saberlo sobre un

cogollo místico —que también podría ser la cruz que señala en un mapa el objetivo de un bombardeo aéreo

PUM

Eso ha sido una explosión. Pero soy el único que se ha sobresaltado, que ha alzado la cabeza.

Mando otras mil palabras a la redacción. Y otras mil. Mil a la semana. Sobre qué, no importa. Nadie en el *exterior* —salvo el corrector de pruebas y yo— leía los artículos que el pomposo y bienintencionado Peláez (por cierto, ¿debería interesarme solidariamente por su suerte? No, mejor no) bautizaba Cablegramas Capitolinos. El fax tarda treinta y ocho minutos en tramitar tres folios.

Acostado. Tiento una postura que facilite la transición de la beodez al sueño. Se trata de conciliar el reflujo esofágico con los grumos del jergón de borra, en ello estamos. Al cabo, cedo. Me pongo a dar saltos en la cama entre la hilaridad y la desesperación (¡a sudar, a sudar!) un vecino golpea el tabique, ya estoy de nuevo bocarriba, jadeando empapado. Cambiar la cama es transgredir mi Primer Precepto

Hay que adaptarse a Lo Que Hay

transgresión que voy a perpetrar mañana comprando un enooorrme ventilador.

Acostado. He paseado mis sudorosos argumentos por establecimientos sin número. Me han atendido ojos estupefactos, desdeñosos, llorosos, sanguinolentos, suicidas. Ojos de criminal. Vuelvo a los Grandes Almacenes El Corto Maltés, en donde mi optimismo se había negado a esperar dos semanas la entrega de un modelo elemental. Encargo tres. En un mercadillo se subastaban aparatos de aire acondicionado con un precio de salida de dos salarios de corresponsal. Catalíticas, radiadores de aceite y chubesquis se cotizan, en lotes de veinticinco, a medio sueldo de corresponsal. Para

exportación, es obvio.

Se acerca el encargado

R. ARGÜESO
Maestresala

proclama una cartela roja en la solapa, qué pimpante para tratarse de un local de vino en frasca y mantel de papel sobre mantel de algodón desflecado

¿Don Nicolás Garraiz?

y ya me adelanto cuando me sobresalta una mano firme en el hombro. Enfrento a un *señor mayor* de dimensiones paleontológicas, el gálibo situado a no menos de uno noventa y cinco y una panza de bushel y medio. El formidable anciano abre la boca y destella la tablilla de sus dientes inferiores

¿Es usted el Garraiz de La Claridad*? Soy Moradillo, editor de opúsculos literarios que nadie lee y responsable de* Equinotauro*, revista cultural que nadie lee. Un placer, jejé. Permítame que lo invite a mi mesa. Aquí me conocen bien, vengo con frecuencia. Es uno de los pocos restaurantes en que pueden acomodarme. ¡Es usted el sucesor del desdichado Peláez! ¿Era amigo suyo? ¿No? ¿Conocido? ¿No? Este pueblo lo redujo a una lamentable condición, debía dinero a todo el mundo. A mí, sin ir más lejos, ochenta mil pelfas. Tranquilícese, no lo considero el jejé heredero de la deuda. ¿Le apetece acompañarme, entonces? Estupendo jejejejé. ¡Argüeso, se viene conmigo! Créame, la sustitución de Peláez ha sido objeto de especulaciones y diretes, ya formaba parte del paisaje. Su impopularidad lo convertía, justamente, en un tipo muy popular. Es ahí, en la mesa del butacón. Aquí nos conocemos todos. Y nos interesa lo que se dice de nosotros por Fuerania. Peláez no decía mucho: la verdad. Escribe usted mejor, qué duda cabe. De jejé nada. No se incomode. Ayer leímos en la tertulia su última crónica,* El puerto muerto*. Espléndido título. Le confieso que me gusta por principio esa en apariencia ingenua*

aproximación a las peculiaridades del nativo. No, no se engañe: soy de aquí. Pero he viajado, he viajado. Pues sí, ese paseo sentimental por el puerto, conmovido por el pabú pabú de las sirenas…, lo del pabú fue muy celebrado —¡no, no, de ningún modo pida cordero lechal, insensato! ¡Es como llaman al macaco corrido! No me mire así, Argüeso. ¡Pescado, sólo pescado! ¡Y con precauciones! Si quiere comer carne, yo le diré dónde. ¡En este pueblo gusta el burro! ¡Pescado local y hortalizas de invernadero, no se salga de ahí! ¡Y arroz, mucho arroz! Pabú a pabú, le estaba diciendo que ha despertado una curiosidad notable, no exagero. En nuestro pequeño círculo, claro está: ¡nada que ver con los que se reúnen en el bar de la Asociación de la Prensa! ¡Ridícula gentuza! Yo le presentaré gente interesante —¡con su permiso! Y es que no tenemos apenas visitantes, ninguna pasión despierta este poblachón dormido. ¿Le gusta? ¡Se lo regalo!

ninguna pasión despierta
este poblachón dormido

¡Suena bien! ¡Hasta con rima interna! ¿Jejé? Tuvimos una breve marejadilla de enviados y curiosos, eso sí, con lo del suicida de la persiana —¡la gente hace cosas raras! ¡Es el calor! ¿Le interesó el asunto? ¿No? A mí tampoco, la verdad. Peláez aprovechó para pegar unos cuantos sablazos. Aseguraba poseer del asunto no sé qué información inimaginable, reservada, secreta, insólita, los de las revistas esotéricas y new age caían todos. ¿Le gusta, está en su punto el dentudo? Es un ñoñismo de la carta, los pescadores lo llaman rata de mar —aunque más bien se asemeja a una sanguijuela muslera, jejé. ¿Nos hará el honor, entonces? Nos reunimos todas las tardes en La Palmera Salvaje y

y miles de palabras borbotadas en un excurso sin fin coordinado con un sinfín de tics: saluda a nueve de cada diez comensales blandiendo el cuchillo o alzando la barbilla, guiña un ojo, guiña el otro, respinga, intercala un hola sin el menor cambio en la frecuencia de la emisión que me está destinada. Este viejo turetiano devora como un náufrago pero no mastica o mastica con una mandíbula auxiliar porque su dicción es sorprendentemente nítida, muy alejada del abocinamiento entrecortado que escupe una boca llena —aunque su espuerta acaba de acoger media pijota y unos gajos de tomate que el

tenedor ataca oficiando de baqueta de avancarga. ¡Portentosas facultades, bocacha de tragasables!: nunca he presenciado nada igual. Singularidad añadida a la singularidad, Moradillo no ríe y su sonrisa parece otro reflejo involuntario. El gesto de cólera patricia es incongruente con la ausencia del menor acaloramiento en una voz que discurre como el arrullo de un regato o la resignada monotonía de una enfermedad crónica. Los signos de admiración y las pausas son añadidos míos en un intento de ligar su gesticulación enloquecida con el énfasis que ahorra a su interlocutor: del mismo modo, los jejés intercalados no se corresponden con la representación convencional de una risa breve sino que son jejés vocalizados en toda su extensión, como quien remata sus frases en un *y tal y cual* o en un *y tararí.* Más que hablar, jejea. El acento local es parco en inflexiones —sin mencionar las peculiaridades de pronunciación, a menudo hinchantes — y las curvas de intensidad emocional se aproximan al fonograma plano: en Moradillo este rasgo se destila y concentra en un zumbido de emisora salpicado de apenas perceptibles intermitencias. ¡Buda tumbaollas, telegrama inextinguible, tonel desbitocado! ¡Verbo de Capitolia: ahí Moradillo! Y de *ahí* el divino desdén con que despacha todo y a todos.

(Contraviniendo las reglas básicas del oficio, ¿por qué mostré un absoluto desinterés cuando mencionó al suicida en lugar de sonsacarlo? ¿Preservo un estúpido secreto, oculto mis propósitos para que no los fusilen? *¿¡Me hago el original!?*)

(¿Tendrá hemeroteca este villorrio?)

Acostado. La luz de la lamparita de noche dignifica el papel de esta caca de novelucha dorándolo con falsa pátina de pergamino. Me había prometido no leer. En algún momento tendré que dejar de leer. La bombilla ha abierto un boquete de bordes enlutados en la pantalla de cartulina beige (nombre de una heroína: *Kartulaina Beish*): a su través deslumbra el filamento, que arroja sobre las clavelinas del papel pintado una mancha ameboide hacia la que progresa una cucaracha. Se detiene en el difuso gradiente que apenas deslinda la penumbra de la luz, en medio minuto comparte su indecisión con una

compinche. Encantadora timidez la de estos animalitos: un mínimo resplandor los detiene sin que medie amenaza alguna. Se previenen de la muerte campando por una oscuridad negra como su caparazón, lúcidamente cobardes porque no saben ser canallas. ¡Hay quien aplasta a las cucarachas presa de gran aspaviento! Yo no. Jamás. Nuestra vida es demasiado disímil. No me explico el odio contumaz a estos bichos si admitimos que se limitan a parasitar nuestra mugre. ¿Por bichos? ¿Por negros? ¿Por carroñeros? ¿Porque son legión? En los vertederos de las afueras he visto a docenas de desdichados —ninguno caucásico, por cierto— trepando por las laderas deletéreas, rodando por sus cárcavas y collados y llevando regularmente la mano del montón de basura a la boca con una voracidad que da náuseas. *Los aplastan con gran aspaviento* (pero, *¿cómo pueden comer eso?*) y después palmean los lomos de sus inmundos perrazos ahítos de sobras de chatobrián. Ven una cucaracha, llaman por teléfono. Al día siguiente una empresa les desinsecta la mansión. El mundo es un estercolero que alimenta a las criaturas que le son propias: legión son las cucarachas y las ratas y los hombres (luego nuestra vida no es tan disímil). Arrojo la novelucha —este melocotón deriva en apocalipsis— con el peor ánimo en dirección a las putas cucarachas, que se najan a la carrera. No les he acertado, prueba irrefutable de mis nobles sentimientos hacia esas criaturas inmundas.

Mucho debe de haber escrito sobre las cucarachas.

Me recibe un policía de paisano convencido de ser demasiado mono para ese oficio de gorra y porra. Escruta mi documentación gastando una desconfianza de serie B, me la devuelve sin el carnet de prensa y me indica que aguarde sentado junto a un fulano perfumadísimo que pinza un sumatra entre dos muñones tostados de nicotina. Cuando lo apura caigo en que está esposado. Víctima de un cepo para carteristas, especulo, Excmo. Sr. Presidente de la Mutua de Choros Mutilados. La tontería no da para distraer los cuarenta y cinco minutos que tarda en reaparecer el maniquí del Cuerpo. Me introduce en un despachito densamente poblado por un único habitante de cabeza y espaldas prodigiosas que me observa desde un escritorio almenado de carpetas. Se incorpora para enterrar mi mano en la suya y me preparo para asistir al alzamiento de un coloso: pero resulta ser

un chiquinín de esos que alargan el trote en las filas de la calderilla durante una jura de bandera. Quizá arrepentido de haber mostrado demasiado pronto —o de haber mostrado, sin más— la penosa contradicción de sus proporciones, se sienta de golpe y me insta a *ponerlo al corriente del asunto* que me trae con *brevedad* y *concisión:* es un *hombre muy ocupado que arrostra responsabilidades inimaginables.* Enterado de mi interés por el caso, chasquea la lengua tres veces y me larga un excurso soberano, perla negra de la esquinada retórica propia de las instituciones de seguridad, en el que relumbran las expresiones Injerencias indeseables, Todo lo que había que decir está más que dicho, Transparencia, Entorpecimiento de una investigación aún en curso, El caso podría apuntar a sucesos más graves, Sospechas fundadas de la existencia de una secta o sociedad secreta, Transparencia, Intromisión no solicitada de los medios de información, Lo delicado del asunto, Cautela, Injerencias indeseables, Se comunicarán los progresos y conclusiones de la Investigación En Curso en el momento adecuado, Y de ningún modo puede asegurarse la integridad física de quien se empeñe en pisar un terreno

sépalo bien, res ba la di zo

(¿escandiendo amenazas?) Injerencia y Transparencia. Qué largueza en el matiz de un discursito tópico, vacuo, circular, intimidatorio *(¡Grandes dioses, qué bien se explica el enano!)*: qué tío capullo. Le aseguro con voz firme que no me inmiscuiré en el tal curso y tal de la tal investigación y tal. Que no entorpeceré la sin duda sagaz y meticulosa búsqueda que desarrollan sus agentes. Y tal. Me comprometo, la pupila veraz, a poner en su conocimiento cualquier indicio que llegue a mis manos y…, ¡Oh! ¡Sonríe! ¡Se suena la mocarra! ¡Sofoca un bostezo! ¡Va a darme puerta! Está bien: ¡último cartucho! ¡Confesaré! (¡Qué carisma, Seor Comisario!). En realidad, en realidad (balbuceo entre cordiales carantoñas) no echcribo un artículo de invechtigachión sino que acopio documentación para una novela policíaca. Mi héroe. Veamos. Mi héroe es un comisario maduro y *desengañado de la vida* que se entrega obsesivamente a su profesión. Un hombre fuerte, incluso fortísimo (el pequeñín se pone tenso) pero no demasiado alto (enrojece). En fin, el físico está aún por perfilar, quizá sea alto pero no tan fuerte y el caso es que se enfrenta a un caso

(me embarullo) se enfrenta a la resolución de un extravagante suicidio que —sostiene en contra de la opinión pública y el escepticismo de sus superiores— encubre un asesinato. Ya se imaginará el Seor Comisario en qué suicidio me he inspirado. Jadeo, la policía saca al niño mentiroso que todos llevamos dentro. Para mi tranquilidad, en sus ojos reventados de hastío ha asomado un titileo rapaz. Me pide detalles, improviso a la desesperada —la dirección de su interrogatorio maldisimula una curiosidad centrípeta: la figura de ese superseorcomisario

¿Cómo ha dicho que lo va a llamar?
Quizá… Conexa. Jaume Conexa
Es sonoro
Sí

cuyas virtudes —honestidad, obstinación, capacidad copulatoria, voluntad de servicio, agudeza superlativa, puños fulminantes— cree encarnar sin hipérbole. He cebado su egopatía como el peor amigo de un enfermo mental. ¿Capacidad copulatoria? Entonces, ¿hay una…, dama?

Po-por supuesto…, una hermosa y ambigua delincuente, una enigmática ladrona de guante blanco llamada…, Kartulaina Beish
¡Soberbio!

pulsa el interfono, ladra y en un instante tenemos taconeando al sensual morenito, a quien condena (¡jódete, bellezo!) a entregarme una copia del dossier *actualizado para la prensa* del caso del suicida

Soy un gran aficionado al género, tendría usted que ver mi biblioteca

confiesa aireando una sonrisilla aterradora

Ayer mismo terminé La membrana de la zarina, *de Deoth. ¡Espléndida! ¡Qué hallazgo, el de ese monaguillo detective! ¿La conoce? ¿No? ¡Ah! ¿Que conoce al autor? ¿A DEOTH? ¡Desde la infancia! ¡Asombroso! ¿Podría pedirle un ejemplar firmado?*

¡Cuente con ello, querido Conexx…, comisario!

Salgo del despacho genuflexionado a lo groucho para reducir la diferencia de estaturas en unos centímetros y preservar así el calor de esta recién nacida amistad.

A la umbría del cañamazo del Soda Palace premio mi astucia con un mojito, encargo el segundo y rasgo el sobretón sellado. Fotocopias de papel oficial. Bajo fecha, sección y números de registro y referencia, leo

ASUNTO: Dando cuenta del accidente de un vehículo de la dotación con un gamo.

Que a las 13:30 horas del día de hoy, cuando circulaba por la carretera C-II en dirección a Opomona, el vehículo perteneciente a esta dotación marca Tetra-12, matrícula CAP-1330-O conducido por el Agente 2.ª D. Clemente Llorens Schiaffino, y ocupado por el subinspector que infrafirma, y el equipo SAFA de Interrogatorios de Baja Intensidad, que a la altura del km. 27 de dicha vía, de forma súbita, cruzó la misma, una res cervuna, de las denominadas «GAMO», sexo hembra, la cual, ante la imposibilidad de realizar maniobra evasiva alguna, dado lo inesperado de su irrupción en la calzada, resultó atropellada, por el vehículo citado.

Que de resultas de dicha colisión, dicha res quedó, en el punto citado, en estado agonizante y el vehículo resultó, con el cristal del proyector derecho roto.

Lo que tengo el honor de participar a Vd., para su debido conocimiento y efectos, permitiéndome significarle, que se pasó aviso a la Administración Local del Patrimonio Cinegético Cantonal, de Capitolia, para que recogiesen la citada res.

Que Diosz guarde a Vd. muchos años.

El Subinspector

Como es de esperar, el resto de los folios repite el mismo texto. Cuesta poco esfuerzo imaginar a mi buen amigo y protagonista celebrando este golpe de ingenio con sus hombres y creciéndose —si ello fuere posible— con sus risotadas cómplices. Pido el tercer mojito y un cuarto. Y un quinto. Nada: no hay modo de aturdir esta sensación de profunda imbecilidad.

Reencuentro con Moradillo. En el bar Torrotito. Consigno que lo he elegido por lo guapo del nombre, pero me asegura que no hay mejor lugar para un desayuno a media mañana. Humea ante él un bol lleno de materia espesa, símil gachas, en el que empapa en orden riguroso y glotón unos hojaldrillos con orejones chorreantes de almíbar, repostería local que nombran tufitos

Pruébelos, los hacen aquí mismo

—pero desiste tras un segundo vistazo a mi jeta, al agua carbonatada, al poleomenta. Cuando vuelvo de vomitar me informa cortésmente de que ya se me va aclarando la color ceniza. Y continúa con un puchero de compunción

El otro día no fue usted del todo sincero conmigo…

estupor

> *Seré…, seré sincero ahora…, el tablón que llevo me dificulta un examen de conciencia fiable…, y con franqueza, no me dio usted muchas ocasiones de ser nada…*

¡Me gusta! ¡Sus resacas tienen estilo: son aun más insufribles que las mías! Es simple: sé que ayer se entrevistó con el comisario Susanna a propósito de ese suicida por el que ante mí mostró el mayor desapego. Soy padrino de su hija Susana. ¿Qué le parece? Susana Susanna por imposición de su padre, un obcequías: como era de esperar, le ha salido

tarambanna. Me llamó en cuanto usted salió de su despacho. Le di las mejores referencias. No me lo agradezca: no me creyó. Él es así. Dígame, ¿qué le ha metido en el sobre? ¿El sabotaje del costalero? ¿La res cervuna? ¿La violadora sonámbula?

La res…, la res cervuna…

¡Bueno! No está en el peor caso. El mensaje oculto es ¡No cruces los cuernos en mi camino, cabronazo! *Basta con que lo tenga en cuenta. Susanna practica sin mala conciencia una docena de técnicas de disuasión de eficacia acrisolada*

náusea

Le agradezco la traducción y el consejo. Discúlpeme…, me encuentro…, creo que voy a acostarme. Le agradezco…

¡No se repita! ¡Estoy a su disposición!

En otro momento…

¡Recuerde! ¡Nos reunimos en La Palmera Salvaje!

El Peñazo alza trescientos metros de roca gris marengo sobre un istmo de medio centenar de hectáreas que deslinda el mar Suso del mar Yuso: es el huevo de Capitolia, su núcleo germinal, el mayor orgullo de un pueblo que ya sólo puede enorgullecerse de su orgullo, su *símbolo* —a menudo teñido de fácil obscenidad. Anidan en la cima los restos del Fortín (*sus almenas desdentadas son hoy pobre testimonio de la formidable máquina de guerra que defendió puerto y ciudadela durante siglos*, proclama este folleto) y cobija a su pie una bahía pequeña y abrigada que a la bajamar descubre una lengua de arena, encallada de pecios, tan oscura como la roca. Se conservan trechos erosionados de la antigua muralla que perimetraba la plaza fuerte y cimenta hoy los dos diques que acotan como las pinzas de un cangrejo el puerto deportivo. Un berraco de bronce saluda el mediodía con una salva seca desde el Fortín, esculpiendo en el eterno azul inmóvil una gran rosca de humo que se desjirona con enervante parsimonia. Los jubilados que pierden el día en los quioscos del Paseo Marítimo juegan al revientaviejos, esto es, cruzan apuestas reloj en mano sobre el tiempo que tardará en disiparse enteramente la última nubecilla. El que más se aproxima —y la precisión es mucha— bebe a costa del

resto mientras no se aparte de la barra ni para orinar. Dos viejos han reventado esta semana, la de aquí es gente bestia. Parece que se trata de una clase de muerte muy honorable.

El entero fuste del Peñazo está horadado de capitel a basa y más abajo: se asegura que sus subterráneos se adentran bajo el nivel del mar a una profundidad idéntica a la altura del Fortín sobre la superficie, a modo de rascacielos especular que contuviese tantos pisos como sótanos. En la ladera asomada al mar abundan las tascas de menú y en la fachada sur, sobre el Paseo, los restaurantes turísticos —sí, hubo un tiempo en que Capitolia acogía a veraneantes con posibles— que explotan el demencial pintoresquismo de sus salas flambeadas con antorchas y el vértigo de sus terrazas voladas para estafar con marisco amoniacal y puré de paella al nortaca desnortado. Pero conforme se cumple el contorno, tras descender al laberinto de callejas y volver a trepar escalinatas angostas y otra vez descender y ascender de nuevo, el Peñazo anuncia su cara norte, la Cara Fea: la degradación del negocio, excrecida del caserío miserable adosado a la falda, alumbra tugurios con un tablón sobre dos toneles oficiando de barra en la que roncan su muermo pescadores sin barco y lupanares de tercera asediados por marineritos de bisoño tatuaje. El paisano común gasta una facha de buscavidas que proclama sin afeites su hábito de buscarse la vida a costa del paisano común. Ahí desagua su hedor el antiguo Canal Norte del Grisalla, degradado a alcantarilla principal de la ciudad. Capitolia está insularizada entre dos canales excavados tanto para facilitar el tránsito de mercancías cuanto para regular las desastrosas crecidas del Grisalla en el límite oriental y alimentar las aguas del Mellado, insuficientes para abastecer la antigua prosperidad del modesto enclave que se miraba en sus orillas.

El *ambiente* no contribuía a tranquilizarme, pero aun así emprendí tarde el camino de vuelta. Oscurecía: y la prevención ganaba a la oscuridad. Perdido tras media hora de callejeo pánico, me abordan dos putas espantosamente niñas mostrando la medialuna cariada de una sonrisa con fórceps. Susurran a la vez —¡a la vez!

Oye, loco. Por mil pelfas te hacemos un samurai

¿Un samurai? Sobrecogedor. Como callo

Tendrás un pitillo
Yo…, sólo fumo liado
y desato la petaca rebosante de hebra castaña, fina y rizada

Como pelo de coño
añado (y me ruborizo). Ríen

Mira qué tío esquesito
Vale la intención, pero yo no sé liar esta cosa
Ni yo

recupero el ánimo y con él la audacia retórica

¿Qué he de hacer entonces, oh lamias que laméis nuestros bajos y bajezas? ¿Liaros uno? ¿Qué será de vuestra reputación cuando cuelgue de esos labios divinales una brasa fláccida sin el marchamo de calidad de una boquilla anaranjada? ¿No pensará la competencia: a éstas sólo les falta fumar monda de patata?

la mayor, unos dieciséis, medita

Tú lía y que no te inquiete nuestra fama, tío loco. ¿Qué haces por aquí sin compaña fajándote las lorzas?
Liar cigarrillos a las hadas de la noche

ríen de nuevo. Mientras paseo la lengua por la goma con gesto de gorrino autorizado les da por acariciarme, tan tiernas. Tengo una erección cuando palpan el billetero

Gracias, majo. Contigo lo haría gratis y al estilo cabra
Beeeee

pero ya se han ido / sordas a mi balido. Envueltas en su carcajada

tumefacta me abandonan en una nube de Eau d'Ail. Adieu, putillas. Conmovido por vuestro heroico talante he olvidado preguntaros cómo salgo de aquí. No importa, sólo dos calles más abajo lucían las primeras farolas sin apedrear y pisaba al fin la frontera de un bullicio nocturno manso y burgués.

Por hablar, seré bobo, comento con el taxista mi incipiente relación con Vico, un colega suyo muy extrovertido. Respingo y frenazo: hago el resto del camino a pie. Me ha persuadido a pagar el trayecto, no obstante mis protestas ante el arbitrario apeo, poniendo a la altura de mis cejas una cruz-piolet en la que he creído identificar restos de cuero cabelludo —la desmedida afición local a endiñar cates no conoce límites. Campean garrotas de *o pagas o me descuelgo* hasta en las tiendas de alta costura, el dictum *Diosz no te ama* repuja las porras de los guardias. Próximas las navidades, las emisoras radian el villancico favorito del piadoso nativo

Te via dar en toa la crisma
Te via dar en toa la crisma
Te via dar en toa la crisma
Con el japi niu yir

Apunté la matrícula, no sé para qué.

Lo de las porras…, tiene su gracia, hace años que ni me doy cuenta. Es un residuo graso —uno más— de las iniciativas, a menudo pueriles, para establecer la justa relación entre Igleszia y Estado durante el Sexenio Cantonal

asperja la boca de Moradillo junto con el vinagre de unas aceitunas gordales rellenas de pepinillo, aperitivos encurtidos que reciben el pintoresco nombre de chimbos o enculaditos

Ingenuidades que no condujeron a nada en el pasado ni reflejan la realidad presente, pero que mantienen en el poder al ala oficial o federalista o legal *del cantonalismo y la libran de los excesos fratricidas de*

los cacarras, la facción ultraindependentista exhoxhista. Alpiste para entretener a esos borrachos desideologizados…

Volvía de Opomona en el tren de cercanías, el ferry está temporalmente fuera de servicio. El bulto sin mesura de Moradillo, tocado con pulido panamá, se desparramaba en un banco del andén, una copa vacía en la mano. No, no va a ninguna parte ni espera a nadie: simplemente viene de cuando en cuando a ver pasar trenes mientras degusta los combinados del bar de la estación, que animan su humor desconcertante

Un genio anónimo, ese camarero. Ni siquiera yo sé cómo se llama. No divulgue su nombre

Ferrocarriles y vodkatinis le inspiran apasionados poemillas. No tiene inconveniente en declamar una muestra

Mordió mis labios
arrancó el tren.
Mi boca sangraba
sobre el andén.
Besaba, mordía.
Arrancó el tren.
Mi boca arrancada
se fue con él.

(Es de reseñar que me encuentre con este héroe popular invariablemente solo. La última vez fue en el mismo restaurante en que nos conocimos, Casa Amaro. Sabiéndolo cliente asiduo, había evitado volver desde que desveló su intimidad con su compadre el seor comisario —también influía el pudor post resaca y un reflejo de cautela ante sus avances, tan cordiales como inquietantes. Pero mi estómago no toleraba ese día otra olla podrida de mi bruja nutricia y le prometí ensalada y pescado blanco a la plancha. A qué negarlo: me pesa la soledad, tópico de la carencia, quería hablar —a alguien que me escuchase— quería oír palabras —dirigidas a mí. O callar: pero en compañía. Llevaba semanas sintonizando a pabellón abierto la

charleta más insustancial que pueda cazarse al vuelo en un parque, un bar, un tranvía. Y lo peor, encontrándole tuétano, muriéndome por intervenir. Propiciaba las interminables retahílas de Demetria, cogía el telefonillo cuando sonaba en otro piso, *me consumía durante horas el impulso de llamar a María y rogarle que viniese y llorarle la desesperación de su ausencia.* Ese estado penoso, ya extremo, me llevó al restaurante aun sabiendo que me arriesgaba a las consecuencias derivadas de mi destemplado adiós en el Torrotito y mi silencio posterior. Qué más daba: nos avistamos desde el principio, él instalado en su butacón, yo aguardando turno con resignación escolar: ¡dioses, cuánto deseaba un gesto amistoso en dirección a la silla libre que ocupé una vez! Lo cierto es que proyectó hacia mí su tablilla de dientes desparejos para, con un giro enérgico, señalar la mesa que me correspondía por estricto orden de espera. No cometí la indignidad de mostrar desencanto. Al pasar frente por frente incliné la cabeza, no dejó de escudriñar su plato. Conforme se vaciaba el comedor, el runrún de Moradillo, un rumor antes indiscernible, se imponía al silencio: ¡jejeaba solo mientras comía! Alcé las cejas, guiñó un ojo. En ese instante me hice la promesa, que no he cumplido, de volver: hasta que mi presencia sea una costumbre o una provocación. Fin de la reseña.)

Ni alude a lo que alude la reseña. Me tiende una petaca de plata (olfateo antes del buche: ¿jeriñac?) y mi mondongo acusa de golpe un ascenso de varios grados centígrados sobre una temperatura que, a la sombra, coincide —¡qué coincidencia!— con la de un niño sin fiebre. Me convendría sentarme pero no quepo en el banco, supero el sofocón abrazado con naturalidad a la máquina de chicles. Al cabo, se incorpora —operación compleja a la que no hace justicia un tímido verbo— y nos encaminamos hacia el centro a paso de viejo gordo

La implantación en el siglo XVII de la recién exiliada Compañía Joszuitina, con su agresiva cursilería y su perspicacia al poner el acento en lo más rudo y populachero —esto es, en lo más propio— de nuestras devociones, tuvo efectos catastróficos sobre un pueblo envenenado por la singularidad de su origen y la nobleza de su sangre…, ergo ya empeñado en cruzarse y recruzarse con borbónico entusiasmo: los nacidos aquí lucimos con frecuencia la uve mongoloide en la palma izquierda, ¿ve usted? Y ¿ya se ha percatado de nuestro característico mentón huidizo?

¡Claro! El actual —o siempreactual, por duradero— burgomaestre, Álvaro Ponzano (¿sabe que pertenece al Opus Gay?) hace de mano y barbilla argumentos electorales cada cuatro años ¡y ya lleva veintitantos sin soltar el espadín! ¡Y aun mejor: sin usar escolta! ¡No en vano lo llaman Su Recurrencia!

Sigue una erudita digresión histórica acerca de cómo las facultades suasorias contenidas en las fogosas homilías privadas del Padre Pergentino, Capitán de la Orden, caldearon el hasta entonces refractario corazón de la matriarca Quinconces a toda influencia papiszta. Doña Sabrina Quinconces abrió las puertas y las bolsas de la ciudad a los joszuitinos expulsados del resto del territorio aprovechando la incipiente decadencia de las familias Cota y Cotta, protectores a su vez de augusztinos y dominguicos: religión y patrioterismo excluyente van desde entonces unidos en estrecho abrazo, joszuitinismo y cantonalismo fraternalmente aliados para mejor canalizar en su provecho las tendencias homicidas jincadas en el genoma del capitolino viejo

¿Y usted, Garraiz? ¿Es creyente? ¡Ah! ¿No sabe? ¿Y qué? ¿Halla acomodo entre esta gentuza irascible y muy suya?

aaamigo: tú lo has querido. Empiezo a largar como el típico simpa de un viaje organizado. Que tome nota de mi *capacidad de observación*, de la *vastedad de mis conocimientos*, de mi *curiosidad insaciable*. Caminaba embebido en mi voz, me escuchaba discursear con un placer y un egoísmo obscenos. Remato describiendo mi paseo de mediodía por Opomona

> *De pronto me aturde el picante campanilleo de un cimbalillo de monago* (¡toma!). *El pórtico de una iglesia incrustada entre dos casas vomita un cortejo fúnebre que emprende la diagonal de una plazuela al ritmo arrastrado de una murga de chirimías y panderos. Un pescador ha muerto. El modesto pino de su ataúd de pobre está forrado con un lienzo embreado que remeda con patética dignidad la madera lacada: pero el mismo calor que acelera la descomposición de ese cadáver mal empaquetado reblandece el*

alquitrán, haciendo de la caja una exquisita trampa para moscas: por centenares acopian negro sobre negro, tiznan los brazos y el rostro de los porteadores, esfuman las aristas del féretro y lo ponen a zumbar como una turbina. Me fundo en la comitiva hasta que ese fragor airado y siempre creciente de enjambre en pie de guerra arruina de tal modo la solemne tristeza sin pamplinas —en verdad era sinuosa y melancólica la melodía, enriquecida con algún sollozo remiso de la viuda (una monada rural, por cierto)— que la he dejado alejarse, su nube negra añadiendo un burlón bajo continuo a la orquestina. Así que

hago una pausa satisfechísima de sí misma (había mascado la estampa durante el trayecto de vuelta, empantanado en el sólito quedecir del articulín semanal)

me he perdido el final, que se me antoja cochambroso correlato de un entierro imperial con el sacrificio masivo del ser más molesto y desdeñable: pegadas al ataúd, enterradas vivas con el difunto, miles de moscas formarán su espantoso séquito en la otra vida

afirmo sin modestia que en la última frase he dado en el clavo de la entonación cavernosa chipén

Excelente. ¡Bravo! ¿Ha calculado cuántas moscas son necesarias para llevar volando un ataúd al cielo sin necesidad de oraciones? ¡Alberga usted en su interior a un viajero del XIX! Estoy seguro de que su crónica interesará a un par de amigos míos —y suyos pronto, espero

sonríe Moradillo con sonrisa que no puedo definir sino como indefinible

¿Entramos?

se ha detenido indicándome una puerta de latón dorado y cristal de espejo: La Palmera Salvaje

Eeeeeh…, le sugiero que se limpie la saliva seca de las comisuras. No hace buen jejefecto.

Ajá

murmura Hadlatter tras un silencio. Moradillo me ha obligado a repetir la historia mientras aspiramos con doble pajita unas margaritas de balón *bien cargadas y bien froseadas*, como apostilla el chicano con vitíligo que bate la mezcla. Hielo para romper el hielo

La neurona sobreabundante de Piriç exudó hace años un corto ensayo —recogido en Rufus Sagarra (comp.): La pervivencia de lo tanático pueblerino— *en el que mostraba el valor profiláctico de tales exequias. Se trata de un eficaz mecanismo para mantener en una relación constante la población de hombres y la de insectos durante la estación calurosa, esto es, todo el año desde que padecemos la Maldición MeTeológica. Claro que era práctica común mucho antes de que se extinguieran las estaciones: se empleaban mezclas de miel y resinas, ligas que al igual que la brea de calafate se endurecen en invierno —¡que es, precisamente, cuando no hay moscas, según habrá comprobado en climas menos disparatados teológicamente!*

sorbo y resorbo. ¡Qué interesante!

Ítem más, el número de dípteros conjeturado por usted está muy por debajo del que Piriç calculó mediante un ingenioso procedimiento que yo no revelaré si él no desea hacerlo. La cantidad de individuos atrapados en la capa de galipote se sitúa entre los seis y siete mil si el recorrido supera los mil quinientos metros y la temperatura los treinta y ocho grados, condiciones sencillas de cumplir. Por otro lado, la variedad de especies capturadas era sorprendente: mosca verde y de despacho, mosca tuna y mosca lerda, moscarda, violero sumbón, jején, cagachín, chupóptero carroñero y bicho todo causante de comezón, rascazón y desazón. Quizá se trata de la brea, que a menudo mezclan con la sangre menstrual de las vecinas —conjurando, una vez más, muerte con fertilidad: el género humano es de una monotonía desconcertante. Los barrios más beneficiados por la razzia entomológica son los que cruzan habitualmente las comitivas por las llamadas Rutas fúnebres de Frecuencia asidua (RfFa) coincidentes,

por comprobación simple, con el metro cuadrado construido más caro de la localidad —ese sobreprecio supone el pago del Impuesto Implícito de Desinsectación (IID). Pero Piriç fue más allá (¡ah ah, siempre va más allá!) al probar que en el núcleo original aún no ganado por la especulación, la distribución de las iglesias con respecto al cementerio cubría de manera óptima la casi entera superficie urbanizada, actuando a modo de Red Insecticida de la Comunidad (RIC): lo cual, si no es un caso de sabiduría práctica prejrisztiana, parece una de esas astucias de la razón que defiende la escuela de Harry Marvin. Por otro lado, establecer el nexo entre un bajo índice de mortalidad de pescadores en tal año y el aumento de síntomas y enfermedades —tracoma, leishmaniasis o buba psicosomática— asociados a un insólito crecimiento de la población de insectos era estadísticamente consistente. Cuando el mar se muestra magnánimo proliferan ronchones, ampollas, habones y sarpullidos. Cuando sanguinario y déspota, se está tan ricamente. Este intercambio simbiótico no se ha alterado jamás.

¿De qué simbiosis me habla, qué ganan

se me ocurre

los insectos con su periódica hecatombe?

Los que se libran disfrutan de la muy mermada competencia trófica y sexual y los que perecen

caen sus párpados, asoma la punta grosella de su lengua

de unos minutoss… de enloquecidíssimo y muy promisscuo… placerrr, ¿no cree?

y se va canturreando

quiero quieeero quieeeer
la bella mueeerte del marineeeer
nun atauuud calafateaaaad

de viuda y madre acompañaaaad

hacia el reservado, mesa del fondo, en donde Piriç cumple con sus tres horas de estudio antes de confraternizar.

Nunca se separa de él más de media hora cronometrada de cada veinticuatro, sin duda se trata de un gran amor

no sé si ironiza Moradillo

será por lo que ha omitido mencionar esa particular forma de demencia local que toma forma en el embichao, un infeliz y frenético manoteador que en los casos perdidos se niega a volver a abrir los ojos y la boca y se tapona oídos y ollares. Según el año superan en número a los aventaos y a los tumbaos, que también abundan.

Traté al fin con gente, pues: a pesar de mí. La velada no fue muy concurrida, según comentó mi introductor, algo mustio. Poca mujer y mucha hormona de cabrón, preveo. Faltaban algunos de los habituales y no pude saludar al tal Piriç: no soporta que le presenten a nadie, ya se acercará él *si lo estima conveniente.*

La cerbera Demetria entra sin llamar, casi me sorprende jorungándome ante una foto de Rita Padrone en sostén de piculines. Con el codo ha doblegado el picaporte, ha desgoznado la puerta de un insensato punterazo y se aproxima envuelta en fabril nube de bandeja, la valva sin asa de un maletín roto: ahí humea su particular infierno un potillo de alubias y verdura terrosa, ahí se retuerce entre borboteos vesubianos una solitaria loncha de panceta. Sus entendederas no conciben un plato de estación única que alivie este calor de fragua. Pretende ponérmelo so la napia, encima mismo de la máquina de escribir y de unas seiscientas palabras acerca de nada

¡Aparte esa estufilla portátil de mis hocicos, desdichada!

nuestra relación ya está de aquella manera, trufada de complicidades. Saludo ocasionalmente a su marido. Cuarenta años de

sumisión al potro de la legumbre y el tasajo han reducido su rostro y su carácter a un puñado de torreznos, ignoro de dónde saca fuerzas para reptar. Cuando coincidimos estrechamos las manos transidos de piedad mutua: es un hombre bueno y su mirada me confirma que en modo alguno se regocija por mi suerte ni halla ninguna clase de malvado consuelo en el cosufrimiento. Posa la batea sobre la cama, se pone a barrer

Coññn, Demetria

gimo

hágalo en mi ausencia

se queda rígida, boquea tres o cuatro veces y de súbito

=ROMPE A CHILLAL DEJANDO CAEL
LA ESCOBA CON UN PLAS=

En susencia…, la puta que lo cagó…, qué paha, que ya no vi ni a podel mullil los ahumadones…, ya me echará a debel, yamecharaadebeeeel, yaaa…, con este lonbago que ma degenerao en ceática y este pumón charcao de espiral almoniaco…, toa la faena a mano y sin ultradomésticos…, perra vida atraquejada…, con la diabetis que parezco y seis partos y dos códigos flenéticos nestos güesos…, tol día hacéndome prebas, tol día en base a dorotines y no se me va la dolol…, ya vendrá, ya vendrááá yaaa a cantalme el rincantinpace y vaya si echará a debel a su Deme y a los cuidados de su Deme…, ¡tarde será para derrimirse!..., que sólo una causalidad poverbial me libró de la paca hace dos años cuando un remurguillo resaltó a peretonitis…, hasta me levanto por las mañanas como sueñámbula y sin cerculación…, ¡yncima!…, mañana mismo me hacen la biosi de una bola en la mama que me palpó Larcadio nun arranque…, pol si acaso las moscas, anque yo siempre me pongo en lo peol…, asín que tenga una queja de mis comportaciones y vaya al casero, vaayaaa, que ya verá en que ataero se meteee, cacho dee…, estudiantooo…, pues ya me pensaré si vuelvo a limpial más tarde y

así no hago estravío al señol alquilino…

> *¡Pero Demetria! ¡Sus pacientes le agradeceríamos que terminara la carrera que dejó colgada!*

yo qué sé, es por joder. Se despide con una higa folk antes del portazo. Al rato siento un retortijón. ¿Estará en su boudoir de meiga incrustando fabes en el vientre de una figurilla de cera amasada con mis recortes de uña y mis pendejos? —tres cuartas partes del importe distraído del alquiler se van en el salario de la gastrocida por sus servicios, bello verbigracia de cómo el delito abona el suelo de su castigo. Sentado en el retrete y ya entregado a hacer de mi persona con esa precipitación que rima con retortijón, me percato de que he olvidado sobre la nevera los números de Equinotauro que me regaló Moradillo. Cagarrina sin lectura / cagarrina pura y dura, por abusar del estro rimategui, así que acudo al envoltorio (¡benditos envoltorios y botes y prospectos y esprais que rebosan conseja!) de plástico que contiene cuatro rollos de Papel Sedoso Resistente y Muy Largo, aviso en letra diminuta al consumidor (¡qué ocurrente entrelazado liga las eses de Suavex y conSumidor!): n.º de servicios 232 ±5%, n.º metros rollo 32,5 ±5%, eso hace tarín barín ¡0,14 metros por *servicio*! Imaginar a un adulto estupefacto sosteniendo ante sus ojos de adulto estupefacto catorce centímetros de papel que han de dar cuenta de la grumosa distancia que media entre el perineo y la rabadilla o viceversa de un adulto estupefacto recuerda al chiste del niño y el billete de autobús. Para cualquier información adicional o sugerencia rogamos se dirija al buzón del conSuavexmidor, apartado de correos etcete. Buah, a ello: aumenten pordiosz la resistencia del aterciopelado tisú sin merma de su legendaria capacidad para adaptarse a los once rugosos pliegues que la luz del sol jamás visita, tíñanlo de estampados provocativos a la moda o a juego con las cortinas del baño, imprégnenlo de viril almizcle para la raja del hombre de hoy, de untuoso pachulí para la raja de la mujer de hoy, de talco y lavanda para la rajita del bebé de hoy y de fresca lima para la prometedora raja de la púber de hoy y regalen con las primeras promociones del feliz invento un portarrollos compuesto o multiportarrollos para que cada miembro de esta familia de hoy emplee el adecuado a su producción y dimensiones y ahora…, ¡ahora voy y me marco un lujazo

¡un lujazo! pasándome no menos de sesenta centímetros doblados en tres por la peluda grieta! *¿Se da usted cuenta, Míster Suavex, de por dónde me paso sus cálculos del culo?*

Su ingenio viste de pardusco, querido Garraiz

Moradillo al otro día

Quizá no sepa que parte de la fortuna de Piriç proviene de vender papel higiénico en un par de guerras con la bandera impresa de los países en contienda: eleva la moral de la población civil y de la carne de cañón pasarse la bandera del enemigo por el cárter. Anda haciendo lo mismo con los colores de los equipos de julbiton —un éxito, puede creerme: arrostra sin inquietud una docena de pleitos, sólo esta ocurrencia le ha dado guita para malgastar cien vidas. Naturalmente, lo que quieren los clubes es explotar el negocio, no acabar con él. ¡Pasta, julbiton y caca, nada de deontologías cojoneras! Le sugiero que solicite a Hadlatter un ejemplar de Isla Zurullo (DePhoe y la ingeniería sanitaria) *erudito opúsculo que Piriç publicó en separata hace unos años. Entre los infinitos intereses de este hombre singular no son los menores la caca y los insectos. Sé de lo que hablo, nos conocimos en el parvulario. A los cuatro años mataba moscas con cebo de baba y goma elástica, a los siete les ataba un hilo haciendo de ellas globos cautivos, a los once logró uncir once con un pelo de su primer novio —lloró de felicidad, creo que hasta recordará la fecha— a los trece sus moscas zumbaban por el aula ondeando injurias ilegibles escritas en medio papelillo de fumar, tal que avionetas de playa. Obstaré sus progresos infantiles en el terreno excrementicio pero ha de saber que en una década ha impuesto la bosta seca de vaca, en tortas retractiladas, como combustible de las cocinas económicas de toda la región*

Esa noche salimos juntos de La Palmera, he aceptado la en apariencia espontánea invitación de Moradillo a tomar la del estribo en su principesco principal, acorde con sus dimensiones. El edificio se alza en la linde sur del barrio más macizamente burgués de Capitolia, el ostentoso Sans-Repos, justo enfrente de la curva fachada italianizante de San Turce. Me informa de que al pronunciarse San Repó, las clases menesterosas llaman a sus hijos Repó en un intento de

darles caché de nacimiento. Mi oficasa ocuparía la cuarta parte del salón en que acaba de introducirme —constan otros tres, uno por estación, orientados a los puntos cardinales, pero la Maldición MeTeológica clausuró el resto y ya sólo se usa el Aquilón. El mulato ojiazulado que nos abrió el portón empuja, apenas cubierto por unos calzones de batik, un carrito tintineante en el que espejean una enorme cubitera y un vaso de batidora niquelado del que escancia dos daiquirís desde una altura considerable, con ademán natural por absorto, ayuno de volatines macarrillas

Usmail es habanés de Huantamano, no los beberá mejores

Usmail asiente con la mayor seriedad. ¡Lo que estoy aprendiendo de la priva en esta ciudad! ¡Aquí las cirrosis tienen clase! Y tras un sorbo sabrosón

Caliente vulva morena y blanca dipsomanía colonial: una buena mezcla de lefas lleva infaliblemente a una buena mezcla de alcoholes

qué capullo más salao. Antes de sentarnos extrae un hisopo chorreante de la cubitera —ahí nadan florecillas de jazmín y pequeños icebergs troceados con picahielos— y asperja con falsa unción el cabecero y las orejas de los sillones nevados de puntillas

Así combato la calentura craneal

Venía explicándome por el camino que el criterio de orientación en Capitolia lo determinan los negocios, las fuentes y sobre todo las iglesias, las Cien Torres, con frecuencia encajonadas al punto de ser indetectables: nudos de una imaginaria cuadrícula urbana troquelada en el cerebro del lugareño, que con seguridad no indicará jamás una dirección encadenando calles si puede cercarla entre dos o tres puñeteras iglesias. Por mi parte creo que tal sistema es, en su intrincada inasequibilidad y confusión históricamente inalterable, contrario a la llana buena voluntad que se observa en el natural de otras regiones, que se despepita en topografías aunque te esté

mandando al botero

> *Hasta hay ciudades en las que el así interpelado te da conversación mientras te acompaña a destino. En Rayyibat hasta me invitaron a comer cuscús*

Lo sé, lo sé, loséééé

insisto

> *Ayer. Pregunto a un fulano con jeta de enterao por la hemeroteca, me sabía próximo. Pues deje San Turrón a la derecha, suba la Escalerita Llana hasta Fray Escoba y otra vez a la derecha: es un edificio gris y sin balcones frente a Virgencita del Absceso, me espetó —¡sonrojado de autocomplacencia!*

Lo admito, lo admito. Pero nada de autocomplacencia, quizá petulancia ante un fuerano. Tenga en consideración este rasgo de modestia que también caracteriza al capitolino: aunque el número de agujas, torres, espadañas y campanarios supera con harta holgura el centenar, su idiosincrasia remisa lo redujo a cien antes que elevarlo al eufónico y rimbombante Mil, apto como insolente lema de blasón pero por ello mismo incompatible con una comedida reserva que juzgaría engreimiento hablar siquiera de doscientas

¡Qué tronado! He perdido el hilo pero no me acoquino

> *Jactarse de no ser jactancioso es la más jactanciosa expresión de jactancia*

Diga lo que diga, en realidad debería alegrarse de haber topado con alguien que supiera dónde está la hemeroteca: eso sí que es estrafalario. Por cierto, ¿qué quería usted hacer en la…?

en qué vamos a acabar, me preguntaba, cuando asciende un alboroto mamadísimo y el semblante de Moradillo muda. Brinca en el sillón y se apresura, muy alterado, hacia la repisa de la chimenea para abrazar una chichonera king kong size que había tomado por souvenir de una infancia macrocéfala o extravagante bibelote. Se asoma a uno

de los balcones

elne gro gayum ba
sale desu tum ba
yen calzon ci llos
can tau na cum bia
¡salne groga yum ba
quea tupu ta tiee rra
teva mosa mandaaar!
¡jaja jaja ja!
Negrohijueputica
¡teva mosa ma taaaar!
¡noesnada per sonaaaal!

Ésta se la cantan a Usmail. En casa siempre anda en ropa interior inferior

Y sigue vivo de milagro, a lo que veo
¡Ah, tierra de oportunidades!

laamu jer queal jodeer
nosien te placeer
esuuuuna puuuutaa
y sia garras purga ciones
macha cate losco jones
conun marti llopilón
chim pon

Ésta es muy popular en el estadio. ¡Sus y a ellos!

Moradillo ha enloquecido. De gusto, diría. Alza el brazo de hurgar, el ceño retórico, el ademán patricio y ¡se desgañita!

¡EEEEEEEH!
¡UEEEEEEEH!
¡¡OOEEEH!!

Los alegres vocingleros callan de golpe, buscando la voz que se ha impuesto a las suyas. Mi amigo se aclara la garganta y entona pianissimo un re menor que, remontando in crescendo, caricaturiza admirablemente al Genio de la Nevera de Henry Burrell

Si alguna vez a altas horas de la noch ehe ehe
os cruzáis con tres cuatro o más hombr ehe ehes
que miran al suelo ladrando a grito herid oho oho
que no eluden la sombra y caminan apris aha aha
como si el mismo destino a todos aguardas ehe ehe
tres cuatro o más hombr ehe ehes
que ora se empujan ora se cruz aha ahan
ora andan con la entera calle de por medi oho oho
todo esto dig oho oho
sin alzar la vista del nocturno adoquín tintirintín
os aseguro amig oho ohos
en alas del alc oho oho ohol
se encaran con mis hue voho oho ohos

podría seguir durante horas, imagino, pero el estupor ahí abajo es ya más que suficiente y —animándose con roncos evohés y destemplados alaláis— procede a extraer huevos del insólito recipiente que arroja con velocidad y puntería prodigiosas, puedo atestiguarlo desde el balcón gemelo. ¡Asciende una nube sulfurosa! ¡Huevos podridos! El grupito se disuelve entre injurias y blasfemias, las manos oficiando de yelmo o caperucita. ¡Galopan calle abajo coclop toclop, resbalan, ¡caen!! El artillero retorna a su sillón, se encasqueta la chichonera vacía, destella su tablilla tras el labio inferior y emite un garlido de cormorán petroleado que casi hace que me cisque encima. ¡Como un niño! (como los niños, amo y temo pasar miedo, pero mi grito de sorpresa no precede al llanto sino a una carcajada que corea la suya: porque, tal y como acabo de descubrir, Moradillo no sólo jejea, también ríe —y quizá acabo de asistir al mayor gesto de complicidad de que es capaz este fulano)

¡Vitor! ¡Vitor!

grito de puro gozo, hirviendo en alcohol.

Tengo un amigo.

Aun así: me pesan los meses en esta ciudad. Su luz déspota, el calor de lija. Echo de menos las trenzas de lluvia que entretejen los aleros —mis primaveras de estudiante en Colgadillo, revolcando el cuerpo desnudo en la última nieve, frotando la piel con una manopla de crin bajo el canalón que domaba el venero, el paisaje empañado por una niebla meona. Lo único que regala aquí un alero es el harapo azul tuareg de su sombra cicatera.

Un pordiosero costroso, el mostacho mogol curvado en herradura de mocos, solicita una botella de agua mineral en el quiosco del faro. Se la sirven con desconfianza, se la bebe sin respirar. Es visible su intención de irse de extranjis, por lo que es requerido al prontopago: asunto que zanja el fenómeno sacando (primero) de su mugriento zurrón y poniendo (después) sobre la barra una malla con tres kilos de patatas florecidas de gallitos sin dejar de repetir tomacariño tomacariño tomacariño a un gerente de lo más quijarudo. Es el calor, habría dicho Moradillo. Y es que la inversión térmica tuvo de hecho efectos devastadores sobre el emprendedor y enérgico carácter capitolino: en esta región surgieron algunas de las fortunas más cresas del país. Acerías, papeleras, astilleros y flota pesquera han perecido o desmedrado en un ridículo plazo de tiempo junto con los cultivos tradicionales y la infraestructura turística y hotelera. Subsisten las destilerías y bodegas, las plantas embotelladoras y las fábricas de hielo, progresan los campos de cáñamo clandestinos y las plantas desalinizadoras. La pasión por lo improvisado se marida con una indolencia tropical que no mitiga ni la Piedra del Santo. Nada se concluye. Obreros, jornaleros y marinos fueron a engrosar la horda de mendigos que parasitaban la vieja prosperidad: la ausencia de invierno es una bendición para una masa que representa, según datos de *La Caridad Bien Entendida,* boletín mensual n.º 312, II época, la quinta parte de la población. Es cierto, son innumerables: y despliegan en abanico una tipología de la miseria y de la demencia asociada a la miseria que acojona. Hay quien pide, quien implora, quien amenaza, grita, llora, canta, se hurga los pliegues en silencio, quien reza, recita o se dedica a trabajos peregrinos que le aseguran el vino y la sopa con

mendrugo de esa noche. Sacar las colillas de las ranuras del piso es uno de los más cotizados y hasta violentamente defendidos con el paloclavo de sacar colillas. La creatividad se dispara y una miríada de poetas callejeros y escribidores de toda especie te asalta blandiendo sus papelitos y sus azulejos dicharacheros, he empezado a coleccionarlos. En las aceras se suceden las pías estampas y las copias de clásicos a la tiza, museo en el que te dejan pisar los cuadros. En cuanto a los mutilados, forman un colectivo segregado por afinidad electiva o selectiva en los dos patios del viejo Almacén General de Coloniales abandonado: atestan como ganado las ventanas enrejadas y nada les entusiasma más que agitar los muñones al paso de quien atraviesa ese jardín de los suplicios. El gesto reflejo de horror del transeúnte antes absorto es su alegría.

Mariajo, dependienta de una de las licorerías que hacen paté de mi hígado, muy joven pero con el gesto ya mezquindado de revancha, es moza toda transitividad, la maltratada que maltrata (*Cuando mal-tratamos a alguien no nos damos cuenta de que lo tratamos-mal:* acaba de venirme a las sienes aquel catedrático de Deontología Periodística *(no hay tal lugar)* que cobraba por aniquilar nuestros espíritus a golpe de aforismo). Lo único que puede pisotear y pisotea de hecho sin melindres es el escalafón básico, el bicho repartidor, a menudo otro y distinto porque se suceden con frecuencia inaudita: al penúltimo lo despidieron por tonto, al último por demasiado listo, el nuevo es un haragán con los días de ocio contados. Mi afabilidad la desconcierta: también odia al cliente sin excepción, pero a mí no sabe aborrecerme mejor, se estanca. Hoy luce hipotenusa

¿Está enferma?

pregunto en un espontáneo ataque de (cortés) maldad. Se sobresalta

Lo que tengo es un sueeeeño

subraya bostezando. Sigue un silencio ruboroso. Teclea la suma con un guante de goma calzado en la zocata de sumar. No sé qué me

pasa hoy. Insisto, no sé qué me pasa. Insisto

¿Qué le pasa en la mano?

Ayayayay. Me lo merezco por ganso: una granizada de repulsivas descripciones de piel que se desprende a tiras, de contagios interdigitales, de la suciedad endémica a las botellas, de que ahora está húmeda (¡dioses, húmeda!) (¡sí, me encelo en un rijo de lo más zafio!) y —¡en efecto!— desenfunda por sorpresa un apéndice asfixiado, sudadísimo, un haz de chistorricas exprimidas rematadas en uñas rosa desconchón, irreal manojo de percebes abisales. ¡Dolor, dolor de nuevo, dolor *ajeno* de nuevo, dolorrl! Asqueado de esa impudicia de la que soy único culpable, verborreo al contrataque

¡Al médico, al médico, muchacha, que eso es más grave de lo que parece! ¡Uñeros infectados, papilomas invasivos, padrastros supurantes, ¡panadizos tuttiplawn!!

Recojo el cambio y me despido con una sonrisa que jibariza la del gato de Cheshire. La compunción de Mariajo no conoce límites. Lo cierto es que el puteo me ha dejado contentísimo, se nota que he pasado por una facultad repleta de catedráticos aniquiladores. Mientras pagaba y sin dejar de observar su mano, he estado a puntito de pedirle: ¡Hazme una m'kuka!

NOTICIA SOBRE LA PIEDRA DEL SANTO (Excmo. Sr. Dr. D. J. L. Romo Mercader, Catedrático Emérito y Académico de la Historia: *Curiosidades y Rarezas de la Muy Renombrada Villa de Capitolia*, pág. 177)

En Capitolia es corriente el consumo endonasal de un polvo blanco que se obtiene del rastrillado, secado y molturación de la piedra de la Gruta de San Periquitín, contigua a su iglesia, muy venerada por ser ahí donde el piadoso eremita entregose a pública penitencia durante los cuarenta días (treinta y nueve según algunos Padres por respeto al *record* de Jriszto Nuesztro Szñort) en que guardó completo ayuno,

nutriéndose tan sólo de la piedra que exudan las paredes chorreantes. Parece tratarse de algún extraño fenómeno de mineralización del agua, no explicado, sin embargo, por la saturación de uno o más elementos, como han revelado análisis exhaustivos cuyos desconcertantes resultados no han hecho sino fanatizar la ya justificada creencia local en lo sobrenatural de sus bondades. Úsase de fuerte estimulante y universal remedio desde la primera infancia: no hay botiquín doméstico sin un tarro bien repleto ni bolso o bolsillo en que falte la cajita que lo contiene, desde la modestísima de peltre con publicidad serigrafiada a la primorosamente labrada en metales preciosos. El único requisito imprescindible es una completa hermeticidad que impida tanto el fácil desperdicio cuanto la penetración de la humedad que, lejos de devolver el polvo a su primitiva condición, lo priva de sus benéficos efectos reduciéndolo a una masilla parduzca y grumosa que no tolera un segundo secado. El interior de la caja es de espejo o está muy finamente bruñido: sirve de superficie donde *enfilar*. En una ranura insértase la *jiley* o *yilé*, cuchilla afilada que sirve para distribuir la dosis dándole forma de recto reguerillo. Una cánula o *tubito* completa el pequeño equipo: con ella en la nariz enderézase la *loncha*, ora por un ollar ora por otro, inhalándola ora suavemente ora de golpe según sea el efecto buscado. Siempre que el consumo se mantenga dentro de los límites razonables impuestos por la antiquísima Regla del Triple Seis (no más de seis rayas de más de seis pulgadas en menos de seis horas) no son de temer reacciones secundarias o daños vasculares, aunque sean frecuentes, no obstante, las hemorragias nasales derivadas del demasiado ímpetu en la aspiración o de la presencia de gránulos cortantes en la loncha (los exquisitos suelen picarla más menudamente con un molinillo). Su abuso provoca crisis místicas, insomnio bíblico y perforación de tabique, sobre todo en los ancianos que acopian décadas *aspirando santo*. Que el uso de esta panacea data al menos de nueve siglos atrás lo atestigua el vómer limado de los cráneos hallados en las catacumbas de Capitolia y en la necrópolis de Torraderas. El cotidiano milagro de la gruta es que, a pesar de la explotación continuada —las doce concesiones se subastan cada cien años— no se agota nunca ni parece que merme: se dice que el santo se ocupa por la noche de abastecerla de piedra fresca.

Me quedo dormido soltando cuajos sobre la máquina de escribir, catatonia que no es consecuencia de una agotadora jornada entregado a la letra sino de una condensación terminal de la invariable borrachera de baja intensidad que suelo llevar puesta —y que me expuso, ahora recuerdo, a un amago de privación según me abría paso en el aire peguntoso de mis habitaciones. Ha anochecido cuando me despierta la radio de un vecino machacando el ritmo tostón del bailable de la temporada

algo pacha algo pacha algo pacha
con la cucaracha
por el tardo soltín de una almeja cachas
cucaracha cucaracha
corre el belfo carmín del cimbel del hacha
cucaracha cucaracha
y al amurrio festín de la gran hilacha
cucaracha cucaracha
un acuato delfín se emperló sin tacha
cucaracha cucaracha
algo pacha algo pacha algo pacha
con la cucaracha

La luz de la farola ilumina cabareteramente en el poyete a Cuca y Razza, mis mascotas ya o casi, diría que mesmerizadas por la melodía, tontas del culo, absortas. Quizá estaba aún medio dormido, pero me ha parecido que oscilaban un dos tres un dos tres a compás. Lo que —¡sin dudarlo!— puedo asegurar es: cuando el chundachunda ha finalizado han flexionado las patas, han dado unos pasitos vacilantes como si salieran de un trance, se han magreado las antenas y han reemprendido a la velocidad habitual su noctívaga cacería de migas y caca diversa sin prestar la menor atención a la teta tatuada que constituía el meollo del siguiente éxito de hoy y de siempre.

Borrachera de baja intensidad: ni esta ciudad ni este calor toleran la sobriedad. No hay abstemios, luego estoy en mi elemento. La falta de agua orientó definitivamente al capitolino hacia el desmesurado consumo de alcohol. Es corriente la gracieta

(cliente): *Refrésqueme*
(camarero irónico): *¿Un vasito de agua?*
(cliente): *Coñá quemao, coñá, que el agua es bien escaso*

Prueba de ello es que las dos partes de agua y el abundante hielo que contribuyen a la bebida nacional, el agüisqui, triplican el precio de la parte de scotch. En las farmacias he visto chupetes acallanenes con chinchón en la tetina. A partir de los catorce se permite el acceso a The Teendrunk, franquicia de locales autorizados en los que la muchachada de ambos sexos se trasvasa al mondongo barrilillos de cinco litros de cerveza de alta gradación que meará en las aceras antes de arrojarlos vacíos a la cabeza de los viandantes de ambos sexos.

(Mis relaciones con las mujeres) Baño en Opomona: encabalgado por sorpresa en una ola más que mediana aterrizo entre los muslos de una dama que hacía el muerto. Cree que *tsunami* es un feroz requiebro oriental. Me he visto obligado a nadar con cierto ímpetu hasta sacar ventaja a su marido, uno de esos tipos hirsutos que dejan el mar perdido de pelos.

No sólo es el rijo, que en algún momento tendré que aplacar por medios menos cartujos que el que vengo empleando. Es el asalto de la añoranza, esa zorra, la concubina del esplín. María es la añoranza. La pérdida anunciada y no superada de mi único triunfo (es repulsivo hablar así). La ternura que podía inspirar esa mujer sin consuelo. El deseo envenenado de perversidad al poseernos —por ser quien era. Ella supo (una conciencia lúcida envuelta en un cuerpo de fantasía arrevistada). Ella sabía: testificó el pánico inicial, el demasiado amor inesperado, mi necia altivez antes de desaparecer (todo había terminado para entonces, ¿no? Y sin embargo accedió a que pasáramos juntos esa noche tras mi último golpe de efecto en Parque Ténebre). Su…, *instrumentalización* la hacía reír: habríamos degenerado en una parejita deshonrosa hasta la abyección.

Basta.

Sí, sí sí síííííí

sisea el diminuto Piriç

Desde luego, desde luego

confirma rotundo. Mi interés por las cucarachas ha acortado distancias: ha estrechado mi mano con la suya, reseca y moteada de heriditas y postillas. Hadlatter se frunce en mohínes, sacude los bucles engominados con coquetería ofendida

La evidencia a favor de la multiplicación de insectos mutantes es ya ab so lu ta men te indiscutible. Los humanos tocamos aproximadamente a un millón de insectos por cabeza y en Capitolia esa cuota ha aumentado de forma a lar man te desde la divina canallada: este calor ha conseguido que el hogar medio capitolino albergue del orden de treinta mil habitantes, la mitad de ellos de especies importadas que jamás habrían conseguido sobrevivir en el frío y la humedad de antaño. Entre las cucarachas, por ejemplo: a la ya insólita cohabitación de Blatta orientalis y Blattella germanica (porque la pequeña siempre extermina o destierra a la grande) se han añadido las intrusiones masivas, en lugar alguno documentadas, de Blatta laponica, voraz ictiófaga y ¡va a llevarse una sorpresa! de Blatta maculata, de la que habrá visto enjambres asediando las moreras

¡Sapristi, es cierto! *¡Qué sorpresa!* ¡Otra margarita!

Sepa que poseo una granja en la que crío insectos para aprender a matarlos mejor. Bien: hace tiempo, no diré cuánto, que los insecticidas convencionales han dejado de ser eficaces en las centesimales proporciones, inocuas para el hombre, que se venían utilizando — y ahora mismo nos encontramos en un kuldesak. El penúltimo pesticida que desarrollé aniquilaba con contundencia y universalidad encomiables, no había bicho que resistiera en pie o a ala más de siete segundos y medio. Por desgracia, originaba malformaciones fetales en el frenillo. Inoperables. He vendido la fórmula a un laboratorio del Hexágono, ya sabrán ellos sacar partido

sorbe que te sorbe

Los insectos son un azote, son el Azote, créame: roban y contaminan

nuestra comida y chupan nuestra sangre y taladran nuestra carne y nos transmiten enfermedades que se han cobrado más vidas que todas las guerras juntas, ¡no lo ponga en duda! Su capacidad de reproducción los convierte en un multiorganismo polivalente al que sólo las bacterias aventajan en adaptabilidad. No sólo han colonizado territorios vedados al energuménico ecumenismo humano sino que además —¡son capaces de arruinar la economía de un país!

¡Es acojonante! *¡La economía de un país!* ¡Otra margarita! ¡Y bien froseada!

Pero a usted le interesan las que bautizaremos cucarachas bailaoras, ¿no es así? Pues ¿por qué no postular —a partir de la observación directa de una conducta que en apariencia discrimina entre estímulos melódicos diferenciados— un embrión de razonamiento destinado a la supervivencia? ¿Por qué, me pregunto y le pregunto, no podría haberse desarrollado el ganglio cerebral de la corredera común (multipedae sive asselli, animasculum sub aquariis vasis frequens, *así como al paso) al punto de responder sincronizadamente a un ritmo primario que además incluye la palabra que la designa desde que importamos el préstamo* kúkaraču *de Siberia? ¡Millones de generaciones de un organismo asociando su nombre a una amenaza de muerte! Si una mutación favorable —análoga a la que propició la resistencia de un grupo de individuos a substancias químicas letales hasta la fecha— provoca que un bicho sepa cuándo se refieren a él en el tono inconfundible que el ama de casa platónica emplea al chillar ¡Werther, una cucaracha! el margen de tiempo para una maniobra de elusión y fuga se amplía considerablemente, ergo se garantiza una cuota de supervivencia superior a la de sus congéneres —asociada a una mayor descendencia con probabilidades de heredar el venturoso gen auditivo. Ergo etcétera: por tomar aire. El refinamiento de ¡Frisco, esas margaritas! tal facultad implicaría la distinción de los matices de la palabra* cucaracha *en los labios del enemigo humano. De hecho, esa comprensión podría ampliarse a exclamaciones de intención pareja: aibalaosztia o cojóder, con la apropiada entonación de desagradable sorpresa, liberarían idénticos resortes de autodefensa*

Estoy atónito. Cómo me gustaría leer en el libro de la naturaleza

con la segura sabiduría de este hombrecillo que ahora hace unos rem mientras succiona el néctar de su margarita con la espiritrompa. Cuando suena a tubería con flato posa la copa y abre su cajita de piedra del santo, ornada con un cabujón, que me ofrece, tras trajinar dos rayas, con estudiado gesto de campechanía. Pues acepto: vigila este repentino acercamiento la pupila hostil de Hadlatter. El bienestar es inmediato. Inefable. Un golpe de brisa despeja la bruma baja que quería adensarse entre lengua y cerebelo. ¡Vengan tres copas! ¡Viva el santo! ¡Voy a adoptar este remedio! La excitación sobrevenida hace de Piriç un espermatozoide de unos cincuenta y siete kilos

¿Está usted familiarizado con la fisiología de la cucaracha, por cierto? ¿Nooo? ¡Aguarde!

que sale disparado hacia la cocina. De vuelta en la mesa, deshace el hatillo de su pañuelo y asoman dos ¡cucarachas! aún estupefactas por la reciente abducción. Hadlatter bufa y se da el piro. Celos, asco

Fuera ésta

a la escupidera

No es muy agradable, ¿verdad? Y además apestan lo suyo

se deshueva mientras encaja sus yemas desolladas so mis ollares

pero con lavarse las manos después queda remediado todo inconveniente

me paraliza un amago de pasmo. El tío adopta el gesto circunspecto de quien se dispone a dar una clase magistral

Como verá, se trata de la llamada cucaracha grande o Blatta orientalis, la más habitual por estos pagos…, casi negra, de unos dos centímetros y medio…, observe su cuerpo lustroso, bien barnizado de quitina…, dividido, como es corriente, en cabeza, con sus antenas y

(dándole la vuelta) *apéndices bucales y* (dándole la vuelta) *sus ojos compuestos de…, centenares de ojillos*

me trepana con sus ojillos

…, el tórax, formado por tres anillos: esta especie de escudo y los dos siguientes, de donde salen un par de alas…, veo que son muy pequeñas, luego es una hembra…, ¡buenas tardes, señorita! Las seis patas con tres articulaciones cada una y aquí el abdomen —descubierto, lo que confirma su sexo— también anillado y rematado en dos cercos, estos diminutos pinchitos

parece dudar un instante

No tenemos bencina para matarla

¿bencina? De los bolsillos saca un cuentahilos, unas tijeritas de manicura y la jiley bien afilada con que ha trajinado la piedra del santo. Me sudan las palmas de las manos (¡de ningún modo aspiraba a una conferencia del Naturalista Loco! ¿Me estará poniendo a prueba? ¡Veamos!)

Veamos

y con las tijeritas, en dos segundos, corta y separa lo que no sabría sino llamar la *tapa* de la cucaracha, toda la *parte superior*. ¡Por supuesto, la *señorita* patalea poniendo en juego sus dieciocho articulaciones! ¡¡¡Que le son podadas sin ninguna contemplación a la voz de statequieta!!! (¡Me estoy clavando las uñas en los muslos!)

¿Ve el enoorrme aparato digestivo? ¡Lo separaré para que lo distinga mejor!

miro a mi alrededor implorando ayuda pero esas sonrisas socarronas me ignoran

…, el esófago…, este ensanchamiento es el buche…, la molleja, el estómago…, estos tubos son los ciegos…, contienen un ácido que descompone los alimentos…, ¿me sigue, joven? Aquí el intestino, el recto…, estos hilitos son los tubos de Malpighi, que cumplen la función renal…, este otro tubo adherido a la…, cubierta, digamos, es el corazón…, y esta especie de agüilla lechosa es la sangre, claro…, dos pares de estigmas en el tórax…, ocho pares en el abdomen, que se prolongan en tráqueas…, así respira…, o respiraba…, ¡animalito! Y he aquí por fin el objeto de nuestras conjeturas: ¡Su Señoría el ganglio cerebral! Curummbu curummmbu…, ¡qué sorpresa! ¡Diga! ¿Aprecia alguna diferencia morfológica, quizá un aumento de tamaño sobre el…? Pero —¿qué le ocurre? ¿Se encuentra usted bien? ¡¡NO vomite sobre el ganglio mutante, *desdichado!*

Nunca podré olvidar el olor a cucaracha.

Fue la piedra del santo, de cuando en cuando provoca náuseas

me justifica bondadoso Moradillo mientras nos encaminamos, precisamente, a la Gruta de San Periquitín

Quiero que sepa que ese incidente no hizo sino fortalecer la confianza de Piriç en usted. Adora las reacciones, digamos, convencionales. Así me lo aseguró la semana pasada: ¿Garraiz?, dijo, He ahí un hombre de cuyo comportamiento puede uno estar seguro. Y añadió: ¿Qué es de su vida? ¿Se da cuenta? ¡Qué es de su vida! *Debería volver y dejarse de…, bochornitos pueriles*

De emotivo puede calificarse el acto de entrega de una cajita de platino con doble cierre y una cucaracha que a modo de sabihondo scarabeo egipcio —¡sol cenital que no deja resquicio a la sombra!— corona en pulido azabache el centro mismo de su tapa. Ofició de donante Dom Sem Moradillo, también motejado en su círculo de Maese Tarabilla y fue incrédulo y conmovido receptor del regalo Nicolás Garraiz (de momento sin sobrenombre).

La complicidad social que establece invitar a piedra del santo (a *santear*) y a compartir sus euforizantes efectos —ofrecer de la propia es un homenaje al huésped: agua, pan y sal del anfitrión, de ahí el malgesto del celoso Hadlatter— lo sella así el traspaso de esta joya diseñada con un punto de sorna: no cabe en Capitolia más alta manifestación de amistad. En un aparte casi ceremonial, contenido y sencillo, sin besos ni palmoteos de bodorrio, Moradillo *me confirma.* Ha abastecido la cajita con piedra finísima como polvos de arroz que ha adquirido en un puesto semiescondido, mucho menos ostentoso que los que atestan la entrada

Son para ignorantes y turistas cuando los había. Usted acuda siempre al viejo Esaac, su familia lleva generaciones suministrando a la mía y jamás hemos tenido un caso de tabique taladrado. Explota la mejor concesión de la cueva, la veta más pura. Puede estar seguro de que no la mezcla con nada

y me instruye en los movimientos básicos: luego me indica con delicadeza que debo invitarlo a una raya confeccionada por mí para mutar el regalo en intercambio simbólico que liquida el sarpullido de correspondencia, cualquier sentimiento de deuda.

Arrojado, emprendo la dirección del Fortín desafiando otro de los mediodías que gratinan este volován urbano parapetado tras las gafas de sol, una gorra de loneta y un diario abierto: derrotero sinuoso que zigzaguea a la caza de la sombra raquítica y del callejón angosto, que retuerce mis pasos y los somete a eterna aproximación a un destino que parece hurtarse. Pero sí, en el cielo canalizado por los aleros surge de cuando en cuando la plomiza mole capitana de un Peñazo más y más imponente y cercano hasta que desemboco en el Paseo Marítimo y desde el amparo de los plátanos entrenudados con injertos contranatura —que un lechón parapléjico podría recorrer la entera longitud del paseo sin tocar el suelo es dicho popular aquí— se hace completamente visible su majestad cejijunta. Sí, mis pasos abren senderos de jardín en esta ciudad. Cada recorrido exige su hora, cada hora su trayecto invariable: insensiblemente se van estrechando las márgenes del deseo y su arbitrio, esa despreocupación que constituía

antaño una forma privada de felicidad. Cuál es mi propósito, entonces, si un lugar me aguarda, si he establecido un comienzo y un fin, si abordo una cotidiana singladura determinada como tal por sus extremos. Pienso: *recuperar ese kilómetro infantil plagado de sucesos que para un adulto es un tiro de piedra, el corto trayecto que empreñaba una excursión completa —así el espacio inmenso contenido entonces en la altura de los techos.* De casa al colegio, del colegio a casa, el camino siempre igual y siempre diferente o al menos espléndidamente abierto a la diferencia. Mirar al suelo con la laxa pero sostenida concentración de quien vaga por una playa recolectando conchas de colores, aprovechar con disimulo las grandes baldosas blancas y rosadas para jugar a quien pisa raya pisa medalla quien pisa cruz pisa a Jesusz (quien pisa cruz moja en parrús: ¡hala, a pisotear todas sin misericordia!) desescombrar a patadas los pedruscos que siembran las ruinas de la muralla y testificar la ahora desesperada condición de la tijereta y su prole ciega, acariciar la estrella en la frente del jamelgo que arrastra, con espástico brío, el tílburi desvencijado desde el que por quinientas pelfas se visitan los lugares señalados de la ciudad. Entrometerme de oídas en las discusiones con que el viejo cochero, la vieja barquillera y el viejo del titirimundi matan la mañana hasta que una mañana cualquiera mate a los tres junto con el anacrónico, invencible optimismo de sus negocios. Y dejarse de niñerías, finalmente: sentarme en la misma silla del mismo quiosco, trasegar tres medias combinaciones, recrearme en la lengua acorchada y aturdirme en la visión y el rumor repetido de un mar que parece un anhelo sin cumplir. Capitolia da a un mar ausente —a pesar de que lo tengo ahí delante, oleando y oliendo como un mar de verdad. Igual podría contemplar un pantano desecado en el que se pudren, semihundidos en lodo, los pretenciosos balandritos que un día rozaron con su quilla la espadaña de una iglesia sumergida.

El mar está ahí. Pero no está ahí. Quiere ser linde de un desierto que en verdad prolonga.

Y sin embargo —ah, sin embargo— emprendí el otro día una lírica y muy vacua defensa pelágica ante Moradillo. A propósito de mis garbeos infatigables y mi afición al ferry

Y qué, Garraiz: ¿sigue usted poniendo a remojo las almorzas en las costas de la región? Dígame: ¿qué encuentra en Opomona aparte del fresco alivio que también le proporcionaría su bañera?

como de costumbre, no creo haber mencionado en absoluto mis incursiones playeras, pero empieza a ser costumbre sentir su Ojo quemando en el cogote. ¿Me sorprende ya, acaso me irrita? Yo qué sé. He visto su bañera, es la piscina de Mausolo. Usmail se la llena a diario, en horario de restricciones, con agua del mercado negro. Esto último, naturalmente, no es un chiste

No tengo bañera
¡Ah! ¿Una de esas ridículas piletas de ducharse en sentadillas, alors? ¡Como un auténtico capitolino! Pero claro, aún no me ha dejado hollar el polvo de su buhardilla

como de costumbre, en un pispás ha declarado varios frentes: la distribución de grasa en mi cuerpo, la higiene tradicional, la propia, la ajena, el protocolo de correspondencia debida entre anfitriones, la salubridad de mi vivienda, su familiaridad con el francés. Pero no acabo de encontrarlo ofensivo. Es mi amigo. Enfilo un poco de santo, ya poseo cierta destreza. Aspiramos, bebemos y me sumerjo en un atolón de palabras la mar de corales: la madremar *(mèremer*, musita Moradillo) que me acoge amniótica y me permite nadar con mis fuerzas por único techo, que me acuna y me devuelve juguetona a la muelle calidez de la arena, que me nutre los humores y me canta la

nana nanita nana nanita eeeaaa eeeaaa
que mi niño se me ahoga
maldita seeeaaa
eeeaaa

de sus olas, el papamar que inspira respeto en su ausencia de límites, en la tiniebla de su sinfondo y en las criaturas que lo habitan, que sabe rugir y fruncir el ceño y naufragarme y arrastrarme como un tanguista cabreado. En fin. Engarzando una almeja con un berberecho y chanquete a chanquete remato en fijaciones anales y miedos

primigenios, en ansiedad y placer, ingravidez testicular, suero salino, colirio y expectoraciones, en el alivio simplex de este horno inmisericorde. También aludo finamente a las mujeres semidesnudas. Callo: no he logrado arrancar la U que se le grapó entre las comisuras cuando supo que no tengo bañera. Sigue ahí, aun liberando un bostezo de ogresa

Uuuuaaaaamhsted, ¿nada mucho o se dedica a flotar? ¿Sus baños son breves o prolongados? ¿Se mete mar adentro o se masturba entre posidonias?

¡me ruborizo!

Nado cuarenta o cincuenta metros mar adentro y me dejo devolver por la marea corrigiendo ocasionalmente la deriva

¡He ahí una indolente forma de deambular*, tal y como imaginaba! Usted va a la playa* —ir a la playa*, una de las expresiones más repulsivas que se me ocurren, ¡por no hablar de la tal* actividad*!*— y *se mete en el mar porque le permite seguir moviendo las piernas en cámara lenta sin apenas desplazarse del sitio. Usted, reconózcalo, se pasa las horas por ahí: camina de día, camina de noche. Si no tiene un lugar preciso al que acudir y yo soy, creo, su compañía más frecuente, ¿qué hace sino vagar? Usted dice: paseo. Pero pasear no es una actividad sino una pausa, una isla entre dos momentos de actividad. ¡Usted es un tío flâneur, no lo niegue, preso de su obsesión ambulatoria! ¡Ti-tío flâneur! ¡Apuesto a que tiene las pantorrillas más torneadas que un marchador olímpico! Aderezar su artículo semanal: ¡un pretexto! Y la playa: ¿qué lugar más apropiado para quebrar el espíritu mientras asiste a la impúdica exhibición de las embrutecedoras distracciones midelclás y participa del repugnante espectáculo de centenares de hombres y mujeres aireando su nuda estupidez y sus axilas perladas, del retorno a una imposible adolescencia bajo la especie de la lesión física, de violencia sexual explícita o a duras penas contenida —todo bien aliñado con saltitos y carreritas y grititos de excitación y frotamientos de epidermis y tocamientos y asqueroso narcisismo y vanidoso melanoma y niños invariablemente jodiendo? Mi buen Garraiz: ¿qué tiene usted que ver con ese nauseabundo festival de la fea burguesía en pelota? ¿Por qué no admite que la capacidad de humor de un hombre sensato se agota ipsofacto ante ese grotesco panorama? Camine si quiere o deténgase en los bancos del Paseo Marítimo o en la mesa fija de*

sus cafetines favoritos, admire la ciudad desde el Peñazo, frecuente la hemeroteca o los lupanares del Barrio Verde, La Palmera o mi casa…, ¡pero déjese ya de playitas*!*

como de costumbre, me he perdido en algún momento de la disertación, pero está tan dolido que no puedo sino tomarlo en serio. Ha concluido la parrafada con el jejejejé más prolongado y conmovedor que le haya oído. Además me pregunto —vuelta a sonrojarme— si es corriente aquí masturbarse abandonándose a la amorosa caricia de las posidonias, esas praderas púbicas que la marea ondula para dar gusto al perineo o si me habrá visto con su Puto Ojo a despecho de la exquisita discreción que mantengo cuando me echo una gayola, sea náutica o de secano. Mas de repente se desata

¿Qué pretende usted con ese incansable deambular?

¡qué pelma!

¡Lea usted a Ovidio! ¡O a Fielding, que lo cita!: Quod petis est nusquam.

La labia de Moradillo prometía que las reuniones en La Palmera Salvaje estaban concurridas por lo más granado de la cultura capitolina. Quizá sea así, pero de una manera desconcertante. El núcleo generador lo constituyen tres amigos de infancia: Moradillo, Piriç y el Dostó, ginecólogo y médico general de la comunidad. El primero acapara el mayor número de grados en ese triángulo imaginario, suya es, sin discusión, la tiara chulescamente inclinada. A partir de él se desparrama un montón de piedras, como si el vértice de la pirámide se desentendiera de su base: Hadlatter, la atosigante pareja de Piriç, Suri o Limoncito, follabilísima, perdón, eurasiática que atiende la consulta privada del Dostó, Victoria, huesuda filóloga en cuyos incisivos mellados y reposada miopía azul mapamundi he creído entrever la promesa de un futuro refugio, Benito, joven introvertido que se ocupa en no sé bien qué —son hasta el momento los veteranos con los que he mantenido algo más que una conversación casual. Y luego una cantidad indeterminada de asteroides, de jerarquía y

posición también indeterminadas, que orbitan según se dé la tarde. Y yo, claro. Mi entidad, sea cual sea, se me supone por la deferente protección de Moradillo, así que no me he ocupado en desplegar mis (innegables) cualidades. Por el momento.

Benito y Suri están comprometidos, según supe ayer por una ligereza del Dostó. Registro el gesto atravesado que acompañó a la tal ligereza: quizá teme quedarse sin una ayudante a la que dispensa una solicitud tan afectuosa como la que me procura Moradillo en sus mejores momentos y tan cerrilmente paternalista como la que salpica en los peores. La devoción de jovencita tan frutal prestigia al Dostó, es obvio.

Un invierno el termómetro se instaló en las cercanías de los cuarenta grados y desde entonces no ha bajado: el calor maridado con la humedad de la región alumbraron durante un tiempo un clima propio de invernadero tropical que en la actualidad sería netamente semidesértico si no fuese por los inmensos arrozales de las afueras. A partir de los sesenta y cinco años y por debajo de los tres el índice de mortalidad se ha cuadruplicado y Capitolia se queda sin abuelos —víctimas del asma, de este síncope, de aquella apoplejía— y sin nietos, víctimas de la indefensa edad verdegay o de las cautelosas ocurrencias de sus padres: espérame quietecito en el coche con las ventanillas bien cerradas *para que no te pase nada.* No hay día en que no se cueza alguno. A este estupor socioclimático que no cede se añadió en los primeros tiempos el ataque de una variedad letal de fiebre hemorrágica, verosímilmente fiebre congocrimeana, que se cebó en una piadosa ciudadanía ya empeñada en novenas y rogativas oficiales. Comoquiera que no se había registrado un solo caso en medio siglo, las sospechas apuntaron a que el calor estaba en el origen del rebrote, pero ¿cuál es el origen del calor? Cuando lo he preguntado la respuesta ha sido poner cara de que no estoy facultado para entenderlo.

Tendría que haber visto Capitolia entonces

habla el Dostó

Esta hermosa ciudad, desierta hasta parecer…, ¡¡fantasmal!!…¡Cómo! ¿Lo he asustado? ¡Perdone! Tratarse de una enfermedad de bajo contagio no menguó el supersticioso terror del profano, no obstante el comparativamente bajo número de víctimas. Yo era un joven interno y le aseguro que el brote se atajó con solvencia dados los medios de entonces, pero hubo de ordenarse cuarentena y toque de queda para que la espantada no provocase una epidemia…, se cerraron las salidas del istmo, los trenes pasaban por la estación sin reducir su velocidad y…, recuerdo que Moradillo se dejaba allí las horas, aguardando a la primera mujer que una mañana descendería de un convoy al fin detenido, jojojó: un romántico, un sentimental, un indescriptible. El caso es que años después desposó a una joven monísima que tropezó al salir del vagón ¡cayendo en sus brazos! ¿Puede creerlo? ¡Derribándolo sobre el andén! ¡Tumbar a esa mole, ya ve usted! ¡Una mujer!

quizá me demore un día en matizar las inflexiones que exhibe este misoginecólogo al exclamar *una mujer*

¿Ya había adquirido el vicio de ver pasar trenes?

¡Oh no! Acompañaba a un amigo que iba a recibir a su novia…, es decir, a la Chica del Tropezón…, quizá estoy hablando de más. En realidad, detesto hablar de ello

Trato de improvisar una imagen de Moradillo joven y enamorado y seductor y botarate, oscilando entre la mala conciencia de una pasión desleal y la falta de resistencia a su funesto arrastre, dividido entre la inacción (¿cómo voy a levantarle la chica a mi amigo?) y la tibia carne ya estrechada y el perfume ya prendido en el corazón —así sea sobre un andén sembrado de esputos. El mustio silencio del Dostó me sugiere que él fue el directo perjudicado.

(Algo sé de esas escisiones. Cuando palabras como *traición*, *lealtad*, *autodominio*, *fidelidad*, *asombro* —*inevitabilidad* que acaba justificando la cuesta abajo— se vacían de contenido para constituirse en simple emoción maltrecha —ay de la pareja que tiene que ocultar al mundo su adúltero intercambio de flujos y ternezas de almohada.)

(Oírte sin escucharte. Olfatear tu nuca. Enterrarme en ti, María. Mi deseo es ahora tan simple como entonces.)

Deoth me dijo que este traslado se lo debía a él. Había hablado con su cuñado Alberto, el heredero. *Me lo dijo.* Qué hijoputa.

Suri (o Limoncito cuando ausente) se plantó en la consulta del Dostó con miomas en el útero y un título de enfermería expedido en Yakarta. Su competencia y su encanto, tan vivo, merecieron el afecto de un sujeto para quien la mujer es algo que se abre de piernas con la finalidad de someter a examen sus tejidos íntimos y apoquina sin haber obtenido la menor gratificación sexual. Presentada a —o quizá debería decir *exhibida en* (Benito)— la tribu de La Palmera, la desconfianza inicial, propia de estas rancias fratrías masculinas en donde las mujeres son motivo frecuente y aun exasperante de conversación pero casi nunca interlocutoras, cedió ante el filo sangrante de sus comentarios y sus desenvueltos modales de cortesana ducha en imponer un cerco de respeto a los patanes: cualidades que se mezclan de un modo fascinante con la ingenuidad de la niña aún no consciente de su capacidad para desvelar el epicentro macho que el abuelo, a despecho de la edad y la decencia, conservaba hibernado detrás de la bragueta barriguera. Se mezclan en su voz la cazalla y la campanilla de convento cuando simula ignorar las reglas más obvias del juego que perpetúa la pantomima de la seducción, tumba bebiendo a diez gitanos de parranda, blasfema como un seminarista poseído: atributos que justifican el afectuoso compañerismo pseudocastrense de un círculo que se quiere selecto. Pero también se abandona gustosita a los cleopatros homenajes de Hadlatter, embobado por lo que de más exótico gasta esa belleza

Más que esteta, esteticién

muerde Benito a mi lado por sorpresa.

Quod petis est nusquam. Pregunto a Victoria. Declama de corrido: Metamorfosis tres cuatrocientos treinta y tres. *Lo que buscas no está en ninguna parte.*

Conforme el cementerio del Padre Ladilla trepa por la ladera del llamado Cerro Desmemoria, la cuadrícula inicial se intrinca en bucles y meandros que culminan en el pequeño laberinto de la cima. En su centro reposan o se agitan por toda la eternidad los despojos del buen cura, inmortalizado aparte en un busto con coqueto roscón de pelo y barba hemipartida. Cabezota que amparan las alas extendidas de una muchacha a la bartholdi a la que por alguna razón han adherido unas alas extendidas, querubín de lo más sexuado que oculta su rostro entre las manos en actitud de *profundo dolor*, los pechos al aire y la vaporosa túnica ceñida a los labios mayores

¿Quién es?

pregunto mientras acaricio los deditos de su pie de mármol dando vidilla a una leve erección

¿La Innominada? Hay opinión diversa:

a/ Misericordia apenada por la muerte de su Campeón

b/ el alma del Campeón dándose el pésame

c/ la niña barragana que caldeó la pelleja del Campeón en sus últimos años

d/ el alma del Campeón desolada por el destino infernal que la aguarda por pertenecer a un cura con barragana, así sea de lo más misericordioso. Escoja, a mí me da igual

El Padre Ladilla, prosigue, era un noble heredero entregado a la jarana, lo prieto y lo mollar en su conjunto. Durante la Pestaza vio a Diosz en un arrebato comboniano y se negó a seguir a su familia, que huía por obvios motivos profilácticos a su fortaleza de Sierra Mellada. Tomó los hábitos de la Orden Auxiliadora de San Thander y fundó un gran hospital en el abandonado palacete: sus jardines fueron el núcleo germinal del cementerio

Caminamos sobre una colina de huesos amalgamados con cal viva

En su ancianidad salvó de la muerte a una chiquilla que ya no lo abandonó un instante, enferma de fe y gerontofilia. Si la estatua es fiel al original puedo conjeturar los nocturnos ejercicios de devoción. Canturreo

los canónigos madre
no tienen hijas
lo que tienen en casa
son sobrinicas

Bravo

¿Y el nombre del buen cura?

¡Ah! ¡Eso! Con sacrílego desparpajo renacentista acallaba el agradecimiento del pueblo y las alabanzas a su santidad afirmando de sí mismo que sólo era una ladilla en el Divino Tesztículo. La tradición también afirma que se dirigía cariñosamente a su inseparable amante como mi ladilla *—mote que, por razones análogas, le ha caído a Hadlatter entre algunos contertulios, como si no le bastase el propio. Una jerarquía de cohone, ya ve usted —recordará, en cualquier caso, que San Elipando llamó borracho* y *farsante a San Beato de Liébana, el cual le replicó llamándolo cojón del Antijriszto. Así pues…, un hombre ejemplar pero no tan ejemplar, al uso. Un santo* dudoso, *pura esencia capitolina: por eso no está canonizado en una ciudad que rebosa de santos locales. El laberinto que encierra su tumba simbolizaría los vericuetos de una alma compleja, tortuosa, más apartada de lo deseable de la llaneza sin recovecos que exige Diosz de sus servidores. Los nenes se pierden en él, a modo de barrera a una influencia demasiado temprana*

Me guía entre senderos recoletos hasta llegar a un umbrío panteón, flamígero revival sobrevolado por una roca horizontal cubierta de vegetación. Bajo el rosetón con tracería destila cardenillo el bronce de los apellidos cota y cotta. Consulta la saboneta

Seis minutos

humedece el índice con saliva y señala al cielo, se derrumba en un

escalón ante la puerta de hierro macizo, me tiende la petaca de jeriñac. Rehúso, estoy empapado mientras que él no luce ni una perlita entre las cejas —ahora que lo pienso, no lo he visto sudar jamás a pesar de los grados celsius externos y los grados baumé internos, de los años y los kilos que desplaza: una excepción notable a las reglas de la física transpirante (comentarlo con Piriç).

Disgregado y tímido al principio, unánime y atronador y desordenado pandemonio al poco, el mediodía restalla en la ciudad con un trallazo de campanas que reduce la salva del Fortín a petardo de barraca: el sonido se ondula en un trémolo de amplísima frecuencia, amasado poco a poco en un continuum vibrante que rebota como una tromba de agua en la semibóveda de nuestro abrigo de piedra. De este tornado acústico que ha anegado hasta el paisaje se destaca de pronto la cadencia lentísima de un estremecedor y sobregrave tolón que acaba de cumplir sus doce horas cuando ya se ha apagado el último y más impuntual tañido. El arrollador sopapo me ha pillado de pie. Me dejo caer sobre la grava, aturdido del culo.

No sé cuánto tiempo ha transcurrido desde que la voz de Moradillo se ha impuesto al silbo acufeno

¿La ha oído? Es la gran campana catedralicia de La Milagritos, ¡gigantesco prodigio de fundición que no soñaron con acometer ni los maestros metalúrgicos de los zares!

Pe-pero ¿cómo es posible que no haya percibido jamás *esos delirantes badajazos?*

Es simple. La tal campana no existe. ¡Sólo se oye desde aquí!

Apresura el descenso de la colina, casi lo pierdo en el columbario (¡aguarda, vieho!) se detiene al fin. Congestionado

He compartido con usted un secreto de familia. Por favor, sea discreto.

Salimos por la puerta de Sanseacabó, la capilla en donde se rezan los últimos responsos. Resto del día con migraña y taquicardias.

Romo Mercader, op. cit., nota a la pág. 312:

La iglesia de Nuestra Señora del Milagrito, conocida popularmente por La Milagritos, fue capilla de vocación neogótica alzada con un fondo provisto por las familias Cota y Cotta con motivo del casorio entre Don Rodrigo Cota Canopizarro y Doña Luisa Cotta Goñi-Goñi. Milagro y no pequeño era esta alianza que unía de nuevo a las familias poniendo fin a una enemistad que se remontaba a la fundación de la Villa, cuando los hermanos Cota diéronse simultánea muerte a espada envenenada y la rama del menor distinguiose mediante la inclusión de una T supernumeraria en el apellido. Es de reseñar que los primogénitos varones de esta estirpe avejentada sigan heredando los nombres de Rodrigo y Hugo hasta nuestros días.

Concluida la iglesia en plazo brevísimo, fue capricho senil del patriarca Cota pagar la fundición de la más enorme campana que jamás hubiera aventado sus piadosas notas sobre la jrisztiandad. Inútiles fueron los juiciosos ruegos de familia y amigos para que desistiese de tan descabellada ocurrencia: la campana fue fundida por un ambicioso artesano que proclamose Gran Metalurgo, ávido de atraerse el favor del tronado, y alzada a lo más alto de la torre tras unas pocas y apresuradas reformas estructurales. Sea porque éstas mostráronse insuficientes, sea porque la bárbara vibración debilitara la entera armazón del edificio, el hecho es que durante el ensayo general y expirada la duodécima campanada de su primer mediodía, desplomose el campanil sobre la multitud extática y ofuscada con tan gran destrozo material y efusión de sangre (incluida la del viejo Cota, aplastado por su propia insensatez) que celebrose la boda en un tablao y abandonose sin reconstruir La Milagritos. El bronce rajado fuese a escupir fuego en forma de bombardas y culebrinas y campanero y maestro de obras dieron con sus huesos en la cárcel. Que toda la ciudad estuviese de acuerdo en que jamás se había gozado de tan celestial docena de badajadas en tiempo ni lugar alguno no acortó en un minuto sus condenas.

Es sabido que el tercer hijo del matrimonio, Bernardo Cota y Cotta, entregó sus fuerzas y gran parte de su cuantiosa herencia a la recuperación del tañido que sólo se había oído en tan funesta ocasión. Para tal fin se sumergió en estudios de metalurgia y física acústica y en el diseño de campanólogos y carillones, rodeándose de una

pequeña corte de sabios y músicos a quienes se debe la concienzuda y exhaustiva catalogación de todas las campanas de Capitolia. Es común opinión que ningún fruto real obtuvo de unas investigaciones que no gozaban de especial popularidad dado el catastrófico antecedente. Dícese que acabó sus días deambulando sin rumbo por los cerros de Capitolia en busca de un emplazamiento geodésicamente óptimo donde erigir un panteón que favoreciese la resurrección de la familia. Finalizado tras su muerte al amparo de una cornisa rocosa, la fachada del panteón reproduce a pequeña escala la de La Milagritos.

De la total desaparición de los restos de la iglesia fueron responsables las agitaciones callejeras que preludiaron el fin del Sexagenio Cantonal, yendo los píos sillares a engordar las barricadas. En su solar álzase hoy el Banco Central de Capitolia.

Así pues, ha investigado usted por su cuenta

Moradillo hurga en una estantería de la biblioteca. Vuelve con un grueso cuaderno de tapas guarnecidas, unidas por una presilla de cerradura que abre con una llavecita que baila en su leontina

Era una capullez mostrarle el prodigio y dejarlo a medias

Parece contento. Usmail también. Pues yo también

Dardón, Piazza y algún otro mantienen, con Romo, que Bernardo Cota y Cotta no logró reproducir el sonido de la campana porque no consiguió fundirla. Los moldes de marga originales, los planos y las notas del proceso se perdieron en el incendio provocado del taller del Gran Metalurgo, en el que se asaron sus despojos tras ser linchado por la multitud: afirmar que fue encarcelado es falso, sin más, un acto de misericordia impropio de este pueblo amante de la chacinería. Sin duda era un individuo desmedidamente ambicioso, pero también un genio a quien sólo podía emular otro…, genio. Y perdone por aplicar la palabra genio *a un individuo, es repulsivo. Gobo sabe, brefiero* bongsdruo

ganguea un poco debido a la generosa ingestión del batido de

Usmail. Bebe, bongsdruo

Bernardo resumió en este cuaderno seis décadas de búsqueda maníaca. No lo aburriré con las interminables listas de aleaciones y los cientos de diseños ensayados: fue un tronado capaz y meticuloso que desconsagró y subvirtió los procedimientos tradicionales. Aquí, por ejemplo, muy tempranamente

He conseguido el más pulcro, espiritual y argentino sonido que jamás haya parido una campana de siete toneladas mediante la simple adición de un 1% de platino, propio de las campanillas ornamentales, a la tediosa receta de 75 partes de estaño por 25 de cobre que se viene usando sin variaciones desde…, desde la edad del bronce. ¡Un nuevo concepto de campana quiere abrirse paso y yo seré su heraldo!

Bueeh…, muchos años después detalla la realización de un ingenio que permitiría la reproducción eléctrica del toque de cualquier campana previa introducción de los parámetros de aleación, peso, sección, estructura: es pasmoso. Gongs chinos, címbalos, cencerros, campanas karakane, cascabeles, esquilas…, ningún

instrumento-de-cuya-percusión-simple-se-espere-la-emisión-de-un-sonido-con-afinación-y-finalidad-previstas-de-antemano

(disculpe el espesor, es la propia definición de Bernardo) escapó a su análisis. Pero en fin, en lo que toca al gran proyecto de su vida, los problemas se acumulaban: ¿Había empleado el Gran Metalurgo aleaciones diferentes para el badajo y el metal campanil? ¿Qué diseño tenía el badajo? ¿En qué maderas había tallado la melena? El patrimonio antaño opulento empezaba a adelgazar y la empresa, tal como señala Romo, no despertaba entusiasmos institucionales o populares, ni como experimento crucial ni como espectáculo de kermesse

carraspea *significativamente* y en su oscuro rincón, envuelto en humo, Usmail abandona a Hegel para armar un puro sobre el muslo estupendo, que tiende a quien lo ensalza como dignísimo hijo de la mejor torcedora de Huantamano antes de aproximar la punta a la esfera de un reloj de mesa. Un esqueleto encapuchado surge de una ventanilla y lo guillotina limpiamente con su guadaña, abandonando

en el salón el cascabeleo de su risa mecánica

Obsequio de uno de los mecánicos de Bernardo, un pionero de la cruzada antitabaco. Mmmmeuhstábamos en que…, en el momento más crítico de su trabajo llegó a Capitolia Van Offel, un excéntrico carillonista formado en la universidad de Kalotho que había tenido noticia del empecinado investigador y (deslumbrado) se puso a su disposición sin pretender más recompensa que el triunfo de la ciencia. De lo trascendente del encuentro da cuenta una anotación…, aquí está

Los rosados dedos aurorales nos sorprendieron discutiendo con la misma pasión de diez horas antes. Brillaba de suyo en los ojos de Fanófel ese reposado fanatismo que exijo en todos mis colaboradores —el que alumbran los míos cuando me afeito ante el espejo en tanto canta el lujurioso gallo, el que teme mi esposa esas noches…, *esto me lo puedo saltar…* Al despedirnos con efusivo estrujón de manos estaban decididas las líneas maestras que conducirán al resultado final, el tolón absoluto. ¡Qué bella luz vertía el alba sobre los años por venir! ¡Qué premio inesperado a la dura labor de los años transcurridos!

Como cronista es un excelente campanista

acota Usmail

Sí, estaba algo ido: qué duda cabe. La inmediata consecuencia de esta alianza fue el despido de buena parte de los colaboradores y de todos los parásitos que añadían vistosidad a esa estrafalaria corte de estudiosos. Van Offel se trasladó al laboratorio, del que rara vez salía. En ese hombre desaseado convivían varios, todos muy útiles: el necesario contrapeso del poco sentido práctico de Bernardo. No sólo era el inventor prodigioso de unos pequeños prismas metálicos, unos lingotes que, soldados a la campana, modificaban la altura, tono y timbre del sonido a su elección (genial solución técnica derivada de la Teoría del Megacampano —o Metacampano— que deslumbró, al alba y como el alba, a su mecenas): fue además el gestor que llevó a cabo un colosal proyecto con dinero oficial sin que jamás la fuente del dinero oficial sospechara que ése era su destino. El Konsejo costeó enteramente la catalogación de las campanas de Capitolia

sin apercibirse de que la finalidad última era modificar sutilmente su sonido para ajustarlo a cálculo y medida y formar a mediodía, en condiciones eólicas favorables —el ábrego dominante— una única y colosal campana de turbador y gravisonante tañido que habría de oírse desde un solo punto: *el que Bernardo buscó y halló en sus últimos años so pretexto de no sé qué extravagancias de ultratumba, ahí donde hizo construir el pabellón resonador bajo la apariencia de panteón familiar. La campana que existe pero no existe, la misma que lo sentó la semana pasada*

se explaya en mil detalles con puntillosidad sorprendente y ridículo apasionamiento. Con franqueza, ¿qué mierda me importan las propiedades acústicas y los porcentajes de aleación y los ajustes en la temperatura de fundición de ese instrumento del infierno? Por instantes me siento el sujeto de los experimentos de un chiflado. Mi vida se dio un garbeo por mi cabeza hace una semana: pero no se lo diré a Moradillo. Mi cabeza era el badajo del Megacampano, ¡pero no se lo diré a Moradillo!

PUM

¡Mortífero jardín, vergel de flores enlutadas! El anticiclón hostil y las hazañas bélicas de los cacarras me habían habituado a un ulular ininterrumpido, pero al sólito coro de sirenas de policía, bomberos y ambulancia se une ahora el reciente y ronco uiu uiu de diez coches fúnebres, pagados por la municipalidad, abriendo zanjas entre el tráfico: un pío tropel se santigua a su paso con viveza que tiene más de lagartolagarto que de profesión de fe. La neosirena mortuoria sirve de fondo a una canción del popular grupo local Max y Los Turbadores, que martillea el sufrido yunque de la audiencia con

la voz de la Paca
ataca mi ciudad
me ataca me ataca
la voz de la Paca

El Gran Konsejolari, respetado melómano, ha compuesto en

persona las dos notas de la sirena, en tono menor y tempo maestoso. La pieza, intitulada *Sirena,* fue estrenada por la Orquesta Harmonika de Capitolia el pasado marzo ante selecto auditorio.

Aquí a la muerte la llaman la Paca: la parca en versión vecina de toda la vida. Qué sabiduría. Y a los tontos *campanos*, según me ha ilustrado Deme cuando he derribado inadvertidamente el cubo de la fregona.

Suri ha succionado al más delicado y menos pertinaz de sus acólitos, Benito de tímida sombra. Podría haber dicho: Suri y Benito se han casado, pero la impresión de que es la reinamantis de los sueños húmedos la que ha escogido de entre sus súbditos al que caldeará su lecho (¿antes de mandarlo al tajo?) es demasiado evidente. No me invitaron a la boda por la Igleszia así que no tuve que inventar un pretexto: en verdad en verdad aborrezco ese público intercambio de promesas entre dos individuos disfrazados con traje de un solo uso ante la autoridad de un mamarracho policromo, un pajoso vocacional que improvisa acerca de lo que ignora por completo. Convivir con un, por principio, desemejante el resto de tu vida, mantener a los pequeños intrusos que has engendrado con ese desemejante y que terminan de aniquilar la imposible convivencia con ese desemejante: hábleles de eso, seor curita. Inseguros, amedrentados, incompetentes para lidiar con lo que se les viene encima: buah, cuestión de tiempo, como bien sabe ese centenar de espectadores endomingados y ya hastiados de pisotear las mismas promesas que susurraron un día con voz trémula ante otro capullo con casulla en la capilla.

De la vida matrimonial sé tanto como un cura. De técnicas de masturbación, probablemente menos.

Al día siguiente de la farsa percibo una atmósfera del todo anormal en La Palmera. Atufa a derrota física y moral, a francachela agriada, a manzanilla y poleomenta. El silencio deja oír el siseo de los vasos hirviendo con digestivos y analgésicos efervescentes (que el Dostó reparte con generosidad) y el tintineo de la cucharilla de Frisco batiendo rondas de bloody mary. Sin descanso se enderezan lonchas

sobre el mármol. La atomización es general: los corrillos animados y cambiantes, las mesas adosadas con ruidoso arrastre se han disgregado en islotes que no acogen más de tres náufragos. Una carcajada con picos de histeria y final abrupto quiebra de cuando en cuando el murmullo de confesonario. Moradillo revisa unas galeradas acodado en la barra

Observe, mi buen Garraiz, el deplorable espectáculo —una vez más, una vez más— de la volubilidad humana. Ayer actuaban como una manga de ingeniosos bufones: hoy parecen directamente tontos. Pero si cree ser espectador de una simple resaca, eso sí, de dimensiones colosales, les estará haciendo el juego. Es lo que ellos piensan: que sólo comparten pésimo humor, acidez y cefalea. Sin embargo, hay quien desde ayer odia a Limoncito, quien a Benito, quien a ambos, quien a sí mismo. El bombón y el inhibido son matrimonio. Nunca más individuos: complicidad reabsorbida en el dúo, ya no compartida, complicidad que le ha sido sustraída al grupo y acaparada por —según creen— un incapaz. Mire: las mujeres hablan de lo de siempre en el tono de siempre. ¿Pero los machitos…? Una barrera invisible se ha abierto entre ellos y su deseo nada solapado de una joven hermosa, accesible y libre. Les pesa la conciencia de no haber actuado a tiempo, *de haberse dispersado en traca y pavoneo. No admiten que su trofeo haya caído en manos de un rarito, que ese apocado manosee a la intocable y la haga suya. Pero ninguno asumirá con franqueza que le hayan pisoteado su ridícula fantasía de las primicias, esa membranita delirio de gañanes*

¿Las primicias…? ¿De qué me habla?

¡Hombre! Bueno…, ¡no tiene por qué saberlo! Una de las razones por las que el Dostó, ese erotomitómano, atrajo a Suri a este garito que hiede a jabalí verriondo era observar el comportamiento de una virgen *en el centro de un cerco erizado de vergas. ¿Cuántas veces lo ha escuchado recitar de memoria y con fruición ese pasaje de Pausanias en que una mujer bárbara es abandonada en una isla de sátiros y violada por la vía* habitual *y las* inhabituales*? El Dostó nos trajo a una virgen tardía, bella, desenvuelta y amoral que aun así mantenía a raya su propio fuego al punto de despertar sospechas acerca de sus inclinaciones sexuales*

¡Pero el Dostó es un hombre sensato!

¡Y Bruto un hombre honrado! Sin duda: ¡de un equilibrio y una honorabilidad irreprochables! Lo que de ningún modo impide que padezca la obsesión del himen y lo investigue en relación a las conductas individual y social. Con respecto a Limoncito, él mismo abrió la caja de los truenos durante una lenguaraz borrachera, ya legendaria. Al día siguiente berreaba su arrepentimiento por haber transgredido el secreto profesional, aunque lo que lamentaba de veras era haber maculado un gozo hasta entonces secreto. Ítem más: me consta que se trató de un acto calculado destinado a poner en marcha el pequeño experimento que finalizó ayer. *Que finalizó…, no es del todo exacto. Hay quien reconducirá su estrategia de pigmalión de coños, usted perdone, hacia la de tallador de cuernos, hay optimistas que sostienen que no será Benito quien haga sangrar a Suri y*

Disculpe, Maese: ¡estas especulaciones son repulsivas!

¿Sí? ¿Sí? Disculpe usted: yo diría catoliszantes. Quizá tenga razón, no hay muchas distracciones en una ciudad con diez cines. Me sorprende, no obstante, que no aprecie en lo que vale este dramón provinciano. ¡Contemple a esos miserables, sobrecójase con el rostro desencantado y macilento *del Dostó! ¡Sólo quieren olvidarla, olvidar a ambos! ¡Que no vuelva, que no vuelvan!*

(¿Especulaciones repulsivas? ¿Soy un puritano? ¿Un sentimental?)

(Sufro pequeños lapsos atónitos. ¿Quizá debería echar de menos algo de lo que dejo atrás? Releo estas notas y ya desde el principio me hallo jactancioso: *que este sol achicharre mi pasado con sus habitantes y lugares.* Hoy me siento menos fuerte. Y más clemente. De hecho, tan débil como para aspirar a la clemencia ajena.)

Constato que, tal y como mencionó Piriç, una cucaracha puede vivir nueve días sin cabeza antes de morir de hambre.

Tintinean melodía de trineo las cuatro botellas en la bolsa de plástico, cascabeles del borracho. Repaso mentalmente las peculiaridades (un golpe de salsa de soja, un chorretín de jerez seco, un rastro de vermú francés) del insuperable bloody mary de Frisco, que voy a reproducir en mi cálida morada. Qué sería de mí sin los

barmanes: estiro una sonrisa de caimán al recordar a Pollo, una institución parapetada cuarenta años tras la barra del Trinquete. ¡La ronquera prodigiosa (sin duda era un cáncer) de Pollito, ya perdida para siempre, celebrando mi llegada! Cuando sentía que la garganta iba a pique aislaba sus manos con guantes de látex para aminorar los efectos de la humedad y el frío de la coctelera y el hielo, tan perniciosos para el delicado gañote. ¡Yo-yo te saludo y desde mi hígado inflamado te invoco allá donde mezcles o yazgas, Pollo o Pollito: príncipe de los coperos siempre! Fui afortunado al conocerte: gocé de tu memoria infalible en la fórmula y el matiz, de tu pulso insobornable en el reparto de destilados, guindas confitadas y lascas de corteza de limón, de tus muñecas flexibles como juncos churreros, de tu destreza sin igual en las mil formas de mecer, batir, agitar, zarandear, revolver, colar y escanciar alegría a los mortales. Si supieras, oh Pollo, que cada vez que me hipnotizaban tus manos diligentes de químico tronado tronaba en mi cabeza: ¡hazme una m'kuka!

En el otro mundo, el anciano Ji
seguirá destilando su vino.
Pero, ¿a quién se lo venderá
si Li Po no está allí?

Estoy bien, estoy bien. Cómodo. Se tragan mis artículos, uno detrás de otro. Es cojonudo, ya soy pariente menor de esa casta inconcebible que cobra por contar que ha visto un peliculín, ha leído un librito, se ha tomado unos vinos con fulano, se ha enfadado con mengano y ha hecho unas sentadillas en el gimnasio con zutana. Ítem más a mi favor: nunca he pretendido someter mis días a la disciplina del cambio, a esa disponibilidad instantánea soldada tópicamente al retrato robot del periodista soltero. Todo lo contrario: he llevado una vida de sección de tercera, casi administrativa. Notas de sociedad y necrológicas, meteorología, aniversarios, recensiones en negro de autores ignotos o piadosamente olvidados, inmobiliaria. ¡Numerología! ¡Horóscopos! Lotería, cartelera, gráficos. Coorreccción. Esto es, he escrito en un diario como quien anota una dirección en el margen de un diario o se limpia el culo con la página de deportes. Entre los apelativos que uno puede reunir en veinte años, tuvieron

algún éxito los de *el sustitutito* y *el culi de la tinta*: cómo romper las costuras de traje tan bien cortado. Pero bueh: ¿aspiraba a otra cosa? ¿Reclamaban mis facultades y mi ambición algo diferente? Ahora mismo respaldan mis artículos veinte años de retroalimentación asumida, de mutuo acuerdo con los que pensaban de mí que era el pringao a propósito para desempeñar (hasta la consunción) tareas que ocupan a un novato o a un becario un par de meses. Jamás me opuse a ello, me ahormé con docilidad a las nulas expectativas que, al parecer, desperté desde el principio. ¿Qué se me está pagando, entonces? ¿Mi época de gloria en el periódico, cuando bajo el pseudónimo de Martí Olivé Agustí me sometí (una vez más) a una ocurrencia del hijo del jefe encarnando a un supuesto lector-tipo que semanalmente mandaba una Carta al Director elogiando la línea editorial, las nuevas secciones, lo ocurrente del crucigrama (que yo mismo había pergeñado un día antes)…, un pelota orgánico al servicio de la empresa, yo: el pureta? Aquí estoy: viviendo de un *trabajo* que me ocupa una hora a la semana y luciendo un tostado de balneario. Hasta chapurreo ya algo de capitolano y me aprecia gente de respeto. Escribo una crónica semanal —¡*crónica* y *semanal*!— sobre lo que mi ojo avezadísimo juzga digno de mención en esta ciudad abandonada a su ensimismamiento. Abuso de mi nueva y muy confortable posición de librecolumnista para mostrar una desapegada y más que dudosa capacidad de analizar *lo que pasa.* Ni siquiera alimento la astuta convicción de que hago *algo* (asunto relevante cuando por *algo* te pagan) como si más que ejercer mi oficio con un mínimo sentido de la responsabilidad me interesase desde el principio poner a prueba la capacidad de aguante de mi empresa, lo generoso de su decisión al ponerme un meublé.

Puteando mi vida anterior, puteando mi vida interior. *Como un sentimental.* Pragmático, no obstante (?). Pero pienso demasiado en si, aparte de una mujer *imposible*, he dejado algo detrás. Ya pasará (?).

He venido para quedarme.

La Facultad de Humanidades está en huelga y Victoria me propone almorzar mañana juntos, ¡dar un paseo por el faro! Toommaaa…, mi modesto asedio ha triunfado, la penetrante insistencia de mis miradas

y mi empeño en limpiarle unas gafas siempre sucias han hecho mella en su corazón de estudiosa. Me gusta mucho: tengo curiosidad por ver cómo es sola y a la luz del día. Y estoy algo nervioso. Nervioso. Veamos. Bien, sufro una crisis aguda de ansiedad (desde mi llegada, siempre he pagado por la compañía de una mujer: es una relación franca con las mentiras justas) que voy a superar al Barrio Verde. Soy fijo de Casa Barrett, donde se me empezó llamando el Macuto —es como ningunean a los que no son de aquí— y ahora se me conoce como el Fuerano, un progreso. El cartel que cuelga sobre el dintel de la puerta

ESTÁ EN EL BARRIO VERDE
asegúrese de llevar una canana de pollas

fue una chusca y muy eficaz publicidad que se ganó de inmediato mis simpatías. Mi confianza.

Cuajadísimo. Entraba un sol resudado de tarde cuando me ha despertado la tendencia a la asfixia: la lengua hipertrofiada me impedía roncar a gusto —lengua preñada con un litro y medio de tequila, treinta gramos de sal y cuatro limones. O así. Resaca de 9,25 en la Escala de Qurda. Meto un cubito de hielo en la boca (con dificultades). Meto la cabeza en el fregadero a grifo abierto (con intención de mejor *bucear* en el recuerdo). Qué hice anoche. Qué tenía que hacer hoy. Jjjoder. Las dos respuestas son de lo más desasosegante.

Tome

Victoria, lo

No pude darle esto el otro día

Victoria, yo

Tengo entendido que le gusta subir al Peñazo de cuando en cuando

¡Perdóneme, Victoria! ¡Estoy avergonzado! Estuve trabajando hasta el amanecer y

Basta. Acepto tanto sus balbuceos de niño cuanto sus disculpas de disoluto

¿Me permite invitarla mañana? ¡Por favor! ¡Diga que sí!

De ningún modo. Imposible esta semana. Ya hablaremos más adelante

¡Bien! ¡Bien! ¡Bueno! ¡Como quiera! Y esto que me da, ¿de qué se trata?

Es parte de una versión actualizada de los Cantos de Florián *que publicaré Diosz sabe cuándo. Los fragmentos, verosímilmente ordenados, que la tradición identifica con el Peñazo siglos después de haber sido horadado por los litófagos o comepiedras. En este episodio aparece la más cumplida descripción del Peñazo de todo el ciclo, de boca del maestro Togarpo —uno de los personajes principales— en sus últimos días*

¡In-interesante! ¡Fa-fascinante! ¡A-apasionante! ¿De verdad no puede almorzar…?

Consuélese con la lectura. Adiós

¡Soy un estúpido, un dipsómano categórico! ¡La he cagado con este peaso mujer! ¡Qué dignidad! ¡Qué integridad! ¡Qué generosidad! Ahora, ¿qué hacer? ¿Dormir, quizá leer? ¿Leer, dormir?

LITOFAGASTA

Un deslumbrante borrachuno, un piadoso libertino, un erudito incrédulo: tal fue Togarpo, a quien se le perdonaba todo.

Pseudo Aristógoto, *Enkheiridion*, Libro XI

‡ y confieso que me alegra perder de vista al fin esa región odiosa. Aún sueño con el chasquido del cráneo reventado de los condenados, atenazado entre los muslos de esos bárbaros jinetes ‡ no conozco ruido más estremecedor que el eco de su risa ebria cuando, salpicado el gesto feroz de sangre y sesos, tintinea de mano en mano el oro de la apuesta, breve fuego que aviva el fuego de la hoguera.

Un esfuerzo más…, ¡un esfuerzo más! y podrás arrancarte la venda que te ciega. La gravedad de la vejez se aligera con la puerilidad del desconcierto ajeno: viva la ejecución del capricho arbitrario…, esto es, del caprichoso capricho. También yo serví de mancebo a un carcamal sentencioso ‡ a su lado, puedo asegurártelo, soy un santo varón, cuya única debilidad es el vino y su pasión empecinada…, como tu grupa se ha cansado de comprobar…, aunque en menos oportunidades de las que mi deseo anhela (diriges tu pie derecho a una raíz que te hará

morder el polvo…, aaah, bien mordido). Y es que a partir de *alguna* edad el cuerpo no se harta de desmentir a la imaginación. Se mofa de ella, pero es algo que no aprendes mientras te sostienen dos piernas con vello.

Ahora…

¡Ahora! ¿Te llega el rumor de voces en ese golpe de viento? Dos pasos más. ¡Descubre tus ojos!

¡Mira la Roca, la Casa de Tres Tejados sobre la cima siempre nubla!

¡Litofagasta, de sus propias entrañas coronada!

No creí que me esperase —¡mírala bien, olfatea el aire, escucha!

No creí que me esperase.

(otro día)

Hombres impíos y de recia voluntad la vaciaron. Su perfil de basalto fue apuntalado con gris madera fósil, izada a golpe de sufrimiento hasta la cumbre. Tal vez no tolerase hoy un pueblo ser diezmado en beneficio de una obra ‡ a éste lo abrasó la fiebre de alzar una morada que destacase contra el cielo más plomizo.

Ignoro si sólo les guiaba la soberbia: *También es faro algo más negro que la noche*. Macizo y huraño, el edificio impone su plomo al plomo invariable de las nubes.

Erguida la torre, continuaron horadando hasta la playa. La piedra era amontonada en esas colosales escombreras que ahora contienen la marea, muralla que podría encerrar dos ciudades si quisiera.

Hombres impíos y de recia voluntad la vaciaron. Sabían que el olvido atribuye tales hazañas a los dioses ‡ así, establecieron que los hijos de sus hijos testimoniasen que fueron manos de hombre las que empuñaron la maza y el puntero.

Pero quizá me estoy apresurando.

(otro día)

Los caminos que trepan a la cima son innumerables ‡ todos menos uno se asoman a la nada. Los más desahogados sirvieron de caminos carreteros, de calzada para subir el material, bajar la escoria ‡ están salpicados de amplios rellanos en los que aguardaba la comitiva

descendente cuando tropezaba con otra que subía. Ahí bebieron su última hora, abandonados, los porteadores exhaustos, heridos de mortal cansancio ‡ ahí se confunden los huesos de quienes no supieron hallar la Vía Justa. Dice el Libro: *Sus cuerpos magros son ya festín de alcaravanes y gaviotas.* Porque las calzadas fueron cegadas y hundidas cuando perdieron su utilidad ‡ quedaron sus rellanos cortados a pico, repletos de despojos, bacinillas que recogen orines y excrementos, laberinto a cielo abierto que al cielo arroja su aliento de letrina.

El viento siempre azota la Roca.

No halla reposo la Roca contra el viento.

La Roca hiede.

La Roca es pura.

(otro día)

De entre muchos, un único acceso serpentea intacto hasta la cumbre. Presta atención ahora:

Emprende la escalera más angosta y empinada de las que ciñen la piedra como correas de sandalia. No temas que se prolongue el vértigo ‡ al cabo de medio contorno la senda ensancha y se despereza. Presta más atención aún: cada cuarenta y tres escalones hallarás una bifurcación. En la primera torcerás a la izquierda ‡ en la segunda a la derecha ‡ en las dos siguientes, a la izquierda ‡ en las dos siguientes a la derecha ‡ en las tres siguientes a la izquierda ‡ en las tres siguientes a la derecha y así hasta que por último cuentes seis seguidas por la derecha. Perecerás si no recuerdas esto, *que me está vedado repetirte.* Trampas sutiles, siempre fatales, aguardan a quienes ignoran el Gran Truco. A partir de ahora hay mucha mayúscula. Cada vez que elijas un desvío morderás con la daga el muslo que corresponda, el izquierdo o el derecho. ¿Con qué daga? Calla, ¡majadero! Al llegar a la cima cruzarás un arco con la Marca de Aqutasuma, el Animal Que Taladra A Su Madre —la misma que has ignorado tantas veces al besar sin gana mi pecho hundido. Ahí te retendrán los Guardianes. Míralos osadamente a los ojos ‡ que los tuyos muestren sin equívocos el temple de tu coraje. Es indigno de la Casa quien teme por su vida ‡ no permitas que te acobarden los miembros descomunales, las corazas pesadas como un hombre. *Si leen el miedo en un gesto, serás arrojado.*

Enjugarán tus calzas de sangre, contarán las muescas ‡ han de ser veintiuna en cada pierna. *Si no sangra la totalidad de las puertas o sangran demasiadas, serás arrojado.* Entonces imprimirán con hierro al rojo blanco, sobre la piel que cubre tu corazón, la Marca. Tu cuerpo lucirá cuarenta y tres heridas. *Si sólo fruncieras los labios cuando escueza en la nariz el olor de tu carne chamuscada, serás arrojado.*

Esto último me excita el hambre. Maza con tiento la brasa, pon a asar el capón. El vino estará ya fresco ‡ espanta mi sed a la carrera o cortarás —¿ves aquel joven avellano?— la vara que desde este instante tiene la forma misma de tus lomos.

(…)

Ajjj… *De capón a mediocapón, los dos cebados.* Verso del más irreverente de los Maestros, célebre glotón y por ello hombre excelente. Atiza el fuego por amor a este viejo.

(otro día)

¡Nada más cruzar el arco sientes que tu cuerpo es escaso lastre para tanta furia! La Casa es también llamada Yunque del Viento ‡ ensordecido, apenas puedes respirar. Amárrate con fuerza a una pilastra, asómate al pasmoso hormiguero de hombres, de animales, de bajeles, abraza el curvo horizonte inabarcable.

No volverás a ver nada igual.

Es una lección de abismo. Sacudido enteramente, estás en lo más alto ‡ el resto de tu vida no será sino un arduo aprendizaje de lo bajo.

Permanece expuesto toda la noche, ese viento cauteriza las heridas. Así actúa un Iniciado. Te desatarán los Guardianes cuando lo solicites. Encamina tus pasos hacia la gran puerta enmarcada por columnas ‡ embozadas en una áspera costra de sal cristalizada, el reflejo de las erguidas franjas paralelas de luz cruda y mineral te acompañará aún un rato en la penumbra que no cede.

La roca era maciza —hombres impíos y de recia voluntad la vaciaron. Sus Descendientes moran en la Casa.

No hay vida tan infame como este mostrarse a los demás sin ser ellos mismos nada —vidas disueltas en la evocación de lo que otros construyeron, lápidas de carne en las que campean las divisas de Taupa, de LaBarrenna, de Beel'biiki ‡ nombres pronunciados con respeto en un lugar en que no se emplean nombres cuando se habla de

un tercero. No son dignos de envidia: avejentados, prisioneros, enfermos de temor desde la infancia, emponzoñados de leyendas que hablan del Fin de la Roca, el Ragnnarröka, si alguno de ellos osara huir o mezclar su Sangre con sangre extraña. ¡Ah, perversa descendencia! El incesto ha corrompido su savia a tal punto que nadie reconocería en ellos a los vástagos de aquellas manos vigorosas, insensibles a la quemadura del hierro y de la sal, del fuego o la caricia. Es inútil buscar en esos rostros aquellos rostros lacerados por las esquirlas que escupía la piedra herida intentando defenderse.

Y sus mujeres… ¡Cómo! ¡Un destello de interés bizquea al fin en tus ojos dos veces lelos! Ya las verás…, parecen alimentarse tan sólo de vinagre y caromomia… Y sin embargo… ¡Vamos! Descubre la lirilla gurgul… ¡Pon más cuidado, patán! Sin llamarla, acude a mi memoria la canción que trencé entonces. La graznaré para ti (¿no es admirable el púrpura coagulado del ocaso? Tiñe del mismo color una copa que refresque las pausas)

laaaa laaaaaa laaaaa mmnneh mmmeeheej ‡ laa laa laaa sih sih

espigas de río o juncos perezosos
se cimbrean las jóvenes damas de la casa
sobre negras aguas de ónice pulido

suavemente mecidas
por la quieta corriente
de un reflejo sin ondas

(sus pasos no son tales
tan breves y sutiles se deslizan)

(no sabrás si pisan su reflejo
si son crecida carne del reflejo)

casi niñas
la muerte sonríe en rasgos hueros
aún sin modelar
a nada atentos

azulada tenue muerte

no las toques
una leve presión labra huellas indelebles

te sajarían los silentes guardianes
que acechan un temblor caprichoso
turbando el gesto absorto

que te colme así
una contemplación lejana y ausente de deseo
que te colme

que tus ojos mozos tasquen freno (ritornello)

no refrescarán tus labios abrasados
sus frentes cóncavas y heladas

tus manos no estrecharán
esas manos deformadas por la espera

no adivinarás curvas formas de mujer
bajo las túnicas de seda interminable

deseo y compasión no son hermanos

compadécelas pues
y luego vete

La compuse pensando en mí, naturalmente. Porque también me apuntaba el primer bozo cuando penetré en la Casa ‡ también fui un barbián estupefacto, de voz quebradiza y miembro indomeñable. Tan ignorante, tan hosco y tan ayuno de escrúpulos que nadie, salvo mi Maestro, habría querido acompañarme. Como tú, en una palabra. Quizá menos…, lento.

Cierra la noche. Pronto Litofagasta será una gigantesca brasa, un fulgor de lava animará sus mil ventanas. Dame la manta, alimenta el fuego. Llena mi copa, duerme ‡ para nada más te requiero. Que el sueño suavice la piel que he de acariciar mañana.

(otro día)

Aajjj… mi vientre cobija una piedra. ¡Vino, gandul! He dormido en mala postura.

(otro día)

Desciendes, pues. La huella de ónice cede paso a la tosca piedra cincelada. Has dejado atrás el último de los sótanos de la Casa y comienza a envolverte el rumor que anuncia a la Alegre Muchedumbre. El eco húmedo te traerá los jirones de sus voces mucho antes de que se acorte tu paso para compartir la cansina velocidad del termitero.

Y de pronto, a la vuelta de un recodo, todos los rasgos y pieles y estaturas se citan mostrándose a tus ojos. Es tanta la confusión de lenguas que difícilmente reconocerías la tuya aunque yo mismo estuviera injuriándote al oído. Antorchas y lámparas de aceite regalan una calidez tostada a las mejillas y los hombros de las mozas, brillan las melenas y los dientes, las sombras se encabritan en los muros. ¡Por el Gran Castita…, no torceré tu primera impresión con descripciones! Estarás ahí, y sabe que ningún zoco, ningún puerto ni capital de reino ofrecen tan concentrada esa disparidad que anega al pensamiento. Que no te engañe la prontitud con que te acogen ‡ que no te embauque la ausencia de garrotas. Esos dedos curiosos señalan a un extraño. Pero alguien indica el camino del que has surgido, otro se admira de tu paso baldado y se agacha y muestra a los demás tus piernas laceradas, las manos temblonas de una anciana abren tu jubón entre el aliento interrumpido, el hierro en tu pecho confirma lo que la multitud anhela ‡ eres uno de los Elegidos, has venido de Lo Alto. Ríen entonces, alzan los brazos, te acarician, se disputan tu presencia en su fogata.

También a mí me entregaban sus hijas, sus altramuces, sus joyas de familia. ¡Vino, vino! Mmmmm… ajjj. Rechaza lo que te ofrecen ‡ con amabilidad, sé comedido. Desoye a los que con más vehemencia

te juran que es tuya su hacienda toda y sus camellos, a quienes te proclaman joven dios y yerno y heredero. En un rincón alejado estará un individuo rodeado de los suyos que te increpará con voz discreta: '¡Ven con nosotros, gran zoquete! ¡Arrímate a tu gente, pasmado, tuturuto!' No le falta razón ‡ a él habrás de confiarte. El círculo se deshace, ya ha cumplido. Nadie se ofende por tu elección, es lo pactado.

El Posadero de la Orden acoge a los portadores de la Marca. Ofrécele a tu vez tus pertenencias ‡ ese arete que se columpia en tu oreja, la manta de lana que llevas arrollada a la cintura…, no temas, tampoco él aceptará nada. Es un rito que no mengua el equipaje. Ni por asomo trates de compensar con altramuces sus desvelos (y, por cierto, entierra aquí el metal acuñado, ya lo recogerás luego). Comprobarías cuán delgada es la línea que separa la hospitalidad de la ira, cómo el deseado es execrado. He visto cometer ese error a los ignorantes, a los orgullosos —¡jamás pernoctó en la Roca quien respondió con dinero a las Buenas Intenciones! Los que la habitan han renunciado a las querencias y los vicios del mundo ‡ también los reyes peregrinos abandonan a su séquito en la playa y se muestran como uno más ante los otros. Si haces un favor a alguien confía en su gratitud, en su memoria. Toda recompensa que reavive los vínculos establecidos ha de tener lugar en otro tiempo, en otro espacio: el pago inmediato es asunto de mercaderes y rameras. Ambas especies plantan sus tiendas extramuros.

Acoge en tu corazón, pues, a los que en su corazón te acogen: *sabe ser dos veces huésped.*

(otro día)

Me temo que estoy dejando poca cuerda a tu cautela. Soy débil, me tienes Embaucado. Mi Maestro cumplió con la única obligación de indicarme el camino ‡ desdeñosamente me instruyó en el uso de la daga. Claro que también gozaba de mí (hasta donde podía) siempre por la fuerza. Siempre, era un hombre vigoroso. Tus melindres te habrían baldado los riñones. Acaba de cascar los erizos, tengo hambre.

(otro día)

Esa confusión de pueblos…, entre risas, los parientes buscan

cámaras contiguas para compartir el vino picante y las esteras ‡ el aliento del mar se mezcla con el tufo del pescado, frito en el mismo aceite que bebe la llama de las lámparas ‡ se descubren fuentes rebosantes de dátiles grasientos, se deslacran garrafas que esparcen aromas especiados…, las niñas huelen a ámbar gris, los niños a almendra amarga…, las voces se suman a las voces y su algarabía espesa la humareda. Corre el licor y las pipas de cáñamo caldean la palma de las manos ‡ nadie alza la voz sin alzar el velicomen y la nostalgia de una canción patria sucede al cuento disparatado y a la crónica de viaje. Todo es celebración y risa, la alegría baila en un filo prodigioso de descomedimiento y ceremonia. Cuéntales tú lo que has visto, o invéntatelo. Te escucharán con gusto y habrás pagado la compañía y el pescado.

Esa primera noche dancé para ellos como si estuviera entre los míos, y la Roca ebria danzaba conmigo ‡ jamás he vuelto a danzar como lo hice aquella noche. Pronto será un Enorme Faro, visible desde la otra orilla del mundo ‡ un millón de rayos perforará las tinieblas y hará de ellas mediodía.

Un tizón ardiente, inabarcable como un dios ‡ es la Roca un sol entre nosotros.

(otro día)

No siempre fue así. Durante años sin número Litofagasta creció como cualquier comunidad de hombres: se vertía sangre —¡necio, ten cuidado al extirpar las vejigas del culo del conejo! ¡Son peores que la hiel!— y ninguna posesión ni mujer alguna estaban a salvo. Revivió entonces una forma arcaica de impartir justicia, complicada y ambigua como todas, que dio ocasión a Abusos de Poder y corruptelas —como todas. Durante el llamado Siglo de los Rábulas, si nacía un conflicto entre dos individuos o entre dos familias —y la razón podía ser cualquiera: el incumplimiento de un trato, una violación, la venta de mercancía corrompida— los ofendidos entregaban un largo bramante embrollado con nudos y enredos a los ofensores. La elaboración de esos dédalos de cuerda correspondía a los Enmarañadores o Anudadores, más tarde agrupados en el Colegio de Dématos o Clan Gordiano. Actuaban a medida que escuchaban las quejas y decidían cuáles merecían anudarse y de qué forma. Cuanto mayor era el daño recibido, más endemoniadamente se trababa el

bramante en las manos del Anudador. La defensa corría a cargo de los Desanudadores o Desenmarañadores, que fundaron, en justa correspondencia, el Colegio de Cataliones o Filo Alejandrino. No, no sé del origen de esos nombres ‡ escucha y calla. Si el Desanudador lograba devolver el cabo (previamente marcado, en secreto, en el mismo corazón del último nudo) liso de extremo a extremo, desaparecía el agravio. Si se declaraba incapaz de vencer las dificultades que había urdido un Anudador experto, se acudía a un juez que imponía penas y fijaba compensaciones a la vista del embrollo restante. Pronto surgieron media docena de habilísimos fiscales que vendían sus bucles prodigiosos a quien pudiera pagarlos, mientras los defensores multiplicaban sus esfuerzos al tintineo de una buena bolsa. La ambiciosa Gloria exigía castigos horribles si el nudo permanecía ‡ la fama de las ejecuciones atrajo a nuevos clientes y el bramante liso que antes implicaba la disolución de la ofensa fue considerado, a instancias de los defensores, muestra ejemplar de la mala fe del presunto ofendido, con la aplicación inmisericorde de la pena correspondiente. Ay, la justicia toda se trocó añagaza, juego delirante de sobornos impunes y venganzas pagadas, de agravios imaginarios y arreglos soterrados. Una turba de miserables, despojados del último Harapo, se hacinaba clamando en vano por una intervención de Lo Alto —pero Lo Alto permanecía Mudito, los Descendientes encerrados en la mórbida placidez de la Casa de Tres Tejados, ajenos a lo que sucedía en los vastos sótanos que supuestamente gobernaban. Eso es…, machaca unos granos de mostaza y riégalo con ese resto de cerveza agria…, un venerable Maestro, Archac, fue el autor de esta receta.

…

Burp… ajj. Burpajj.

(otro día)

Extraños a sus siervos parecían los Señores ‡ no obstante, nada de lo que sucedía se les pasaba por Alto. Quien conoce los límites de su poder sabe esperar. Aún transcurrió el tiempo de dos generaciones ‡ para intentar paliar los abusos había surgido entretanto una casta de benditos insensatos, los Nudománticos o Heuristos, que interpretaban, ebrios de honguito, cualquier nudo que se les entregara dictando sentencia en forma de enigma. Pero aunque señalados por el dedo de

Ladivina, pronto estos sacerdotes dejaron de ser su Boca, acaparando enormes sumas ‡ si no ellos, eran los acólitos surgidos a su sombra los encargados de traducir torticeramente el sentido de unas palabras cada vez más incomprensibles. Esas clases ambiciosas, alzadas sobre la ruina ajena, aspiraban a hacer omnímodo el poder que ya poseían sobre la vida y la muerte ‡ en secreto, los Descendientes fueron acusados de corrupción y de insumisión a las leyes. Qué leyes, te preguntarás: es un misterio (ah, ¿no te lo preguntas? ‡ otro misterio). La conspiración, urdida en todos los detalles, aguardaba sólo el momento propicio ‡ un pequeño ejército de mercenarios se había infiltrado entre los peregrinos, los comerciantes, los taberneros, los artesanos, los mendigos, los popisopis. Pero la noche anterior a la convenida para tomar al asalto la Casa se abrieron puertas donde no las había y de una docena de pasadizos sólo conocidos por los Moradores surgió una caterva de sigilosos Sacamantecas que segaron las cabezas insolentes de los principales conspiradores, de sus familias. Al poco se escuchó un fragor pavoroso de hierro acompasado aproximarse por el pasillo que lleva a la Casa. Y tuvo lugar la Gran Chacinería. Jaleando a los Guardianes, el pueblo exasperado se dio un baño de sangre. Soldados de fortuna, concubinas, recién nacidos… Se salvaron los que, avisados, pudieron escapar, no los que imploraron clemencia. Los cuerpos desmembrados de los antiguos explotadores de la ley, amontonados en los vanos innumerables, desangraban su último aliento en el vacío ‡ incinerados en gigantescas piras, sus cenizas abonaron el mar. Y así expiró el Siglo de los Rábulas. ¿Distingues esas vetas oscuras que descienden a plomada desde tragaluces y respiraderos? Un día brillaron con el más vivo carmesí.

Si das una patada a una piedra, mira de no andar descalzo, dice el Libro.

Hay quien sostiene que eran hombres al servicio de un ideal: terminar con la invisible dictadura de los Descendientes y sus Perros de Presa, instaurar libertades de las que no habían oído hablar siquiera los presuntos beneficiarios. Quizá se dieron cuenta de que habían desafiado, como casta sacerdotal, el mandamiento fundacional de la Roca, el estricto alejamiento de lo divino, y que su situación no podía prolongarse mientras las Lápidas Semovientes perpetuaran sus dinastías. En lo que a ti toca, creerás lo que te digo: que eran unos Hijos del Gran Chingón y que ellos mismos se buscaron contemplar,

durante un segundo estupefacto, sus propias asaduras.

Sí, la Roca ha bebido toneles y toneles de sangre corrompida ‡ *pero la Roca es pura.*

(a la tarde)

Si das una patada a otra piedra, mira que no sea demasiado gorda, dice el Libro.

(a la noche)

Conviene aprender de esas matanzas. El apacible comerciante cuya única inquietud son sus telas o sus vinos empuña, fuera de sí, la afilada muerte que no hace distingos —porque nada distingue quien la empuña. Quien destazó y estupró a una niña mira con ojos apacibles a su esposa ‡ anegado de ternura penetra en su carne sin violencia y sin que unos intestinos aún palpitantes ciñan los hombros homicidas. *No era él: es él*, dice el Libro. Este Buen Hombre lapidará a un raterillo, pero se mesará las cejas cuando sea víctima de aquello que él cometió una vez, en el único *acto libre* de su vida.

(otro día)

Dulce muchacho, dulce piel de sédula y talquete…, tu vientre es como tus muslos, junco trenzado…, tus pies saben a leche, como tu cuello detrás de las orejas…

(otro día)

No confíes jamás en media docena de hombres justos reunidos: sólo maquinan santas barbaridades. Son quienes aspiran a defender una causa que les permita asesinar con la impunidad del verdugo, acerca la garrafa, quienes desean ser poseídos por todos los demonios para luego ampararse en la ira del hombre justo ‡ suyas son las empresas vociferantes del mercenario moral, corre por más agua para rebajar este esmeril.

(otro día)

Los únicos comerciantes a quienes se autoriza a vender su mercadería en el interior de la Roca son los buscadores de joyas. Nos cruzamos con uno hace dos años, se interesó por la esfera que cuelga

de mi cuello. ¿Recuerdas? ¿Recuerdas sus ojos alunados, enmarcados en kohl, traspasando el mundo como si no existieran cuerpos opacos? Siempre que tengo el mondongo bien empapado en vino mi lengua hace de las suyas. Así he sido siempre, así he de morir, borracho parlantín. Sin embargo, es la primera vez que narro la historia que vas a oír. Este viejo ya no tiene miedo a la vergüenza.

Pasaban los días y yo recorría las entrañas de la Roca, dejándome embrujar por…, ¿cómo decirlo?…, el ambiente de ingenua santidad que parecía bendecir cada…, no…, no es eso…, la simplicidad de todas las acciones…, la generosidad no meditada, la risa primigenia… Uno comprendía de pronto que la vida era sencilla…, nada sobraba, nada faltaba. Para comer, bastaba decir a cualquiera: tengo hambre ‡ y cogía tu mano llevándote a su fuego ‡ y eras saciado con pasas y jureles… Mujeres y hombres se miraban de frente…, nadie se abrasaba en un deseo no correspondido. En fin: todos eran muy Majetes.

Apuraba su vejez entre el respeto general la más célebre de las buscadoras de joyas de su generación, demasiado anciana para seguir arriesgando una vida que se había asomado innumerables veces a la muerte. No por temor, que no hay mayor desprecio que el que siente un buscador por su existencia, sino porque sus piernas apenas la sostenían ‡ ya no podía confiar en sus sentidos, antaño adiestradísimos. No hay estancias asignadas en Litofagasta, pero ella ocupaba un espléndido nicho abovedado, cubierto de esteras bordadas con sus hazañas. El único tragaluz vomitaba un haz vertical de mediodía ‡ sentada sobre los talones en el centro de su gruta, bañada en claridad, representaba la quietud misma cuando tuvo a bien recibirme.

Me saludó afable, sin ceremonia. Era una mujer diminuta, repujada en cuero. La breve túnica, entreabierta, mostraba lo que fuera su pecho izquierdo, arrancado por el filo de una roca. Del cuello de tortuga colgaba un pesado pectoral, una moneda de tiempos antiguos batida por las olas hasta semejar, informe y maleada, una gran pepita de oro nativo ‡ me cegaba cuando cazaba la luz con su balanceo. Tras escuchar nuevas del Exterior y luego de apurar una copa de vino, alzó la tapa de un cofre mientras me indicaba que me sentara ‡ cosa que hice, con las piernas extendidas, como ella. Del cofre extrajo multitud de saquitos de piel de distintos tamaños que fue

depositando entre los dos. Cuando juzgó que había un número suficiente procedió a abrirlos.

Unos estaban llenos de guijarros rodados ‡ otros, de ásperas esquirlas de roca ‡ otros, de arena negra, o parda, o amarilla, o de astillas de madera semipodrida: la Tradición ordena que cada joya sea conservada en la matriz en que ha sido hallada. Así, brincaban junto a cien formas de la gaia cien destellos de gemas y metal…, me deslumbraba el contraste entre esa riqueza y la humildad de su lecho. La vieja movía los muñones de los dedos sobre la estera con la destreza de un trili-trili. Acompañaba los ademanes de un murmullo monótono que informaba del origen de cada joya, de cuándo y dónde fue hallada, de los peligros de su consecución, a menudo fatales. Si no recuerdo mal, había forjado fama y fortuna en el triángulo formado por el Mar de Masalla (pródigo en naufragios) la costa de Ernia (cuyas olas recaudan un diezmo de las riquezas de sus habitantes cuando el invierno ha sido benigno) y la Villa de Peán (de ciudadanos célebres por su despiste: siempre andan perdiendo alhajas). Entretanto, disponía el género del modo más vistoso —el calculado desplazamiento del cono de luz favorecía el espectáculo. Las chispas que el sol arrancaba de esos montoncitos informes iniciaron una danza indolente ‡ las formas disolvieron su contorno en escamas de mica, cristales de luz descompuesta. Quería alargar la mano para apreciar tal o cual pieza de cerca, pero mis brazos pendían desmayados… La vieja no cesaba de farfullar… El eco lejano de las voces y de las olas pareció aproximarse interminablemente ‡ y de súbito ocupó la bóveda. No podía apartar los ojos de lo que ahora semejaba un brillante torbellino sonoro y mi único pensamiento era apropiarme de él, saltar sobre él, entrar en él… Tres palmadas secas de la buscadora interrumpieron el trance. Acudió el sirviente ‡ encargó más vino y me sonrió con dulzura… (…)

(…) ¿No entiendes? ¿Quizá también has caído en trance? ¿Quieres que palmee? ¡Más vino, simplón! ¡Vino, vino!

(más tarde)

Me sonrió con dulzura y me explicó que la gaia había querido hacerme suyo. El hombre le roba sus riquezas, hiriéndola profundamente ‡ funde y labra sus metales, trocea y pule sus gemas ‡ devueltos a su seno por azar, la gaia los modela tratando de que

recuperen la condición original ‡ pero por segunda vez es despojada por los buscadores y se venga, adueñándose del cuerpo y el espíritu una locura destructiva. *Es necesaria una voluntad muy terca para domar a uno de mis hijos*, afirmó con orgullo.

Blarp.

No sé aún por qué, pero en ese momento la odié: ¡vanidoso engendro…, saqueadora sin escrúpulos! Quizá estaba aún poseído por el hechizo de la gaia. Las pupilas suspicaces aguardaban mi decisión. Contemplé con arrogancia esa riqueza conseguida con sudor y sangre propios, la más digna que pueda imaginarse, escasa ganancia si se tenían en cuenta los jirones que había dejado atrás. Con palabras nada simpáticas dejé claro que mi amor y mi bolsa estaban reservados para una sola pieza ‡ dicho esto, clavé los ojos con la mayor desfachatez en el disco deforme que se columpiaba sobre su pellejo tirante y acribillado. Me devolvió una mirada que no olvidaré nunca. (¡Pe rdon ah quem e rí ah!) ¡Todo el mundo sabía la historia de esa moneda incrustada en el granito de un acantilado inaccesible, relumbrón que el atardecer desvelaba —y cómo por tres veces la buscadora había estado a punto de morir, arrojada por las olas contra las aristas vivas! Había lavado la piedra con su sangre: allí dejó el pecho, tres dedos de las manos, dos de los pies ‡ allí se astilló los huesos, hendió su pómulo y su frente. Y yo —le había demandado su *allí*. Los buscadores han perdido su nombre de nacimiento. Son conocidos por la joya que consideran la cima de sus esfuerzos. Y yo —le había pedido su nombre.

Sus arrugas rebosaban despecho, orgullo, conmiseración. Sobre todas las cosas, una pavorosa autoridad. Mis redaños salieron corriendo y me eché a temblar. La vi ‡ vi su pobre cuerpo desgarrado, azotado, sacudido, la curtida piel, de pronto frágil como vitela, fundida en la piedra, encarnándola cuando se retiraba la ola ‡ escuché los gritos horripilantes, los gemidos de desfallecimiento cuando logró trepar a una cornisa salva con su presa entre los dientes quebrados —¡por el Kukuruluk! (alcanza un puñadito de alcaparras a este viejo que conserva la dentadura completa).

Silabeó lentamente su historia mientras recogía las joyas. No me injuriaba: se limitó a narrar de nuevo sus hazañas, con el paciente retintín de quien acaba de caer en la cuenta de que su acompañante es campano. Pero las manos trémulas delataban ira ‡ y la mirada nada amigable buscaba la mía con el ánimo, diríase, de cegarla para siempre. Una afortunada conjunción de temblor y ojos alzados impulsó esta esferita de oro negro bajo mi corva sin que se apercibiera ‡ la perfección del cobijo, la naturalidad animal del salto, la prontitud con que se regaló de mi calor me convencieron de la oportunidad y sabiduría del destino ‡ porque mi codicia y mi inquina fueron saciadas de golpe. Había decidido robar a la vieja, matándola si era preciso. La joya se interpuso como lo habría hecho un hijo nacido de sus entrañas.

(…)

¡Vino!

(…)

Es tarde.

(otro día)

Sí, la habría matado ‡ la habría matado porque Sí. El robo sólo justificaría mi acción ante mí mismo: quizá un par de horas, quizá en ningún momento. Era un crimen, además, de consecuencias predecibles. Ni la Marca me hubiese permitido salir vivo. O tal vez vivo y mutilado como esos monstruos que exhiben sus horrores por un cobre. Y está escrito que debemos llegar Enteritos al Santuario. ¿Qué Santuario? Te lo repito por última vez: cuando hablo tu boca está cosida ‡ cuando callo, también.

La modesta alhaja, ya atemperada, que tan amigablemente acudió a mí salvó a los dos. Ése es el *hecho.*

La vieja devolvió el tesoro al cofre ‡ colérica, ajena a la heroicidad del que acababa de librarla de chapotear en su sangre, olvidó toda morosidad en el recuento de los *hijos.* Callaba, ya desentendida de ese mozalbete que cometiendo la última, fútil arrogancia, se había puesto en pie con los puños cerrados y al salir escupía en el umbral, como el agraviado que apresta el desquite.

¡Cuánta necedad fruncía mi ceño adusto, con qué vacuo orgullo dejaba abierto el jubón a la altura de la Marca para que las tribus me abrieran paso entre discretas inclinaciones de cabeza! Si me topara

ahora con el malvado granuja que fui le vomitaría encima.

Por cierto.

(otro día)

El remordimiento latente —porque todo jovenzuelo que haya logrado desbordar, por un instante, los límites de su pujante hombría padece y goza de una mezcla de castigo y recompensa, vanidad y miedo amasados, asombro y regusto de su audacia, temor de no estar a la altura en la siguiente prueba…, mmeeuujj…, vino, vino…, esta parrafada me ha salido de barbecho ‡ blarp ‡ un remordimiento supersticioso, digo, me ganaba a pesar de mi jactancia. Me preguntaba por cuánto tiempo ignoraría la buscadora la ausencia de un retoño, intenta robar a un pastor sigrio una sola de las ovejas que blanquean sus valles. Durante un tiempo me perdí por las tiendas de la playa, la Ciudad de Thela que cantó un viejo Maestro, composición para zancoña. Otro mundo bulle al pie de la Roca. Todo lo que el dinero puede pagar o el poder exigir está al alcance de la bolsa y de la espada. Yo contaba con mi prestigio, con la Insignia grabada a fuego en mi carne ostentosamente descubierta.

Ah, cuántas puertas y muslos se abrían a su llamado… las rameras oginias, codiciadas en los serrallos modestos porque son estériles fuera de su patria, siempre que no haya un oginio por los alrededores…, las filichinas, instruidas en las artes del carrete y el desvanecimiento…, las ghalanas, capaces de fracturarte el pie con una contracción del choni…, los puestos de jugo de regaliz, abiertos día y noche, embarcados en una bullanga sin pausa, tan alegre como peligrosa…, los vendedores de alfombras de arena, que sólo pueden ser desenrolladas y pisadas una vez, pagadas a precio de reino…, los inflamadores de cuescos…, las costosas mantas tejidas con el prieto vello de los varones garinavetos… ¡No quemes esa ala y escancia, majadero! El fuego y mi voz te han embobado. Trincha y sirve…, después, mecidos por el vino, arrullados por el mar y esas melodías que el viento roba y deshilacha, nos daremos calor el uno al otro.

Y te requeriré a ti ‡ el fragante.

(otro día)

El recuerdo del hurto se imponía a cualquier intento de sofocarlo.

Sí, todo era nuevo para mí, todo embriaguez, pero no podía ocultarme que esa obcecación en ofuscar los sentidos era una huida. No quería entrar en la Roca ‡ habrían leído la infamia escrita en mi rostro. Nada hay más difícil de sostener que una mirada sin misterio, limpia y bondadosa. Unos días después, completamente borracho entre los brazos aceitados de una coima shishi, supe que la buscadora había muerto ‡ tratando en vano de incorporarse, musitó algo en su último instante que el criado no había logrado descifrar. ¡Ay, ese susurro se me antojó más letal que la más espantosa imprecación! Era una necedad pretender eludir mi castigo ‡ supe en ese instante que de la maldad me era sencillo coger cuanto quisiera…, y que *los dioses riegan con nuestro sudor la cuesta de la virtud. Resbala*, como reza el Libro. Una Ley más funesta que la humana exigía justicia. La joya se había convertido en un objeto maldito que no me dejaría descansar hasta que volviera a su legítima dueña. Contemplé desde lejos la multitud silente que cortejaba el cadáver hasta la playa, la columna de humo denso y vertical que ascendía de la pira. En un Frágil Esquife me uní a las decenas de embarcaciones que acompañaban la urna con sus cenizas. La herencia se repartiría entre otros buscadores.

La urna, sellada y lastrada, fue arrojada en el lugar establecido por tres nigromantes junto a toda clase de ofrendas. Permanecí cuando las barcas regresaron a puerto, mecido por un oleaje que se embravecía conforme pasaban las horas. No me importó ‡ estaba solo y decidido a morir, renunciando a un destino que creía, ignorante, mío. El fuego indiferente que abrasaba mi piel se ocultó en la casa de las nubes.

Nada ocurrió.

Extendí la mano ‡ la joya pendía de unos dedos que apetecían el apretón fatal de mi verduga. Paradójicamente, inmolarme me parecía el único camino para salvar la vida. El balanceo del bote, por sí mismo, habría bastado para arrojarme a las aguas, fuese o no la intención postrera de la buscadora. Espantado por el embate de unas olas algo más chicas que un cerro me aferré a la bancada ‡ el viento zurraba los oídos, el bote giraba como la honda del pastor sigrio de antes ‡ y sobre la proa se elevó, al fin, el más tenebroso y macizo farallón de agua que jamás hayan visto ojos de hombre. Cerré los míos y sentí bajo el cuerpo cómo la ola me alzaba veloz en un solo ímpetu majestuoso, interminable. Y volé a bordo de mi esquife en línea recta hacia el firmamento para precipitarme desde una altura tan

inconcebible que pensé si el último Remolino, el Gran Boquete, se abriría para enterrarme en la andorga del mar ‡ junto a la vieja.

No sé qué pasó, cuánto duró. Me sacó del ensimismamiento un son de laúd marino: bondadosos rizos de espuma lamían el casco ‡ por el telón desgarrado de un cielo de hulla se abrió paso, pujante, el ocaso señorito. Una corriente suave tiraba desde la costa hacia un punto que con la ganancia de oscuridad ganaba en brillo.

Cuando la multitud de antorchas fue visible y los primeros cuerpos se arrojaron al agua para acompañar la barca, esta esfera colgaba de mi cuello. *Todos pudieron verla.*

Bien de madrugada, armé mi hatillo y partí, no sin antes despedirme del Posadero y su familia.

(otro día)

El Posadero me condujo a una estancia apartada. *Te vas,* dijo, *pero, ¿sabes hacia dónde? Ni lo sé ni lo dejo de saber,* contesté recordando las Palabras del Libro. Así te hablará el descendiente del Posadero ‡ lo mismo habrás de responder.

(Te cuento lo que no debería, pero el día de tu partida está a la vista —y es también el día de mi partida. Creo que no es mi fin el que me duele, sino nuestra separación ‡ quizá te he amado demasiado —¡a ti, el insensible, el botarate! Tienes delante una vida por vivir y un destino del que dar cuenta. He intentado pertrecharte para ello, no sé con qué fortuna. Pero la decisión está tomada y hablaré, inexorable, hasta que llegue lo inexorable.)

La senda por delante es larga, la estepa tártara y el final incierto, prosiguió el Posadero. *Todos los que sois acogidos aquí por vuestra Marca sois Hijos de la Misma Madre. Es a Ella a quien buscas, es en Ella en quien engendrarás a tu Hijo.*

Bebimos.

Estás en la Mingam. La Roca es Falo Enhiesto y Genésico, a despecho de los descreídos que la motejan de Gran Sorete. Tu peregrinación tiene un fin, hallar el Choni. Estás en la edad verrionda y en consecuencia harás buena parte del camino en los años que se avecinan. Después te será más y más difícil. Porque todas las mañanas habrás de seguir la dirección que señale tu miembro duro al despertarte y caminar toda la jornada sin desviarte de ese punto del horizonte. Claro que días habrá en que penderá como pajarito muerto, días en que apuntará al cielo y días en que

amanecerá en otras entrañas. A menudo la indicación es imprecisa: tu tiempo es limitado, no lo malgastes.

Bebimos.

BEBIMOS.

¡Dame de beber!

Llega Enterito al Santuario, cuida Lo que te Cuelga entre las piernas: no condenes tu estirpe.

Así habló ‡ y tras el ritual apretón de compañones me introdujo en la cámara de sus hijas, con quienes yací. *Esta sangre purísima, a ti reservada, es néctar que ungiendo salvaguarda. No has de lavarte en los próximos cuarenta y tres días, dijo. Dijo: Es también símbolo de la Pureza que te aguarda, la Diosa Eternamente Himen. A Ella has de reservarte. Recuerda esto.*

(más tarde)

Pasé la mitad de mi vida en una misma, agotadora jornada. Nunca me detuve más de dos noches en el mismo lugar. Me he alejado llorando de las más hermosas ciudades que haya levantado el ingenio de los hombres ‡ muchas de ellas sólo son ya cascote y ruina. Me he alimentado de quisquillas voladoras saqueando sus panales de celdillas cúbicas, de ratas cuadrumanas, de orugas cárdenas del tamaño de un brazo, del hígado de una vieja. He bebido jarabes ambarinos que te hacen sentir mujer y vinos espesos como la pez que te mantienen en pie una luna ‡ he conocido todos los medios de viajar sin que trabajen las piernas (no, no se trata de andar con las manos, majadero).

Una mañana —mis sienes griseaban y la barba, sujeta con la guita de la cintura, me abrigaba el vientre— me asomé a una llanura inhóspita sobre la que reinaba un inmenso cráter. Tal era su mole que parecía estar siempre a la misma distancia ‡ pasaron semanas antes de hollar la primera estribación de la falda. Al contrario de las montañas sin número que había coronado, la vegetación se hacía más y más inextricable a medida que me acercaba a la cumbre y la humedad sofocante concentraba un calor de horno en mis pulmones. Pensé en abandonar, a tal punto la ascensión ponía a prueba a quien ya creía conocer todas las formas del agotamiento, pero la aguja de marear que pujaba al alba contra el lecho de musgo (por alguna razón, desde que

había empezado a trepar me despertaba todas las mañanas acostado bocabajo) señalaba inequívoca el hueco interior de la montaña. Algo…, más me hacía volver atrás la vista, aunque era empeño ciego otear horizonte alguno: me ganaba un sordo pavor, sin pausa, día a día. Era el silencio. El silencio ‡ un eterno goteo de rocío condensado.

En esa frondosidad deshabitada no anidaba ni correteaba ni perecía nada ‡ no cantaba la cascada ni rugía el tigre. Ni troncos podridos ni espesas alfombras de hojas muertas. Jadeaba de extenuación entre un verde incorruptible.

Cómo adoro oír la voz que ofrece vino a su maestro…, y esas manos que con pericia vierten agua fresca en exacta proporción. Has adivinado mi sed y *que hay recuerdos que dan sed*…, condenados a separarnos cuando empiezas a actuar con sentido…, así ha de ser… *Verás asomar las primicias pero no comerás el fruto*, dice el Libro…

(otro día)

Un penacho de nubes asediaba la cumbre cuando la coroné, al final de un ocaso que sólo podía adivinar. La niebla se posaba al atardecer, según había comprobado durante la ascensión ‡ una brisa suave, impregnada de un deje marino, la alzaba al alba. Por primera vez mis pies se asentaban sobre piedra, un granito rosado, húmedo y cálido ‡ inmediatamente atrás dejaba una enmarañada faja de negros arbolillos retorcidos. El volcán era perpetua fuente de vapor que rebosaba sin violencia los labios del cráter.

Mis ojos saciaron al alba su sed de espacios abiertos. A Un Lado y desde una altura sólo comparable a la de la Roca, la llanura interminable que había cruzado quién sabe hacía cuánto tiempo, quién sabe durante cuánto tiempo ‡ una tormenta se demoraba en la cordillera y los truenos lejanísimos hacían de las montañas su gong de bronce. Al Otro, un Hoyo alargado cuyos bordes, del mismo rosa pulido, se perdían en el horizonte, extraviando su color en las nubes de la aurora.

El cráter no era redondo, sino ovalado. Los extremos más alejados se estrechaban en fieros precipicios ‡ las laderas interiores, de suave pendiente al principio, se abismaban, tapizadas de altos helechos bermellones, en la tiniebla.

Uno está o no está. Y ya está, dice el Libro: una Gran Boca

entreabierta al cielo, un Pétreo Parrús tibio y rezumante. Sabía que me asomaba, no mucho antes de que los años y las privaciones me doblaran, al Choni, el Santuario objeto de mis fatigas. Y ahora qué, pensé. Y sentí miedo de las dimensiones ciclópeas de la Jembra.

Eché a andar, bordeando el cráter, en dirección a una cicatriz del terreno, casi imperceptible, que, juzgué, debía de ser un abrupto sendero, quizá el único acceso hacia Lo Hondo ‡ me encomendé a la Roca. Los helechos granates destilaban al tronzarlos un jugo transparente y nutritivo cuyo sabor recreaba vagamente el del molusco crudo ‡ conjeturé que el olor a mar que impregnaba la niebla matutina lo arrancaba el vapor de las laderas interiores.

No había luna, pero la senda cosechaba suficiente luz de las estrellas ‡ la misma luz que me mostró un alto monolito plano con el rostro burlón y saciado de Aqutasuma grabado en la base. Me arrodillé ante él y lo abracé, uniendo la Marca de mi pecho a la Marca esculpida. Fulminado por dulcísimo sopor, dormí como no había dormido en cuatrocientas lunas. Y soñé por primera vez en cuatrocientas lunas. Porque sabe que mientras dure la búsqueda no soñarás. *Cuando nos separemos, dejarás de soñar.*

(otro día)

El monolito marcaba el inicio del camino, visible en los helechos desbrozados —aunque es verosímil pensar que sólo se utilizaba dos o tres veces por centuria. Los abruptos escalones, imprescindibles para no despeñarse, parecían haber sido tallados por la naturaleza misma ‡ estratos de diferentes grosores armaban, como fichas de jorigú mal apiladas, una escalinata que no habría concebido la fantasía de maestro constructor cuya obra recuerde.

Nada más empezar a descender escuché música…, una música no sujeta a ritmo ni a melodía…, como la amplificación eufónica del goteo que me acompañaba mientras escalaba el cráter. Un millón de notas, distinguibles una a una, agotaba todas las escalas. Y descubrí, semiocultas en la vegetación o anidadas en nichos, primorosas campanas de agua modeladas en porcelana casi transparente, ninguna igual a otra…, el agua se condensaba en vejigas de diferente capacidad que una vez rebosadas goteaban en las inferiores, que rebosadas goteaban en las inferiores…, los intrincados bucles de sus trompas y bocinas perforadas hacían el resto, pariendo un cascabeleo

interminable, turbador, sosegante a un tiempo…, comparable, quizá, al que destilan las esferas de plata que penden de las ajorcas y brazales de las bailarinas caribiotas cuando danzan hasta el trance en la Cata Prenupcial…

Al cabo de unas horas el descenso se escarpaba más y más y hube de ayudarme de la corta soga y hasta de la barba, enredada en los resaltes, para descolgarme a trechos. El bosque de helechos ocultaba la verdadera profundidad del abismo ‡ su espesura quizá habría frenado mi caída como enmascaraba mi vértigo —pero *A qué probar*, dice el Libro. El miedo a perecer en el momento en que cumplía el objetivo de mi vida se compensaba con la extraña certeza de que *algo* me protegía. Así ha de sentirse quien vuelve a los brazos de su madre tras haber sido desterrado de su casa y su ciudad veinte años atrás con las manos tintas en sangre: cruzando recelos con ancianos que conoció como hombres vigorosos y padres que descalabró en juegos de rapaces. Sabe que ha pagado y que retorna ayuno de herencia y de prestigio ‡ y teme lo conocido sobre cualquier cosa ‡ *pero lo conocido es con él y no teme*, porque al final aguardan las lágrimas alegres y los cuidados de una amorosa anciana ‡ quizá el perdón.

De la profundidad del cráter se alzaba un crepúsculo prematuro. Los helechos, del color del cinabrio en la cumbre, resplandecían ahora en rosa nival. Hallé una cornisa del tamaño justo de mi cuerpo acostado y en su calidez y proporciones la huella de los cuerpos que me habían precedido. La noche cerrada dio paso a una leve fosforescencia lechosa que emanaba del fondo ‡ y la Rijosa, tiesa como una fusta desde que había abrazado el monolito —rigidez que, hay que decirlo, en algo había estorbado mis movimientos en los pasos más difíciles— tiraba de mí aunque me tumbase de espaldas al Joyo.

Un vigor nuevo engrasaba mis articulaciones, desanudaba mis miembros, aniquilaba el agotamiento de la jornada. Una vez superado un tramo ciego en el que estuve a punto de saludar a los Maestros, la pendiente se franqueó en un camino acanalado que exigía la única precaución de no resbalar en su fondo limoso. Los helechos cedían su reino a un musgo blanco y aceitoso que rezumaba luz.

Mi Frenillo parecía a punto de estallar. Consternado, observé las nuevas, insólitas dimensiones del Cabezón.

Y entonces…, ¡ah! ¡Entonces! La difusa claridad que me rodeaba se

desgarró en jirones ‡ ante mí se extendieron el Lago Octógono y su diminuta península. De la superficie hirviente ascendía la bruma que bañaba el volcán ‡ y en su mismo centro, lejano y numinoso, unido a la orilla por un espigón, el Edificio Sin Vanos ‡ la legendaria Esfera.

(otro día)

El fin se aproxima.

…

Se aproxima ay, el fin.

Ni siquiera tengo hambre. Pero no se me pasa la sed.

(más tarde)

La Esfera emanaba pura voluptuosidad. La Pirula hipertrofiada tiraba de mí, reducido a la espantosa condición, con mi barba cana y mi calva rala, de Cachondo Loco, como los mozos que viste encarcelados en Bálannos. El calor iba más allá del Sofocón…, me despojé de los precarios harapos que aún cubrían, inútiles, la gigantesca verga que me gobernaba y así ‡ en pelotica ‡ crucé las aguas humeantes.

Ya no podía equivocar mis pasos. Alcé los ojos al cielo ‡ como vistas desde el fondo de un pozo, las estrellas habían triplicado su tamaño. *Quizá nunca vuelva a ver este cielo*, pensé. Y sin embargo, es ahora y no entonces cuando sé, sin vacilaciones hueras, que en el plazo de dos días este cielo dejará de existir para mí.

¡Vino, rapaz, acerca ese tu vaso que sólo ha conocido el agua! Desde hoy y hasta el final beberás conmigo ‡ apurarás el cáliz cuando yo lo apure. Y mañana seré yo quien mezcle y sirva el vino —¡te serviré a ti, el cimbreante, el esquivo!

(otro día)

Como el del esposo ninio yendo al encuentro de la esposa bebita, así de trémulo era mi andar ‡ un pie avanzaba decidido, el otro vacilante. Constaté que la Esfera estaba construida con sillares tan exactamente cortados que no se percibía unión o argamasa alguna entre ellos ‡ llegado al cóncavo muro, volvió a hacerse presente la figura de Aqutasuma, prolongada la cabeza en el flagelo de un espermatocho ‡ esta vez tuve que ponerme de puntillas para unirlo a mi carne marcada a fuego, con no poca dificultad dado el Asunto que

arrastraba a esas alturas. Sin el menor ruido se desplazó —primero hacia el interior, luego hacia un lado— una losa que abrió un claro círculo de tal diámetro que podía acoger erguida una escalera de asalto.

Y crucé la Puerta. Y la Puerta se cerró tras de mí.

Desde fuera, la Esfera parecía inmensa ‡ en el interior, sus dimensiones eran inconcebibles. A pesar de que casi toda la sangre de la cabeza había ido a cebar al Gordales, pude pensar: *Esta manía de la desproporción acabará con los dioses.* Y comprendí el Libro*: El grano de mostaza contiene el güito de aceituna que contiene el bodoque que contiene la cabeza de un hombre.* Y también*: Hay en la gaia una gaia mayor que la gaia.*

Una meseta circular con cuatro argollas hincadas en los radios me aguardaba bajo esa bóveda cuasiceleste. Dócilmente, me aherrojé. Embotado, enhiesto como una Roca en miniatura, tirando hacia Lo Alto al punto de sentirme descoyuntado, mi brioso karallo tenía el volumen y la entera estampa de un niño chico tendiendo los brazos a su padre. Y entonces…, entonces, condensándose de la nada, una niebla negra que poco a poco tomaba los contornos inequívocos de la Mujer descendió sobre mí…, y en la espléndida corpulencia de esa carne nocturna me hundí en todas las carnes que había poseído, en todos los cuerpos que había mirado con deseo…, sus entrañas eran abismo en que me abismaba…, su gemido era muchos gemidos, placer y dolor se alimentaban de sí mismos…

…

...!

...!!

... Por Oclock, esto se empina…, debí de hacer mal los cálculos… Se me está poniendo como el brazo de un emir… Creí que era mañana…, apenas tenemos tiempo. Toma, toma vino…, eso es…, otro vaso…, y otro…, ¡bebe, bebe te digo! Yo también…, venga… ‡ blarp ‡ escucha…, desperté febril y desnudo en mitad de la nada…, una llanura desierta en la que me recogió una caravana cuando ya había renunciado a vivir. El cráter no estaba a la vista y sólo duerme en mi recuerdo. Volví a tenerme en pie después de seis lunas de delirio ininterrumpido. Porque después —bebe— de conocer el éxtasis, justo es conocer el tormento —bebo. *Un cojón y todo el pellejo serán de tu*

audacia el justiprecio. Los dioses, es curioso, castigan el incesto…, lo ritualizan ‡ pero no les sienta nada bien. Escucha y bebe, por lo que más quieras: el vino nos lo hará más llevadero.

En algún lugar de la gaia mora el hijo de un hombre y una diosa. Su padre lo encontrará y será su Maestro ‡ su hijo lo inmolará y será padre de sí mismo. Buscará el ignorado lugar de su concepción… —¡has de hallarlo! ¡No seas tú el primero en romper la Cadenetha!— y engendrará en su Madre con dolor.

… No lo comprendes muy bien, a lo que veo. Es lo que pasa con estas cosillas ‡ cuestan trabajo, tienen su punto absurdo…

(más tarde)

En cuanto a encontrar a quien será tu hijo ‡ menudo problema. Cada Maestro ha aportado al Libro pruebas irrefutables de no haberse equivocado —yo mismo contigo. Y es posible que así sea… Tenemos como un aire de familia…

(más ‡ tarde)

Acerca la alforja repujada ‡ tómala ‡ es tuya. Contiene el Libro, la daga y los distintivos de los Maestros, tus padres…, mis padres. Ahí guardarás mi esfera de oro negro, no me entierres con ella…, la daga la empuñarás hoy mismo… En cuanto al Libro, queda mucho espacio en blanco…, siembra de crucecitas dobles tus Ocurrencias para desconcierto y confusión de los hijos de tus hijos…, bebamos…, intercalando alguna receta suculenta, que siempre es de agradecer…, las mejores, por cierto, son las del venerable Helbuchi…, quédate también la lirilla gurgul, en ella escucharás mi voz cascada…

…, esto se acaba, porque no creo que se me ponga más…, más ‡ Molona ‡ sin duda te espantará que tu primera sangre sea la mía…, el vino te dará ánimos…, yo también maté a mi Maestro y él al suyo… Como tu hijo te matará si lo llevas por la recta vía…, ¿has visto una cosa igual…? Bebe…

Acércate, hijo mío…, no temas ‡ *sólo voy a hacerte algo que nadie te ha hecho nunca* ‡ y que, ahora que lo pienso, nunca he hecho a nadie…., así esta noche cercenarás mi sueño con alegría y odio.

Que los dioses mayores y menores bendigan a aquel en quien he depositado *toditas* mis complacencias… Entiérrame al pie del joven

avellano… ‡‡‡

Caldo de lágrimas hizo de mi almohada taza de consomé al leer anoche la conmovedora despedida del Maestro. Qué dulce es la sensación de dormirse llorando, así amanezcas con los párpados soldados por una costrón de legañas. Sí, llorar es dulce cuando no se recuerda la última vez que se ha llorado.

He de decírselo a Victoria.

(Me gustaría enamorar a esa mujer. No sé si por ella misma —como potencial poseedora de las peculiaridades que convienen a las mías más el tanto correspondiente de apasionada insensatez (que no he percibido de momento en ninguno de los dos)— si por *sentirme* enamorado —regalando así un margen aún mayor de indulgencia a mi disparate cotidiano: espejismo que previsiblemente mutaría en obligación, renuncia, ¡templanza!— o por reafirmarme emocionalmente ante el otro sexo —inaugurando, de paso, la disciplina de meter barriga, peinarme hacia delante, afeitarme a diario, exiliar la halitosis y untarme pomada antihemorroidal en las ojeras.)

(Claro que decirle que he llorado en lugar de mantenerlo en púdico silencio denuncia una estrategia destinada a ablandar un corazón empedernido por un plantón inexcusable —que quizá se suma a una tristísima colección de plantones. Y es detestable mi pánico a expresar el deseo franco de *enamorarme* de ella. Deseo, por lo demás, cuya mera expresión sugiere que se está en presencia de un lelo.)

(Pero, ¿me *gusta* Victoria? Sí. Es un hecho. Me gusta hasta lo que, intuyo, podría disgustarme de ella. ¿Me excita sexualmente? Ya lo creo: imaginarla en cucos me la mantiene pimpante durante el curso de una desvencijada gayola cincuentona) (Fina conclusión) (Ya es algo.)

PUM

Me arroja del jergón el estampido más cercano que haya oído desde que vivo aquí. He percibido la explosión antes de la explosión, como si la costumbre, aun en sueños, hubiese aguzado mi *instinto de inminencia.* Sexto sentido o vientre de culebra que anticipa el terremoto, en ningún caso me he ahorrado una taquicardia de las de encomendarse al Niño Jeszulín. En el exterior cascabelean los cristales astillados, una vibración ronca satura el aire. Cien voces alarmadas, la noche se vacía en rectángulos de luz. Ha sido a no más de dos calles: al poco, decenas de destellos anaranjados y azules peinan las fachadas, colorean a ráfagas lo que parece una festiva nube de confeti revoloteando en un tornado de polvo y humo ya empenachado por los géiseres de las autobombas. Me visto a toda prisa, a qué dormir cuando por una vez no tengo que inventarme la noticia.

¿Presenció entonces la voladura de la librería Lagos?

Moradillo se zampa una fuente de musaca a golpe de pan frito

Más bien sus consecuencias. Aquí tiene una muestra

y le tiendo el tizón de una cubierta en la que aún puede leerse *Ronaldo Ofuscado*

He aquí el único uso que saben dar a un libro esos jóvenes sacos de mierda. ¡Pobre Theresa, vieja amiga! Fue un amor de juventud que no dejé prosperar porque —me avergüenza recordarlo— ¡pues hombre! ¡Me asustó el fanatismo con que se oponía a todo fanatismo! Su librería ha sido blanco de los cócteles borrokov media docena de veces: primero las falanges callejeras del Mariscal Tranco, ahora los cacarras

callamos. Recupero la imagen de esa mujer de corta melena cana apilando libros destripados en la acera sin abandonar una sonrisa obstinada que recogía sus lágrimas. A su alrededor se posaban miles de hojas quemadas con cadencia de plumón, ascendían las cenizas como una ofrenda a la indiferencia celestial. No tuve la gallardía de asistirla en esa tarea sin objeto, paralizado de súbito por un desaliento

atroz y por la presencia del minicomisario aparentando *controlar la situación.* Si alguien se tomara la molestia de recoger todas esas páginas y encuadernarlas tal cual en un colosal volumen se podría leer el legado de esos tipos sin barbilla ni sesos que exhiben en la uve de las manazas el patético marchamo de su sangre. Tan prístina.

La llamé ayer. ¿Querrá creer que a mis frases airadas, que no ofrecían consuelo posible, respondió citando a Kapka K., la poeta búlgara? La desesperación es el mayor de los pecados, *dijo.* Cuando mantengo la fe en la justicia y en la misericordia, creo de veras que todo se arreglará: muchas veces lo bueno llega hasta nosotros envuelto en el manto del horror. *Ciertamente, jamás habría estado a su altura*

Una mujer abraza con amor un puñado de papeles chamuscados alzando los ojos a un cielo incendiado con millones de palabras sacrificadas en hecatombe, silueta menuda quebrada contra una lluvia de pavesas de volcánica belleza. Como el rostro sereno de un suicida reflejado en la sangre que mana de su sien, en ocasiones la violencia se preña de una hermosura sin ambigüedades: tragedia condensada en una visión hipnótica. Exenta. Jamás puede uno estar seguro de querer presenciar algo así. *Algo así* no alimenta ninguna experiencia: se limita a arrancar el techo de nuestro refugio para que el sol nos abrase.

¡Es que esto es un asco! ¡Hasta…, hasta se te quitan las ganas de comer!

grita Moradillo apartando de sí un recipiente en el que no rebañaría pringue ni medio barquito. Mi *próxima columna será de fuego*, pensé entonces con rabia. Pero no: ha sido sobre la colecta pública destinada a finalizar el domo de la nueva catedral, que se anuncia horrenda en conjunto.

Rolo, humorista gráfico de La Sábana: *Lo sorprendente de quienes queman librerías es que acierten a leer el rótulo* Librería.

He ahí un acto de compromiso cuyo ejemplo, por lo visto, es

incompatible con mi tranquilo pasar —que, sin melindres, aspira a perpetuarse felizmente. Porque no he dejado toda una vida de mierda detrás para jugar ahora a periodista engagé (*engagá*, decía Deoth con fácil cinismo) máxime cuando la furibunda condena de quienes preservan su rutina privilegiada —sorteando con noble ceño el sobresalto cotidiano— dura lo que la digestión de unas berenjenas. Son mis amigos: soy su reflejo. La Palmera acoge con disgusto, más allá de los chasquidos de lengua y los no sé dónde vamos a ir a parar, la insistencia en hablar de *lo que pasa aquí.* Aquí no pasa nada, al menos desde La Palmera. Aquí se vive de puta madre, dicen los votantes de Ponzano, del Konsejolari, del naszionalismo procacarra: pero de solateras ya sería la rebandión. Y a mi íntimo proyecto conviene ese carácter insular —esa clausura de la realidad. Hablando de ínsulas, Piriç me sorprende obsequiándome con un ejemplar firmado de *Stronzo Island: DePhoe & Sanitary Engineering*

Aquí le entrego una antigualla: lo lamento, sólo conservo esta traducción. Moradillo me comentó sus lucubraciones de taza y me complace reconocer en usted intereses afines a los míos, es excepcional. Como comprobará, se trata de un ensayo juguetón desde el mismo título: sólo pretendía ofender a un par de catedráticos —y acerté, son gente frágil. Me limitaba a señalar el inexcusable descuido en que había incurrido DePhoe, por pacatería sin duda —tan puntilloso en el detalle de los mil quehaceres de su héroe precapitalista, tan cominero en la enumeración de industrias, enseres y animales destinados a ofrecer un espejismo de civilización en esa tierra inculta— al obviar hasta la mención más pudorosa a la ingeniería sanitaria. En efecto, el cálculo bondadoso de una deposición diaria por veintiocho años de estancia supone unas diez mil doscientas deyecciones, cifra duplicable considerando que para muchas personas es normal defecar dos veces al día y hasta cuadruplicable postulando una disentería de baja intensidad que no aniquile al náufrago por deshidratación, lo cual nos sitúa por encima de las cuarenta mil…, plastas. A este volumen nada desdeñable hay que añadir los excrementos de origen animal, los de Domingo, los de los sucesivos visitantes (el padre de Domingo, el vallisoletano, los amotinados)… Aun cuando el buen Morrison tuviese la costumbre de exonerar el vientre al mar desde lo alto de una peña, le sería imprescindible una letrina cubierta durante la estación lluviosa, a riesgo de complicar con pulmonías sus ya frecuentes

diarreas. Así que la mayor o menor proximidad de la letrina a la vivienda constituye de por sí una tarea a planificar con sumo cuidado: sería infame imaginarlo corriendo una milla entre dos y seis veces al día, estremecido por colosal retortijón, en dirección a la caseta negra (ciscarse allá donde se afloja el muelle plantea tan graves inconvenientes que lo pasaré por alto: pero es en cualquier caso una conducta impropia de un protestante). Añada un conocimiento preciso de los vientos dominantes y las caprichosas brisas —sólo tiene que imaginar al loro Pollo, ave de reconocida longevidad, chillando '¡Pobre Morrrrrison, pobre Morrrrison Crousseau!' durante cinco lustros mientras una ráfaga de aire envuelve a ambos en indescriptible fetidez, así fueran entonces menos sensibles a ciertos hedores y a ningún cerdo le amargue su propia mierda, por populachear— la previsión de riadas, la afluencia de coprófagos, las posibles filtraciones en los niveles freáticos que corromperían el agua potable, ¡la salubridad en general! Tenemos un problema bajo la forma de cinco toneladas de soretes cuya única solución, utilizarlos de abono orgánico, no aparece sugerida por… ¡No vomite sobre el libro, joder! Pero, ¿a usted le interesa de verdad la caca? ¿Por sí misma o en relación a la literatura?

si no recuerdo mal, estaba hablando de esa *realidad* invisible intramuros o algo así.

Me entran picores y aunque me había prometido con absurda solemnidad dejar de frecuentar chicas de lance mientras se define un futuro carnal entre Victoria y yo (me sedujo la ocurrencia de salpicar virutas de noviazgo rancio, de cubrir mis trapos de galán de pago con hábito talar) me apresuro hacia Casa Barrett, el burto pujante anticipando la piel desnuda de la Rompida. Su muñón con un mandala tatuado ha despertado en mi interior una leve parafilia (¿leve? No sé, es algo tan reciente) pulsando resortes de estupor somático (por no hablar del psíquico) cuya mera latencia me era inconcebible. *La puta amputada:* hasta es eufónico, como *bonito óbito* o *el esclavo es calvo.* El señor Barrett sabe de la afición que comparte la clientela de esta artista única y la mima —y cobra sus servicios en no pocas pelfas. La Rompida ensancha de golpe el estrecho orificio emocional de sus primerizos. No deja indiferente: traumatiza o engolfa. En ello andamos.

Mujeres y traumas. Moradillo me recoge en taxi de camino a La Palmera y durante el trayecto me informa (brillan las aristas que traicionan una característica inexpresividad que quiere parecer inocua) (peyoración con cara de póker, podría llamarse ese hábito) de que Suri, de vuelta de su luna de miel, vuelve a ser el átomo alrededor del cual giran enloquecidas partículas masculinas. Se adelanta a mi pregunta

Benito no ha aparecido aún: eso significa que le importa la indisimulada promiscuidad a la que su mujer se ha entregado sin escrupulillos. Aunque también podría sostenerse lo contrario. El Dostó, mostrando una vez más su proverbial desdén por la confidencia, sea profesional o íntima, me ha dicho que dejaron de mantener relaciones *casi inmediatamente después de la boda. Decisión que sin duda beneficiará a la salud de Benito...*

¿Cómo es eso?

Es un asunto un tanto bizarro…, Suri tañe una gigantesca flauta shakuhashi con diabólico talento. En una ocasión accedió, tras muchísimo insistir, a darnos un recital a Palmera cerrada y me sentí como una cobra danzarina: le aseguro que es un arma de seducción irresistible. Más aún, la impresión de que ella se excitaba mientras interpretaba el Lamento de Mõ nos pareció evidente: una especie de masturbación acústica que, como es natural, no llevó a su culminación en nuestra presencia. En privado, sin embargo, parece que la tal culminación consiste en un paroxismo violento durante el cual peligra la integridad craneal del cónyuge. Así ha sucedido en Punta Oriental: tras reducir a Benito a una masa de gelatina a golpe de trémolos, vibratos y glisandos, le sacudió un flautazo al mejor estilo shaolin que requirió doce puntos de sutura. Ella cae en un trance de extático enajenamiento durante el que pierde la conciencia de sus actos y que (a juzgar por el absoluto fracaso de cualquier otra vía de estimulación) parece ser su única posibilidad de burlar la anorgasmia. Benito es un caballero: en ningún caso antepondría su propio placer al de su esposa. Pero no quiere morir —y hay que respetar su decisión. El Dostó opina que esa mujer refractaria a los procedimientos tradicionales se venga del macho occidental…,

Será accidental

…, eeeeheeemmm, muy ingenioso, se venga de lo que usted quiera, digo, mediante esos criminales arrebatos de música, sexo y violencia. En cualquier caso, los antiguos aspirantes al puesto están encantados y más que dispuestos a bailotear como osos zíngaros a los sones de esa flauta del infierno.

Mujeres y traumatismos. Se vacía en la bajante la mitad de la petaca y aprovecho para meter baza

> *Del mismo modo que el borracho consiente de buen grado en blandir el violín como una porra —subrayando así su inmunidad a la música— Suri usa su sexo (bajo la forma de ese gran falo que eyacula notas) como un instrumento de destrucción, probando con ello que no es lo suficientemente femenina para valorar la sexualidad que le es propia y*

Por cierto, hablando de música. Se me acaba de morir un primo carnal, compositor brillante y perfectamente desconocido. Tuve el privilegio de asistir a su agonía. Un segundo antes de expirar se sentó en el borde de la cama y poniéndose muy fatigosamente en pie sin permitir que lo ayudáramos, ¡pronunció su nombre en voz muy alta *antes de desplomarse fulminado! ¿Qué le parece? Yo esperaba oír* '¡Bach!'

y yo labirorí. Me escruta. No entiendo de música. Que le den.

Aquí las conversaciones te dejan siempre tirado en el campo de la conjetura.

Mis días son una cuchara que rasca en vano el costrón de la dejadez. Victoria no asoma los ángulos desde hace semanas. Me aventuro por los callejones fronterizos entre el Barrio Verde y La Remetida, animado hasta la insolencia por la hoy desproporcionada libación de ese Tónico Mariani con el que Barrett agasaja a sus fijos. El deje fétido, la basura amontonada, los cuerpos tostados y mugrientos de los niños, la umbría perpetua —que uno quisiera, además, fresca y húmeda— azulando las perspectivas troneras: todo conviene al gótico desmigado de los arcos truncos, a los sillares arrumbados, a los vanos

sin cristales. Casi espero una ducha de heces al grito de agua va mientras me sacuden las meninges mil retazos de peliculines medievaloides atestados de volatineros jorobados, leprosos resentidos, condes pichafloja, inquisidores psicópatas, judíos diasporizando y muchachas de corpiño tetón que aúllan mostrando los empastes, las mejillas chafarrinadas de rímel. ¡Vanas súplicas: ya lamen las lenguas de la hoguera el pecaminoso canalillo!

Es el Tónico Mariani.

Pero al rato flaquean mi decisión y Mariani. Miradas predadoras escudriñan al incauto, se atropellan tres o cuatro carreritas de las que sólo me llega el eco adoquinado. Este lugar me dice hospa —así que me devuelvo al medio familiar con leve acelerón de pulso y andar garboso cuando me clava al suelo un grafito negro grafito estarcido con plantilla en un guardacantón: *una ventana con una persiana de lamas a medio bajar de la que pende la hoja triangular de una guillotina.* Antes de que me tranquilizase el primer uniforme pegando palos a un indocumentado (desearía a veces no confiar tan honestamente en Lautoridad) he visto otras dos representaciones de indudable alusión a la *máquina-verdugo* cuya indagación pretexté en el pasado para emprender (y sobre todo, finalizar) una *obra literaria.*

¿En La Remetida, dice usted?

¿Qué hacía en La Remetida? ¿Va con frecuencia, amigo mío?

¿Una persiana-guillotina? ¿Como la que dejó caer sobre sus cervicales ese desdichado hace…, años?

Nos acodábamos con desgana en dos mesas hasta que he sentido la necesidad de justificar tanto y tan tedioso alcohol en compañía y he dibujado el grafito en una servilleta. Huye el sopor como si les hubiera dado un guitarrazo, en esta ciudad la gente se consume de aburrimiento

¡Una gamberrada!

¡No sea simple! ¡Se trata de otra séctula!

¡Sin discusión!

¡Eso es discutible!

¡Recuerden a los Pirobolistas! ¡Cubrieron los muros de globos terráqueos con mecha hace..., años!

(Hadlatter, a mi oído: *Los Pirobolistas sostienen que el mundo es una Gran Bomba o Máquina Infernal cuya Mecha, fíjese usted, asoma por el Polo Norte. El Día del Juicio, el mismísimo Jehomey arrimará la Divina Cerilla y ni juicio ni hosztias)*

¡¡¡Sssssssshhtt!!!

¡Una excepción! ¿Qué me dice de los Josabitas? ¿Yde los Mismicos?

¡No me vale! ¡Los Mismicos murieron todos hace..., años!

¡Los Josabitas pintan papagayos sobre sus convocatorias callejeras!

¡Son periquitos! ¡Y sólo los pintan los escindidos, la Rama Rota de Josabú!

¡Sostengo que se trata de una manifestación artística!

¿Por qué? ¿No sería propio de Capitolia que un pelotón de chiflados hiciera de un suicida su santo patrón?

¡Todo lo contrario!

¿Acaso no fue Jriszto un suicida?

¡No empecemos! ¡San Cocho distingue entre suicidio y sacrificio de sí!

¡No estamos hablando de eso!

¡Una manifestación artística!

¡Vamos a ver! ¿Quién recuerda las conclusiones de la policía sobre el caso?

pego un brinco involuntario. Moradillo se acercaba al grupo en ese momento: me dedica una mirada *elocuente* y da media vuelta. Siento resbalar por mi autoestima algo similar a un lapo calentito. Granizan hipótesis y retazos de noticias pero no se me enfría el rubor. Soy el único que ha visto la pintada, es impensable que esta culta burguesía liberal se de un paseo por el inframundo. En puridad, soy el único interesado desde hace..., años en el asunto y el único incapaz de contribuir con una palabra a la discusión.

Moradillo lo sabe. Detesto a Moradillo.

[Witoldine Concombre, *Mafias de la Cruz*, pág. 89]

Los Josabitas sostienen que Josabú es un hijo díscolo de Jehomey que, mal aconsejado por su preceptor, Sprikto Sanz, despreció su condición de Heredero y huyó de su Casa disfrazado de hombre melenudo. Suspenderlo de una rama por la abundante cabellera hasta que, como hombre melenudo, expiró, no sólo fue el castigo fatal del airado Pater a un comportamiento intolerable sino, por cierto, el único procedimiento cabalístico autorizado por la tradición para devolver un inri a su finca de origen. Sprikto Sanz, por su parte, fue mutado en el periquito Tetragrámaton (o Alel) y condenado a repetir por toda la eternidad *Aborrezco La Educación Liberal*.

La posteriormente escindida Rama Rota afirma que la rama de la que pendía Josabú se quebró al posarse Sprikto en un fallido intento de salvar a su mejor alumno, el cual sobrevivió malamente a la caída. Desde entonces habita tullido entre los hombres, cantando y tocando la guitarra, la gran mata de pelo oculta bajo una gorra de punto tricolor y un periquito al hombro haciendo la segunda voz. La misión encomendada a todo miembro de esta secta es entregar el fugitivo a su Pater para que lo someta al aplazado castigo y se restablezca el orden divino asando a Sprikto en espetón.

[Jiménez Nola, *Sectas y peligrosas*, Apéndice II]

No escaparon a la violencia general de este período las Escuelas de Pensamiento y Progreso Personal que, reemplazando mezquina y contradictoriamente el dictamen de la razón por los dicterios de la pasión, enzarzáronse con saña en mortíferos enfrentamientos. Perdura triste memoria del más célebre, la cruenta batalla de Valle Pendejo librada entre Mismicos o Autoepistemos («Conócete mismamente») y Dequeístas o Hesitantes («¿Piensas de que existes?») que condujo a la completa extinción física del cuadro académico, anteriores promociones y todos los matriculados ese año. Ningún testimonio resta de sus enseñanzas ni explicación alguna acerca del sentido último o siquiera primero de sus Frases Rectoras respectivas.

He dejado pasar más tiempo del acostumbrado sin ir a La Palmera,

pura jartá de Maese Tarabilla y compañía. Pero quiero ver a Victoria —que vuelve a no estar. Abordo al viejo, inmutable, con un punto hosco. No parece haber notado mi ausencia

Oh, no se inquiete: nunca ha sido una asidua. Puede desaparecer durante meses. Las mujeres están menos sujetas, digamos, a las fratrías de barra: de frecuentar alguna, es la de su pareja del momento

¡toma!

Por ejemplo, fuera de La Palmera no es habitual propiciar las relaciones que La Palmera establece. El capitolino va a su trabajo pero no sale con compañeros de trabajo, sino que se reúne con sus amigos en un lugar preciso, un territorio inviolable y nítidamente delimitado. Es sencillísimo saber cuál no es su ambiente porque es absolutamente todo aquel que no es el suyo. Familia-trabajo-círculo amistoso suelen constituir tres departamentos estancos establecidos en espacios invariables: la potestad de pertenencia a determinado clan etílico a menudo se hereda. Pero las mujeres, solteras o divorciadas en su mayoría, no tienen por qué guardar este tipo de fidelidad —la novedad es siempre bien acogida y se mantiene una sana circulación de novedades. *Victoria no está aquí: estará..., en otro sitio. Puedo sugerirle un par de alternativas*

No se moleste, ya que afirma que los que nos reunimos aquí no nos vemos fuera de aquí

Bueh, hay matices, hay excepciones. Yo soy una excepción, sin ir más lejos. ¿Vamos a Rufo's a cenar unas ancas y después a que Usmail nos quite la sed?

Hoy prefiero retirarme temprano

¡Como quiera, amigo mío! ¡Lo noto amoscado! ¡Qué pereza! Le diría que se olvidase de Victoria, hizo mal en dejarla plantada. ¡Nunca ha dado a nadie una segunda oportunidad!

y ya saliendo por la puerta

¡Su última columna no me gustó un pimiento!

Las diez y media de la noche y ya en la cama. Grotesco. Así están

las cosas, me susurro. Mi comportamiento es pueril. Hemos pasado demasiadas horas juntos para no saber que Moradillo ve algo en mí que justifica su exigencia —y las libertades que se toma: ejemplo, la intimidante carga de ironía que se permite cebar en una mirada. Tengo que asumir —pero no quiero— que soy para él, aparte de un amigo y una especie de ahijado, algo similar a un *proyecto* (¿el heredero de sus frustraciones artísticas?). Lee con lupa mis tristes articulines, sabe mejor que nadie cómo y sobre qué escribo, desde el principio conocía mi supuesta investigación sobre un singular suicidio que empieza a formar parte de la desmemoria colectiva (pero —¿¡ese grafito!?) y hasta intuye con creciente acierto que he huido de una vida, cercenándola como un delincuente rehabilitado, para emprender otra en lugar de enmendar la anterior o colmarla. Conclusión: ¡espera ser el editor de la Gran Novela Capitolina que cagará mi pluma y no tolera testificar mi desidia, mi negativa a cumplirme, mi disipación bajo la especie de paseos, alcohol y putas! ¿O qué? ¿Querrá que sea su cronista, su adulador de cámara, su Boswell, su Eckermann, su garciaperez? (¿Acostarse conmigo?). Es desconcertante (¿tiene hijos?). Me presenta en sociedad, me ciceronea, me abreva, me regala, me protege, me invita, me *vigila:* nada reclama a cambio. Como amigo es excesivo en la desmedida en que se ocupa —indesmayable tras su muy conseguida fachada de desapego— en *crear momentos de amistad* sin apenas dejar en mis manos nada que no sea la paciencia de atender a sus divagaciones, de escuchar pasivamente esa especie de monólogo interno que superpone a un diálogo condenado de antemano. Sí, es difícil *interesar* a Moradillo (de palabra): y sin duda exige sumisión sin reservas a *sus planes.* No es pequeño mérito aguantarlo. Pero hasta el momento no ha dejado de pensar en mi bienestar (me avergüenza ceder a escribir *felicidad*).

Es mi amigo.

Piriç y el Dostó comparan gráficas, correlacionan cifras. Aumento preocupante de los casos de malaria, confirmación de brotes aislados de dengue y encefalitis, excedentes en la población de Anopheles, identificación de ejemplares aislados de Aedes Aegypta y Culex Pipiens. Se ha destinado un presupuesto de urgencia a una fumigación general: Piriç pone el producto y seis helicópteros de la misma

empresa (suya) que desinsecta los arrozales semestralmente. Pero no parece contento por la irrupción de tanto mosquito en su última obsesión, el desarrollo de la Butaca Ideal, a la que duda entre bautizar *Requiescat o Dejamenpaz.* Acopia datos de una exhaustiva y sistemática encuesta entre haraganes locales de probada contumacia, últimos juerguistas de la nobleza desocupada, dilapidadores de sólidas fortunas burguesas, campesinos tumbaos, tunos de cuarta generación, dandis del papel couché, poetas gigolós y en fin, gandulerío avezado en el verpasar y curtido en jornadas de entre catorce y veinticuatro horas sornando o al filo. El criterio de selección ha sido derivado de una Hipótesis de Fisiológica Tumbona, como el mismo Piriç la denomina, que

No es sino insegura continuación de las investigaciones emprendidas por Molizzi —cuya muerte prematura frustró una obra de inimaginable trascendencia— y ya apuntadas en su Fórmula, que he refinado añadiendo (a los Grados Angulares de Inclinación Dorsal x *Tiempo de Permanencia En Posición) los coeficientes de Gandulería Genética (CGG) y de Vagancia Inercial (CVI) tomando en consideración un número muy superior de variables: fortuna familiar, despacho aislado con diván, antecedentes consanguíneos, generaciones En Posición, consumo de alcohol y estupefacientes, número de mujeres trabajadoras en el hogar, actitud ante el lunes..., es ¡complejísimo! ¡La obra de dos vidas! ¡Una butaca que sólo pueda abandonar una voluntad sobrehumana!*

aquí interviene un arquitecto, Ernesto Hastiazgo (creo que por lo superlativo de su esplín) también, dice, empeñado en su particular desafío aunque el arrastre de silabas y las líneas abismadas de su rostro no inclinan a pensar que un tipo así pueda empeñarse en nada, no digamos ya en un desafío

Hace..., años reformé por entero el interior del palacete de V. en Sans-Repos. En razón de nuestra amistad, yo no desconocía que V. era uno de esos dipsómanos atípicos capaces de trabajar y beber dieciocho horas al día, ganar cien millones de pelfas, arrastrarse perdidamente borrachos hasta la cama y amanecer tan ricamente reteniendo índices bursátiles mientras se afeitan sin filetearse las mejillas. El diseño de la escalera que

llevaba a la alcoba de esta naturaleza privilegiada debía tener en cuenta, pues, la cotidiana merma de facultades y ser de tan suave ascenso y seguro agarre que impidiera una caída o (caso de que el ciego fuera de grueso calibre y el trompazo inevitable) redujese al mínimo las fracturas. Sin entrar en detalles, proyecté una rampa mecánica con escalones de amplísima huella, recubiertos de un compuesto de caucho antideslizante de mullido absorbente (usted, Piriç, recordará mis consultas a ese respecto). Un arnés de mosquetón Simplex proporcionaba anclaje adicional en las noches que se presumían letales para la propia integridad. Pues bien, coincidimos la semana pasada: demacrado, enteco pero panzón, flotaba en el traje como en una chilaba. Modifique la escalera que diseñó *farfulló* ha cumplido intachablemente. Por desgracia, abandonar por completo el alcohol se ha convertido en mi única posibilidad de supervivencia, en *condición* de mi supervivencia. Todos mis intentos de rehabilitación han fracasado: las sucesivas desintoxicaciones eran el pretexto de las siguientes borracheras. ¡Se lo ruego, el plazo de tiempo es vital y le compensaré cualesquiera inconvenientes generados por tanta premura: pergéñeme una escalera implacable por la que caiga rodando cada vez que llegue con dos copas! *—he aceptado, claro*

Maravillosa ocurrencia: curación por vía traumatológica

Ssacto

Sin entrar en que este encarguito urgente del millonario preagónico le va a suponer a usted el importe de dos o tres de esas jornadas laborales que mencionaba

Cuatro y media para ser precisos. Pero no se equivoque: actúo movido por el más sincero sentimiento de amistad

hablando de la amistad se pasan los días. Piriç no se resiste a tener la última palabra

Si su cliente se hubiese dirigido a mí, tendría en sus manos, por un precio sin duda muchísimo más moderado, el maravilloso cuentatragos *que he diseñado y que ya está en proceso de producción: una elegante carlanca que, estrechada en el cuello del borracho en tratamiento, discrimina por medio de un complejo análisis dermatoquímico los tragos de alcohol que pasa por el gañote y se lo estrecha, impidiendo la deglución, cuando llega a un número determinado de antemano. Se me antoja menos*

lesivo

Moradillo acaba de apretarse el cuarto de kilo de beluga triple cero —que me ha suministrado a mitad de precio Amir, un iranio del puerto, contrabandista al por menor— con la cuchara de plástico que ha exigido en un puesto de helados. No cabe esperar más expresivo ni instantáneo homenaje a mi regalo de desagravio. Vuelve a dedicarme su sonrisa de catenaria entre los mofletes, volvemos a ser amigos. O tío y sobrino, no sé. Hemos compartido el vodka o la wodka. Su aliento agradecido evocaba la brisa a orillas del Caspio.

(Estoy perplejo. Supuro felicidad —¡el viejo estaba equivocado!) Veamos. Discurría por la Avenida Tocha una manifestación, embebida cual es costumbre en consignas pareadas tan ininteligibles como el mensaje de la pancarta que la encabezaba

GOVIERNE BREMANEUR CASACA COCOMIZ

—para que quede clarinete lo que piensa el cantonalismo del gobierno central. Y entre tanto epignatismo sobrevolado por desafiantes mostachos de guía enhiesta y tanta mano alzada con índice y pulgar formando una C o con el dedo corazón erguido en metonimia del Peñazo, puro paquete capitolino, el perfil clásico de Victoria hermoseado por un ceño hosco, tendones y venas del cuello de moa atracados de consignas pareadas. Me ha visto y se ha desfruncido en una sonrisa mellada que me ha animado a reunirme con ella, ahí voy feliz del culo, con tan indisimulado entusiasmo que la compañía —ataviada con los colores del pendón y luciendo en las solapas el *txukruto,* esa especie de cruz gamada confeccionada con hojas de berza— me palmeaba los trapecios como si me hubiese ganado para la causa. No era el momento de explicarles que como norma higiénica me paso sus reivindicaciones por lo que rima: una mano cambia de intención sólo con cerrarse.

Ah Victoria. Victoria no da segundas o terceras oportunidades, desconoce la expresión *dar una oportunidad.* Simplemente, se da.

La naturalidad del encuentro. La delicadeza al cerrar el paso a mi vomitona de palabras mal mascadas, confusa pota de excusas y saludos que trataba de sostener con dudosa apostura —estuve a punto de llorar. Por segunda vez. De alivio. Que extraña influencia la de esta mujer sobre mis lacrimales (he de decírselo, he de decírselo). La misma voz que se puso a comentar con seriedad de concejal y erudito criterio, ajena como por embrujo al decibelio redoblado del coro alrededor, las razones que respaldaban *la opción por un lenguaje desenfadado* en su versión de los Cantos de Florián

Hay que conseguir que los jóvenes lean los textos fundacionales de su historia, no de la Historia que pretenden imponernos: hay que acercárselos sin ceder, no obstante, un ápice de rigor histórico (¡un ápice de rigor histórico!) *porque se trata de su historia, de* nuestra *historia. Aunque resulte ser, como en este caso, una completa impostura: es en esa impostura en donde se condensa nuestra más íntima esencia, nuestra razón de ser capitolinos*

¡Sí! ¡Sí!

me arrobaba yo, la misma voz que hablaba de la necesidad de un compromiso (ineludible) que legitime, en su extensión y radicalidad (sapere aude!) *cualquier vía* (incluso el *diálogo)* para recuperar la tal esencia

secularmente sojuzgada y oprimida

¡Sí, sí!

asentía yo con vigor, la misma voz susurró anoche desde la clara piel aristada y nuda

Deshollíneme

y esta mañana, temprano, la misma voz

Desayúneme

Sí. Sí. Seeeeeeeh.

(Cuando se va me sumerjo en la misma agua que la ha bañado. Diminutas escamas plateadas titilan en remolinos de irreal transparencia. Como si Victoria hubiese lavado el agua y no al contrario.)

(Inevitable que de su cuerpo resurja la bruma desmemoriada del cuerpo de María.)

Moradillo y Usmail emprenden un viaje sin plazo

No será largo, un mes o dos

y sin más pretexto que la costumbre profiláctica de acopiar fuerzas para afrontar otro año en este secarral. Además, argumenta, le parece fuera de lugar que lo rocíen como a un biennamita. Los *productos de Piriç me aterran*, guiña. Nos abrazamos con sobriedad.

He dejado de frecuentar La Palmera. No por la marcha de un intermediario que en puridad ya es prescindible, sino porque juzgué que *no estaba bien* intimar con el resto del círculo en su ausencia. Aunque quizá eso es lo que espera él de mí. En ese caso tendría una buena razón para no frecuentar La Palmera. Yo también ando necesitado de cierta higiene. En el estar.

La noche de los sábados es ya entera propiedad de Victoria. Quedamos a tarde caída para asistir a algún espectáculo (ha adquirido las entradas de antemano) vamos a cenar halaleche en adobo y galán rebozado a Luperca o a Cabo Chiquito (ha encargado la mesa con cuarenta y ocho horas de antelación) y pasamos la noche en mi casa (Demetria ha dado un aire nuevo a las habitaciones mediante una limpieza algo menos complaciente y la incrustación de tres centros ¡tres! de flores de plástico) o (con más frecuencia desde que están las f. de p.) en alguno de los ajados pero aún dignos hotelitos que puntean la bahía (el Guillermo Hotel lleva camino de constituirse en

predilecto) en donde ha reservado la habitación con mejor cama y mejor vista. Se deduce de lo anterior que mi amante es persona de gusto, con iniciativa y —sobre todo— muy muy organizada. Es verdad. Y no creo que actúe así porque dejar en mis manos la velada suponga exponerse a padecer una catástrofe (¿vamos al Barrio Verde y te presento a unas amigas?) o una improvisación de índole elemental (¿hace un paseíto?). Me embarca en lo que sea con la seguridad de que sus apetencias —y apetitos, soy amante dócil hasta cuando pago— cuentan con una aprobación que no ofrece alternativas. Es su ciudad estado, pero me introduce en ella sin hacer proselitismo turístico. Sería una excelente psicóloga infantil si es que psicología y excelencia son términos compatibles. Por lo mismo, debe de ser una profesora-mamá insuperable: entregada, ideologizada. Peligrosísima.

Sí, me abandono a sus gustos con gusto. Y no es sólo galante complacencia y economía de esfuerzos, no es sólo la magnífica y nada ordinaria experiencia de ser seducido —esto es, *conducido* de aquí para allá sin atenuantes (no solicitadas)— y de mantenerse siendo objeto de un interés, digamos, muy natural y cariñoso. Apunta más bien a la delicadeza con que el impulso de la relación se ha desplazado al campo de lo sobreentendido: ella dirige sin dar explicaciones y yo, repito, no las reclamo. Ejemplo, una vez comprobé, la primera vez que pisó mi infravivienda —inútil tratar de desviar nuestras ansias a un sitio más decente, no tuvo que mencionar su deseo de conocer mi cubil más de dos veces— que no sufría un desvanecimiento, prueba inequívoca de temple, supe que ése iba a ser, con absoluta preferencia, nuestro cuarto de juegos: en ningún momento ha propuesto sus sábanas, así sea por cambiar de empapelado. No pregunté por qué (y es estúpido preguntarme ahora por qué no pregunté el porqué). Una consecuencia obvia de comportamiento tan laxo es que ni siquiera sé su dirección. Ni su teléfono, es ella la que llama siempre.

Un encanto. Lo hace todo muy bien, con método —jamás me ha lamido nadie tan meticulosamente el antojo de mi nalga izquierda. Y es buena persona: me hizo prometer que no destruiría las flores cuando juré en un rapto flambearlas con gasolina ante Demetria. Que la frecuencia de pernocta en hoteles se haya incrementado últimamente por la aparición en mi vida de unas f. de p. no contempla

las posibilidades de

a/ Ordenar a la donante que las devuelva a su chiscón de pesadilla

No será usted capaz de defraudar la..., maternal ilusión, el ingenuo cariño de esa mujer

> *¿Maternal? ¿Cariño? Las ha puesto porque me aborrece: ya han cumplido con su misión, expulsarnos*

b/ Ocultarlas —pero aun ausentes a la vista no dejan de estar presentes las muy putas: han modificado para siempre el viril estilo monástico de mis estancias.

Nuestros encuentros se limitan a un día de cada siete, los apretones de entresemana se los alivia cada uno como puede. No he apoyado la moción contraria (¿por qué?). A qué sugerir nada: el plan está de Diosz.

Paseos sin rumbo. Dos jornadas playeras en Opomona. Erupciones por exceso de sol. Corticoides.

Domingo, sobremesa temprana con Victoria en una terraza del Paseo Marítimo, insólita prolongación del retozo sabatini. Hemos desmembrado el periódico en secciones y practicamos la lectura en común, actividad que como es sabido establece sólidos, por autistas, vínculos entre los elementos uno y dos de una pareja. Placidez de contemplar sus gafas enfocadas sobre la política local —desechado una vez más el impulso de profundizar en sus opiniones acerca de la política local o (por qué no) de indagar con naturalidad en nuestros conocidos comunes— placidez sólo turbada por la ocasional y zumbona irrupción de nutridos gangs de mosca lerda, díptero al parecer inmune a las nubes deletéreas que, Piriç mediante, están exterminando a sus parientes: un bicho que vive cuarenta y ocho horas en completo ayuno tratando de copular antes de quemar sus reservas, que incordia, errática y mansa, al punto de dejarse coger al vuelo entre dos dedos sin un quiebro de huida, que no se posa jamás

sobre sus patitas atrofiadas porque posarse es su muerte (los niños lo saben y las fulminan dejándolas con suavidad sobre cualquier superficie). Mi mano es un blando paipai que se las espanta a Victoria (gasta un miedo de manual a los insectos) mi mano es una pinza que avanza hacia —¿¡eeeehm!? ¡Una zarpa mugrienta se anticipa, aferra mi copa de brandy y vierte su contenido sin vacilaciones en una boca desquijada al punto de admitir sin dificultad una patata de cuartokilo! (¿Patata? Pero, ¿no es aquel pobre chalao del mostacho tarasbulba y la bolsa de patatas en el quiosco del faro?) El mendigo la vacía con movimiento sincrónico de nuez y muñeca y vuelve a posarla en su cerco con la misma admirable economía de gestos que delata a un jeta curtido. Me incorporo con viveza, exijo una explicación (¡qué tontería!) en tono amenazante (¡yo!) disponiéndome a llegar más lejos (¡yo mismo, yo!). Lo aventajo en juventud (¡sorpresa!) y en un dedo de estatura (¡sorpresa!) y estoy de un humor pésimo tras detectar siete erratas en mi columna —que sea una mierda no es pretexto para maltratarla. Además me acompaña una mujer —*mi* mujer, aunque ella expresaría un desacuerdo tajante— estímulo biológicamente decisivo a la hora de partir una cara cediendo a un subidón de testiculina. Impasible (¡qué entrenamiento!) hurga y rehurga en los bolsillos y exsacula no sin esfuerzo una moneda de veinticinco pelfas —¿¡veinticinco pelfas por mi brandy de solera centenaria!?— que arroja sobre la mesa tintirintín con tal donaire y tan natural señorío que me funde las intenciones —se me ha escapado una carcajada del todo excesiva, que no enmiendo invitándolo a sentarse y a otra ronda. Declina lo primero pero acepta sin titubeos lo segundo (un rayo azul sorbete ha cruzado la mirada de Victoria). Me asombra más que a él, al parecer, este rapto de espontánea fraternidad. Estará acostumbrado a trocar la ira ajena en jijí jajá y festival de convites. Alza el renuevo, se descubre con cortesía antigua y se presenta

Tobías, parásito

o quizá

Tobías Parásito

esta vez lo apura con pausa: pero lo apura. Con sorna

Hay quien me llama Tomacariño

¡Toma! *¡Tomacariño!* ¡Es él!

El camarero acecha con más curiosidad que ganas de asumir iniciativas suasorias. Victoria enciende un cigarrillo: raro en ella, le tiemblan las manos. Los vecinos de mesa asisten, los ojos pedunculados de admiración, al desenvuelto comportamiento del miserable (también al mío, imagino, tan poco *propio*). Sólo un viejecillo menudo parece inmune a la fuente de irritación general. Una de las damas que lo acompañan prorrumpe en comentarios escandalizados, con un enojo muy conseguido y rancio, en los que abundan las expresiones tipo *conducta incalificable* y *ese individuo* —palabras volanderas que Tobías tirotea, sin volverse, con un crujiente retruécano rematado en sagaz (aunque seguramente infundada) observación acerca del tamaño y textura de los champiñones baby que asoman por la vulva de la señora: sea o no sea así, se me escapa otra impresentable risotada. Aaaay jajajaja aaaay. El abuelo despierta de su sueño para mascar el ultraje. Un mutismo espeso se apodera de la concurrencia. Ninguno de los dos tiene excusa y mi sufrida amante remulle su asiento con un gesto que ya he aprendido a identificar como previo a la estampía. Pero se anticipa el gorrón ilustrado con una nueva exhibición de casposísima etiqueta: confía en que nos reencontremos en el futuro siempre que no le dé por cambiar *inmediatamente* de ciudad de residencia. Sin esperar respues-ta se lanza a cruzar la calle con paso elástico y airosos molinetes chaplinescos. El anciano —de golpe se le han apiñado las arrugas en el entrecejo— arroja de la silla sus huesos de pájaro y se precipita a la captura de una presa que, apercibida de reojo de la no por provecta menos decidida amenaza (y es que acoquinan esos nudillos virados al lila y ese cuerpecillo trémulo de ira) estira el tranco al tiempo que emite una secuencia de taladrantes silbidos de aviso. Como si el arranque fuese cosa habitual (¡como si no conocieras al yayo!) nadie se mueve de la mesa que acaba de abandonar. Sin embargo, Victoria (¡qué reflejos!) se ha plantado a su lado con un majestuoso sprint y trata de

razonar con él en mitad del pasocebra —y aun logra un instante de vacilación pero ay, frustra el prometedor inicio un firme desasimiento de cualesquiera argumentos que Persuasión improvise en labios de la suplicante: ya el absurdo predador reemprende la persecución mientras (sí, me he puesto en pie y corro, chapoteando en sudor desde la tercera zancada, por la acera paralela) trato de interceptarlo antes de que tenga lugar una descompensada kermesse de sopapos. He adelantado a ambos: cruzo y me planto con las piernas bien abiertas, dispuesto a resistir el embate del octogenario. El alado Tobías pasa por mi izquierda chiflando como una locomotora, le he indicado con un gesto de vetecondiosz que no es a él a quien quiero placar. El viejo, ya enfrentándome, amaga un desmayado intento de esquivarme que acaba de arrojarlo en mi regazo, estremecido por un resuello comatoso, atroz.

No tengo que calmarlo, la extenuación ahoga cualquier ofensa. Lo enlazo y nos encaminamos lentamente de vuelta al chiringuito. Victoria, que aguarda junto al semáforo, señala alarmada a nuestras espaldas. ¡Tobías Parásito, flanqueado por dos desharrapados —¿conjurados a silbotazos?— se aproxima a paso de legionario! ¡Blanden sus sombrillas por cima los chambergos, los ojos fogueando amok: en verdad componen un trío de berreantes samurais! Protejo mi carga, su levedad me permite sostenerla con un brazo mientras alzo el otro con imperioso ademán. Se detienen en seco. En ese momento, el viejo me estrecha muy entrañablemente..., lo estremece un estertor tan ronco. El iris se le pierde en los párpados. Deja de respirar.

Oigo

Toma cariño

y como es común afirmar, no recuerdo nada más. Salvo que estallaba un gran sin ruido, un disco solar en mi cabeza.

Primera noche en Capitolia. ¿He salido del hotel? Hago alto en una esquina, lío un cigarrillo. Estoy exhausto. No creo haberme aproximado un palmo al lugar que he elegido, un vistoso obelisco —su

altura y la oscuridad acortaban las calles. Aspiro humo y silencio. Un rectángulo de luz eléctrica pinta mi sombra en la acera. Un escaparate se abre donde antes se apelmazaban los ladrillos y encaro una salita de estar confortable al estilo modestoburgués. Una joven oronda plancha desnuda en una tabla plegable. Cada movimiento del brazo regordete transmite un temblor de gelatina al entero volumen del cuerpo, vibración que acaba por desdibujar sus contornos en una danza obscena, ¡demasiado bien domina la ejecutante el grasiento trémolo, sin disimulos escruta sus efectos en mi rostro! Dobla la última prenda, una blusita, pliega la tabla, me ofrece el desafiante frontispicio. Apenas me detengo en su rostro porque una espesa mata de vello le brota del bajombligo descendiendo en sedosos hilos de lava, bucles aceitosos que se esfuman al rozar los empeines —temo estar ante la barba reubicada del cartujo de Petrus Jrisztus. Con mano hábil agavilla el peludo velo y lo alza, mostrando ¡prodigioso capricho! un pubis lampiño del que excrece un sobrenaturalísimo potorro que concentra en sus labios la pingüe lechosidad de un taco de tocino. En un segundo me da la espalda mutando velozmente en gigantesco judión cuyos tiernos brotes semejan extremidades. Comprendo con instantánea certidumbre —la luz se consume, vuelve el muro a su condición de muro— que he sido privilegiado con una manifestación de la proteiforme haba pitagórica. O no. Y además, por qué.

Líneas esfumadas, contornos que arrastran en su desplazamiento ondas de luz descompuesta.

Horizontal. Tubos, cristalería diversa. Olor a alcohol, a fenol, a hospitol. A ajol en las manos de una enfermera que vuelve del resopón de guardia. Desinféctate, sinvergüenza.

A intervalos surge muy nítido el rictus ansioso de Moradillo. Sólo su rictus.

El Dostó. Fonendoscopio. Me oigo reír. Me duele aquí y aquí. Y aquí y ahí. Ay.

Convalezco de *algo* en *mi* cama. Cómo he llegado. Usmail.

Voluptuosidad de yacer bocarriba. Mover la cabeza me nausea. Empiezan a escocer los ojos. Pues se cierran y a dormir.

Recrearme en una penumbra febril, pisar la dudosa frontera que antes deslindaba con nitidez la vigilia del sueño. La mente se demora dichosa en un proceso elemental de familiaridad con el mundo. De reaprendizaje del mundo.

El mundo es un polvillo acuoso dorado por tajos paralelos de sol (luego sabré que Moradillo ha llamado al persianista).

El Dostó me ausculta, me toma el pulso, me enchufa una linternita en los ojos.

El Dostó me pone en pie, me obliga a dar tres pasos, me cambia el turbante de gasa.

(¡Qué competencia en el tópico ejercicio de una rutina que me fascina desde niño, que remedaba cuando niño!)

Ayer pude incorporarme, sostener la cuchara.

El Dostó dice cosas

Ha sido usted víctima de una oclusión paricular: nepotimia fulminante, fatiga ligamentosa (que aquí expresamos con un gracioso dicharacho, acagazarse las ternillas) *y una leve discefalia que va a tenerlo algo postrado una temporada —ya habrá notado que su cerebro no recibe la respuesta habitual cuando ordena hablar o ejecutar un movimiento. Es normal, aunque quizá debería hacerse examinar los parículos por un especialista*

El Dostó ha impuesto una dieta estricta. Demetria se muestra

reluctante, interpreto

¡Qué terquedad extraordinaria la de esa mujer! ¡Ha hecho un peritaje en gallofa de recluta! Escuchaba las palabras caldo desengrasado*,* ensalada *o* pescado a la plancha *con indisimulada repugnancia. Aplaudo su resistencia, amigo mío: he conocido al marido y le concedo tres meses de vida*

Ayer sostuve con la cuchara algo que se asemejaba a mi yo.

El Dostó me mueve y me interroga

Incorpórese. Enlace mi cuello. Túmbese otra vez. ¿Entiende lo que le digo?

Asiento. Pero mi cabeza niega

¡Bien! Veamos: ¿cuál es el bípedo friolero, hipotenso y estreñido?

La porción correspondiente de sesos formula: *la mujer.* Pero mi voz (hueca, desconocida) profiere algo como *hijoputa.* Se regocija

¡Qué presteza! ¡Mala cosa es la agnosia traumática, pero está usted abocado *a una pronta recuperación! Lo dejo un día más a los afectuosos cuidados de mosiú Moradillo*

a quien dedica una venia que el aludido corresponde sin levantarse del sillón

Volveré mañana

Ya baja las escaleras silbando un airecillo pícaro. Mi velador bufa, sembrando el embozo de perlitas de saliva.

Podemos conversar. Lo *traumático* de la agnosia procede del triple

guarrazo simultáneo que descargaron los traicioneros mendigos sobre mi coronilla. He superado un breve coma y una septicemia que se conjetura causada por el insecticida que impregnaba las sombrillas, era habitual desplegarlas durante las fumigaciones.

Moradillo me abandona a diario un par de horas tras asegurarse de la inocuidad del desayuno. Vuelve afeitado y mudado —con su portafolios, un mazo de prensa, tochos mecanoscritos y provisión de jeriñac. Se sienta, fuma, bebe, lee, toma notas, escribe a máquina, llama por teléfono, vacía mi orinalito. A menudo está observándome cuando despierto. Vuelve a escaparse después de darme de comer y de cenar para silenciar el eterno borborigmo instalado entre sus tripas. No sé por qué se empeña en ocuparse personalmente de mí. Es un hombre mayor y este régimen de vida no lo rejuvenece: dos vejigas azul pocháceo se le descuelgan de los párpados inferiores. Agradezco el sacrificio —cómo no— pero me desconciertan los motivos.

(¿No estaba de viaje?)

(Y Victoria, *¿por qué no aparece?*)

Primer paseo, con el visto bueno del Dostó. Mareo transatlántico, he alcanzado a vomitar en una papelera. Moradillo me sostenía la frente, me limpiaba las comisuras con su pañolón empapado en Eau Zinnermann.

Erecciones matinales desde hace tres días, luego recupero constantes —de hecho, estoy muuucho mejor, al punto de que el de hoy, cogidos del brazo a la salida del sol, es nuestro último garbeo haciendo los papeles de paciente y acompañante. Está contento, no más noches en semivela. Me va poniendo al tanto del escaso sucedido durante mi privación. Lo más notable parece ser el resurgimiento, tras años de inactividad, de una organización anticantonalista —la CoCa o ContraCaca— mediante un atentado cuando menos insólito: el envío de una caja llena de esos pasatiempos que consisten en alojar a pulso un número indeterminado de bolitas de acero en los correspondientes agujeritos. Bajo la tapa transparente se recortaba la silueta del Peñazo

sobre un pendón de Capitolia y las escuetas instrucciones prometían que habilidad y paciencia serían recompensadas, una vez que cada perdigón reposara en su lugar, con una audición del himno cantonal surgiendo de un diminuto altavoz. Trescientos de esos billarines de bolsillo

de calculada dificultad para que la resolución no fuese inmediata, pero sin descuidar las limitaciones del cociente del nativo

fueron remitidos por la Federación de Jugueteros Integristas al Baretoki, la sede tabernaria del brazo político cacarra, en donde fueron repartidos entre los afiliados con gran jolgorio. Antes de que corriera la voz de alarma han volado dedos en todas direcciones (uno, de hecho, vació un ojo): colocar en su agujero la última bola detonaba una diminuta carga de plastinita. Los dedos —que los cantonalistas elevan con la C o el Vafanculo en señal de mutuo reconocimiento— parecían ser los solos destinatarios, no ha habido víctimas mortales

Que hagan rehabilitación. Total, no es que los usaran para pasar páginas

Bueno. Y qué. A duras penas contengo las ganas de preguntar por Victoria, su ausencia me escuece. Me jode mucho, vaya. En mi caso, creo que jamás... Me paro en seco, Moradillo aguarda inquieto una arcada. ¡El periódico! ¿Es posible? ¡Mis artículos! ¿Cuánto tiempo...?

Siéntese, amigo mío

por fin

Le confieso, mi buen Garraiz, que he acometido una labor de la que me avergüenzo. No le faltará razón si decide que soy indigno de su amistad aunque, de algún modo, me inspiraba un recto propósito..., de algún modo*, porque la vanidad (incluso ahora, aplastado por los remordimientos) contamina una intervención que se quería..., vaya, simplemente virtuosa*

mantiene la vista fija en el esqueleto de lo que fue un boj podado en forma de cimitarra

Usted estaba grave. Inconsciente. Deliraba. Sé que envía sus artículos los lunes y que ése es el único contacto que quiere mantener con el periódico y su..., su vida anterior —nada le irritaría más, supuse, que una llamada de atención de ese pasado. No, déjeme terminar: no hago sino el resumen de lo que le he oído formular un centenar de veces. Bien, conjeturé que usted tenía, como es habitual entre los columnistas de resuello semanal que no han de ceñirse a una actualidad estricta, un par de textos preparados con antelación. Rebusqué entre sus papeles con la intención de hacerle un servicio, de ganar tiempo mientras usted se recuperaba..., pero no encontré nada que pudiera pasar por un artículo. Y pensé que..., en nombre de nuestra amistad, todo me estaba permitido. *Me las apañé para remedar su estilo vivaracho (con el que usted no ignora que estoy bastante familiarizado) y envié puntualmente, desde el primer lunes posterior a su jejé* tropiezo, *tres folios en su nombre, o más bien* con *su nombre. Pero entonces, entonces..., me encontré publicando, por primera vez en mi vida, en un diario de distribución nacional..., y mi secreto me hizo sentir más ufano que culpable. Detrás de ese lunes vinieron otros. Ya no había vuelta atrás. Tome*

y me tiende una carpeta. Empiezo a pasar folios escritos con mi máquina, encabezados con mi nombre

Qué Pobre Espectáculo Provinciano
La Feria De Los Tarados
Meditaciones Portuarias
Último Adiós Al Farero Loco
Más Meditaciones Portuarias
Quien No Llora No Drena
Sixto Frontín: La Búsqueda De Un Lenguaje

Pe..., pero ¿quién es Sixto Frontín?

¡Pe..., perdóneme de nuevo! ¡Es un nuevo valor que he publicado en el último número de Equinotauro, un joven de lo más prometedor! ¡Aquí tiene un ejemplar! ¡Dedicado! ¡Mire!

A Nico Olas Garra Id con respecto y afeto
(¿quién es este subnormal?)

¡Lo sé, lo sé! ¡Utilizar su columna para promocionar a alguien a quien ni siquiera conoce no está..., nada bien! Sea indulgente conmigo, sea..., misericordioso

y en un susurro

Soy su amigo, créame

y en otro

Pero la tentación era grande. Desde la Carta de Autogestión hemos dejado de existir para el resto del mundo y el Planazo en proyecto rematará nuestro aislamiento. Yo..., quería significarme *por ahí afuera*

Como si me hubiera puesto electrodos en las tetillas. Pienso en dejarlo plantado, pero temo desmayarme por el camino. Mudos, volvemos a casa. Me acuesto, me ajusto un antifaz ciego, oigo cómo empaqueta sus cosas. Se despide con una leve presión en mi muñeca, que rehúso responder. Humedezco el antifaz cuando suena el resbalón del pestillo.

(¡Sixto Frontín! ¡Qué hijoputa!)

Y sin embargo: sin embargo he cogido cariño a este banco acuchillado de nombres, estela que conmemora la contrición de quien, una vez más, renace más plenamente amigo en mi interior. Tengo mucho que agradecerle y muy poco que disculpar. De hecho, demasiado débil aún para ponerme a juntar letritas, mandé el inédito que abandonó con delicadeza sobre la máquina de escribir (supongo que *se* habrá leído ese domingo). Este banco linda, además, con el límite aproximado de mi resistencia tirado a compás desde la cama —aun asistido de un robusto bastón pirograbado símil malaca no me atrevo a proseguir hasta el Paseo Marítimo.

Un niño se acerca por la avenida central del parque. Arrastra los pies calzados con botines de julbiton, viste camiseta de algún equipo y calzón corto. Mira hacia arriba guiñando los ojos cuando los hieren, a través de las ramas, los relumbrones del sol de la tarde. Casi había olvidado lo inconsciente de los movimientos infantiles, su gracia. Ras ras ras las suelas indolentes en la gravilla. Se envisera las cejas para echarme un vistazo breve. Una decena de pasos más allá salta un mocetón oculto tras un seto (las mejillas erosionadas, una cicatriz laureando la frente) cerrándole el paso y sacudiéndole, sin más, una hosztia de las que quitan el dolor de pecho seguida de una koz de karateka de tebeo. Lo agarra del pescuezo, lo arrastra fuera de la gravilla hasta la hierba agostada, lo arroja de bruces. Un único sonido rompe los trinos: los gritos del chiquillo. Ahora raspa la voz del otro

Dame lo que tienes o te mato

¡Te mato! ¡Qué simpleza! No lo pongo en duda, el niño tampoco. Se hurga en el bolsillito del pantalón y saca su poco de calderilla. El cabronazo le suelta otra patada (ésta con evidente placer) y emprende animoso trote campo a través. El agredido se ahoga en sollozos, escupe sangre y tierra. ¿Consolarlo cuando no he salido en su defensa —siquiera con un grito o blandiendo el bastón?

No, no. De ningún modo.

Ya se incorpora. Cojea, la rodilla desgarrada. Se vuelve por donde vino, ni merienda ni risas ni partido. Preferirá dar un rodeo la próxima vez, la próxima vez no entrecerrará los ojos jugando a irisar el sol: hay experiencias que curten (dicen). Ni un atisbo de resentimiento cuando me mira al pasar: sólo incomprensión. Quizá tema llevarse puesto un bastonazo en el costillar si me echa en cara mi indigna pasividad. Y de pronto, de pronto quisiera ser él y enjugar mis lágrimas, mis mocos y mi sangre en el limpio delantalito calado de mamá. Aplacarme enterrado en sus manos de asperón y su voz sanadora.

Qué fácil sería sentirme culpable (nononó, nada de

extravagancias). La figurilla renqueante que se pierde a lo lejos me regala una formulación de lo hasta ahora meramente entrevisto. *Contemplar*. Contemplar, aniquilar lo accidental de mi vida. Venir, vivir aquí: erradicar toda provisionalidad de una decisión que a nada apuntaba por sí sola —salvo a una reacción de hastío elemental que se desperezaba en mera espera.

¡Sí, sí: cuantísimo bien ha hecho a mi ánimo indisciplinado y oscilante la visión de esa paliza desnuda, cuñada del triple sombrillazo que abolló mi cráneo! ¡Fundirme al fin con esta ciudad insensata, socarrada y vieja y fatua y estéril! ¡Cuerpos desmembrados por dinamiteros fanáticos, policías abandonados al gozo de la maceración impune, psicotaxistas, niños homicidas! ¡Miedo, miedo! ¡El Miedo! ¡Tan instructivo, el miedo! ¡Y la indiferencia! ¡Tan útil! Enfrentar un mar de chapa recalentada desde este pudridero, ser por fin semejante al resto —en su dejación. No quiero nada que no sea yo. Yo aquí, perdido para el mundo. Dejarme transcurrir. Zen y más zen.

(También escribir, así sea este diario sin fechas, es un *accidente*. Cuando logre no hacerlo, seré cumplido.)

No puedo evitar sentir lástima por el chavalote (pago con lástima el servicio que acaba de hacerme). Me recito: *Pero, ¿quién es capaz de mantenerse en una hermosa postura cuando tiene que ir avanzando en medio de un tumulto que lo zarandea de aquí para allá? Y, ¿quién es capaz de mantener el corazón encerrado dentro de unos bellos límites cuando el mundo le golpea con los puños?*

(Debo ser capaz. Soy capaz. Soy un tío zen. Garraizen).

Amo esta ciudad que de pronto me ofrece el fogonazo de una patria. Y qué podría atraerme de una patria sino el desesperado deseo de quedarme.

Desnudo ante el espejo ropero. Más fofo que de costumbre, eco adiposo de las semanas de inmovilidad. Marcada asimetría facial

cuando ensayaba sonrisitas.

La inexplicable desaparición de Victoria (aun si se trata de una fobia insuperable al dolor ajeno, abandonarme así al mío es *impropio)* me empuja a La Palmera, donde se me obsequia con un recibimiento tibiamente sorprendido, muy grato. Es inútil hacer conjeturas acerca del comportamiento de los demás, no calo a la gente. Cumplida la ronda de reconocimientos, me dirijo en línea recta hacia un cauteloso Moradillo que se arruga con la expresión de aquel día en *nuestro banco* (acabaremos por tallar a navaja nuestros nombres enlazados): entre anhelante y sofocado y tan próximo al franco gimoteo (pero es un actor de mil recursos) que por un instante temo acabar sellando el romance con unos besetes sobre el lacre de las lágrimas —aunque ya abismado entre sus brazos de patriarca bordeo la carcajada involuntaria, abortada por la convicción de que no voy a saber entonarla adecuadamente: en estos casos hay que optar (en un segundo) por dar vía libre al impulso (con llaneza) o jugársela a las expectativas que se sospechan en el otro, sin dejar que una acción imprecisa (el lapso ya irreparable de silencio que acaba de arruinar la sinceridad de una respuesta) las reduzca al ridículo. Calcular sin una vacilación la extensión del potencial perjuicio: he aquí una cabeza fría. Contener, sentados los antecedentes, la natural inclinación a la malevolencia o la burla: he aquí un corazón compasivo (¡y el mío lo es! ¡Oh, sin duda lo es!) (¡Estoy orgulloso de él!)

Garraiz, cuánta bonhomía…

> *No hago sino corresponder a sus vigilias, querido amigo. Por otra parte, escribir en La Claridad…, talento malparado. Tendré que apañármelas para mantener su nivel*

sonreímos. Bebemos. Ponemos en acción músculos que jamás habían contribuido a una sonrisa, ergo nos dedicamos sonrisas que nunca nos habíamos dedicado. Pimplamos sin ansia y sin pausa. Las chapetas de Frisco resplandecen mientras agita con brío la maraca de hielo, el reflejo cruza fugaz nuestros rostros arrancando chispas de irresistible y universaloide simpatía —tan afables, tan cercanos, venga otro chinchín a sumarse a este frenesí de chinchines

¿Qué es de Piriç?

Inmovilizado por una lumbalgia. Sobrecarga de ensayos en su Butaca Ideal

Y Hadlatter estirándole la mantita eléctrica, supongo. Tiene suerte. ¿Ha vuelto Benito?

No por aquí. Lo han visto por la cara fea del Peñazo. Muy bebido. ¿Tiene la intención de preguntarme por todos menos por Victoria?

Sí. No. Victoria

Lamento decirle que ha sido detenida

se me aflojó el vientre.

Detenida, incomunicada y trasladada a la Prisión Central del Estado al día siguiente de ingresarme en el hospital. Su simpatía por los cacarras era pública, pero la fiscalía la acusa de colaboración directa con el aparato agitprop cantonalista y de captación de *becarios* —como se denomina a los intrépidos cachorros que alimentan la cantera de futuros petarderos— entre sus alumnos. También parece probado que puso en las manos idealistas de dos de ellos (detenidos al poco por quemar un autobús con la madre de un Petit Konsejolari dentro, craso error) la bomba que voló la librería Lagos. Así que era vigilada desde hace meses (éramos vigilados desde hace meses) pero *antes* yo había sido avistado por el comisario Susanna la noche de la explosión: *me crucé en su camino,* no obstante la sutil advertencia de la res cervuna. Grande debió de ser su regocijo cuando supo que Victoria y yo nos conocíamos bíblicamente. Los sábados, conjura en mi infravivienda —y a la menor sospecha, pernocta en el Guillermo Hotel para despistar. Moradillo ha fracasado en sus intentos de disuadirlo de criminalizarme: soy un enlace o un informador. Aun así, dice que el minicomisario no tiene nada *real* que me comprometa —por ahora. Debo ser cauto, añade.

Demetria, aceleradilla, me pone al tanto de la visita de dos señores de Lautoridad. No hay mucho margen para organizar un gran desorden en mis dos habitaciones pero han conseguido dejarlas hechas un asco, se ha colado un tifón por la ventana abierta. La buena mujer entrevera jaculatorias con juramentos mientras recoge una por una las

clavelinas de plástico pisoteadas (¡¡bieennn!!). Por fortuna (¿de qué les habría servido, en cualquier caso?) llevo encima siempre mi diario-sin-fechas (¡escrito de corrido en clave W!) —y alguien me ha hecho por fin el favor de acabar con esa impostura floral.

Hay que ser muy zen para soportar esto que estoy pasando.

Paranoia. Sentirme no ya observado, sino bailado como un títere en una farsa ajena me precipita a una especie de desdoblamiento pueril. No más despreocupación al hilo de una jornada olvidable en la que das por supuesto el amparo de ese derecho anticuado, la privacidad. El anonimato parecía gratis: ya no. Tú eres tú y eres el otro, ése al que una mano invisible mueve por un tablero del que ignoras el diseño de la cuadrícula y la extensión, como ignoras tu posición y valor —sin olvidar que el jugador es un chiflado decidido a interpretar cualquier atisbo de autonomía como un movimiento de ataque. ¿Qué dirección tomar? ¿Por qué no se me cita o se me detiene, por qué no disipan sus sospechas leyendo estas notas —gustoso se las descriptaría— que constituyen lo más íntimo de mí a que puedan tener acceso? Nada les puedo decir de Victoria que no sea inocente y bueno: pero querrán oír gorrinadas. Que con alguna frecuencia se la llevaran los demonios del secesionismo me era indiferente, su *compromiso* era lo que menos me interesaba de ella: siempre he emplazado el arrebato político en el campo del absurdo y el arrebato naszionalista en el de la idiocia reticente. Y Victoria no era una tronada. Ni una taruga. Al contrario, era muy viva y entregada. Aguda y tierna. Era hermosa: es hermosa (y sabe quién debe morir, quién debe salvarse, qué libros hay que reducir a cenizas. Es espantoso).

(Luego la he condenado de antemano.)

El pretexto es poner orden, pero llevo cuatro días sin salir de casa. Cada vez con más miedo. Cada *vez* más *sospechoso*.

(Podría emprender diligencias que me dieran noticia de su situación, localizar a su abogado, plantarme en el Baretoki, ¡hasta solicitar una entrevista con Susanna! ¡Que se explique! ¡Que me

salpique dos hosztias! Simular que no me preocupa el destino de mi amante me convierte en *un auténtico sospechoso.*)

No hacer nada: condenarla de antemano.

Soy un llorón. De nuevo me he convertido en un llorón a causa de Victoria. Qué tío más cursi.

Me rescata Moradillo. Unas horas de alcohol y compañía para aflojar la tensión. No he parado de rajar, ha sido paciente. Me ofrece una habitación en su casa con tan denodado entusiasmo que casi logra ocultar la entrevisible desgana. Rechazo la oferta con amabilidad (también heroica). Tengo que apechar con esto, razono, cambiar de rutina sería culpabilizarme. Etcétera. Con un suspiro amasado de decepción y alivio

Imposible razonar con Susanna, se ha vuelto loco. Un tipo estranguló a su hija hace dos semanas y se le fue la mano eeemmmh..., interrogando al presunto. Lo dejó vivo. Una chapuza, a ver si me entiende. También está detenido

con la tablilla inferior disecciona longitudinalmente un banco de boquerones albardados

En una ocasión le dije que renunciara a cortejar a Victoria. Era demasiado evidente su compromiso con esos fanáticos. Una relación íntima *sólo le podía traer problemas*

> *¿Cómo? Si no recuerdo mal, su sentencia, que no aviso, se refería a una constante de su carácter (*nunca ha dado una segunda oportunidad a nadie, *dijo —equivocadamente) no a los supuestos riesgos derivados de su trato*

Aprenda a leer entre líneas, amigo mío: de sobra sabe que hay cosas que no se pueden mencionar aquí. *Preferí colgarle el cartel de solterona resentida antes que aludir a una implicación en el cantonalismo radical que, presumíamos, iba más allá de pegar carteles y corear consignas procacarras. Ahora mismo en La Palmera, por ejemplo: ¿cuántos*

infiltrados y confidentes, sean de esa banda o de Lautoridad, informan regularmente a sus camaradas y superiores de nuestras palabras, nuestros ingresos aproximados, nuestras tendencias sexuales, nuestros horarios o nuestra intención de voto mientras brindan afables discurseando sobre la transición del diálogo a la violencia en la Ulisea?

Lo ignoro

Y yo. Y yo: pero tengo intuiciones que no parecen marradas. Ay de nosotros, Garraiz: no son tiempos propicios para mostrar demasiado de uno en público. Ni es necesario ponerse de acuerdo sobre los tabúes que medran al amparo del miedo. Desaparecen palabras: como miedo, *sin ir más lejos. Cualquier fuerano que indague acerca del ánimo del nativo recibirá una respuesta invariable:* aquí se vive de puta madre*, por más que medio siglo haya bastado para aniquilar el añejo esplendor burgués, la riqueza honesta y el carácter liberal y abierto que hacían de esta ciudad un lugar decente en el que ver crecer a nuestros hijos. Y lo peor es que nos hemos acostumbrado*

joder con el discursito de anarcoderechista

¡Estamos rodeados!

No se mofe ni me trate de gagá. Agradézcame más bien que lo instruya en la siguiente precaución: si menciona algo que juzgo inconveniente en presencia de la persona equivocada, diré SOGTULAKK. ¿Lo ha entendido? SOGTULAKK

¿Sog…, sogtulakk?

Exacto. Sogtulakk significa: hable usted del tiempo, nuestros acompañantes no son de fiar

Me despierto de golpe con una carcajada. Subido en el estrado, vestido con el babi mil rayas, bien ceñido el cinturoncito, deletreaba las fantasiosas palabras que pronunciaba despacio el maestro, un trasunto de don Valentín con el forúnculo en la frente en lugar de en la nuca. Ese O Ge Te U Ele A Ka Ka, *ese ojete huele a caca* es la voz de alarma de Moradillo. Viejo chiflado.

¡Sogtulakk! ¡Sogtulakk!

Necesita distraerse, asegura hoy agitando ante mis ojos dos entradas para asistir a un partido entre el Asleti Capitol y el Ginápstica Balonat. Jamás había ido al julbiton. El gran estadio oval, a lo que veo, es la edificación mejor conservada de Capitolia. Y el césped pimpante debe de beberse el agua que hurtan a los parques públicos. Veamos. Ya corretean por el campo los fornidos deportistas embutidos en sus colorines corporativos, la multitud ruge y brama y aúlla y se ahorra sabiamente cualquier asomo de lenguaje articulado. Comienza el partido. Un vistoso goul de cadera inaugura al poco el marcador a favor del equipo visitante, sacan el segundo balón y otra portería. Las agresiones más rastreras son puntuadas por los cinco jueces a la vista de la interpretación del agredido: un par de solventes y muy bien remunerados actores (cuyos nombres corea el público) despliegan a la menor oportunidad un sobrado repertorio de revolcones, gemidos y cojeras que cesan en cuanto se elevan las cartelas para trocarse en elásticas zancadas. Curumbu, un habilidosísimo goul de cuello del reciente fichaje del equipo local. Nueva portería, nuevo balón. Los equipos se distribuyen en grupos de trabajo que pugnan por no estorbarse. La excitación se desborda ante una infrecuente falta triple en la misma área: organizadas las barreras, no escapa al árbitro la fea acción de un medio aleta que jorunga simultáneamente los testículos de dos zapadores rivales —hala, tarjeta negra fulminante por gorrino. Abucheo solemne. En el quinto tiempo se deshace el empate merced a una llave legal aplicada al guardahoyos del VI, que observa triscando hierba cómo el balón se cuela parsimonioso en el agujero que defendía. Vuelan serpentinas de papel de retrete sobre nuestras cabezas, unos exaltados del fondo sur (Dead Phorophos) arrojan un ciclomotor en llamas sobre la hinchada contraria desde las gradas superiores (especulación diversa acerca de los procedimientos para introducir un ciclomotor en un estadio). La suma de puntos por actuaciones distinguidas penaliza a los visitantes con un doble córner libre que obliga a volver al campo a los lesionados que aguardaban en camilla su traslado a enfermería. Salta un streaker, los jugadores de ambos equipos lo hacen tartar bajo los tacos, retiran los despojos en tres baldes. El partido parece resuelto a *nuestro* favor merced a un arbitraje que castiga por poco ocurrentes, quizá con excesivo rigor, los mensajes que muestran los jugadores fueranos cuando se alzan la camiseta celebrando un avance. ¡Goouul

de coxis!

De pronto *hemos ganado.* A la salida se organiza la sólita masacre entre hinchadas en el espacio delimitado por ocho ambulancias. Una porción menos batalladora del público jalea la sangre y cruza apuestas.

Ha sido un partido confuso, injusto y sucio pero trepidante
Ya me gustaría entender mejor este hermoso y viril deporte masivo pero confieso que
¡Jodidos críos…!

corre con sorprendente ligereza en dirección a un grupo de niños acuclillados bajo una farola. Pillados por sorpresa, emprenden la huida sin encarar al intruso —aquí hay que tener un cuidado extremo con todo individuo que supere los seis años. Recoge algo del suelo, todavía los vocea de irresponsables y suicidas y campanos, vuelve expectorando insultos. Pero no suda

Está usted hecho un velocista de las buenas costumbres. ¿Qué hacían de reprobable aparte de fumar grifa?
No sea lerdo. Mire

me muestra una perinola octogonal cuyas suertes rezan: Remata, Besa, Vete, Escupe, Amputa Manique, Muerde, Quema, Remuere. Es una Perinola Letal, el juego de moda, una ruleta rusa infantil: los niños cumplen a rajatabla las sentencias

Este pedazo de plástico empieza a ser responsable de más sangre que el Mariscalísimo

su congoja es contagiosa. Nos despedimos en el portal.

(Ferry a Opomona) Ya antes de ponerme a escribir y mientras sopeso el arranque, la primera línea —la primera frase, la primera palabra: mientras abro con mano insegura la cancela ante la que aguarda el *resto* en un orden más o menos riguroso, abandonado todo

pudor, mientras (¿abandonado todo pudor para sentirme, ahora sí, ganado por la vergüenza?) mantengo la pluma suspendida sobre el papel rastreando con un punto de angustia la huella de esa palabra que conducirá al *resto,* mientras..., esto es un galimatías. Una catástrofe. Yo sólo quería hablarme de Victoria. Pero el único recuerdo que acude con rencorosa pujanza es el de María: es ella la que desea dejar de estar arrinconada, la que vuelve a ocupar su lugar de antaño tiranizando mi memoria. Un encoñamiento insuperable, por llamarlo de algún modo —y es que no hay remedio para esta llaga de Filoctetes. Tratar de aplacar el dolor duele igual. Soy un optimista al confiar en una imposible distancia (emocional, moral) que me permita abordar aquellos tiempos y por fin vernos desde fuera.

(Abordarlo como una digresión sobre los celos. O el adulterio. O la falsedad.)

Sanar.

Moradillo, excitadísimo desde hace un par de semanas. Cuando le pregunto por qué muestra tan incontinentemente su tablilla dental, por qué se atraganta en jejeos

¿A qué se refiere, Garraiz? ¿De qué tablilla me habla? Paciencia. Paciencia: el día se acerca. ¿Tiene usted un traje decente y una corbata sin hilachas?

De ronda por la Cara Fea del Peñazo (o ha cedido la presión a que me sometía Lautoridad o progresa mi iniciación en los misterios de la gran indiferencia). Transitar las calles que antes me acoquinaban me requiere cada vez menos autodominio. Al pasar frente a los portones abiertos de par en par de un tugurio avisto la mata albina de Benito plateando la penumbra. Durante un segundo se enfrentan el impulso de entrar y saludarlo —sin duda era un joven gentil cuya buena cabeza no le impidió amar a la mujer equivocada (¡como yo!)— o pasar de largo. Paso de largo. Pero al cabo de unos metros vuelvo, no sé muy bien por qué. Superada la momentánea ceguera de la transición de sol a sombra, lo deslindo sostenido sobre dos patas del

taburete, inclinado a la pisa sobre la barra. Una tufarada de cerveza agria. El serrín que la empapa cede bajo mis suelas, muelle

¿Cómo está usted, Benito?

ni se vuelve. La mano izquierda sostiene una jarra de cerveza tostada, la derecha un dedal de ojén. Las dos tiemblan

¿Benito?

me enfoca parpadeando

¡Oh! ¡Ah! ¡Es usted! ¡Por favor! ¡Siéntese! ¡Acompáñeme! ¡Beba!

ahí se extingue toda vivacidad. Sus preguntas —somnolientas, erráticas— acerca de los conocidos no empreñan el menor interés en una respuesta. Al cabo, dejamos que prospere un silencio impune. Se le cae el encendedor, que recojo. Al incorporarme topo con sus ojos clavados con ferocidad en mi coronilla

Aaaaaah..., observo que usted también...
¿Sí? ¿Qué?
Dígame: ¿satisfecha la obsesión, muerto el deseo?
¿Satisfecha la obsesión? ¿Muerto el deseo?

el pequeñajo destila una agresividad de lo más mustia
Veo que ha tolerado..., hasta tres flautazos. Se aprende a flautazos, vaya que sí. Satisfecha la obsesión: muerto el deseo. Sus cicatrices me recuerdan que soy un inocente

comprendo

No se equivoque. Esta N o Z todavía sin curtir que adorna mi calva como un hierro de ganadería no es de origen erotomusical sino consecuencia de la caída a plomo de tres sombrillas: me golpearon

tres indigentes sincronizados

rompe a reír mientras escarba entre el pelo para mostrarme un par de calvas de respeto

Ya. Le agradezco la delicadeza. Da igual. Me miro: contemplo a un inocente. ¡Otra ronda, pavo! La inocencia siempre es defraudada porque espera cualquier cosa que no atente contra ella: como una ambición mal medida, cree saber lo que quiere pero no sabe nada —porque los inocentes amamos más bien el deseo de lo que creemos querer: y cuando por fin lo conseguimos nos vigilamos, fingiendo en nosotros mismos un abandono que estamos lejos de sentir...

ríe otra vez

No me entiende...

Lo intento con todas mis fuerzas

¡El inocente no se entrega: se inmola! Si fuera sincero —pero argh, el dolor de la inocencia ultrajada es demasiado intenso— reconocería que su entrega es imposible. Si piensa que yo, inocente a fuer de público cornudo, carezco en absoluto de inocencia, le contestaré que sólo el que ha sabido vivirla en su imaginación renuncia gustoso a la aventura. Le basta presentirla. De esta manera se evita un fraude o una decepción horrenda

Si se refiere a

¡No me interrumpa! ¡Esperaba encontrarme con otra cabeza machacada por la misma flauta para largar hasta quedarme ronco!

Le repito que

el dueño de la casa rellena frascas con el popular Vinacho-del-Terruño que decapa el estómago-del-paisano

Ni caso. A mí me suelta lo mismo todos los días y no sé nada de flautas

Benito ha entrado en trance

La sensualidad es un refinamiento al que, como todo inocente, soy

inmune. Tuve la fortuna de caer en manos de alguien en verdad sensual: soy más afortunado aún por haber sobrevivido. Sí: abandoné la lucha asqueado, desistí de afrontar una relación que me rebasaba por principio —¡pereció el inocente, quedó el pusilánime! Me alegué cien razones, todas peregrinas a la postre, para apartarme de quien tenía tanto que ofrecerme..., ¡otra ronda! Satisfecha la obsesión, muerto el deseo..., *mi obsesión fue reemplazada por el aborto de un deseo..., la culpa es mía..., la culpa...*

el posma berrea ya con absoluta libertad

Recueeerdo aqueeellaa veeez..., cuaaando la conoocííí..., ese hedor a calzoncillón..., rodeada de un círculo de verracos..., usted lo sabe..., no lo niegue, ¡era repugnante! La amé con la mayor intensidad desde el principio: nada de demorarme en transiciones. Aguardaba cada tarde la llegada de la misma hora, enfermo de ansiedad..., mi corazón..., mi corazón ascendía, inflamado por un sentimiento puro. ¡Un sentimiento..., puro! Nada era comparable a esa flor rara que cultivaba día a día. Entonces debí darme cuenta de que así tenía que conservarse. Que la tristeza de su inevitable pérdida sería infinitamente superior al proyectado gozo de su posesión. Pero ¡mi deseo, así fuera un simulacro, exigía ser satisfecho! Y además..., ¡estaban los otros! *¡Inocente!* ¡Inocente! *El resto es castigo*

lo interrumpe un espasmo hiatal que condecora su pecho con un chafarrín símil huevo batido. Se observa con sorpresa, me apeo del taburete

¡Hasta la vista entonces!

oigo regurgitar a mis espaldas

¡Me alegro de que sea usted y no otro...!

Capitolia se viste para una fiesta

gritan los arcos luminosos de la Avenida Tocha. Un centenar de tenderetes despliega su inacabable muestrario de estomagantes bibelotes con la tal leyenda en gótico flambé sobre plástico lila.

(Ferry a Opomona) El inmoderado (y poco *civilizado*, claro está) apremio de posesión que crecía en mí pero no detectaba en María, siniestra espuela de mi sufrimiento —aun admitiendo que entre mis derechos no se contaba el de dar gimoteante cuartelillo a unos celos siempre ridículos— me fue extirpado sin anestesia. Había comprado dos entradas para no sé qué heterodoxo y aflamencado festival de danza que inauguraría un mutuo, excepcional agasajo de tres días. Para mi contrariedad, Deoth decidió suspender inopinadamente la audaz expedición (otra más) que iba a propiciarlo. Conociéndolo, conjeturé que sospechaba algo y que en realidad fingía un deshonesto approach a su mujer, alardeando de una meritoria renuncia (cicatera y breve) al norte de su vida (*escritura y aventura es el par cardinal que guiará mi existencia*, me declamó ese majadero ¡con dieciséis años! *Añade la caradura,* glosé). Eso sí, nunca lo he juzgado afecto a ñoñerías de cornudo a pesar de su acusadísimo sentido de la Propiedad Privada Sexual (PPS) (¿por insólita coherencia con una promiscuidad legendaria?). Ardides de galancete... Pero me he adelantado. En fin, sesteaba. Sesteaba mucho en aquel entonces. Sonó el teléfono, la adiviné. Y ahí, en un instante, aniquiló semanas de proyectos y setenta y dos horas de plena ella para mí. Remató la penosa frustración de nuestros planes susurrando *Estupendo para nosotros, lamentable para nosotros*.

Fue después de colgar cuando comprendí que el primer *nosotros* se refería a Deoth y María, el segundo a María y a mí. Desgarrada (así *necesitábamos* creerlo) pero sin vacilaciones, adjudicaba las muy descompensadas porciones correspondientes y designaba para siempre al que se caldearía en el último rescoldo de su entrega. Nada exigía de mí, es cierto: salvo una paciencia inhumana. Nada que no fuese la misma miseria que me regalaba a manos llenas.

Ahí entreví por primera vez que *se me escapaba* (no, esto es inexacto y petulante: *nunca* se zafó de la implacable gravedad del planeta Deoth, de la atracción de su pegajoso encanto). No niego que en su mejor época formaban una pareja cegadora: el tiempo de su

amor fue un espectáculo. A ese tiempo se aferrará María el resto de su vida. Saber que ardía en ella la esperanza incombustible de un retorno a esa edad de oro sofocó mis sandeces: se precipitaron en cascada todas las frases análogas que habían precedido esa frase, *que* —ahora caía en ello— *la habían augurado*. Estupendo para nosotros, lamentable para nosotros. ¡Qué simpleza! ¡Ssstupendo! ¡Esas migajas que distraía de la mesa de su señor eran algo ssstupendo! Nuestros tres días esplendorosos, ¡únicos! *¡Nuestros tres días con sus noches!* Hice unas bolitas de papel con las entradas y me las tragué whisky mediante.

Sonó el teléfono, no dejé expirar el primer timbrazo. Una voz infantil muy voluntariosamente masculina se atropellaba preguntando de corrido por su amiguita. Tuve que reírme, vaya. El niño se había equivocado: pero reconocí en su ansiedad la mía, treinta años más vieja.

Es extraño que la botella de María se haya descorchado a propósito de un suceso que apenas recordaba. Con esta facilidad. Creo que no invento nada.

San Sirolé fue el fruto pocho del amor entre una joven gitana y un tesinillas que huyó de la ciudad cuando su desliz tuvo nombre. El niño Sirolé era un simple: no hablaba nunca y sonreía siempre, el belfo flojo, regando de babas la falda de su madre

Moradillo rebosa el entero asiento trasero del utilitario que conduce Usmail, impecable en su uniforme de doble botonadura dorada. Extraño humor el de este mulato con tres doctorados que gusta aparentar que es un sirviente de opereta

Está usted imponente, Usmail
Gracias, amigo mío

Al recogerme, el gordales me ha prendido en la solapa —con solemnidad similar a la que gastaba el día que me regaló la cajita con piedra del santo— un pequeño alfiler de estaño de motivo indefinible, una especie de tupé rockabilly. Él luce otro igual, de oro. Cruzamos Capitolia hacia el norte evitando las vías principales, ya cerradas al

tráfico: dentro de unas horas las atestarán miles de ciudadanos que han trocado su condición de tales por la de espectadores embobados, desfilarán carrozas engalanadas y glamurosas señoritas lastradas con un quintal de plumas, chapa y abalorios, titiriteros y tragafuegos y cabezudos —incluido el burgomaestre Ponzano, el de funesta sonrisa. Folclóricas rondallas llenarán de música las calles ahítas de borrachos, el *espectador* lleva toda la noche calentando motores. ¡Es la fiesta tetranual de San Sirolé, veintinueve de febrero!

Moradillo hace juego con nuestro chófer en su rebuscada elegancia de patrón de ingenio azucarero: tufo engominado, uñas lacadas, panamá nuevo reposando en los muslos. Su bolsillo escupe un pañuelito a juego con la corbata, huele tal que un incensario en año de jubileo. Se adelanta

¿Aprueba mi disfraz de maduro pisaverde?
Logradísimo. Le falta el látigo
Por su parte tampoco está mal. Tiene un lamparón en el brazo de mar

se cala unas gafas de sol de señora de derechas, genial, parece un premionobel

Madre e hijo vivían de la caridad. La bonísima mujer se ocupaba con tierno amor del diminuto cretino, que agotaba las horas contemplando el mar desde una roca, ya insensible al sol abrasador, ya maestre de galernas. Inmóvil, sentado en la misma cornisa sobre los escollos —¿recuerda el bar La Cornisa? ¡Justo ahí!— miraba a un punto fijo del horizonte royendo un cachopán y vertiendo baba en las olas rotas. Era un tonto muy popular, al que la vecindad atendía hasta la caída de la tarde. Su madre lo recogía después de mendigar la ciudad, él seguía sus pasos manso manso echando vistazos por encima del hombro al oleaje que se resistía a abandonar. Y la gitana lo arrullaba como el mar que lo desvelaba, le susurraba al oído que cruzaría como capitán el mar que lo desvelaba. Fue entonces que azotó Capitolia el peor temporal que registran sus crónicas. Día y noche gemía un viento demente, las olas alcanzaban una altura jamás vista. Ningún barco podía salir de puerto, ningún barco lograba acogerse a él: interrumpidos los suministros por vía marítima, no

tardó en cebarse la muerte con los más miserables de la población y la hambruna con el resto. El desastre culminó cuando cuatro naves cargadas de vino, tras heroica brega contra el naufragio, se hundieron a la vista de la ciudad entre salvas de auxilio. No se salvó un marinero. Peor aún, tampoco un barril

hoy lleva la petaca de tres cuartos de litro, me tiende un tapón tamaño chato

Los capitolinos se encerraron en sus casas con la certeza de que ese cortometraje preludiaba la película del Juicio Final. Eran tiempos supersticiosos, se veía mucho cine. Sólo el tonto seguía escapándose de la chabola adosada para treparse sobre unas manazas de agua de súbito remisas a arrebatarlo al acuario del kraken, olas piadosas que se abrían ante él golpeando como un mazo en rededor sin apenas salpicarlo. La figurilla oblicua de la madre desafiaba el ventarrón para recogerlo, lo arrastraba de la mano, lo encerraba —pero era inútil: el chaval siempre hallaba el modo de burlar los cerrojos y corría a encaramarse a la cornisa. Se ignora el origen cierto del bulo que supuso su fin. Dícese que la esposa del burgomaestre, de lujuriosa lorza, se había encaprichado del tesinillas: dama tan principal no toleró verse desdeñada por mor de una gitana limpia pero gitana. La postergada venganza fue a cumplirse en el diminuto maníaco que manoteaba contra el cielo bravío: deslizando insidias en los hirsutos soplillos de su marido —que es conocido como el Mal Burgomaestre por oposición al Bueno, Gran Urbicultor de Capitolia— y unos fajos en el talego de una docena de lenguaraces esbirros diestros en difundirlas, no tardó el inconsciente colectivo en asociar la temeraria diversión del infeliz con el azote que padecía el inconsciente colectivo. Tentados todos esos remedios que no conocen modas —procesiones de penitentes, maceraciones colectivas de la carne, exorcismos marítimos, psicoanálisis lajkaniano— ni siquiera un tonto podía reírse ya de lo que estaba pasando

Vaya

Que sí. Un veintinueve de febrero, al atardecer —el llamado Lubricán de San Sirolé— el burgomaestre, su guardia personal y una turba de gañanes se llegaron, no sin gran esfuerzo y algún descalabro, al repechón en donde el infeliz se lo pasaba teta

vuelve a correr el jeriñac, también Usmail se propina un trago

generoso. Sanciona la versión de Moradillo asintiendo con energía mientras discurren los suburbios que flanquean la salida a Burga, en el interior

¡¡Matad al demontre marino!!

chilla de pronto con tan denodado ímpetu que mi castigado cráneo percute contra el techo jjjoodeer, el cochecito amaga medio trompo

¡Bravo, Usmail! Siempre le gusta ambientar esta parte. Eso, eso es lo que clamaba el enjambre pusilánime, de súbito amedrentado y silencioso y expectante, detenido en seco al disponerse ante él los actores del drama entre esputos de ola: el burgomaestre de afollado ceño, la soldadesca que domina el pánico arrastrada por la disciplina y ¡un niño, un simple! ¿No envuelve de pronto un mantón de alipori a esta jauría? Hemos de imaginar a la madre sumándose a la multitud en una calleja cualquiera, aterrada por lo que escucha y presiente, su cuerpo leve abriéndose paso a patadas y empellones hasta la primera fila de butacas a tiempo de ver cómo el burgomaestre se acerca con paso de súbito vacilante —consciente quizá de a qué punto es grotesca su fechoría— al bendito, que lo recibe sin sombra de temor y ¡le señala entre carcajadas los pavorosos muros de agua que alzándose de la nada hacia lo alto se desintegran a sus pies sin daño!

Los tres nos descojonamos con ganas. Venga otro jeriñac

El energúmeno lo aferra por el tobillo y lo iza a su altura como a una alimaña por el rabo: el tonto lanza un fa sobreagudo que resquebraja todas las gafas en un radio de cincuenta metros y es la primera y última vez que se oye su voz blanca. La mendiga rompe el cerco de guardias y se abalanza sobre el velludo criminal que —sin soltar la presa— desenvaina su espadín de gala y de un mandoblazo al cuello le abre una herida incisocontusa que la deja seca. De la muchedumbre se eleva un murmullo de espanto, se suceden en dominó las lipotimias, se solapan las voces de indignación: nada hay que hacer, el burgomaestre está crecido. Empuja con el pie el hermoso cuerpo de la desdichada, que rebota en los salientes del acantilado antes de precipitarse, muñeco dislocado, al mar hirviente. El sargento de la guardia, en un rapto de honor y horror, intenta detener el

brazo homicida, mas el infame blande al niño a modo de cachiporra y asesta tal testarazo a la boina con chuzo reglamentaria que la deja prendida en el tierno cráneo —¡atroz, ridícula peineta! ¡Y aprovechando la inercia voltea una, dos, tres veces el cuerpo exánime en un tiovivo de sangre y sesos antes de arrojarlo en pos de su pobre madre!

lágrimas de dibujo animado revientan en los botones de latón de Usmail, bandeamos de un arcén a otro entre sorbetones. Supongo que no debo preocuparme mientras prosiga la voz teatralmente quebrada de Moradillo

El suboficial, víctima de su noble impulso, se arrastra entre esos espasmos que hemos convenido en llamar agónicos. El requetesañudo y muy híspido burgomaestre quiebra la hoja del espadín contra una roca exhalando un ronco alarido que rasga el telón de nubes y ocho tímpanos desprevenidos. La naturaleza parece congelarse durante un minuto interminable: apenas un instante después de que el crío desaparezca entre las mandíbulas de las rocas se retraen las olas y un ocaso casi olvidado rompe la bruma iluminando el escenario de la carnicería con un rayo verde esmeralda, color complementario del bermellón que salpica al público. Se posa un silencio conventual: ya esas rodillas hipócritas besan la tierra, ya la congregación improvisa sobre la marcha mil cánticos almibarados —diríase que el espantoso sacrificio ha conjurado la diabólica maldición

Ja

acota Usmail. Apenas iniciada la carretera de Burga tomamos una desviación hacia el litoral. Nos hemos cruzado con varios grupos de capitolinos vociferantes, pero ahora nos aproximamos a una multitud contenida por un cordón de policías que (a pesar del muy liberal y cualificado ejercicio de la eufemísticamente denominada esgrima defensiva) no logra impedir que tres o cuatro puños batan airados en la carrocería de nuestro cochecito. Las pancartas rezan BASTA DE PRIVILEGIOS y DESSUDORANTE PARA TODOS. ¿A qué o a quién carajo se refieren? ¿A nosotros? Moradillo no les hace el menor caso, abrimos brecha con lentitud

..., ya se precipitan los más fervientes admiradores de la faena para alzar al burgomaestre en hombros y sacarlo por la puerta grande cuando el calmo mar se vacía, muestra el mondongo bullicioso de pijotas y pare a continuación tan formidable farallón de agua y espuma que eclipsa en nocturno estupor a los inmundos contribuyentes, pétreo picacho coronado de nieve en cuya ladera se esculpe en caracteres gigantescos

¡AY DE CAPITOLIA!

escrito en latín, que es la lengua que emplea el Plaszmador cuando quiere hacer una Putada a sus criaturas. La masa de agua o piedra se abate sobre el burgomaestre, la tropa, la muchedumbre, arrasa el puerto y las seis primeras filas de casas costeras y deja tras de sí una matanza sólo comparable a la del asedio de 1755

Y desde entonces no llueve

remata Usmail

¿Eeeehm? ¡La Maldición MeTeológica!

exclamo herido por un rayo de súbita comprensión súbita

Ha dado en el chuzo

nos abren un gran portón de hierro, rodamos por una avenida de grava bordeada de acacias añosas. Sus hojas motean la piel de mármol de unos colosos perceptiblemente macrocéfalos

Cuando por fin se pudo llorar a los muertos y emprender la reconstrucción se halló entre los escombros una gran lápida con la inscripción

¡Ay de Capitolia
si llama la ola a tu puerta
y halla la puerta cerrada!

que el místico Arzobiszpo Crisipo interpretó como sigue: La Ola volverá en el aniversario tetranual de San Sirolé —ya la voluntad popular, que no la jerarquía eclesiástica, había canonizado al pobrecillo mediante el procedimiento expeditivo de imprimir calendarios bisiestos con el día de su inmolación en rojo— para exigir un tributo por su muerte y las de Beata la Gitana y el Sargento Bizarret. Golpeará contra el palacete del despiadado burgomaestre, que habrá de recibirla con la entrada franca a riesgo de que se repita el desastre. ¡Y hacia allí nos encaminamos, amigo Garraiz! Me ha costado lo suyo conseguirle un Pin de Neófito, es..., irregular y muy infrecuente que se conceda ese privilegio a un fuerano..., pero confío en que disfrute de este singular fenómeno..., ¡por no hablar de sus efectos colaterales! *¡En ningún otro lugar se sienten los beneficios de la penitencia como en la Casa, rodeado de la Cofradía de los Principales —entre quienes me cuento como miembro de número, lo admito sin sonrojo! Entretenga el resto del trayecto con este pío tríptico que he recogido en San Turce, tiene su gracia*

Pero seguirá sin llover

reduce Usmail

¡Es cuestión de tiempo y del tiempo! ¡Tiempo de expiación hasta que cambie el tiempo!

¡La Maldición MeTeológica!

me repito para mí.

Veamooos..., el folleto está ilustrado con toscas xilografías de manifiesto hieratismo medieval aunque los personajes vayan armados con fusiles de cerrojo o luzcan terno y pajarita. La variación más notable con respecto a la versión de Moradillo es: la esposa del burgomaestre perece, mientras toma su diario baño de esmegma, degollada por un alambre invisible y justiciero en el mismísimo instante en que el peludo funcionario batea de contrafilo a la gitana. Sirolé estrena orfandad increpándolo ferozmente

Crudelísimo y muy sañudo burgomaestre y alcalde, has asesinado y mandado o enviado a dormir y sornar con sus padres, mis abuelos, a una buena jrisztiana y papiszta chipén pretendiendo quizá o tal vez disponiéndote a repetir tu acción y hacer lo mismo conmigo y mi persona

se estupefacta el fulano, víctima de un doble ataque de caspa y alopecia que simultáneamente le diezma las vedijas y le escarcha la puntera de los botines

Burgoalcalde o alcamaestre, tu necedad y estupidez me producen y causan asombro y maravilla. Oyes y escuchas que hablo y peroro no obstante y a pesar de mi condición y/o fama de simple o/y campano por la que era conocido y señalado. Y lo único y principal que se te ocurre y viene a la minerva es preguntarme, si no interrogarme, por quién me ha enseñado las cosas que te digo e instruido en los asuntos que someto a tu consideración. ¿Acaso o quizá no te das cuenta ni te apercibes de que la sabiduría y la sapiencia que te admiran y pasman son de origen y raíz divinos y celestiales? Acepta y asume que tú, tu persona y la ciudad o villa que me condena y sentencia a muerte no saldréis ni escaparéis con provecho o beneficio

el burgomaestre responde al discurso con un sopapo de verso y reverso que al parecer lo desenhebra un tanto porque Sirolé chilla

¡Soy y estoy un buen jrisztiano y papiszta chipén! ¡Soy y estoy un buen jrisztiano y papiszta chipén!

y ahora se juega la chuzochapela el Magnífico Sargento. Etcétera. Ese hombre era un malvado, qué duda cabe. Pero no sé qué habría sido de mí en su lugar, con una fusta a mano, cuando rompe a parlotear el jodío niño.

Ya nuestro utilitario hace cola entre otros. No son sólo la infatigable modestia y el desdén por las apariencias (con que Moradillo insiste en adornar a sus paisanos) los rasgos que los llevan a usar estos vehículos tirando a económicos: también cuenta el miedo soterrado a que el dedo cacarra señale su relevancia social o su cuenta corriente. Tiene su punto de absurdo porque los coches siempre son negros, blindados y a menudo exhiben paragolpes, llantas y embellecedores de oro bajo —por no mencionar la chabacana generosidad de faros, alerones, faldones, tubos de escape, iniciales pespunteadas con diamantes rutilando las portezuelas y lunas de

espejo ocultando al pasaje. Una familia numerosa empalma una caravana de tres o cuatro de estos cupés de feria cada vez que sale de fiesta, a todos les abren la puerta generalitos bananeros cortados por el sastre de Usmail: sería más discreto avío un Hispano Belga malva conducido por un arcipreszte en pelota. Los escoltas atestan potentes berlinas de representación enteramente abolladas.

Rodeamos el edificio, una bombonera almenada, sórdida y pretenciosa como el chaletito de un indiano con síndrome de lugosi. La factura parece reciente, pregunto a Moradillo si se trata de una reconstrucción del original

¿Cómo? ¿Reconstrucción? De ninguna manera. Lo único que se hizo fue agrandar la luz del arco principal y despejar de tabiques el salón bajo

Pero, ¿en qué siglo tuvieron lugar los hechos?

¿Siglo? Hombre..., ¡gracias, amigo mío! ¡Sepa que yo era un bebé gordezuelo al que su nodriza inglesa susurraba garlic garlic cuando el niño Sirolé saltó su último mortal carpado!

(en tiempos del cine, no bromeaba).

La fachada encara la llanura rígida de un mar que no encrespa un solo borrego, qué hastío de mar estepario. Pasamos la barrera de control y penetramos en una vastísima estancia sin vestíbulo sobrevolada por una galería a la que ya asoman acodados los notables de la región y sus herederos, espumoso de sus viñas en mano. Noto un golpe de frío. ¡Frío, frío al fin! ¡La técnica al servicio del capitoste capitolino! No me sorprende hallar gruesos troncos de roble caldeando la biblioteca palaciega del piso superior, abigarrada de fraques con banda, sotanas, escotes perfumados, uniformes. Moradillo se pierde en una cadena de apretones y besamanos. Saludo al Dostó, avisto de lejos al arquitecto Hastiazgo con una cruz de esparadrapo en la coronilla (¿Suri?) charlando con un sujeto con el brazo en avión (¿la escalera anticurda?). Piriç continúa atenazado por su lumbalgia, no se ha atrevido a asistir ni en camilla —para húmedo disgusto de Hadlatter. No conozco a nadie más salvo de vista, la mayoría es el relleno habitual del periódico local (¡oh, por ahí tintinea la risita inquisitorial

del infecto Ponzano!): puedo mariposear sin rumbo. La conversación, en los amplios y desdibujados semicírculos que rodean las dos chimeneas, es pausada. Abundan el retruécano ingenioso y la triple alusión, pasatiempos en que las damas descuellan sin esfuerzo. Una gracia indolente traspasa las palabras, las posturas. Se bebe con indisimulada ansia, al estilo del país: fuego y alcohol maquillan con un espejismo de salud la piel de los ancianos bruñendo como manzanitas sus mejillas, un rubor de aurora homérica hermosea unos rostros que desconocen la contrariedad o la tristeza. O que las han pospuesto: porque este es sin duda un día raro y feliz y flota en los gestos una ansiedad apenas contenida, pura espera y vistazo furtivo a los relojes.

Me asomo a uno de los ventanales. *El Catafalco de San Sirolé*, murmura alguien con un respingo de emoción: a medio horizonte el mar se eleva en una informe joroba, un túmulo gelatinoso que se abomba y bambolea acopiando agua en una aproximación imparable. Al punto, corre por la estancia un grito mesurado

LA OLA

voz que presta se multiplica y se desvanece en la sombra de un eco mientras nos atropellamos (muy, muy cortésmente) hacia la galería asomada al gran salón, que hisopa con profusión de latinajos el nutrido gremio de la capa pluvial. Dos criados con librea abren de par en par las puertas y aseguran las hojas a la pared con recios fiadores. Remontan con flema las escaleras, encajan los omoplatos entre los estucos.

Un carraspeo senil, la curiosidad interrupta de un crío rompen apenas el silencio masticable del que acaban de dar cuenta: y sin que tampoco sonido ni rumor alguno lo preceda, un colosal golpe de mar penetra por el vano de hangar y se estrella contra la pared del fondo, empapando a la finísima concurrencia. El edificio se estremece, nos aferramos con firmeza a la baranda, brotan gritos aislados —pero ya la resaca ha arrebatado la ola con el mismo ímpetu, reduciendo la riada a un brevísimo instante que abandona tras de sí una irreal

atmósfera saturada de yodo y sal.

Todo ha durado nada. Nada efímera y brutal. Pura belleza indomeñable.

Un instante de general apnea y atruena una salva de aplausos: ya estoy de nuevo enterrado en el regazo (chorreante) de Moradillo. La gente se besa y se abraza, se da la bendición y los buenos días con las crenchas pegadas al rostro y las diademas torcidas —no creo que el Tributo de Peluquería, caso de darse, baje de los dos millones de pelfas. Las mujeres ofrecen un muy estimulante panorama de umbras transparencias púbicas y tirantes caídos y pezones en erección y maquillaje corrido. Más excitante si cabe es el aura de pureza sacramental que parece envolverlas, vírgenes sumergidas en los remolinos del Jordán. Tan beatitas que entran ganas de morderles las nalgas del alma.

Estamos reconciliados. Estamos limpios. Hasta yo estoy limpio. Y reconciliado.

Camino del banquete en el parque de palacio, observo que un civil engualdrapado de medallas al que la gente tiende la mano con respeto es objeto indistinto de pésames y enhorabuenas

Es Frías Angulo, un constructor del Opus Gay íntimo de Su Personalidad Don Álvaro Ponzano. La Ola le ha arrebatado a su joven esposa. Es un honor —y un dolor, pero no creo que él lo lamente mucho

(¡Honor y horror! ¡Honor y dolor! ¡Qué país!). Acompaño en silencio a mi grupo hacia las jaimas que sombrean las largas mesas inmaculadas

Acaban de hacer inventario: también se ha llevado El Paleto de Sión, de Filemón Ibáñez

Otra adquisición para la Pinacoteca del Gran Coleccionista

Que por cierto está mostrando su fervor por el Maestro Filemón: es el

tercero que se lleva en los últimos veinte años

Lo cierto cierto es que la señora de Frías estaba de Diosz

Me sientan en un taburete más bajo que las sillas cuasinotariales del resto. Claro que soy el único que lleva un Pin de Neófito —¡no! ¡Allí diviso otra cabeza que también rebaja en un palmo la altura media de los cardados reconstruidos! *¡De..., de Neófita!* ¡Sin piñas en el respaldo, como yo! Cuando cruzamos miradas se sonroja. Se violenta. No volverá a mostrar más que el perfil. Qué complejitos. Pues estaba mejor de frente.

Un día muy largo. Reseño antes de desmayarme que el menú único consistió en unas alubias de calibre tan desmesurado que no cabían más de tres en el plato. Estaban exquisitas y se podía repetir a destajo, sobreabundancia que Moradillo homenajeó cumplidamente. Cuando le comenté, por asociación simple, la extraña manifestación, durante mi coma, de la gigantesca haba planchadora se quedó mirándome transfigurado y me rogó que se lo repitiera. Un tipo con monóculo ahumado, enfrente, exclamó

¿Que ha visto a la Fabe Capitolina?

y a continuación

¡Venga ya!

con tan desdeñosa incredulidad que me convirtió en involuntario (y balbuceante) objeto de una atención que mi amigo —derrochando con noble generosidad su poderoso ingenio— consiguió desviar y hasta desmenuzar en naderías: pero tuve la impresión de que la conversación cercana perdió chispa y ganó gravedad después de la anécdota. Cuando se volvían hacia mí, los ojos cavilosos y la sonrisa tranquila de Moradillo caminaban por senderos diferentes.

Quizá sea coincidencia, aunque aquí se interpreta como una *señal de algo:* después de la Ola ha habido una insólita avalancha de ángeles

suicidas —el breve rumor, como de hojas secas, de su última risa alterna con el crujido de los pájaros estrellados contra el suelo, arrojados de su altura, ícaros achicharrados. Se mira a otro lado por pudor, por no atentar contra ese resplandor discreto. Dicen que aspirar, mezclado con piedra del santo, el polvillo residual (he visto recogerlo en el celofán del tabaco) proporciona *alegría duradera.* Le vendría bien a Hadlatter, ausente hasta hoy, obligado por su extenuante labor de enfermero —Piriç no mejora— y dispuesto a reponer la transaminasa perdida, a juzgar por el trabajo que da a Frisco

Observo que ha recibido el bautismo de ola

quizá mi expresión preserva la pureza del reciente peeling espiritual, pero no: se ha limitado a mirar mi solapa, donde se hinca el olvidado alfiler de estaño

Quíteselo. No sólo es de pésimo gusto dejárselo puesto pasado San Sirolé sino que además puede costarle un linchamiento popular durante uno de sus paseítos. *Porque ya sabrá usted que la gente normal* suda *y en este pueblo el sudor puede volver loca a la gente* normal

se aleja en pos de otro stinger, esa porquería mentolada. Moradillo me desprende la insignia del ojal descubriendo debajo una flor de sal seca

No se lo tenga en cuenta: aunque no le falta razón. No haber recibido *a la Ola este año le va a costar cuatro de sudor, es duro cuando se ha perdido la costumbre. Por cierto, no me ha comentado cómo se siente desde que dejó de transpirar. ¿No es cojonudísimo?*

(¡Co-conque era eso! ¡Y yo que pensaba que Moradillo me había contagiado su enfermedad glandular! ¡Me acabo de ahorrar un chequeo!)

(Ferry a Opomona) Estar juntos en compañía de terceros se resolvía, por primera vez, en un ejercicio de estupefacción. Cada

minuto era un minuto de batalla entre la crispante elusión del menor roce —que no podría evitar *cargarse de sentido*— y el ansia de desollarme contra su piel —tensión inútil: pronto brazos y piernas se liberaban de esa laxa autoridad para puntear un perverso morse de caricias. Ahora creo saber a qué punto esa improrrogable demostración de sentimientos, ingenua (también por asumida irreflexión) al cabo, estaba alejada de la ternura que pretendía y del *encanto* más elemental: mi amor se agotaba en el robo de sus dedos, en una presión de rodilla o de cadera siempre demasiado *significativa*, en el énfasis pueril con que mantenía un par de segundos más de la cuenta la llama del mechero ante su cigarrillo, en el arrobo con que desenredaba un vilano de sus bucles haute coiffure o soplaba en su pómulo una pestaña huérfana, en apoyar con superlativa disposición cualquier ocurrencia o en homenajear como agudeza un chiste idiota (ansia de agradar definitivamente extraña a la época en que no nos festejábamos los cuerpos): en todas las lamentables minucias, en fin, dirigidas *exclusivamente* a arrasar la imagen de él —ya estuviese comentándonos en directo la etiqueta del vino y la consistencia del caparazón de una cigala o follándose por la boca a una alumna de una universidad de verano a dos mil kilómetros de la tristeza de María. Procedimientos, es obvio, modélicos en su consagrada eficacia de chupete, en su superficialidad preñada de intenciones. Me repito: gestos de un casi recién nacido amor malogrados en la persecución de una finalidad —absorber su atención sería jibarizar mis ambiciones: quería hacer mías tanto su memoria cuanto la dirección de sus pensamientos— gestos hueros de un amor ya herido de muerte por cautelas de salón apenas transgredidas. Esa rigidez, esas lenguas resecas. Ese no decirse, finalmente, nada.

Aquella semana en Cayo Perro, única ocasión en que hicimos un viaje *de parejas* (sí, yo tenía pareja entonces: Vivianne. Pobre Vivianne, breve Vivianne). Una sorprendente, extemporánea (luego digna de toda sospecha) y generosa, por qué no, invitación del aventurero, apoyada con equívoca vehemencia por María. Durante el día agotábamos el pintoresquismo de la ciudad hasta la extenuación: no había taberna, fuente, almoneda, patio florido, librería de viejo, lonja o mercadillo de artesanos que escapara a la curiosidad de cualquiera de los cuatro, los cuatro derrochando a espuertas quintales de simpatía en todas direcciones. Vivianne se prestaba a ello sin

entender nada. En el maratoniano transcurso de esas horas yo había logrado —siempre pendiente (tarea agotadora) del resquicio que me permitiese tenderle una mano para salvar un bache, practicar footsie bajo la mesa de la tasca, pellizcar el lóbulo de su oreja en el asiento trasero de un taxi, deslizar una inocua fruslería que aludiese inequívocamente a un santo y seña de almohada— acopiar un sinnúmero de guiños y manifestaciones armonizados en un único y monocorde lamento: eeh ooyeee queeestooyy aaaquíííí. (Mencionaré al paso que Deoth, por su parte, cortejaba a Vivianne sin recato pero sorteando con mucha más seguridad, desparpajo y variedad de recursos el filo entre la camaradería y el galanteo: a pesar del (para el cuarto excluso, servidor) destellante despliegue, era imposible sentirme ofendido, por más que intuyese cómo iba a acabar la ritual danza del machito. En cuanto a María, convivía con esa exhibición de facultades desde su noviazgo, antaño ella misma modosa hembra seducida por el plumaje arcoirisado y la cascada de gorjeos de ese pájaro rabón: hacía años que había dejado de actuar al contragolpe.) Diez horas de laboriosa zapa que se iban al mismísimo carajo cuando, llegados a la cabaña, Vivianne emprendía su interminable toilette mientras yo empalmaba, ciego al panorama y a la luz suspendida del último atardecer, whisky tras whisky tras whisky. Mecido en whisky los observaba alejarse entre risitas. Iban a bañarse desnudos, a quilar ingrávidos en los tranquilos rizos de la calita privada —¡última luz del atardecer, tan suspendida! Era su *privilegio:* era horrible. Ella volvía con la lasitud poscoital que me resultaba tan familiar, él sostenía un silbidillo desquiciante entre los dientes. Que se sumara a mi copa para contemplar juntos, en silencio, el resplandor verduzco de la noche recién caída no era un acto fraternal, sino de implícito desafío: una mezcla insultante de saciedad reciente y educado desdén. María había sobrepasado ya entonces —más presta y más entera que yo, qué duda cabe— el punto crítico de nuestra relación. No sé cuánto tiempo se prolongaban esas exaltaciones, si sobrevivían más de cuarenta y ocho horas a la *vuelta a la normalidad.* En el esternón se me clavaba un suspiro interminable, un regodeo en el puto quejío que paladeaba como un vicio privado. Respirar con pausa. Cerrar los ojos. Salíamos a cenar: pisoteando los despojos de mi dignidad, persistía en arrancarle un último chispazo de atención, un *testimonio:* sé que estás ahí, tienes en mí un lugar inalienable —créeme. Creerla.

La teoría mandaba que fuera Deoth el engañado. Pero aquella semana me sentí todo un tristísimo señor cornudo.

Entonces. Cuando una sola mirada suya colmaba de realidad el mundo.

(Mis relaciones con las mujeres) Leo el periódico en la barra, la tercera cerveza es un pretexto para seguir buitreando a una aunque joven ya antigua hermosa, belleza devastada que solicita un cubalibre de ron tras otro con acento de Diosz sabe dónde, que se ríe sola y tonta guiñando el ojo sano y mostrando un diente huérfano, Graya de taberna, que se levanta y se pierde en los lavabos durante un cuarto de hora, que vuelve, las pupilas más feroces y desamparadas, con un metro de papel higiénico ondeando en la rabadilla como un siguemepollo (*despiste* del que la advierte el camarero que también ha vigilado la soledad del bolsito rojo, entreabierto con un fajo de no menos de cuarenta mil pelfas asomando los cantos —¡qué cómica resulta la expresión de ese descuidero del fondo que ahoga un bufido de decepción cuando se larga!) para volver a su risa vagorosa y tonta antes de agitar el vaso (vous remettez?) balanceándose al compás de su triste jajá, que a media copa llama mi atención y me pregunta la hora señalando la muñeca y mostrando al paso una mano lacerada por una cicatriz viva, tan asaeteada de pinchazos que mientras contesto la una y media no puedo evitar decirme ¡hazme una m'kuka!

Miradas consternadas en La Palmera según entro. Una presunta activista pendiente de juicio ha sido pateada hasta la muerte en el patio de la cárcel por sus compañeras de organización, al parecer temerosas de que su adhesión a la causa no fuese supergén. Me tienden el diario abierto por un suelto. Las iniciales V.H.S. y las palmadas solidarias de Moradillo en mi hombro, su sentida invitación y su brindis hacia el rincón que ella solía ocupar me confirman —pero la incredulidad no quiere ceder— que se trata de mi pobre Victoria. Salgo de estampía, no voy a participar en ese cariacontecido y pandillero sorbetón de mocos. Y menos con el gordinchi susurrando sogtulakk sogtulakk cada vez que se acercaba *cualquiera*.

Día tras día con las persianas bajas, tumbado en el camastro. De pronto, la noche.

Mientras mis pasos nostálgicos se detienen enfrente de los hoteles que frecuentábamos y me llevan a repostar en sus pianobares (acude a mis oídos su limpia carcajada aquella noche en que un binguero melómano pidió al pianista que interpretase los *dos patitos del segundo cartón del wohltemperierte Klavier)* cede el amojamamiento que empezaba a hacer de mí un capitolino cualquiera, resignado a que el fuego de las explosiones y de las bárbaras soflamas se sume al desquiciante calor que nos manda el Gran Bromista: como si crecer bajo la tiranía de un padre incestuoso y violento nos pudiera habituar jamás a las palizas y el estupro —ahí Demetria, que aunque a la vuelta del mercado se vea obligada a defenderse a golpe de saco de garbanzos de una cáfila de adolescentes encapuchados, sólo comentará (indiferente a sus contusiones) *ya estaban alborotando esos chocholos*, ahí cualquier palmeriense, que no interrumpirá su perorata un segundo aunque un estrumpido no tan lejano haya desplazado unos milímetros su copa sobre el velador. *Aquí se vive de puta madre.* Se tratará de un eufemismo, como el que llama petardos a bombas de cincuenta kilos y presos políticos a asesinos semianalfabetos que a duras penas descifran los resultados de su equipo de julbiton. Enterrar palabras, embrollarlas, oscurecerlas: despojarlas de su cualidad de transmitir sentido, emoción, veracidad. Una hija tarada de esa tendencia vive en la boca del capitolino bajo la especie de una sistemática deformación del tópico: en la última semana y sin poner mucha atención he oído referirse a un inoportuno como el gran aguasiestas, a una liberada como un putón berberecho, alguien declaraba desear un desprendimiento de rutina, otro recomendaba tal taller para deshuesar un motor. Llorar la píldora, acercarse a la chica cantando, cuando el río sueña agua llueva, reír a moco tendido. Un niño se jactaba ante otro de que su tío era continente coronel. Lo notable de estas contribuciones es que están ayunas de cualquier intención humorística, no son expresión del particular gracejo local: se sueltan con la mayor seriedad. Con la intención de decir algo. Quizá llegue un día en que se construya un idiolecto de sandeces aleadas con el millar de palabras formolizadas que se conservan del capitolano y patinado con las peculiaridades fonéticas locales, de raíz igualmente

ignota o caprichosa: ejemplo, la preferencia por la sílaba /li/ que muestra el nativo —ignoro si es criterio selectivo que logra trasladar con éxito a otras lenguas— y que se denota en los insultos favoritos (gilí, lila, filifi, tolili) y en innumerables palabras de uso común: las mujeres son pilis, los enanos liliputes, la verga pilila, la coartada alibili, la bruma calimali, la mayonesa alilioli y la piedra del santo palili. Las niñas juegan a morder la manzana en el balde cantando *alilí alilí / con la mano no / con la boca sí* (tonadilla muy celebrada en Casa Barrett, por cierto). Pero el que una señora pida al frutero (ayer) un melión madurito, seis ciruelias claudinas y cuatro meliocotones de Mollar significará algo ¿o no? Tengo delante una Carta Abierta de Piriç (con algo ha de distraer su postración) a la Academia de la Lengua en el número 253 de *El Bienhablao:* «Con pena compruebo que siguen sin corregir el significado de la voz *nectalina,* insistiendo, por el contrario, con reprobable obcecación, en definirla como fruto que resulta del injerto del ciruelio y el meliocotonero. Quien haya escrito esto no sabe nada de injertos, pues tal oración es incomprensible. Se injerta algo *sobre* otra cosa. Si injertamos una rama o yema de ciruelio sobre meliocotonero tendremos con el tiempo —y en la hipótesis de que exista compatibilidad entre ambas especies— un árbol frutal que en la parte radicular será un meliocotonero 100% y en la parte aérea un ciruelio que dará ciruelias casi exactamente iguales a las de un ciruelio autoenraizado...», etcete. ¿Una nueva lengüeta sobre las ruinas de la antigua, una ciudad nueva sobre los cascotes de la ciudad que se desmorona? ¿Acabaré por contaminarme y retorcer palabras y decapitar estatuas en pos del resplandeciente, ilimitado horizonte de *lo distintivo,* el Cantolili Capitolili?

Yo qué sé. Estoy..., furioso. De nuevo la llamita del compromiso me chamusca el zen y la patria, qué hastío: ya se infiltra la inoportuna memez de dar un vuelco a la trabajadísima y muy asumida inanidad de mi columna —una letra laboriosamente desmedulada, *desactivada,* en consonancia con mis aspiraciones nirvánicas. Qué bien reprodujo Moradillo el tono de fondo, la natural tesitura de mi voz en los artículos que negreó bajo mi nombre. Ninguno de los dos la ha mimetizado del otro, ambos comulgábamos ya (por caminos y razones diferentes) con análoga *pachorra politicosocial* —también en eso nos entendíamos de la puta. Mostrar el justo desacuerdo en el momento

justo, que no planee duda alguna sobre la entereza de nuestros valores, salpicar épicas y breves moralidades. ¡Había logrado desenfocar la vista, empezaba a acostumbrarme a despreciar el futuro como un viejo lúcido o un condenado! Hasta que me pagaran por el destrabajo invertido en ello había dejado de constituir un placer. Sí, vuelve el nítido perfil de la librera Theresa abrazando las pavesas de cien culturas y esa imagen somete mi relación con Victoria a una reprobación iracunda. Qué decir, salvo que me hacía dichoso que una mujer así me entregara su cuerpo y su tiempo, siquiera tan brevemente: también con ella y a través de ella aprendí a vivir aquí. Y si pretendió adoctrinarme, topó con un muro. O tropezó con mi cama.

Paso por delante de Santiago el Menorero. Recuerdo que al preguntarle por el nombre del santo me contestó enigmáticamente

Tuvo un affaire con el Baby Josu

y no añadió más. Cuando en otra ocasión le inquirí acerca de la costumbre palmeriense de chocar copas al brindis de '¡Carmenchu!', contestó enigmáticamente

Es para conjurar a la Diabla Araceli

y no añadió más.

La conocía tan poco.

(Que las tuyas te asesinen (¡a golpes!) por potencial acusica es intolerable.)

Esa muerte, *¿salva* su vida? (su vida desde mi punto de vista).

Ha legado el cargo semanal del Mesías, legendario traficante que abastece Capitolia de dopa diversa. Frisco la menudea en La Palmera. Los habituales parecen decididos a fundírsela a ritmo de legionario, hasta Moradillo accede a fumigar unas caladas de un chibuquí cebado

con kif para amansar los nervios. Lo noto desde hace tiempo tratando de aparentar calma, una actitud impropia de él. Quizá la ya larga enfermedad de Piriç —parece fuera de duda que se trata de algo más grave que una lumbalgia— y las esporádicas señales de desorientación que muestra el Dostó y que hacen temer una primera manifestación de alguna clase de degeneración cerebral lo están afectando por la doble vía de la amistad y el inconsciente. Anoche, por ejemplo, me dedicó un discurso fantasioso que no contribuye, digamos, a añadir cordura a nuestras perspectivas. Abriendo una carpeta entre mojito y mojito

La muerte de Victoria me llevó a recuperar del camposanto de papeles esta revisión incompleta de las Profecías de Nosladamus que me dejó en depósito cuando era doctoranda. Las Profecías de Nosladamus son otra consecuencia de ese viejo adagio, El pueblo que ignora su historia está condenado a inventársela, *que Capitolia ha seguido a rajatabla. Así, lo que era puro y simple desastre social adquiría un eco mítico, casi en el mismo instante en que acaecía, perfectamente espurio —pero que arraigaba con presteza en el terreno labrado y estercolado durante el Sexenio Cantonal, cuando alcanzó su akmé el delirio de nuestra* singularidad, *ya vertida en una ingente literatura de todo género: el sesudo ensayo de antropología patafísica, el romancero apócrifo, los sonetos forales, el himno cantonal, las aleluyas de cordel…, crear un pasado sin fisuras permite crear una Visión de Futuro incluso en el entendimiento tardo del capitolino —compensado, no obstante, con una obcecación devenida marchamo de calidad. Junto con la literatura de anticipación demográfica o económica medraron las profecías que subrayaban el destino único de nuestro pueblo (así llamado, Nuestro Pueblo) profecías entre las que sobresalieron las del ignoto Nosladamus, desenterradas con inimaginable éxito en los años que siguieron a la Maldición MeTeológica. Porque en sus textos oscuros, incompletos, entrecortados y lo que usted quiera, palpitaba un aliento de verdad invariablemente catastrófica que se maridaba admirablemente con el victimismo local, inextirpable. Las célebres líneas que anuncian la Ola*

> Noche líquida vertida de lo Alto
> Mu[ro?] de agua negra [fe]cunda matriz
> De un día interm[inable] y [...] claro
> Castigo [...]

proporcionaron crédito superlativo a unos textos en los que de inmediato se hallaron otros innumerables correlatos históricos: aunque, como es obvio, nada se sabe de Nosladamus, ni si su nombre designaba a un individuo o a un colectivo, a un poeta o a un chiflado —por no mencionar las dificultades para adscribirlo a un siglo concreto. No obstante, ahí estaban esas Profecías surgidas de no se sabe dónde, una porción de las cuales citará con soltura cualquier capitolino de mi generación, retahílas que susurran los labios consumidos de las abuelas mientras otean el horizonte tratando de penetrar en los días que les restan. ¿No le apetece verdear las encías con otro mojito antes de ser calavera sin encías que verdear?

Siempre que no estemos interrumpiendo la lectura de Usmail

Gracias, amigo mío: pero no voy a conceder un minuto más a este monigote

dice el aludido mientras arroja a la tarima un libro que pisotea con método. Es de un tal W. W. Bartley III, quizá pariente intelectual de otro tal Attali que ajustició por análogo procedimiento hará una semana

Pero ha sido la relectura la que ha desenterrado de mi subconsciente un sentido que de algún modo barruntaba —claro que, conociéndolo, habrá relegado lo que le cuento al campo de la superchería, otra fábula de las que lo han tenido por crítico estupefacto más que por oyente maravillado

Nononó, de ningún modo. Bueno, sí

Comprenderá que me sería muy penoso proceder a justificar por qué un burgués ilustrado y con dos manos de cosmopolitismo cree en Nosladamus mientras descree de Diosz o de la Madre Economía. Exonéreme de ello, se lo ruego. Si conviene en que el grueso de los clientes de La Palmera Salvaje son personas sensatas y profesionales liberales, con frecuencia muy bien pagados, que exhiben un interés universal por cualesquiera manifestaciones científicas y culturales —incluida la gastronomía— habrá de admitir al tiempo que esos universitarios preparados y en ocasiones hasta mundanos creen igualmente en Nosladamus: hasta el más escéptico está dispuesto a concederle, al menos, tres aciertos incuestionables. Aceptado que no ha caído en mitad de un círculo de catetos supersticiosos, ¿cómo interpreta, habida cuenta de sus intereses, *el fragmento*

Arrancadas del [...] [con?] violencia
La primera cabeza pregonará la grande
Por la [hoja? espada?] del sacrificio
Hallará asiento en otro cuerpo la segunda

si no es en relación a su querido autoguillotinado? ¡Pero oigo zumbar su botepronto!

En fin..., no sólo percibo en los huecos del texto un vacío presto a ser macizado con mortero, engrudo, pasta de papel, caca de vaca, una decapitación o una receta de cocina sino que el mismo suicida podría ser, sin más, otro tronado dispuesto a cumplir ad hoc la letra de la supuesta profecía —de confirmar la profecía a posteriori quién sabe con qué fines: ¿una acción altruista? ¿Una acción ultraísta? ¿Erigirse en mártir?

¿De verdad es lo que piensa usted? ¿De qué causa? ¿Lo sabe? —¡claro que no! Y ¿qué me dice de estos versos?

La cabeza llamará al Garru [invul]nerable
Amigo de todos [...] arrojará la grande al m[ar?]
Y será en el fin el princ[ipio]

¿Permanece impasible? Cuando supe que Peláez dejaba su puesto y era sustituido por un tal Garraiz *no mucho tiempo después del suceso del descabezado se me crisparon las antenas —¿quizá quiera leer por sí mismo la tenebrosa alocución a las cucarachas al final del Séptimo Libro? ¿Tampoco? ¿Qué decirle, Usmail, para que una nubecilla de inquietud turbe esa expresión de Gran Sachem?*

Es simple, Huguito: ¡deje ya la letra y acuda a los hechos!

Como siempre, ¡gracias! Mire, Nicolás: ningún fuerano —por macuto y por panoli— ha sobrevivido más de una semana en los barrios que usted frecuenta a horas infames: eso lo señala como Paseante Invulnerable. Usted cae bien a todo el mundo, luego es Amigo de Todos. Usted simpatiza con las cucarachas, insecto fundamental en las Profecías: ahí el Señor de los Bichos mencionado en el último libro. Usted ha visto a la Fabe Capitolina, primer caso que conozco en que esa maravillosa experiencia no ha recaído en un nativo de décima generación. Usted oyó el Megacampano, cuando sólo una peculiar disposición congénita de los

huesecillos del oído interno hace posible la percepción del Tolón. Usted..., usted tiene la Marca..., me consta porque me he hartado de verlo en pelota mientras lo estuve cuidando...

¡La Marca!

¡Garraiz: usted es el Garru!

¡El Garru! (¡Faltaría más!) ¿¡Pero —¿qué marca?!?

¡La silueta del Peñazo en su nalga izquierda!

se me inflaman las orejas

¿La..., la mancha de nacimiento en mi nalga? ¿El antojo del culo?

¡Y..., y hay más! ¡Desde que se ha establecido en Capitolia suceden cosas! ¡La gente..., muere! ¡Piriç se muere! ¡Victoria ha muerto! ¡Perdone!

¡Sufro una congelación repentina del hemisferio emocional! He de tener cuidado: Moradillo se ha vuelto loco. Miro a Usmail: confirma con los ojos serenos de siempre el reciente desvarío del amigo. Pues a vigilarlo también. Vamos a tantear hasta dónde llega, cuál es la extensión real de mi mal fario y de su mal psíquico

> *Ahora que lo dice..., el viejo Arcadio, el marido de mi portera, acaba de diñarla. Pensaba que se trataba de un conyugicidio involuntario por leguminosis tóxica, pero acabo de comprender que estaba sentenciado a muerte desde el mismo instante en que asomé el torrado por su domicilio*

(no es cuento: hace cuarenta y ocho horas y superando la obvia resistencia de ambos, estreché a Deme y fingí condolencias clavándonos las cerdas mutuamente)

Es imposible razonar con usted

¡Razonar!

Tiene razón: dejémoslo. Perdone de nuevo. Pero sepa que empieza a haber mucho muerto a su alrededor

¡Muerto! ¡A mi alrededor!

Jjjoder: parezco el loro Pollo. La verdad es que estoy demasiado estupefacto para defenderme mientras me encula el sambenito de cenizo letal. Y eso que la briosa defensa de mi inocuidad (¡soy un tío normal, amigos! *¡Volved!*) tendría aún más sentido en la medida en que comienzo a sospechar que en paralelo a sus advertencias dispara hacia el exterior un discurso profiláctico, urdido con semejantes arbitrariedades y malicias, que advierte de las precauciones mínimas que, según él, exige mi trato. No puede evitarlo, le gusta jugar: no seré yo quien lo reeduque. Resulta que mi partida de ajedrez ha cambiado: Moradillo es quien se inventa unas reglas que estoy obligado a descubrir. Pero no hoy. Ni mañana. Me he ido sin decir adiós. Ya en la calle, oigo su voz*: Garraiz, amigo mío*. He apresurado el paso repicando los tacones con intención.

(Ferry a Opomona) El mundo se había fugado de sus coordenadas. Dejé de dormir, apenas comía. Nadie me tuteaba, luego ya era un adulto: un adulto devuelto a lo más necio de la adolescencia. Víctima de un embrujo hormonal, hasta mi piel olía diferente: *olía a mi obsesión.* Se paseaba por mi cabeza con insidiosa monotonía ese estribillo de Grassain, *il n'y a pas d'amour comme le premier amour* y evocaba mi primer amor, tres años de pasión enfermiza por una mujer casada que jamás me regaló un vistazo, no digamos ya una palabra. No obstante, mi delirio radiografiaba sin errores su ser más íntimo y mi devota anticipación a sus deseos —ya he perdido esos poderes extrasensoriales— alzaba a su alrededor una conjetura disparatada. Ahora me es obvio que una primera experiencia así, ayuna de primeras caricias y primeros besos y primeras palabras tiernas y asombradas, confirma el tópico incluso con mayor contundencia: no hay amor como el primer amor. Acceder al cuerpo y al pensamiento de María no había supuesto conocerla mejor o siquiera empezar a conocerla. Me había enamorado alevosamente de otra ficción a mi medida.

Sometiendo sus presuntos sentimientos a mi desesperado optimismo, pluralizo: ¿*éramos* unos incautos, los pringaos del trile, al poner en marcha lo condenado de antemano? Esos momentos nimios de una felicidad apenas rozada cuyas reservas se intuían, empero, inagotables —¿no constituían el reconocimiento de nuestro deshaucio cuando cada beso robado y cada caricia en falso anticipaban el final,

el final, *el final*?

¿Quién dijo: *A una persona sólo la conoce quien la ama sin esperanza*?

Los paseos nocturnos me devuelven a los primeros paseos, cuando Capitolia era para mi sensibilidad novicia un caos embrionario preservado intacto en su gastado cascarón. El cascarón se ha roto, desparrama su yema negra. Pasear a horas en las que hasta los malos sueñan induce sentimientos de invulnerabilidad (ficticios, sin duda: no voy a atizar, siquiera inconscientemente, las quimeras del loco Moradillo) que culminan entre las cinco y las seis de la madrugada, cuando emprendo, esté donde esté, el perezoso retorno a mi cubil cruzándome con los ases del madrugón, paladeando una vagorosa impresión de orgullo, de confianza en mí —es decir, en el mundo. Corta parada en el bar del Mercado de Santa Pleura, entre alientos densos y ojos legañosos, para rematar la noche con un último carajillo, combustible *cuyo postrero ardor expira* según meto el llavín en la cerradura, a seis pasos de la cama. Me gusta la camarera, una jovencita de planta fuerte y acento quebrado: me gustan sus pies grandes, sus brazos fibrosos, los rizos prietos que me invitan a fantasear un exuberante vellón con reflejos de antracita entre las ingles. Flexible, de una brusquedad masculina, dicharachera como corresponde a una hija del mercado, siempre abundante en mujeres de filo y garbo. Me gusta, ¡sí señor! Me gusta mirarla mientras se atempera el vidrio bajo mis yemas y ella lo sabe —y le gusta. Me gustan sus manos agrietadas, hervidas, en las que no obstante se aprecia el envite cosmético cotidiano para que el calor de la parrilla y el chapoteo en la pila grasienta no las acaben de marchitar. Manos que me llevan a desear con intolerable ahínco que me haga una m'kuka.

O soy un enfermo o un tío sanísimo.

(Ferry a Opomona) La fácil susceptibilidad de Deoth —de acuerdo: alentada por tres o cuatro torpezas, de María o mías, que su universal propensión a la sospecha (la que con tan buenos réditos aplicaba a sus

novelitas de intriga) había ligado sin mucha dificultad— lo llevó a preguntarme (aún me sonrojo: ¡llegaba el Momento Temido!) *¡si me acostaba con su mujer!*

Era tarde. Nos columpiábamos en los taburetes del bar del Hotel Silesia entre putas aburridísimas y congresistas verriondos, los dos bien pimplados de semáforos, colapsos tricolores ingeniados por abyecto barman que dimos en beber por nostalgia hepática (y no es casual que esa barra y ese cóctel abusados en la primera juventud merced a su rumbosa liberalidad de eterno gorrón le sugiriesen que era llegado el momento de formular la Pregunta). *¿Te acuestas con mi mujer?* —para que el efecto fuese espiral me clavaba los ojos como una mamá. Qué recurso más ordinario, tratándose de él: pero por alguna razón creyó siempre que no podía sostenerle la mirada. Peor: que sostener o no una mirada es indicio de algo. Sí, el Gran Momento había llegado, esto es: se me estaba imponiendo un Gran Momento por cohonne. ¡Arremetí, pues, arremetí! ¡Sus y a una —tratando de disimular el súbito te-temblorcillo en la voz! "Si un amigo me pregunta '¿Tienes una amante?' O, mejor aún: 'Fulanita, ¿es tu amante?' ¿Qué espera de mí, di: qué espera? Si es cierto que me acuesto con Fulanita, una mínima discreción (bufó: *imbécil)* me obliga a decir que no —luego miento al amigo. Si, por el contrario, antepongo la sinceridad comprometida en mi propio concepto de la amistad y contesto que sí, ¿qué derecho asiste a su pésima acción de, amparado en la fortaleza de un vínculo, obligarme a confesar lo que no quiero confesar?" Refarfulló *imbécil*. Y sus ojos insistían en girar como pueriles taladritos. Los míos también, nos habíamos mamado hasta la bizquera. *De semáforos.* '¿Te acuestas con María?' Me incorporé afectando una lúcida exasperación (exasperación algo mermada de lucidez por el tambaleo subsiguiente) 'Si se lo has preguntado a quien de veras debe preocuparte (no me atreví a pronunciar el nombre) y te ha contestado que sí, ya lo sabes —y es deleznable que me estés poniendo a prueba. Y si te ha dicho que no, ¿por qué no lo crees?' Ya me dirigía (¡entre grandes aspavientos!) hacia la puerta (al fin y al cabo me había llamado imbécil dos veces, ¡con testigos!) hacia la calle, hacia un taxi 'De hecho, ¿se lo has preguntado?' hacia mi casa, hacia mi cama '¿Te acuestas con ella?' me miraba guiñando un ojo para no ver doble a través de los restos verdes de su semáforo y yo desde el fondo, con el índice alzado, el tono

tonante '¡No tranquilizo conciencias moribundas!' salí a galope, presa de un ataque de bruxismo psicosomático. Sucio. Pero indemne.

Si no volvió a mencionar el asunto, si no se disculpó al día siguiente como requería su supuesta y en cualquier caso ventiladísima moral del nada-soy-sin-mis-amigos es porque Deoth, sencillamente, no recuerda nada al día siguiente de una borrachera discreta. De hecho, calculo que su memoria mediata se desenchufa a partir de los 2 miligramos de alcohol por litro de sangre. Un flojainas con la mandíbula cuadrada.

Una nota de Moradillo en el buzón me informa de que Piriç ha muerto. Me ruega que me considere liberado de asistir a las exequias. Quizá sea una forma cortés de indicarme que paso por un pequeño bache de popularidad en ¿nuestro? círculo.

Campeonato anual de deportes nativos en Los Sofiones. Lanzamiento de atún. Cómo coletean los condenados. Y hay que ver la de trompazos que aguantan antes de quedarse tiesos. Alzamiento de porrón. El vencedor ha logrado embucharse un trago izando a pulso el de doscientos litros.

Diversas publicaciones (locales) enumeran los logros de Piriç *(… un implacable cerebro científico para el que la palabra* diosa *sólo significaba Glúcido cuya molécula contiene dos átomos de carbono,* leo en el último editorial de *El Naturalista Descreyente)* bajo la forma de patentes y ensayos y obras sociales. Espigo de entre una lista interminable

—Un Telar Automotriz que permite tejemanejar

—Un Tancredo Mecánico que evita inútiles efusiones de sangre sin merma del espectáculo propio de la Phiesta

—Un plato aspirador para fijar bajo la cama y dejar ese suelo ingrato sin una pelusa (con un accesorio opcional que detecta ladrones o amantes en flagrante)

—La bautizada como Cámara Lupertz, que fotografía el aura hormonal de una mujer en período de ovulación

—El Pararraros, casquete defensivo contra chiflados que neutraliza

las ondas psi de sus cerebros

—La Humedeta Bayetona Que En Verano No Se Seca Ni Acartona

—Un lanzapelfas con alza telescópica para acertar en el ojo a los árbitros de julbiton

—Un cemento elaborado a partir de las cenizas excedentes de los tanatorios

—El Cilindropene, de utilidad desconocida

—Una máquina que cose y canta

—Una hucha en la que cabe el importe exacto para comprar otra hucha idéntica

etcétera. Etcétera. Las publicaciones son igualmente abundantes y variadas, desde la primera, *El Intelecto y la Giba (Heine, Lichtenberg, Leopardi, Kierkegaard)* a *Panagnosticismo y mutación vírica*, estudio considerado definitivo sobre *Jriszto murió de Ébola*, la obra maestra de Carlos Lewis. Una abultada *Digresión sobre las ballenas de Jonás y de Pinocho,* unas *Observaciones sobre el reglaje de los limpiaparabrisas con el fin de prevenir el estrabismo del conductor profesional*, un tratadillo erótico en lujosísima edición privada con el ambiguo título de *Anales* (célebre, no obstante la escasa tirada, por contener la primera descripción detallada del llamado *helicóptero anal*) *El Martirimonio,* novela sobre el desgaste moral que sufre el cónyuge que madruga más que el otro, una *Elegía a la masilla* en ocho mil versos, *Intertextualizando y tal*, una compilación razonada de sus plagios, etceteratcétera. Se le consideraba asimismo un profesional competente en resolver universales estupores: calculó los litros anuales de cerveza que empapan los bigotes de un bávaro y la cantidad de enfermos muertos por la mala letra de los médicos, determinó el orden óptimo que han de seguir los pulgares para sacar cuarenta cubitos de una gaveta de caucho, elucidó las consecuencias que sobre el desarrollo psicológico infantil acarrearía la sustitución de la masilla por la silicona y disipó por fin las dudas acerca del sentido de giro de las ensaimadas según el hemisferio: el teorema resultante es justamente conocido desde entonces como la Ensaimada de Corioli. Un tipo admirable, un multicéfalo. Hasta dirigió una revista pornográfica de breve aliento, *Chicos y Bichos*. Brindo por la memoria del viejo Piriç. Reconozco que en algo me afecta la desaparición de la poca gente que

alguna vez dijo apreciarme.

Fuera Opomona, fuera. El recuerdo de María se vuelve insufrible y el ferry era el espacio pactado con su recuerdo.

El promiscuo no lo pasa tan mal. (¿Y el enamoradizo?) Yo qué sé.

Soledad. Soledad. En un intento de diversificar los trayectos fijos y matar el aburrimiento he visitado con el mayor desinterés un par de curiosidades locales que había pospuesto. Me colé en el viejo cuartel de caballería, que aguarda su demolición desde hace décadas y por cuyos pasillos destartalados, afirma la leyenda urbana, aún hace incansable guardia el Meneas, un furriel tronado que se negó a abandonar su puesto cuando trasladaron el regimiento a Burga. Penetrar en esta ruina al claro de luna es un característico rito de paso infantil: temblando de excitación, los proyectos de machito se adentran en la tiniebla, con riesgo cierto de su crisma, atentos al menor crujido que pueda indicar la proximidad del salaz Meneas — porque de ser sorprendidos serían encañonados por vetusto mosquetón y arrojados a nauseabundo calabozo hasta que paguen su libertad haciendo un *pajili* al perturbado. O quizá era al revés: lamentablemente, no topé con él para aclararlo. También traté de visitar la llamada Torre de las Seis Plantas pero está cerrada al público. Una brisilla gélida, dicen, hiela el ánimo del intrépido que pretende subir más allá de la cuarta, en la que fueron degollados uno a uno los veinte miembros del Consejo Capitólida en la llamada Conspiración de los Güemes: sus sombras se deslizan sin descanso por las paredes al ritmo de un órgano ultrasónico. Claro que hay quien ha explicado el imposible ascenso arguyendo que la Torre, no obstante su nombre, sólo tiene cuatro plantas. Alega en apoyo de su hipótesis que determinados ultrasonidos erizan la nuca. Seguramente se trata de uno de esos espíritus escépticos que se jactan de no creer en nada.

Matar el aburrimiento. Capitolia se pone al día merced al Primer Festival de Pefomans (interacciones/venciones). La nave industrial que acoge tan innovadoras manifas de penúltimo artistismo rebosa de lo que en mi anterior reencarnación solía denominar *capullos*. Me

miran raro cuando los raros son ellos, con sus gafitas de memo y sus ridículos zapatillos y sus camisetas de a cuatro mil el desgarrón. Si les choca mi elegante guayabera, sepan que esta mañana me he comprado tres iguales en rebajas *por matar el aburrimiento*.

Esto ya lleva rato empezado. A la entrada han pretendido venderme un chupachups de mocos por cincuenta mil pelfas. Veamos. Sobre un estrado una mujer calva murmura incoherencias mientras se despoja del chándal con languidez. En una pantalla, tras ella, se proyectan sucesivamente las palabras frustración, abandono, negación, nulidad, fracaso y otras del mismo tarro. Fuera bragas, ya está en pelota. Bueno. Se sienta en una silla de enea. Mejor. Anticipo nalgas repujadas en dos minutos. Sobre la pantalla se proyecta machacadura. De una bolsa de plástico que cuelga del respaldo saca un macillo y se propina un mazazo en el parietal izquierdo. La desdichada se tambalea, claro. ¿Se cae? No. Tendrá callo. Aun así, el callo vierte generosamente su sangre en nombre del arte. Quizá haya interacción con el público bajo la forma de ats camuflado. Tampoco. ceguera, dice la pantalla ahora. Se cala unas gafas de soldador que destroza sobre su cara con el maldito macillo. Que se lo quite alguien, por Diosz. Más sangre. violación. Menos mal: ha soltado el macillo. Pero a tientas saca un taladrín eléctrico con una broca de antenista montada que, conjeturo, va a meterse por el brrrrrrrrrrrrrrrrrrrr adiós bonita, me las piro en pos de un número que no incluya vaginismos y bueh, unos metros más allá un par de artistas disfrazados de gallo y gallina extienden un lienzo de tres por tres en el suelo, colocan a sus patas dos jaulas alborotadas de pollos, saludan, se abrazan. Esto es variadísimo a fuer de divertido. El gallo libera a un pollo de la cárcel y le da tastás en el culete mientras la gallina, los brazos en jarras, asiente con vigorosos picotazos al aire. El tastás va en aumento hasta que el gallo, aparentemente exasperado por la contumaz vileza del pollo, le retuerce el cuello arrancándole la cabeza. El pollo se me queda mirando mientras su cuerpo, liberado al fin de tanto seso, emprende un frenético zigzag sobre el lienzo expeliendo a presión sangre y caca por orificios opuestos. Vencido por esa antinatural sumisión a fuerzas contrarias, se derrumba. Exangüe. Aún lo galvanizan tres o cuatro espasmos conmovedores. Es el turno de la gallina. Y de otro pollo. Iniciado el tastás, parte del público empieza a

cruzar apuestas sobre el tiempo que se mantendrá sobre las patas: pero es la sólita ludopatía local, no creo que se trate de la interacción buscada. Así perecen ocho (con el último se dispara la porra al cuarto de millón de pelfas) que son arrastrados (sí, arrastrados) hasta el borde del campo de su deshonor para que los impasibles connaisseurs juzguemos la genial (y sólo en ese sentido irrepetible) (o viceversa) técnica mixta resultante: sangre, caca y plumas: dropping, gotelé, frottage, manchurrón: tachismo, brutismo, shitting. ¿Chicken art? ¡Diez mil vatios de címbalos y metal soplado sobresaltan nuestra absorta circunspección! Los descabezadores se desdisfrazan de crestas y picos y pechugas ensangrentadas y lucen la pose de su androginia tecnológicamente bronceada y esculpida —¡en ropa interior! (de esa conocidísima marca). Otro golpe de platillos y tras ellos cae un telón por el que nos enteramos del título (y con suerte, del *mensaje)* de la pefomans que acabamos de presenciar

POLLOcK

¡cKurumbu: estoy atónito! Parte del público abuchea —¿interacción o antiglobalización?— pero los silencia de golpe (¿no hay manera de escaquearse de la cardiopatía en este garito?) un chupinazo de guerra sobre nuestras cabezas. Un gigantesco cilindro se pone a escupir humo ¿de hielo seco? (¿el sarín es incoloro?) y confeti de desnortar misiles, dos proyectores enmarcan en círculos de luz polar los extremos opuestos de la nave. En cada uno, a unos diez metros de altura, aguarda su descenso (conjeturo) un traje de neopreno monstruosamente amorcillado. Ahorcados por sendas sogas que parten del mismo gancho, en el centro exacto del techo, son lanzados uno contra otro como tarzanes borrachos, ¡ahíííí vaaaaaaaan! ¡Chocan! ¡Revientan! Una materia viscosa y semisólida reboza al público. ¡Gritos! Los proyectores desvían su haz a la pista: estamos empapados en vísceras y sangre. De vacuno, a juzgar por las dimensiones de hígados y bofes. ¡Más gritos de horror y asco! El ambiente hiede, la gente se precipita hacia los portones abiertos, resbala en la casquería, no sé si he pisado unos zarajos o la mano de un bebé. ¡Aire, aire! ¡Luz: más luz! El espectáculo es espantoso, pintamos como los supervivientes de una masacre despegándose las asadurillas del vecino de butaca. Un humo espeso se eleva de la nave: en dos minutos —es

personal avezado— nos rodean coches de policía, ambulancias, camiones de bomberos ululando en un guirigay inaguantable. Se empeñan en evacuarnos, en tumbarnos en camillas, en taponar inexistentes hemorragias, en interrogarnos acerca de los que quedan dentro. Unos mozos ríen incontinentes: *ellos sí que entienden de arte.* Hemos sido cómplices (¿involuntarios?) de la interacción buscada: un éxito. Al poco, la inicial preocupación del funcionariado cede a una irritación comprensible (la gente coreaba *Es Toes Arte / So Lo Arte*) que lo decide a repartir un par de tandas de palos antes de enchufarnos las mangas disuelvebobos. Cómo he llegado sin más percance a mi chozo es un misterio. He tirado la guayabera y las sandalias al cubo de la basura, las bermudas aún tienen un pasar.

Detuvieron al responsable, un autodidacto. Declaró que sólo pretendía que los asistentes tomaran conciencia del horror de la guerra injusta que libra el estado opresor contra las minorías oprimidas. Era autodidacto. En una reunión de urgencia convocada por el Gran Konsejolari se han prohibido por decreto cualesquiera expresiones de la misma índole en el futuro. El saldo de sangre (humana): un infartado, una mujer macerada por la avalancha y un número aún no determinado de heridos, algunos de ellos por la propia Lautoridad. Pronóstico reservado para la Loca de la Broca. A los organizadores se les ha caído el pelo. O no. Que testifique su abuela.

Matar el aburrimiento mata.

Ahí estaba, enlorzado en una de las almenas que se asoman a la ciudad. Usmail leía a la sombra de la sabina del patio de armas —el botiquín, como siempre que al patrón le da por pasear, a mano. Exhibió su sonrisa de hombre bueno al verme, volvió a hundirse en el libro. Antes de que pudiera saludarlo, Moradillo, de espaldas, empezó a contarme —o a contar, sin más, al éter— la historia del Buen Burgomaestre o Gran Urbicultor, que reurbanizó y expandió Capitolia por el ingenioso procedimiento de sembrar de hierba medio millar de hectáreas y observar desde las alturas del Fortín

Desde esta misma almena

cuáles eran los caminos que trazaban hombres, vehículos y ganado uniendo los barrios dispersos y estableciendo, sin saberlo, un plano de enlaces: las futuras arterias principales y las vías secundarias

Tal y como se pisan los que serán senderos de un jardín

Parecía que nos hubiéramos despedido ayer mismo, qué reencuentro tan confortable. En su cuello se columpiaban unos aparatosos prismáticos 20x60 con los que ha seguido (imagino) mi ascenso a trechos, lo que le ha permitido *abordarme* de espaldas, por mero cálculo de tiempo, en cuanto oyó unos pasos en la grava. Cómo sabía que hoy tocaba Peñazo, lo ignoro: hace mucho tiempo que dejó de inquietarme la peculiar especie de *coincidencia* propia de esta ciudad, que se acentúa en el trato con Moradillo.

La comida a tres en Rufo's ha tenido su punto de caspa: un viejo coqueto, a quien me han presentado antes de entrar como Degeneradito Acuña, espolvoreaba la acera de osados requiebros al paso de cualquier representante del género femenino entre los tres y los noventa años: confiesa que le desagradan las *jembras* por debajo o por encima de esa edad. Así que desde los aperitivos a las copas de sobremesa hemos padecido la voz ronca de Degeneradito voleando desde su mesa en la terraza

Verte tan bonita pone en pie de guerra mi chufita
Mucha sartén para sólo dos huevos
Demasiado cazo para tan poco mango
En tu grupa galoparía, yeguaza mía
Tienes menos desperdicio que un gorrino
Quiero ser tu tampón. Chimpón
Gallina vieja hace buen caldete
Eso es un cuerpo y no el que deja la cagalera

sin dejar de entreverar hiperbólicas interjecciones

Marramiau

Canela

Mirlo

Bragazas

murga que Usmail ha logrado pulverizar en runrún de fondo con una aguda y con frecuencia descacharrante disección teórica del Método Interválico Para Teclado de un tal Sidney d'Aguilo (creo que se escribe así) que acaba de ejemplificarnos hace un instante en el Bosendorfer doméstico, qué desperdicio: pero nos hemos reído con ganas, es asombrosa la capacidad desopilante de ciertas inframúsicas. Nos seca las lágrimas con una interpretación memorable de *Le Flambeau de Coubertin*, qué tipo con recursos. Señalo que, de camino, Moradillo se ha negado a parar en La Palmera. Aunque nos pillaba de paso y parecía la opción obvia, ha bastado una terminante mueca de disgusto. Bueno: no hay duda de que Usmail está superándose a la hora de levantar el ánimo al amigo, al que acaba de dar un baño y un masaje —me ha dado tiempo de leer una novela corta del Dr. Chevski — que lo devuelve al salón rosado y brillante como un cerdito de porcelana. Vuelve a mostrar una estupenda mala leche mientras me describe la reciente boda en San Turce (basílica cedida por el Arzobiszpado al Opus Gay) de la hija del burgomaestre Ponzano

Trece años de abandono y ahora han tenido a bien cubrir el inmundo exoesqueleto que apuntalaba los muros maltrechos del Palacete Bargas, enfrente, con un blanco sudario —para que los finísimos invitados no se aterren con esa ruina— sobre el que han pegado unos cromos de diez metros cuadrados con el pendón de los cojjjejeje. ¡Mire, asómese: compruébelo usted mismo antes de que retiren esa vergüenza que volverá a dejar mugre y escombro a la intemperie! Acto seguido hicieron su aparición innumerables camioncitos de la limpieza que, doblando señales y sorteando bolardos, enjabonaban la acera y el adoquinado. Oye bien: jamás los alcorques de estas acacias han bebido más detergente. Recuperé una imagen de la niñez, los remansos del Grisalla en tiempos de la industria papelera. Tras ellos llegaron las brigadas con manguerillas desincrustantes. Las manchas que no ceden son eliminadas una a una ¡de rodillas! por operarios con disolvente y cepillo metálico. Más detergente. Más manguerazos. Más pistola a presión. Durante cuatro días, cuatro veces al día, no han dejado de limpiar los mismos cien metros de calle. Quién paga tanta limpieza, tanto funcionario, tanto hectólitro robado de mi bañera: dígamelo. Quién me compensa de tanta y tan municipal jodienda. Ponzano

no, desde luego —y la Alegre Obra no digamos. ¡Pues ha tenido el mal gusto de invitarme! Le contesté que el dispositivo policial que, sin duda, iba a preservar tanta limpieza me impediría, con absoluta seguridad, cubrir esos cien metros impolutos que separan mi portal del pórtico de la iglesia. Y que las suelas de mis zapatos siempre están, como es natural, tan asquerosas como el resto de Capitolia y no quería mancharle la ocurrencia. No contestó, lástima. Llegó el sábado. Un centenar de agentes acordonó un espacio previamente despejado de vehículos por medio parque de grúas que jamás puso más celo en secuestrar coches. Nos da por huir de la mamarrachada y a los dos pasos un urbano con patucos de fieltro nos pide la identificación nupcial. Le digo que nos lleve ante su puto alcalde, que es muy amigo mío. Acula, claro está: mi familia lleva siglos amedrentando al prójimo. Pero no hubo modo: ni los célebres ordubres, ni los tres kilos de percebes Carallo d'Home, ni el espléndido rodagallo silvestre ni los dos magnum de Bassinger Grande Année Vintage que nos embuchamos en La Terrassette del Luxhotel me purgaron de adrenalina. Dos días después de la representación abren zanjas en el pavimento y erigen esos cerros de adoquines: vea este escenario de trinchera y barricada. ¡Todo vuelve a estar hecho una mierda, maldición! Soñé anoche que nuestro burgomaestre era un sonriente organismo multiovíparo (sin duda Piriç sigue muy presente en mi nostalgia) cuyos innumerables descendientes casaba a diario en todas las iglesias de la ciudad, que resplandecía al punto de poder comer en el bordillo. Ítem más, eran los también innumerables consuegros del organismo los que evitaban tal dispendio a las arcas del municipio pagando los gastos y

deja la frase a medio acabar y las puertas de la terraza a medio atrancar, alza las cejas boscosas unas cuantas veces, dirige el soplillo hacia lo alto y se queda rígido haciendo la muestra con más estilo que un pointer

arnoldo arnoldo
nene poeta
que en pleno floruit
fue desfloruitado
por un gañán
por un gañán

sí, lo ha interrumpido el crescendo testosterón del sólito mocerío rebotando en las fachadas —con acompañamiento de cuerda, una novedad

cuánta ramera
y cuánta madre soltera
cuáááánta raameeeeraaaa
y cuánta maadre soolteeeraaa

rasga la piel de la noche un knut de voces machas afirmando el sempiterno ingenio transmitido de padres tunos a hijos tunos, se desparraman los decibelios heredados lamarckianamente de padres tunos a hijos tunos vía intrabandurrina —¡fuente de asombro el pulgar hipertrofiado y el armónico gañote afinado en La mayor desde hace diez generaciones de gañotes! ¡Bulla la sangre que corre por las venas generosas de tradiciones tan celosa y vocingleramente preservadas!

jodamos jodamos
las pichas sacad
que rompan los coños
que rompan los culos
que no quede virgo
ni en hombre ni en mulo
ni en tierra ni en mar

Moradillo expectora y gargariza la flema, la mano ya introducida en la chichonera calcula la munición: el paso lobuno, la tablilla adelantada destellando como un alfanje y las glándulas hediendo a salvajina me advierten de que está poseído por la bicha, bendito sea

uriajip se la menea
uriajip se la menea

se afianza en su nicho y baritoniza
¡desertores del pupiiiitreeeee!
¡tirociniiitaaas!

¡torrezneeeerooos!

¡nix y el búho de atenea os maldicen por mi booocaaa!

pasando sin transición a catapultar huevos con frecuencia perceptible en los altibajos de voz, apoyos silábicos conectados con los impulsos del brazo justiciero

inFAme TURba de haraGAnes
volVED a VUEStros Libros y maNUAles

y ya el manguerazo inverso de improperios delata a un grupo batallador. Me asomo a mi palco habitual para aplaudir la desbandada, el vivo trote de los más pusilánimes ha abierto una brecha apreciable con respecto a una retaguardia dispersa compuesta de

a/ un comando de tres mozalbetes que imprecan a Moradillo desde el umbral de un portal (pero los desalojan del ridículo abrigo dos pestilentes huevazos)

aaaaa galopaaaaar aaaaa galopaaaaar

b/ un chavalote que ha optado por derrumbar su borrachera y yace plácido y ajeno sobre su bandurria descuadernada, el bordillo por almohada y su raba de embozo, ahí va un huevo de recochineo a los hocicos

c/ ahora se hace visible un escuchimizadito con cara de malo (¡Hijo mío! ¿¡Otra vez te han dado de hosztias en el cole!?) que asoma cejijunto tras un montón de adoquines sopesando uno con inquietante subibaja. ¡No es amenaza vana, ahí vuela disparado el macizo ortoedro en pos de desalojar el contenido del cráneo de mi amigo!

¡No le acierta! ¡Por bien poco!

¡Eeepa! ¡.....! ¡.....! ¡Chof!

Pero aun así, acierta. Alcanzo a ver al chico salir corriendo, lo ilumina un fogonazo, mi amigo barbotea algo ahí abajo con los brazos en aspa, único sonido de la noche.

No hallan consuelo mis días.

No hallan consuelo mis días. *Moradillo agoniza.* He conseguido escribir esta frase que se negaba a escribirse. Sin piedad se trabucaba una letra, Moradilo agoniza, Moradillo agniza. La he copiado cien veces (vide anejo grapado). En lugar de calar en mi conciencia, perdía el significado por completo.

No hallan consuelo mis días. Declaración grabada de un testigo que afirma encontrarse la madrugada de autos del doce del corriente a las tres horas cuarenta y siete minutos aeme en el balcón contiguo al que ocupaba la víctima de la agresión, Excmo. Sr. D. Hugo Cotta y Cota, en el domicilio de su propiedad. Hasta donde sé, una de las tradiciones de la Facultad de Humanidades de la Universidad Centrípeta de Capitolia manda que los alumnos con matrícula de honor en la asignatura de Estética de la Religión pasen bajo los balcones de Moradillo, perdón, de la víctima, con la noche bien entrada, entonando canciones rudas —¿recordar alguna? No sé, de ésas que dicen que las mujeres son unas putas y los negros carne de cañón. Ah, que por qué rudas —entonando canciones viriles, pues..., no, no sé del origen de esta costumbre ni de su significado, me limito a repetir lo que me dijo en una ocasión: Ahí están los matrículas sic de Estética de la Religión resic, irrupción que la víctima Moradillo recibía con abundante pedrisco de huevos podridos fechados y almacenados para tales ocasiones durante un plazo no inferior a un año acompañado de una imprecación cantábile de duración, estilo y contenido variábiles, combinación irresistíbile, perdone, es la retranca de la tranca que llevo todavía puesta, que conseguía, digo, poner en fuga calle abajo a los revoltosos: este intercambio de insultos y huevos parecía constituir, siempre que lo presencié..., no lo sé con exactitud, quizá media docena de huevos, de veces quiero decir, un inofensivo y

alegre rito estudiantil, tan macarra como cualquier otro. No comprendo por qué..., sí, sí, desde luego, como otras veces, pasó un grupo montando el tararira y mi amigo, la víctima, contraatacó con una ofensiva aria al tiempo que los bombardeaba con el contenido de la chichonera que siempre conservaba a mano..., sisí, una chichonera..., de mimbre..., que rellenaba con los huevos que..., tenía centenares de huevos fechados pudriéndose en..., ya lo he dicho.... Usmail, su amigo y consejero, secretario, cocinero, abogado, chófer, enfermero, bibliotecario, barman, escolta, torcedor de puros y músico de cámara le confirmará y ampliará lo de..., los huevos. Ya habían desaparecido a la carrera casi todos, es..., era un espectáculo breve. Sólo quedaba uno, perdidamente borracho, tendido en la acera..., que ha muerto ahogado en su pota, dice..., vaya..., la bella arte de la bandurria ha perdido un pazg..., disculpe: de pronto vi al chaval del adoquín, un chaval con un adoquín en la mano, no me di cuenta al principio, se mediocultaba detrás del montón de adoquines del que previsiblemente cogió la muestra y bueh: sin pensárselo media vez lo arrojó en nuestra dirección con potencia y puntería envidiables a juzgar por lo rectilíneo y breve de la trayectoria yayayá, perdone, ya sé que les corresponde a ustedes determinar esas cosas, en fin, el cantazo me pasó por delante y Moradillo, la víctima, que estaba bastante ágil no obstante su edad y corpulencia, hizo una especie de graciosa pirueta para esquivarlo que lo arrojó contra la barandilla, arrancándola de cuajo..., las fijaciones..., el edificio es antiguo..., y él debía, debe de andar por los ciento cincuenta kilos..., yo..., el estrépito fue horrible..., no, apenas distinguí la cara del chico..., como canijo, el entrecejo espeso..., mirar las fichas de los estudiantes..., lo haré con gusto, es mi obligación..., pero no confíen en que pueda identificarlo..., salió corriendo, vi una especie de flash, trastabilló, no sé más..., hablando de cani..., quiero decir, ¿qué es del superseorcom, quiero decir uuuuaaaajjeeemm: del comisario Susanna...? ¿Ehm? ¡Aibó! Pues tiene usted razón, no me importa una mierda... No, no pienso salir de la ciudad. De vez en cuando me acerco a Opomona en el ferry... tampoco..., ya...

Sí, el estruendo fue espantosamente fuelle. Un segundo antes nos habíamos tendido las manos en un reflejo desesperado. Si la distancia entre los balcones llega a ser menor y logramos aferrarnos me voy al

carajo lastrado en mi amigo.

Vuelta al hospital después de ingerir un infame pepito y una cerveza tibia. La primera amanecida fue saludada por una dama olorosa de esencias que aventaba un frenesí de suspiros. La acompañaba un hombre aún joven en cuyas dimensiones y andares —corvejones de vaca, muslos en fricción perpetua— reconocí el esperma de Moradillo

Su esposa y su hijo

susurró el Dostó antes de acercarse a saludarlos con confianza añeja

¡Angelita! ¡Junior!

y expresión de consuelo muy avezada y profesional

Moradillo los detesta

tuvo tiempo de añadir aún.

¡Mi pobre amigo! Echa los bofes como un leviatán varado, inconsciente saco de astillas que parecen desgarrar con cada inspiración la tierna vitela de las vísceras rotas. Ocho remendones se afanaron en recomponerlo durante ocho horas, se pasea por la línea de sombra desde hace tres días.

Se agosta el desfile de autoridades y la riada de notables y no tanto que inundaba en oleadas sucesivas el pasillo y la mitad de la cafetería. Este lamentable lapso de gracia, esta supervivencia angustiosa y del todo innecesaria justifica, al parecer, la bienintencionada perfidia de una porción de bocazas para abrir la esclusa de las más absurdas esperanzas. Es obvio que su única intención es consolarse a sí mismos y aliviar la leve opresión en sus almitas pesarosas con el fierabrás del tópico. La *naturaleza prodigiosa* de Moradillo garantiza una recuperación que no es exagerado calificar de milagrosa a juzgar por las paladas de oraciones que dicen verterle encima sin desmayo. Sepultado bajo una tonelada de oraciones, a ver quién lo saca de ahí.

El Dostó le acaricia el antebrazo con ternura. Una vez más susurra Hugo Hugo y Moradillo abre los ojos ¡sorpresa! Baja inmediatamente a la cafetería para comunicar la novedad a la familia. Entran con sigilo, rodeando la cama, la dama estucada (pero, ¿puede ser este retablo aquella lindísima joven que Moradillo abrazó sobre el andén?) y el tonto del descendiente. Como la expresión del médico (una celebridad) cuando finalmente se separa del enfermo remeda la máscara de la tragedia, la señora Angelita se echa a llorar mansamente y su hijo se vuelve a la enfermera

¿Puede avisar a un sacerdote para darle la comunión?

fatigada y ausente, mientras la celebridad se escurre así como de perfil

Querrá usted decir la extremaunción

se sonroja

Huy perdone

sale presurosa y retorna al rato con un vejete de espinosa quijada, el ceño decidido en franco contraste con el tumbo inseguro y el nimbo de etanol delatores de un, humano al fin, representante de Lo Otro visiblemente mamado

La comunión para mi padre, padre

insiste el recrecido muchachote

La comunión, padre, para mi padre

y dale

Padre, la comunión para mi

el destello carmesí en las pupilas del cura (no, no es un destello: tiene la esclerótica completamente inyectada) anuncia que lo estrangularía (qué carácter) de buen grado con la estola mugrienta si no fuese un veterano adiestrado en La Más Alta Hipocresía, disciplina que lo lleva a emparejar las yemas de los dedos y hundir el mentón en la matrícula. Moradillo (¡mi pobre, pobre amigo!) la barbilla temblona, hilos de baba discurriendo por las comisuras, interrumpe este sordo flujo de pasiones. Vuelve la cabeza hacia su esposa y musita

Hazme turrún

petición que ella atiende engasando el rostro en el echarpe mientras libera un berrido estremecedor

Baaaaaaah

¡¡Hazme turrún!!

truena ahora Moradillo y jjjoder, si la situación no fuese tan nítidamente preagónica diría que el cabrón se está divirtiendo un rato —pero el cura aprovecha ese momento de enfurruñada lucidez: ya se dispone a viaticarlo ladinamente, ya lo acecha hosztia en ristre. Confío en que los temblores no le impidan atinar con la boca

El güerbo de Griszdo

¡Hazme turrún! ¡Hazme turrún! ¡Hazme turrún!

insiste el accidentado cabeceando como carne de exorcismo (pe-pero, ¿no tenía dos cervicales aplastadas?) mientras trata de evitar a la desesperada que el borracho le meta la galleta

¡Canallazo! ¡Gorrinillo!

chilla la protoviuda entre pucheros antes de salir corriendo de la habitación. Su exmarido calla de golpe y lo atiesa una rigidez tetánica, una contracción con gorgoteo de fondo que aprovecha el taimado sacerdote para dejar de jugar a la rana y tratar de insertarle el güerbo —con escaso éxito: a pesar de atacarlo con el pulgar enlutado, el güerbo resbala hacia el collarín en brazos de un gargajo guerrillero. Pero ya Junior se adelanta desplazando al incompetente con un espasmo fusiforme: recogiendo de la triple barbilla la hosztia reblandecida y maltrecha se la incrusta a su padre en la boca por cojones mientras le grita a pabellón abierto

¡Papá! ¡El cuerpo de Jriszto! ¡Paapáá, el cuerpo de Jrisztooo!

para que el moriturus, abandonando el breve letargo con irritación manifiesta, esboce su último gesto, regurgitarla, tic facial que le instala una bizquera vidriosa. Duradera.

La enfermera lo ausculta. Le cierra los párpados.

¿Moradillo ha muerto?

Se posa un silencio en copos. El beodo nos mira como si fuésemos corresponsables de los desmanes del imbécil —que con ceremonia desincrusta del papo la Sagrada Informe y se queda observándola en trance. Piensa intensamente, se percibe un crepitar electrostático. Quizá sea el cucurrucucú de Sprikto Sanz.

Moradillo no se mueve. No mueve nada. Ha muerto.

Se arrastran dos o tres minutos. El público exige un final. Llega el final. Junior recorta un pedacico, lo pone en la yema del dedo índice, se lo instala a su ya indefenso progenitor en las encías —¡y se come el resto! ¡Restalla un instintivo y general trallazo de repulsión que no perdona a nadie! Aun así, contenemos las arcadas y fingimos entereza al enlazar las manos alrededor de la cama y gritar todos a una el nombre del cadáver, antiquísimo trámite para asegurarse de que, en efecto, responde a su condición de cadáver: es la llamada conclamación. Alejándose por el pasillo, camino de desconsolar a otra alma, el borrachuzo hablaba solo

Do era decesario..., bodía haberla deggado en la besilla..., beduda borguería..., ¿habrá buerdo de algo idfegcioso?

Moradillo está muerto. Muerto. *Preso en su sueño de hierro.*

Yo lo he matado.

Luctus filii*, llamaban los romanos al dolore por el hijo muereto: la ciudade ha peredido a un hijo dilequeto, la entera Capitolia gimme:*

devolvédenoslo, devolvédenoslo. Luctus filii. Conciencia de que de la incontorovertibele oroganización piramidale, espejo imperefecto de la celesstial jerarquía, se ha desperendido una piedara angulare

¡Este Hugo!

murmura asombrado el Dostó

¡Ahora entiendo cabalmente lo que quería decir cuando repetía aquello de A mí me gustaría morirme echando hosztias*!*

Hugo Cotta y Cota reunía en sí la essencia desstilada de los dos linajes fundadores de este puebolo sin iguale: las mejores cualidades esspirituales y las más altas aptitudes intelequetuales

el incienso es de excelente calidad, el Archicardenal Roque Varona y sus Obiszpos Monagos surgen de entre una bruma multicoloreada por los vitrales que vierten su teselario de luz a esta hora escogida, espejea y rutila la pedrería de las casullas, tal parece un paleogrupo de roque&roll

equescelencia de la que da fe, ¡fffe, máss que nunnca ffffe! essta mulutitude que hoy se reúne aquí para rendir el homenaje posterero a una vida ejempalar

de quién hablará este tío, me pregunto siempre en los funerales

¡Luctus filii!

toma. Se me hinca la cabeza de un clavo del banco en la nalga izquierda, imposible desplazarse un centímetro sin que parezca una insinuación fuera de lugar

llorade, mujeres, admirade, homberes, a aquel que aborreció siempere a los utopistas que hacen abstaracación de la humana naturaleza, a los

voceros del ateíssmo que se alimentan de odioss y quimerass, a los emancipadores de la mujer y los destuructoress de la familia, a los genealogistas de la raza simiessca que afirman que Diosz quereó al mono y le oredenó que deviniesse hombere —¡vosotoross, cuya mera equesistencia es una injuria! ¡Podéis estar contentoss: ha muereto un campeón de la fe ¡fffe, fffe máss que nunnca! y de la decenncia y

se me atasca un zapato en el reclinatorio (anúnciase un calambre de calcañar) el pavo sigue engolosinado en la anaptixis

es cieretamente dificile imaginare mayore darama para un padere que la muerete del hijo. Quien ha visto en el rostoro de una anciana la inenarrabele congoja de la madere que ha peredido a sus hijos sabe que esa congojja no la abandonará jamás. ¡Jamásssssss!

la pausa se prolonga en demasía y las voces graves atacan *Sit tibi terra levis* al redoble destemplado de los parches enfieltrados en negro, dacapo que ataja el Archicardenal con ademán furipendi

¡Unos paderes que piereden a su hijo son en verdade diguinos de compasión! Hugo Cotta y Cota ha muereto. Todos somos diguinos de compasión. ¡Luctus filii! ¡Capitolia ha peredido a su hijo dilequeto y toda Capitolia llora!

el orador se engaña. Al menos la mitad de la parroquia sonríe. Bien es cierto que la otra mitad dormita

¡Que en rip desscanse!

¡Que descanse en rip!

contestan todos con imprevista vivacidad. *Ossa bene cui stant tibi*, viejo amigo.

No logro dormir. Moradillo tenía razón, tenía razón, tenía razón. Mi proximidad es un peligro. *Mortal.*

Pisar La Palmera Salvaje sin su presencia cálida, resignarme a no beber con él. Duro, antizén: impensable. Cuando traspasaba el umbral, su bulto blanco nuclear cinchado en tirantes de fantasía ipsofactaba mi mirada, luz en la penumbra deslumbrada —la mano alzando una copa a medias que apuraría de golpe para desvirgar la siguiente con nuestro primer brindis del día frente al mazo de galeradas que sus dedos expertos foliaban. Y la voz: su voz imperturbable atascando de palabras el mundo. Pero hay más razones, según compruebo, para evitar este bar antaño querido y mejor escarnecer el recuerdo de lo que fue. En el último mes la tertulia se ha degradado por completo y La Palmera, debilitada por el derribo de dos de los tres muros maestros, sufre los embates de una fratría de barra hostil. Una manga de individuos indócil a la cortesía más elemental ha ido infiltrándose a un ritmo de equis ominosos aspirantes por jornada y so pretexto de esparcir a quintales una racial simpatía inaguantable ha expulsado a dos tercios de los habituales. La invasión adquiere un matiz aún más ofensivo en la insolencia de autodenominarse Los Palmeros (el Dostó: *mejor Los Salvajes*). Como tales se comportan, arrancándose con frecuencia exasperante a tabletear un símil de nido de ametralladoras mientras nos desgarran los nervios con taladrantes quejíos y berríos desconcertantes que preludian, sostienen o rematan con rotundos sapateaos sobre las mesas de raíz de nogal y la hermosa marquetería de la barra. El viejo Frisco ha pedido la liquidación y frosea sus últimas margaritas —entre abominables cubatas de kirsch con pensacola— indeciso entre buscar un trabajo que le devuelva la moral y la categoría perdidas o jubilarse prematuramente

Es triste esto. Muy triste

murmura para sí, para los últimos asediados. Y con entonación de fiscal

Don Moradillo no habría tolerado esto. Y el señor Piriç los habría rociado con algo

La bayeta cautelosa empapa otro charco erizado de cristales, penúltimo vaso abatido por el entusiasmo sin fin de ese castizo

ejército de ocupación.

(¿Acaso hablo de la cantina de oficiales del Almirantazgo? ¿De la sala de armas donde concelebraban su fatuidad cien disciplinados borrachuzos? ¿Del silencioso club almidonado con británica pachorra, de un cónclave de hipócritas calefactados tras sus diarios por espirituosos coloniales?) Nononó, nada de eso. Estas bombillas de velita, estos espejos varicosos, estos grabados pintorescos moteados de caca de mosca han testificado enfrentamientos pavorosos y desvergonzados lubricios, efusiones de sangre, saliva y leche pantera, el juramento de amor que ata dos vidas y la injuria que enemista de por vida, homicidios, suicidios, un uxoricidio, la luz de la razón, la trivialidad ramplona, la pública infamia, el ictus cerebral. Aquí se mata, aquí se folla, aquí se juega y se bebe. Beber, una barbaridad. Con todas las consecuencias, esto es, con el mayor respeto. Jamás ha habido Día Después, incluso para quienes se habían prometido pisotear las asaduras del enemigo en las crestas de una disputa. Noche tras noche, desde el alivio del sol hasta su madrugador castigo, empezaba todo de nuevo, se renovaba el memorial de agravios o se moqueaba al tendido una fidelidad eterna. Si a veces semejaba un establo de garañones, repito que prefiero una coz en la sien que este

mmmuuuuhéééééé
yoatí te mmaaatooouuuoooouuuuayayay

que me escarba las sienes.

Lautoridad me concede permiso para volver a traspasar libremente las lindes de Capitolia. Y qué.

Se acabó La Palmera. Ayer se hizo un silencio abominable según entré. Cincuenta rostros, ninguno familiar, me observaban. Nadie cantaba, nadie daba palmitas. Flotaba un espíritu de contención. Se contenían para no echarme. Les ahorré el esfuerzo poniéndome en la calle por mis medios. Un matraco con la chaquetilla sucia deschapaba botellines psch psch psch.

Moradillo era mi testigo más próximo. Moradillo me obligaba a representarme. Vista así, su muerte despeja el mayor obstáculo de entre los que sembraban el Sendero de la Feliz Indiferencia.

Pero todo se conjura para impedirme ser un feliz indiferente, aunque beber ayude. Hace diez minutos he abandonado Licenciado Premura en su límite con la apestosa dejadez de La Remetida y atajo (¿hacia dónde? Podría festejarme en Casa Barrett, pero eso me obligaría a una semana de austeridad: y no sé si la temperatura de mi masoquismo se dispara hoy al punto de acodarme en la mesa coja de El Tablón, esa tascucha de la Cara Fea en la que escancian jarras de rancio espeso como galipote) por los callejones más sombríos. He acabado por asumir, a costa de bordear la cagarrina pánica en un par de ocasiones, que no es en ellos en donde corre peligro la vida o la cartera porque el pacífico burgués que teme por una o por ambas no penetra jamás en los callejones (más) sombríos. Los cazadores no se apostan donde no hay presa, me recito, pero a mi espalda el runrún de un motor permanece siempre a la misma distancia: me sigue un coche con los faros apagados, compruebo tras breve vistazo (¿un solo ocupante? ¡Suficiente!) antes de echar a correr sin ruborcillos. Oigo subir las revoluciones a golpe de suela y no he cubierto veinte trancos cuando un taxi (¿un taxi? ¿Nuevo estilo de captar clientes?) se cruza en la calzada después de haber tratado de lisiarme. Bendigo el portal que me ha tragado. Este dolor debe de ser una clavícula astillada. Patinazo, portazo, ya sólo queda el porrazo: a qué incorporarme si no tiene sentido enfrentar una estatura menguada de nacimiento a esa mole que ha oscurecido un vano de suyo tenebroso (¿se romperá los cuernos contra el dintel, encajará los hombros entre las jambas?) se detiene un segundo, da dos pasos vacilantes tanteando la pared, topa con algo, ahoga una exclamación y —¡que Jehomey pese la levedad de mi existencia en su romana!— pulsa un interruptor. Pendulean los veinticinco watios exhaustos de la bombilla recientemente empitonada por un quincón parpadeante. Parpadeo ampliado por unas gafas de culochato enfocadas ahora trabajosamente en esa piltrafa que se frota una clavícula. El suelo es de baldosín hidráulico.

Cómo la diosa Facecia acudió a mis labios para depositar en ellos la salvación de mi vida es misterio que no resolveré en vida. Porque

en lugar de turbar una noche sorda a cualquier lamento con la súplica que habría supuesto mi final ineluctable

Pooor favooooooor... Noo me maateeeee

detuve el brazo que ya daba postrer volteo a una archifálica garrota con clavojriszto atravesado en el glande catapultando (¡del suelo al cielo!)

¡¡Pero Vico!! ¡¡qué alegría!! *¡Menudo susto me ha dado!*

directamente hacia un pecho que sólo hospeda los pecados más horrendos: una porquería de pecho. Algo se revolvió en el bofe de ese asesino, qué duda cabe: porque aquí estoy. Nombrar a quien va a darte mulé —así sea sin nombrarlo, un simple tuquoque basta— precipita tu fin o lo pospone: mi hora no era llegada y lágrimas no fingidas, ardientes lágrimas de puro alivio se fundieron con los rotundos lamparones de grasa, sudor y pesto que camuflaban el polo calabaza del criminal. El resto de la noche se desperdició en una prolongada borrachera con peaje de hetaira, todo a mi cuenta. *Me espera una semana de austeridad*. Pero apoquiné con gusto, festejaba mi vida.

Entretanto, pienso, Moradillo va acopiando esa especie aborrecible de razón que es la razón postmortem. No solo mi aura disuelve al prójimo, sino que me preserva intacto. *Un cenizo letal*.

Los golpes se desgajan muy muy poco a poco del sopor, salen a la superficie de un puré espeso, sueño abandonado a sí mismo. Los golpes reclaman su lugar legítimo en la realidad. La puerta es la realidad. Me levanto pisándome la tensión arterial. La tensión arterial se me enreda en los pies, en la caída arrastro el cortinón de *motivo cantonal,* el trompazo descompone el estupor en polvo de vidrio, la clavícula implora una sobredosis de linimento. Dolorrl de nuevo. Gateo hasta la puta puerta, los golpes se suceden en monótonas tríadas pompompom pompompom pompompom, me aferro al

pompompomo, me incorporo, abro. Usmail sonríe. Tras él se desvanece sin una palabra la sombra enlutada, sombra más que sombra de Demetria

Ave

fino humor a estas horas de la tarde porque el cortinón me cubre las vedijas como una toga senatorial

Adelante, Usmail. ¡Demetria, suba unas cervezas!

No, amigo mío. Sólo he venido a entregarle esto

un paquete voluminoso de factura impecable

Lo recordaré siempre. Adiós

¡Aguarde, Usmail! ¿Siquiera un momento...?

Tengo el equipaje embarcado ya en el Espiridión Pichincha. Suelta amarras dentro de media hora..., vuelvo a mi país

¡Ah! ¿Como abogado o..., administrador de fincas..., o profesor universitario..., quizá candidato a la presidencia?

En absoluto. A mí lo que me gusta es torcer cigarros

y ya se esfuma salvando los escalones con gracia adolescente mientras se ajusta el ángulo del ala ¡del panamá de Moradillo!

Rasgo el papel. Una botella de D'Ardancourt Grande Reserve du Domaine, cincuenta años de barrica y explotación agraria me contemplan junto a la llamada Doble Caja que descansaba en el velador, siempre a mano de Moradillo, al lado del reloj-guillotina: una caja de música en esqueleto, atornillada sobre un humidificador de puros que actúa de caja de resonancia. En el interior se alinean dos docenas de Hediondos del 2 con el grado óptimo de frescura: jamás me gustaron demasiado pero doy lumbre a uno. El gordales conservaba el suyo entre los dientes aun después del batacazo: también por esa extravagancia su expresión de dolor y sorpresa es inolvidable. Desvirgo la botella, aquí están las cervezas

Graciaass Deme adióóss Deme

y aquí una nota ensobrada entre plástico de burbujas

Querido Nicolás,

usted lee estas líneas, luego yo estoy muerto. Me lo figuro en su mísero despachito, tratando de engañar a la chicharrina que se filtra en franjas por las lamas de su persiana, ingiriendo semidesnudo alcohol de cualquier gradación: hasta ese plan anodino me parece envidiable en mi actual ausencia de circunstancias.

Yo habría deseado ser menos abrupto. Hace unos minutos ha salido usted de mi casa turbado por el comprensible trastorno de saberse poseedor de un destino que no quiere, sea cual sea. Pero —quiera o no quiera— estoy convencido de que no tendrá más remedio que someterse a él —y sé que en algún momento su mente lúcida habrá de admitir que, así como el adolescente marcado con el hierro del Aqutasuma volverá a morir a Litofagasta, usted volvió *a Capitolia para cumplirlo. Digo «volvió» porque tengo la certeza, ignorándolo todo de su pasado, de que usted tiene aquí sus orígenes. Pero no insistiré, no deseo excitar la irritación que esta noche le torcía el gesto. Muy al contrario. Si usted es quien yo pretendo que es, el Peligroso, su destino lo hallará siempre. Puede huir: otros cederían a ese impulso vano. También puede ir a su encuentro y calibrar* la ilusión de una elusión*, único espejismo que ofrece la idea misma de destino. O puede, coherentemente con su actitud habitual, seguir haciendo murciélagos. Esperar.*

Mi lacrimal izquierdo llora pena y el derecho risa: bien sabía el viejo truhán que la muy capitolina sustitución de *tocarse los huevos* por *hacer murciélagos* —pinzar el escroto entre índices y pulgares y estirar hasta que se trasluce el carmesí de la pelleja— me afloja los íííííjaaa

No sé qué vacío, qué poso, qué recuerdo habré dejado en usted. Es posible que jamás haya terminado de comprender por qué, digamos, lo tutelé, como el viejo Togarpo a su novicio. Mi impetuoso interés tenía que chocar por fuerza con su natural reserva: empero, tengo la impresión de que nuestra amistad no halló mal acomodo —no obstante su en ocasiones incómoda condición de protegido. Nada más puedo decirle, salvo que usted

ha sabido impregnar los, tal como es notorio, últimos días de mi vida de unos muy dulces sentimientos que espero haya sentido —así sea de un modo quizá excesivo, tornadizo y hasta perverso— correspondidos.

El humo se me mete en el ojo y aprovecho para llorar otro poco, abro la tercera cerveza, relleno el vaso de ron. Luna nueva, noche estrellada que la miserable iluminación pública respeta. Si fuese un romántico, declamaría: la brasa del celestial puro que se fuma Moradillo allá en lo alto, correspondiendo a mi homenaje, es ese gran punto anaranjado que fulge a intervalos, afollado por sus pulmones espectrales. Pero no lo soy, luego es Antares.

La desazón que me tiene consumido, sumada a las anteriores desazones, proviene justamente de que la ignorancia de mi origen no me permite —de nuevo— contradecir la ocurrencia que suelta al desgaire. La mujer a quien llamé *madre* hasta su muerte era la hermana de mi madre. Tres explicaciones tópicas se solaparon a lo largo de mi infancia y juventud conforme la pobre mujer iba perdiendo prematuramente la cabeza: no me obstiné en dilucidar (aun habiéndome demorado años en vivir en paz con mi orfandad) si la enfermedad descorría los cerrojos de una veterana y disciplinada autocensura —y ante mí la Verdad se abría al fin de muslos— o si, más bien, la atmósfera de insania que se apoderaba sutilmente de los días, prendiéndose en los encajes infinitos y ajando la funda de plástico de la mesa camilla había contagiado de su malignidad una fantasía de súbito sin freno. Un trágico descarrilamiento había sosegado mis inquietudes hasta los doce años: entonces, sin motivo aparente, me fue revelado que mi madre murió en el parto y que mi padre, enloquecido de dolor, se bebió media bodega del barco con el que quiso poner mar de por medio. El resultado fue fatal —y yo, pienso ahora, *ya habría nacido matando.* Con las bengalas de un total enajenamiento chispeando en sus pupilas, mi tía escupió la última versión de mi adolescencia: mi malvado padre, a quien con excesiva frecuencia se refería como *ese hombre débil,* habría abandonado a mi madre embarazada —que se gaseó en el horno una semana después de parirme.

¡Odioso Moradillo! Con esa alusión ha conseguido convertir los primeros quince años de mi vida en un folletín. ¿Mi *vida, un folletín?* —¡con lo *natural* que la había hecho la costumbre! Empiezo a destripar los puros uno por uno, a buscar un doble fondo en la caja —que pasa por destrozarla: el pretexto es encontrar un mensaje, una *pista sobre mi destino,* pero lo cierto es que lo hago con gusto. Es lo bueno del alcohol con piedra del santo, te pones sin una vacilación a concretar ocurrencias. Deoth, la única persona a quien me he confiado, afirmó con la aplastante suficiencia que lo engallaba que mi tía era mi auténtica madre, representando esa tradicional impostura que también hacía de los bastardos hermanitos descolgados. Así están las cosas: además de gafe *soy un bastardo de folletín.* Los cigarros eviscerados han confesado no ser pastelillos chinos. De la caja desguazada sobrevive intacta la tapa con el cilindro de púas, el peine y la manivela. Como un titÍ organillero, me duermo dando vida a la extraña melodía que contiene soltando pucheritos de baba ámbar de D'Ardancourt.

Naturalmente, al día siguiente me cuesta comprenderme. De algún modo me arrastré a la cama.

Soy un desastre. Demetria tampoco entiende nada (mayormente) mientras recoge el tabaco diseminado, los cascos vacíos, los restos irreparables de la hermosa Doble Caja. Se ha embutido en una blusa de lycra color berenjena, alivio de luto

sii eel moonte de pieedra se vistee de flooooores
por quéééé noo mis noches se visteen de amooores
aaaamoor amoooor aaaamooooooor

que me da el pistoletazo de salida, pum.

PUM

Vaya. Todo vuelve a empezar de nuevo.

Vico es un asiduo de La Gehena, el corazón negro de La Remetida. Peina una y otra vez con el taxi esa cuadrícula de no más de diez calles, lentolento —bofia de tebeo, creerá que la lucecita de libre es una sirena. Acabamos por apearnos en cualquiera de los dos garitos que lo toleran: el Iguazú, tugurio rebosante de un fulanaje particularmente siniestro —la sobreabundancia de tubos fluorescentes demacra con matiz forense los rostros de esos machotes— o una tristísima navecita sin nombre arrimada a un vertedero. En su así llamado salón dormitan tres coimas bastante pochas. En Casa Barrett supe por un parroquiano que Vico es conocido como Santiago Mataputas. No dijo más. Lo cierto es que no le permiten entrar en los locales *decentes* y su compañía me convierte en un apestado.

Por qué voy con él, entonces —pues por miedo, joder: por miedo. Ronda mi calle a cualquier hora del día o de la noche, me recoge por sorpresa, me localiza con increíble facilidad. No hay modo de prevenirme, me asalta en el momento y lugar menos pensados. También en los más pensados. Estoy sometido a vigilancia, como en los peores tiempos del ennanno Susanna. Tal paranoia (certificable) no conviene en absoluto a mi paz de espíritu.

El buzón rebosa propaganda, toca limpieza quincenal. Entre la oferta basura se escurre un sobre con el membrete de La Claridad. Mati la Vetusta, la insustituible secretaria de dirección, me escribe con pulcrísima mecanografía poniéndome al tanto de las medidas por venir. O sea, en franco ejercicio. Desaparecen ocho firmas, incluida la del corresponsal en Capitolia. No me sorprende, es absurdo que paguen a un tipo como yo por hacer lo que hago: bravo, bravo por la empresa. La veterana, envaradísima secretaria, tan de la vieja escuela, desliza, a pesar de la morrena protocolaria que arrastra medio siglo de profesión, algo que podría calificarse de afecto epidérmico, de cordial condolencia escurriéndose entre los dedos del estimado sr. y el suya affma. Se lo agradezco de veras.

Uno no acaba de saber con qué gente trata.

Sólo tengo que esperar la carta del periódico reclamando mi firma

en un finiquito. Porque es evidente que la familia Hansen no volverá a acogerme en su seno. Hablo con mi banco —¡*mi* banco! En veintitrés años he logrado juntar una a una doscientas ochenta y siete mil pelfas. Estoy orgulloso. Pues a celebrarlo, ea.

Paseos con rumbo. Atento al forjado de las balconadas, a las tapas de las alcantarillas.

No he vuelto a topar con un solo conocido de La Palmera. La Palmera se llama ahora Alameda. Han reciclado parte de las letras del rótulo.

Firmo. El cheque no está mal. Hala, a *mi* banco. Habrá quien haya demandado a la empresa. Seguramente es gente que se sobrestima.

No sé por qué escribo estas tonterías. Para tranquilizarme, supongo. Tengo un mes antes de desalojar la oficinucha. Me piden que rescinda el contrato con el propietario de *mi* vivienda, ya se encargarán ellos de la corresponsalía. Si supieran.

No duermo, joder. No duermo. Bueno, sí. Pero poco.

Vico me ha vuelto a cazar. Otra noche deplorable. Bronca con exhibición de arma negra en el Iguazú. *No me desenfundes sin cargar / ni me enfundes sin charlar* es el dicho que justifica aquí la tercera vía de los matones sin arrestos. Así que no se hizo fuego, pero todos quedaron bien de boquilla.

Decido recluirme. Lo que aguante.

La perra sin dueño que subalimenta Demetria con sobritas ha parido en un rincón del mugriento patinillo una camada de feísimos cachorros que contrarían, con su hocico empotrado y su rala capa tricolor, la popular sensiblería (¡oh, son moñísimos!) que atribuye hermosura a cualquier algodonoso neonato por el mero hecho de ser algodonoso y neonato. Un escándalo de ladridos y aullidos y gemidos,

estos casi humanos, me encarama a la taza para alcanzar el ventanuco del aseo. Ocho o diez chuchos —corren a centenares por Capitolia, medio asilvestrados, abandonados por sus dueños hace generaciones de chuchos— cercan a la madre, que no logra mantenerlos a raya un instante: ya el espinazo del primer retoño cruje entre las fauces de un tullido vagamente foxterrier que se naja a tres patas sacudiendo con ímpetu el peluche roto. Otras cabezas (humanas) asoman por sus troneras, oigo a dos vecinos cruzar apuestas sobre el orden de las víctimas. A qué seguir: en un momento finaliza la que en verdad ha sido brevísima y espantosa chacinería. La perra se desangra en decúbito lateral, el costado abierto muestra sus blancas cuadernas entre jirones de piel convulsa. Por el suelo del patio avanza con parsimonia un charco oscuro que oculta las huellas de los canes canicidas. Una maldición rompe el súbito silencio, de ventana a ventana una mano desliza en otra unos billetes.

Esto..., esto es abominable.

Se acabó. se acabó.

No tolero más este apartamentucho, esta vecindad, este barrio, esta ciudad. No aguanto a Demetria, su presencia y sus potillos me dan náuseas, el camastro me da náuseas, estas dos asquerosas habitaciones me dan náuseas y el centenar de cucarachas que las corretean me da náuseas, Vico me da náuseas, el empapelado me da náuseas y las vistas me dan náuseas y cuando abro las maletas y comienzo a empaquetar mis cosas, que siguen siendo cuatro —cinco, porque la Oliveta me la apalanco, vaya— la náusea es tan desmesurada que anega cualquier consideración acerca del tiempo que he pasado aquí, demasiado, de los flecos de mis supuestas últimas responsabilidades, del pedazo de mi vida que quedará garrapateado en un papel que se deslizó bajo el armario, en las quemaduras de cigarrillo en la tarima, en los cercos de las botellas que he vaciado. se acabó.

Tanta náusea agota. Me echo una siesta. La última sobre estas cobijas.

La siesta se ha prolongado unas catorce horas. Andaba muy necesitado. Veo las cosas con más claridad. La decisión sigue siendo irrevocable.

Abandono los bultos en un rincón del portal, golpeo con los nudillos la puerta habitualmente abierta de Demetria y entro en sus dependencias, tan poco pulcras como su propietaria

Demetriaaaaa Demeee Demetriaaa

atufado por la familiar condensación de vapor esencial de millones de toneladas de legumbres hervidas en borbollante holocausto y sus gaseosas consecuencias en el intestino de un mamífero superior —pero atención, olfateo una nota distintiva, un rastro entre pútrido y dulzón extraño a estas paredes. Aunque sea reconocible sin error: *huele a crónica de sucesos*.

Los pies, el derecho descalzo, oscilan a un metro del suelo sobre la mesa camilla volcada. En las losas hay extendidas unas hojas de periódico amarilleadas de orina seca. He atisbado al entrar en la salita el ángulo imposible de la cabeza vencida, la piel teñida del mismo color de la blusa de alivio. No me atrevo a encararla. El contenido de los cajones está desparramado. El desorden es aun mayor en el dormitorio, con el colchón rajado y volteado en una torsión orgánica que sólo puedo calificar de vil. Retrocedo con un respingo al pisar una guedeja de lana o borra —de golpe he recordado que uno de los pasantes de La Palmera, un reportero del In Fraganti a quien no volví a ver, me relató cómo al acudir al escenario de un atentado del Caca, una bomba en un supermercado que lo pilló a tres calles, había sentido, avanzando medio a tientas entre el humeante escombro, ceder algo blando bajo el pie. Era otro pie, femenino, con las uñas pintadas de guinda, un hipocampo tatuado en el empeine y una cadenita de oro alrededor del tobillo. Un lindísimo pie sin cuerpo.

Qué ha pasado aquí. Qué hacer. Examen (a la baja) de las alternativas al impulso de huida. Debo de estar pensando con una región del cerebro que propone y rebate al mismo tiempo. ¡Repentino déficit de testiculina! ¿Y si hubiera alguien escondido? ¿Salgo

corriendo? ¿Y si me cierra el paso? Me cuelo de dos saltos en la cocina (¡¡pero podría estar *ahíííí*!!) para coger un cuchillo (¿¡qué vas a hacer tú con un cucuchillollo, tío tolili!?) Un papel. Un papel pillado con la tapadera cuelga de la cazuela. Sí: sin duda es la esforzada caligrafía de Demetria (he olvidado arriba una guirnalda de notas manuscritas que acopié pacientemente) tratando de explicar el espectáculo

hecho a faltar mi arcadio

y más abajo

tan bien la perra probe

y más abajo

peldon

me vuelvo, los contornos vibran —salvo el bulto nítido badajeando en la campana de la salita, silueta de luz congelada en mi retina. Fuera, fuera. A pesar de que una injustificable sangre fría me lleva a limpiar el picaporte de la puerta principal con el faldón de la guayabera, tengo que apretar fuerte las nalgas para no dejar un rastro que seguiría un bebé sioux constipado, ahí están mis maletas, vuelvo a subir, pero qué hago, no no no nononó, abajoabajo, me largo de aquí, me largo me largo me largo de aquíííí, me las piro seores, abur (pero, ¿qué porción de mi cerebro, de nuevo, anega en insensatez el resto derribando a mazazos las compuertas del más elemental autocontrol —vale decir, sofocando el último aliento de conciencia?) Soy yo, soy yo batiendo el récord de cien metros/acera a despecho del peso que arrastro y de una relación de masas visiblemente descompensada, soy yo jugando a pilla al sospechoso, qué estúpido haber tirado hacia el monte en lugar de hacia el valle, media vuelta bobo, soy yo corriendo como un culi anfetamínico para mejor cebar el ciego de esos tres zánganos que se están liando una trompeta, soy el archivigilado, el acosado, el fugado que sólo aguarda una zarpa en el hombro y la frase *adónde crees que vas,* el culpable de que ese coche frene con colosal

barrito a mi izquierda y ya está, me paro en seco, cierro los ojos, suelto las maletas, *una zarpa se posa en mi hombro*

¡Al coche, pringao!

¡Retorno al hogar! ¡Un hogar que hiede a las chicharras frías de las brevas que se fuma este retrasado! Hasta ha puesto aire acondicionado para cortarme el sofocón

¿Dónde lo dejo..., pringao?

las risotadas compiten en volumen con los bocinazos y el cuadrafónico

la voz de la Paca
ataca mi ciudad
me ataca me ataca
la voz de la Paca

¡Menudas carreritas*!*

gritartajeo la mentira destinada a la difunta, el periódico me envía a *cubrir* un reportaje y estaré una semana ausente —el malapersona frena iiiiiiih a punto de colapsarse de risa

¿y qué hay del chopepor que ha dejado atrás?

¿Qué dice? *¿Chopped pork?*

¡Pringao!

Joder, ya entiendo: y vuelve la náusea. Chillo

¡Asesino!

es ridículo, pero me ha salido así

¡Cheeeeee! ¡Paara, cheepa!

arranca quemando goma iiiiiiiiiiiiiiiiih iiiiiiiiiiiiiiiiiiih

¡Cuidadito! ¡Que ya era mojama cuando entré a preguntar por usted! ¡Como últimamente no se le ve el pelo! Lo único que hice fue aprovechar la ocasión ¡que no abundan! ¿Eh? Y ya se sabe lo que puede ahorrar una vieja rácana ¿eh? Pero sólo había dos alianzas de meneses —¡y yo tengo mi código de honor!

me tornisca la carrillera con afecto

¡¡Pringaíllo!!

Desde hace una semana vivo en el piso que le sirve de silo de rapiñas. Las persianas son de aleación. Candadas. Duermo y defeco encajonado entre televisores, abrigos, máquinas de coser, cientos de prendas embolsadas y de zapatos en sus cajas, maletas, bolsos semienterrados en su contenido disperso, material de oficina, bandejas de bisutería, una horterísima colección de bastones y fulares

Son de la Gala Antúnez ésa, que vive en Sans-Repos. Que ya me tenía fritongo que mi parienta estuviese todo el día alelada con las novelas de amor de esa vieja chova y le di un disgusto

plantas muertas, botellones de perfume, giradiscos, esquís

Este género no tiene salida

lámparas, cómodas y bargueños, felpudos usados, una bodega como para poner en marcha tres garitos, infinidad de cuadros y porcelanas que delatan la inepcia artística de un chorizo que parece practicar todas las variedades de depredación. Me dice que coja lo que

quiera pero me cuido muy mucho de aceptar la oferta, ya empiezo a conocerlo. Y tengo un problema.

Abandoné mi domicilio en el peor momento, quién se pone a dar explicaciones. Mi situación actual —siempre según Vico, porque yo no salgo salvo de noche y por el terreno apolicial de La Gehena— es de *busca y captura.* Mi deplorable protector ha dejado bien claro que si osara acudir a Lautoridad le sería fácil hundirme (sin remedio)

Acudir a Lautoridad sería su fin

repite con una sonrisa que parece animarme a hacerlo: pero se refiere a mi aniquilación, no a mi τ′åλος. No sólo carece de escrúpulos para perjurar que me sorprendió tirando de la soga (y vuelvo a recordar que los papelitos pateticodesternillantes de Demetria reposan en el cajón de mi escritorio: nada más sencillo que atribuirme una muy simple habilidad caligráfica que me habría permitido falsificar su nota de despedida) (supuesto de apócrifo sin duda ya considerado en la investigación) sino que se jacta de oscuras y muy sólidas conexiones con elementos relevantes de Lautoridad. Que yo mismo haya sido testigo de sus últimos atropellos o conozca su refugio es riesgo escasito a su juicio: la menor sospecha de debilidad supondría la rotación de mi cuello en un antinatural cálculo de vértebras por radianes. Por lo demás, cuando volvemos de madrugada me encierra so pretexto de salvaguardar su cueva de alibabá (argumento inapelable) y se despide dándome un besete en la frente. En cuanto a la cuestión obvia, esto es, por qué me *ampara,* conjeturo —Vico tiene dificultades para ahondar en sus sentimientos, no digamos ya para expresarlos— a partir de media docena de carraspeos que *nunca había perdonado la vida a alguien:* desde que me conoce está confuso. Soy su mascota, su juguete, su patita de conejo. Si yo me libré de él, mi compañía lo librará de cualquier peligro imaginable.

Así que a partir de la triple vuelta de llave en la puerta blindada —para sacarme, sí, sacarme a cenar y a beber como quien saca a mear al perro— hasta que me deposita cosificado en su almacén, trasto entre trastos, formamos una entidad inseparable, borrachos siameses. Es

horrible. De acuerdo con que mi vida no era, digamos, convencional y que de algún modo podía prestarse a especulaciones de vecindario: el horario desaforado, la reiterada noctivagancia, el mal hábito de saludar en la escalera y complacerme en el embarazoso envaramiento del nativo, la radiomacuto de Demetria. Pero ser un fugitivo de una existencia anterior y del orden burguesito no contempló jamás ni pasaba por convertirme en un fugitivo de la así llamada justicia burguesita, ¡todo lo contrario! Me veo sometido de nuevo a una constante que me es familiar y en la que corresponde también a Deoth el mérito de haberme instruido: cuando las dos formas básicas de dominación escolar, excluida la muy obvia de colaboración franca con el terror, se abrazaban en la muy fértil coyunda de una demostrada superioridad física (similar estatura, similar corpulencia: pero imponía su fibra, su infalible intuición del punto débil y sus *ganas de hacer daño*) y un marcado desdén intelectual, más lacerante por inexplicable (la rapidez en escupir un contrargumento fútil para ganar tiempo a costa de mi momentáneo desconcierto, la agudeza de las invectivas ad hominem, el galleo de meninges, en fin, que no busca atisbar la verdad en una discusión sino deslumbrar a un auditorio —real o imaginario, igual da). Actitud bifronte que se prolongó durante años, asentadas sus reales nalgas, cuando el ejercicio de la violencia corporal, tópico acto de autoafirmación pandillera, se había hundido en el remolino de la última adolescencia. Por más que nunca desapareciese del todo y hasta se permitiera asomar de cuando en cuando al arbitrio de los bandazos de su humor.

En lo que toca a Vico, la esgrima dialéctica no se contempla.

Se avecina alguna especie de rebelión: jamás dejaré que vuelvan esos tiempos de dominio muscular y lágrimas tragadas. Pero cómo y cuándo, comprobado el pánico que me inspira este individuo imprevisible y letal. Esto es un juego de adultos. La victoria ha de ser definitiva, *no puedo permitirme menos*.

También es hombre de familia, dice, a saber el tiempo que invierte en mantenerla unida y sonriente. Su mujer no puede tener más hijos desde que malparió al primero, sospecho una coz neroniana de por

medio

Se jodió la fábrica

y el unigénito parece que sigue los pasos de papi con ejemplar entrega

Tiene una malahosztia que para mí la habría querido a su edad. Pero yo lo obligo a instruirse para que pueda llevar un negocio con papeles el día de mañana. Perista. Vale: pero con Papeles y con Instrucción. Lo tengo ahora en el chiringuito —legal legal, ¡eh!— que ha montado un amigo al lado del Montepío para que vaya cogiendo maneras

Eso está muy bien, pero ¿a cuento de qué la instrucción?

¡A cuento de qué la instrucción! ¡Acuentodequelainstrucción! ¿Qué pasa? ¿Qué sólo van a instruirse los listontos como usted? ¡Acuentodequelainstrucción! Pues joder..., ¡hay que saber de números! ¡Y de leyes! ¡Y-y más cosas...! ¡Ejemplo...! El otro día el niño me cuenta que entra en el negocio una vieja llorica tintineando una pulsera de esas con moneditas y medallitas grabadas y puñetitas de coral diciendo que en el Monte sólo le dan veinticinco mil pelfas. Mi amigo echa un vistazo, los adorna de estafadores de mierda y le ofrece cien mil. El niño turulato, porque mi colega calcula los márgenes a la pelfa. La vieja se va llorando, ¡pero de alegrialegría! ¿Dónde está la gracia? Una de las monedas era un chervonetz de oro blanco que valía, él solito, ¡¡mediokilo...!! ¡Listo el cabronazo! ¿Eh? Lo que pasa es que el niño ha salido inquieto y se despista..., da sus palos..., ni aunque le pase la rueda del chisquero por la jeta para que aprenda..., que nos vas a dar un disgusto antes de ser hombre de provecho, le digo..., que se te va a poner cara de malo y lo tuyo es un negocio de gente pulidita..., que ensayes voz de panoli, que inspires confianza... Aunque la verdad es que

vacía de un trago la cerveza con picón, finta conmovedora para ocultar un repunte de tristeza (¡pero Vico!)

cuando era más cani se me fue la mano y le sacudí un botellazo que le dejó una cicatriz tal que así en el entrecejo..., con lo cual..., la cara de malo ya no hay quien se la quite, cagoen..., y confianza..., vamooos...

Creo haber topado en alguna ocasión con el niño.

(¿Qué coño será un chervonetz?)

¿Vico, amigos? No le conozco ni uno: y todo aquel con quien cruza dos palabras gasta invariable facha de delincuente, confirmada a menudo mediante laconismos del tipo

Ése es el Pacoño, un archiganzúa con el que hago sociedad cuando procede

o

Menúo perro el subinspector Billy loss cohoness

Qué les dirá de mí cuando esos elementos me señalan con la barbilla.

Beber y beber, orinar y vomitar lo bebido, seguir bebiendo con la ofuscación de quien todavía no ha cobrado el pagaré de una úlcera perforada o un cólico hepático y la corajuda perseverancia de quien lo encestaría hecho pelotilla en la papelera de lo que pudo ser, de la ruina por venir. Dormitar, atisbar en el entresueño la mole de Moradillo en posición de firmes entrando en un bizarro túnel de lavado del que sale la mole de Vico en posición de apunten. Arrastrarme hasta el rincón que amontona cien termómetros robados y constatar que todos marcan treinta y nueve, pasar a la sección relojes de pila y contar en los que aún palpitan —me arrebató el mío con el pretexto de que le petaba, sin más— las ocho horas que faltan para mi excarcelación provisional si es que esa noche, por más que sea hábito de baja frecuencia, no se ha traído a una novata para maltratarla en mi sofacama antes de la ronda, lo que me segrega a la alcoba en que se corrompe el vino y se botulizan las conservas. Acudir a su silbotazo, rechazar con cortesía la piltrafa sollozante que me ofrece para remate. Salir, volver, dormir, despertarme con una arcada, tambalearme hasta la taza, mear, beber hasta la siguiente soporrina, el siguiente silbido, el siguiente paseo vigilado de loco en régimen semiabierto.

He pasado la tarde mezclando con cierta imprudencia absenta sin diluir y chupitos de mezcal con el fin de infundirme la bravura de un lancipote, el falso coraje que me anime a establecer la comparativa entre la dureza de este elefante de ébano tallado por anónimo artesano dolicocéfalo y la del cráneo anómalo del tarado braquicéfalo que me mantiene cautivo. Pero cuando truena la imponente cerrajería y se descorren los innumerables puntos de anclaje que me defienden de la sociedad me acomete tal flojera acojonategui —el elefante ya aferrado por la probóscide enhiesta, los colmillos hincados en la tabaquera natural de la mano— que el ansiado arrojo se concreta en caerme de culo y examinar al animalito con bizquera previa al regateo. No sirvo para esto. Y sin embargo esta tarde había alquitarado una rabia y una desesperación desconocidas —desconocidas al punto de que no he previsto su instantánea evaporación. Helo ahí, los ojinos de embrión brillando al fondo de esos catalejos invertidos, vírgulas sobrevolando un ronroneo despectivo

No querrá que se lo regale..., ya me está despellejando la bodega por la cara

ojinos que de pronto me escrutan con inusual curiosidad

Huyuyuyyy

porque algo han debido de percibir en mi extravagante elección, en ese pulido y repulido de la madera propios de un enajenaíllo

Cooñoooo

algo ha debido de olfatear, mi pánico, mi adrenalina, la *rabia* y la *desesperación* que me abandonaron para mejor ambientar el living

Mal negocio

la fractura crast de algo

Suelte ya eso. Nos vamos

el fin de algo.

Así que la noche se desliza a contrapelo y en lugar de ponerme al corriente de su laboriosa jornada, cual cumple a la cotidianidad de nuestro horrendo matrimonio, se escamonda la piorrea con los tres palillos —sin siquiera esputar media injuria con lascas de panceta a esa señora que osa indicar su maniobra con el intermitente correcto. Esto es, parece *pensar en silencio* con la cazurra tenacidad de quien ha descubierto una facultad nueva, tal que el niño que logra modular su primer silbidito y repite y repite y repite hasta que su exasperado tutor le infla los morros de silbar (la única vez que he acopiado mi Energía Tenebrosa en un puñetazo descontrolado me trituré dos falanges en una espaldera: la sonrisa que había querido fragmentar, la obvia, lucía más binaca que nunca. Bien es cierto que fue Deoth —sin perderla un solo instante— quien me acompañó a la enfermería y el único que me visitó en el hospital. No he dejado de agradecérselo desde entonces). No estoy por hacerme el simpatiké interrumpiendo el flujo de densísimo logos en que se ensimisma este parménides de carnaval: también acabo de descubrir por mi cuenta una nueva forma de displicencia y hasta de epojé que de súbito me desase de lo que pueda sucederme. Si no es la Senda del Zen será el Caminito de Belén, el mapa me la suda. Pero es in du da ble que desea que su mutismo sea aterrador —y yo por mi parte, me jacto de ser el responsable de su aterrador mutismo: he cerrado la bocaza a este bellaco, no es poco mérito. Con absoluta seguridad, tanta ingratitud lo pone malo. Me recoge in extremis, me oculta, me da un techo, me abreva, me alimenta y me descubre acariciando con rictus vicocida lo que un veterano del salpicón de sesos no puede sino identificar como herramienta ideal para machucárselos. Fuma sin mirarme mientras ceno, se ha hecho el inapetente. Un matrimonio, ya digo.

Coronamos a crampón mellado este cerro de cojonadas con la insólita resolución de dejar el coche y *dar un paseo.* Así lo ha dicho

¿Damos un paseo?

acepto, claro. Es el último. Si es cierta la hipótesis según la cual un número crecido de víctimas abre dócilmente la puerta de La Otra Parte del brazo de su psicofante, en trance de carnaza vocacional, me hallo en esa estadística, fuera cual fuere. *Camino junto a mi muerte*. Lo sabe, lo sé: compartimos una conciencia idéntica, la misma tortuosa satisfacción. Cuando le pido fuego remedo un tópico previo al matarile —ninguno de los dos ignora que aspiro la primera bocanada de mi último cigarrillo.

Ahí van los dos amiguetes, el fumar pausado. Huir a la carrera es una posibilidad que obvio, no porque tenga la seguridad de que me alcanzaría en un par de zancadas —no: esprintar (y luego ya veremos) es, de hecho, una oportunidad *real*— sino porque de Vico emana más caprinamente que nunca el sombrío dominio que siempre me ha paralizado y que ahora mismo reduce al absurdo cualquier impulso que nos desvíe del guión (que luego, ya puesto en faena, *me resista*, es secundario) (¿será rápido? No, no será rápido). Disto de estar sereno, me limito a registrar una excitación sorda, mullida en alcohol: bordeamos el impulso de doblarnos en una risa nerviosa, incontenible (pero aun así no va a practicar por segunda vez conmigo el obitus interruptus). Al torcer la esquina titila al fondo la luminosa longaniza de la Avenida Tocha.

El codazo, propinado entre cuello y oreja, me sienta contra el muro, brevísima viñeta del buey abatido por un hachazo en la cerviz. Lanzo una patada al aire, creo, hacia el bulto empañado del matancero —inmóvil, parece *pensar* de nuevo. Distingo el brillo lejano de una brasa que se aviva a intervalos, traza una pequeña parábola y estalla sin ruido contra mi pecho con la viscosa majestuosidad de un escupitajo de lava. El silencio de pronto. Una lentitud sólo padecida en sueños descompone el movimiento en fotogramas. Me-ha-hecho-mucho-daño. Alguien no exactamente yo trata de incorporarse, pero no sabe cómo. La noche es de leche. El bulto se aproxima y me aplasta el esternón una presión intolerable que pone el dolor principal en segundo plano, es de agradecer. Dos manos abarcan rudamente mi cabeza, diría que me acarician con ternura de labriego y me llega desde Lo Alto una voz

He sido tan bueno con usted

y luego

Tan buen, tan bueno

y luego (me estoy empalmando)

Usted hacía que quisiera ser buenismo

ésos son sus pulgares deslizándose por mis sienes, peinando las cejas, deteniéndose en los párpados, abismándose en las cuencas, grito, se arrepiente y afloja, pues no, grito, me abofetea, huy pero si ya estoy mucho mejor, hunde aún más la rodilla en el plexo, se acabó el aire, una mano estrecha el entero contorno de mi doble papada mientras la otra me pellizca el pómulo con caluroso afecto. Una vistosísima serpiente de neón nace, se despereza, danza lentamente al principio y luego en ochos más y más veloces, danza y se enrosca en mi dolor hasta que no hay dolor, no más dolorrl, no más Garraizzl, danza y se enrosca bajo el cielo estrellado como una constelación animada, tan ligera, tan armoniosa y grácil, vuelo con ella, vuela que te vuela y looping que te looping ya estamos sobrevolando a Vico, ahí el divieso supurándole en la nuca, ahí la cara de Garraiz, ¡Jriszto, qué mala cara!

Hombre, Vico. Por fin

sin el detalle de avisar me devuelven el aire, la sangre, la gravedad, el dolor, el aire como dolor, la sangre como dolor y pálpito, cierta forma elemental de consciencia que se duele en la recuperación del peso y la redistribución del cuerpo en cabeza tronco extremidades en pleno chequeo y recuperación parcial, vibran en un golpe de voz incrédulo y ajeno todos los idus de marzo y los peroché que en el mundo han sido

¡Fulián!

toso unos engrudos por aquí y por allí, mínima penitencia de la cena complaciente y el estrechón de la calva, atino con el utilísimo faldón de la guayabera para empapar un fluido de género diverso en el que no faltan la mocarra y bastante pis y resulta que la primera porción de conciencia que, advierto, se recupera (empíricamente) para aviso de neurópatas es la *conciencia de culpabilidad*, eso de sentirse un puerco en público como en la pesadilla de salir desnudo de la tarta de cumpleaños del abuelo *sin poderlo evitar* mientras la familia al completo corea tsch tsch tsch

Perdón

quiero decir pero ni siquiera puedo susurrarlo y en la transición de cuadrúpedo a bípedo, empeñado en esa ganancia de horizonte de enorme trascendencia filogenética, se concretan unas cinco figuras de armazón diversa entre las que reconozco el penacho albino de

¡Benito!

quiero decir pero ni siquiera puedo susurrarlo. Una silueta esmerilada se aproxima, diría que esa excrecencia de leucocito es un puño alzado

No lo toques. Es amigo mío

pues no suelta la amenaza ameboide bajando la guardia

¡Amigomío!

ya caigo, participo en una de esas pésimas tragediolas en las que los personajes se arrojan los nombres de buenas a primeras para que el espectador se percate del quién es quién, vuelan los certificados de nacimiento de un actor a otro

Ayúdalo

hombro fraternal en que reposo, bíceps férreo que mi cintura enlazas. Gorjea gozosa una voz infantil

¡Ah, Vico! ¡Vico, Vico! ¡Vicovicovico!

el así gorjeado está ¡de rodillas! —¡ahinojado ante un niño al que, aun ahinojado, sacaba media cabeza hace un segundo! Porque a la orden de

¡Humilla, Vico! ¡Humilla!

su masa se vence bajo el despiadado ataque de ¡un brazo infantil! Veo veo ¿Qué ves? ¡Un brazo metido hasta el codo en una boca!

Te dije que te sacaría los bandullos por lo que le hiciste a mamá

Vámonos

dice Benito echando a andar, mi muleta se pone en movimiento con presteza. Los pliegues faciales de Vico me impetran una intercesión. Salvación, consuelo: ¡qué querrá a estas alturas de nuestro trato! Un espasmo estremecedor catapulta sus gafas, que piso sin querer. El crujido de la montura se une al de la mandíbula descangallada. Conforme nos alejamos, la naturaleza de los ruidos que expele ese cuerpo se vuelve más y más indescriptible.

En algún momento del trayecto debí de perder el conocimiento. Mi lucidez llega hasta la Calle Angosta. Bajo la chapa municipal alguien había estarcido una guillotina de persiana.

Despertarme hecho una porquería es mi sino: desde que vivo en esta ciudad, de una frecuencia irritante. Abro los ojos, el sino se nebuliza en presencia que aspira a devenir subsino

¡Dostó!

(la tragediola continúa, pues)

¡Shhh! ¡Aquí soy el Seor Ciruelo!

(¡cáspitawn!)

y luego

Me preocupa usted, amigo mío. Le dije que se hiciera examinar los parículos

No deja de ser paradójica tanta preocupación porque su facha inspira lástima: el antaño resplandeciente rostro de monje despensero parece un parabrisas apedreado. Quizá es él quien debería guardar cama

¿Quiere que le haga un sitito?

¡Qué humor excelente! ¡Qué..., qué capacidad! Moradillo se empeña en llevar razón, así esté paseando su cachaza estelar allende las cuatro dimensiones: ¡es usted indestructible!

hace una reverencia de homenaje, carrasclás, se incorpora desencajado

Cierto, cierto, mi salud no es la de antes. El Sacrificio así lo exige y lo asumo con gusto, para ello hemos estado prep..., hola, Benito. Nuestro huésped puede levantarse cuando quiera. Discúlpenme, voy a vomitar. La venia me ha sentado fatal

Me cuesta tragar. Un tazón de caldo y tres huevos fritos con pimientos y sin pan, que rasca, dan los últimos puntos de soldadura a la escisión, no por fugaz menos desasosegante, entre mi mondongo terreno y su correlato astral: yo avisté La Otra Parte. Dieciséis horas inconsciente, dieciséis horas plagadas de sueños fecales. Me cagaba

encima y encendido de vergüenza acudía a mostrar a una madre sin rostro el triste trofeo que abombaba mis calzoncillos. Sobre el blanco algodón se derretía a cámara lenta un panal de celdillas octogonales.

Benito comenta que le apena la definitiva partida de Fulián, el niño verdugo

No es tan niño, en realidad..., su apariencia es producto de la misma tara que le proporciona su fuerza prodigiosa. Juró venganza: ha cumplido. Vuelve a la capital, es asesino a sueldo de una empresa de cementos

Me alegra que cumpliese *en el mismo momento en que Vico se disponía a despacharme, pero me horroriza la forma en que lo ha..., lo ha...*

Ejecutado. O destripado. O desfondado, no sé. Sí

Dijo algo de su mamá

¿Para qué quiere saber nada? Usted está con nosotros una vez más, *suficiente. Es una historia familiar, tan trivial y despiadada como cualquier historia familiar: la familia es nuestro primer infierno. ¿Fue usted un niño feliz o también lo porculizó su padre?*

al menos así lo habría conocido. Nuestras palabras se ahuecan en una vasta estancia entarimada con tablazón de barco, sembrada de recias mesas de pino lavado con cuatro sillas apiladas en el sobre de cada una. Una docena de robustas columnas de roble se escuadran con la viguería vista, fugando la perspectiva hasta una barra de estaño con grifos de cerveza historiados: a su derecha, la escalera de doble tramo que desciende desde la entrada ampara entre sus brazos un pequeño escenario. El polvo se suspende en la luz de alabastro que vierten unas ventanas emplomadas de losanges —hermoso garito, por si el tópico ha asfixiado el anhelo cursilongo.

El capitolino, vuelvo a constatar, es individuo hospitalario no obstante su tendencia a hacer del prójimo harina para piensos. Basta con caerle en gracia. Mis nuevos anfitriones son Benito y Andru el Manoplas, amigos carnales y copropietarios de El Mal, tal es el nombre de mi refugio, mi hotel gratis, mi casita, una vieja taberna bautizada El Malecón en los tiempos en que las barcazas de estibación llegaban hasta la misma puerta remontando la corriente del río

Mellado —el verdadero río de Capitolia, de aguas enjutas que engordaron los dos canales del Grisalla— desde el Puerto Viejo hasta algo más allá de donde emprende desigual cópula con el Canal Norte. Puntualización que no justifica el nombre, porque el malecón que aún suaviza el encontronazo de mar y río queda dos kilómetros al oeste. Son visibles los anclajes de las cuatro letras que faltan, que Andru no tiene la menor intención de reponer —subraya con un vuelo de las legendarias manoplas. Que los culpables fuesen el conspicuo Grumete Beodo o los niñatos de Jóvenes Apostólicos Anticólicos Alcohólicos, muy activos durante el fugaz y de antemano fracasado conato de instaurar una ley seca en la posguerra cantonalista, forma parte del folklore en discusión de un local a quien nadie se refiere de otro modo, extinguida la generación que se mamaba bajo la denominación original. Los clientes, entonces, eran casi con exclusividad marinos con borrachera de tierra, agudizada por la grifa y el alcohol que se embuchaban a golpe de remo río arriba sin perdonar una estación. Amarraban los botecitos de fondo plano —los mismos que exhibían por la mañana la mercadería de ultramar y oficiaban de pasacaballos y puentes de ocasión— en los innumerables pilotes de granito que dentaban los bordes del canal, hoy reciclados en bolardos contra los que no es insólito magullarse las rótulas. ¿Dónde ha ido a parar el agua? Corre bajo sus pies, me dicen con sorna: río y canal *cubiertos de ciudad* desde que fueron incorporados hace décadas a la moderna red de alcantarillado, recogen el incalculable tonelaje de mierda que nuestra especie evacua de tapadillo. Si se aplasta el pabellón de la oreja contra ciertos guardacantones se oye discurrir un animoso torrente, similar al oleaje contenido en una caracola, transportando infatigable su carga de fetos y zurullos.

Hoy llegaron mis cosas. La ropa, la Oliveta, el rodillo musical. Les di la dirección de la ladronera de Vico y han aprovechado el contenido, a juzgar por los dos capitonés que descargan en la trasera.

Entre la medianoche y el alba El Mal es puro movimiento manifestado en

ejemplo, catadura gótica en pedo destilado, una variedad peculiar

de dejaos de las tinieblas que para mi ilimitada sorpresa sacan (invariablemente) unas cuartillas arrugadas o un cuadernito sobado y un lápiz, toman mesa y se aplican a escribir. Con alguna frecuencia los tipos, que gastan facha de hoja parroquial, se acercan a Benito si no está acompañado. Cuchichean. Benito lee, señala, comenta: ora desliza un billete en la mano voraz, ora devuelve los papeles con un cabeceo terminante

ejemplo, un grupo de elementos dispersos anclados en su propia singularidad, personajes rodeados de una aura que inspira respeto (el inquietante tipo del maletín que se sienta en el rincón más oscuro, nadie osa birlárselo) mofa (ahí el obcecado jugador de la tragapelfas, objeto de ignominiosas tobas en las orejas enormes) lástima (ignoro qué drama íntimo dobla la cerviz de esa tristona que hoy se ampara bajo el espejo inclinado, impío delator de su coronilla clareada) o una zarrapastrosa variedad de deseo (la bella ruina —rodeada de una corte de tubos vacíos— que se entroniza en la última banqueta de la barra)

ejemplo, noctívagos vulgares, los menos, despistados que han dado en caer aquí en busca de alguna indicación para salir de aquí

ejemplo, jovenzanos de cuero ceñudo y/o tupé de rulo que rematan con viril regüeldo el último trago de cerveza antes de (para arrobo sin fin de las jovenzanas respectivas) gastar horcajadura de perdonavidas en dirección al rincón oscuro —pero el inquietante tipo del maletín los devuelve en un estado de desamparo que enternece

ejemplo, un mueble humano, el ciego Jojeluí con su acordeón de décimos de Capilotto colgando bajo el mentón como un babero, que de cuando en cuando enmorra una guimbarda y nasaliza que cuecue que cuecue cuecue / que cuecue que cuecue cué

ejemplo, una masa amorfa y fluctuante de pasantes —serenos repostando la petaca, desterrados del tatami conyugal, señoritos connaisseurs que han cerrado todos los locales respetables

clanes cogidos con garfio de estibar, tajos a bulto que sólo garantizan un vago parentesco: pero hacia las cuatro aeme el ambiente de muda camaradería es insuperable y el tintineo de copas, barros y botellas desmiga una melodía rara que de pronto, magia, cesa de golpe. Se opaca la luz y bajo la bóveda de humo se extiende un silencio que no interrumpe una carcajada, un suspiro, un eructo: todos bebemos, bebemos y bebemos soldados en una fraternal borrachera. Nadie renuncia al placer de ese minuto brujo en que se concelebra la ofensa al cuerpo y al espíritu, instante helado en una atmósfera de vidrio que de golpe quiebra —esta vez— la cabeza de quien ya dio por terminada la noche cayendo a plomo sobre el mármol rajado del único velador —o quizá Yoritomo, poeta niponés, con callado pero decidido ímpetu haya por fin arribado a puerto tras una singladura de lo más curvilínea y declame con voz de chicle y esforzado acento las diecisiete sílabas de su haiku predilecto

buen tabernero
sírvame otra copa
de lo mismo

devolviendo respiración, risa y palabra a todos los presentes, comulgantes de una pausa en el nulo quehacer que los reconcilia amablemente —siquiera por un minuto brujo— con la inanidad de sus vidas y su soledad incurable.

Creo que en el fondo de todos dormita la añoranza del hogar que jamás hemos habitado. No lo hemos habitado, pero lo reconocemos sin vacilación cuando lo pisamos. Nunca olvidaré la primera vez que penetré en la penumbra de esta taberna, la certeza cegadora, la iluminación no sé si —permítame— paulina, agustiniana o cartesiana de que accedía por fin al hogar que desde siempre me estaba destinado

murmura un soñador Benito lanzando en derredor una mirada húmeda, común entre los viejos que hacen guardia ante los colegios de niñas. Declaración que se adapta admirablemente a la intención de mis propios sentimientos desde que llegué a esta ciudad que poco a poco me va habitando.

Me permiten pasear. He defendido con firmeza el derecho a vagar sin compañía. Benito ha cedido, a la vista de mi historia reciente, tan perruna: pero me ruega no traspasar los límites de La Remetida ni dejarme ver por Costa Flamingo ni Casa Barrett, repletos de policías puteros y soplones

Su situación sigue siendo algo delicada

y a continuación me previene acerca de mis escasas probabilidades de dar con el camino de vuelta. Río: qué tipo simpático. Sólida luz de mediodía, volver al tostaero es de pronto un placer elemental.

Lo que se conviene en llamar el centro de esta ciudad descentrada queda a contramano de un barrio sin rasgos que, me dicen, fue *respetable* antes de que la construcción del Puerto Nuevo aniquilase una de las dos vías de tránsito comercial reduciéndolo en breve tiempo a distrito cuasimenesteroso, de precios aptos para inmigrantes que ya han cumplido tres generaciones abandonados a la incuria municipal. Paralela al río de detritos que discurre por sus entrañas, la pudrición de la zona se evidencia en los tejados hundidos aireando la viguería cariada, en los lienzos de ladrillo que, añadidos a los paramentos mal apuntalados, cosen un anárquico patchwork de fachadas, en los callejones cegados o abiertos por generación espontánea que la reurbanizan sin cesar..., alterando el camino que hice a mediodía. Tras horas de vagabundeo errático han mandado en mi busca a los chicos-para-todo de El Mal. Estaba meditando dormir en el pretil de una fuente seca, ya desesperaba de volver a topar nunca con los amigables farolillos de la puerta. Mi rescate ha sido muy celebrado.

Los restos de prevención inicial hacia Benito —eco injusto de sus lejanos berridos de cornudo— han cedido a las presiones combinadas del encuentro cotidiano y el grifo de cerveza clara y helada que raja nuestras gargantas bien coronadita de nata, una cerveza meona, tirada con generoso desperdicio, que inyecta esencia de malta en la campanilla y chispea en el gañote como una traca: fermento que abre y cierra una jornada de trivialidades arrastrando el barrillo

sedimentado de tabaco, polvo del santo y alcohol recio. Benito sabe estar callado —contradiciendo, de nuevo, nuestro último encuentro en aquel garito del Peñazo. En apariencia es un desocupado, un politoxicómano, como yo, que deja transcurrir las horas fraternizando con la astrosa fauna que de medianoche al amanecer atesta un negocio cuyas responsabilidades prácticas asumen las manoplas de Andru —inverosímiles: retira los vasos de chupito encajando un dedo en cada uno. Hasta ocho, porque los pulgares no le caben. Los mismos apéndices hipertrofiados abortan cualquier conato de jaleo. Anoche tumbó a un choro de ciento veinte kilos con la palma

Nunca pego puñetazos. Una bofetada es más humillante

y añade

Además, me lo prohíbe la federación
finalizando

Aquí se viene a beber

y en eso estamos.

Campo abierto, así, a una amable cautela mutua que va cediendo en evocaciones de La Palmera, celebración de los difuntos y mutismos ayunos de ansiedad —que arrimándose sin embarazo estrechan más un vínculo que cien conversaciones con baba de por medio. Confianza creciente de la cintura de una borrachera sin pausa, tan suave.

Con el pretexto de mi calamitosa salida en solitario nos hemos vuelto casi inseparables —pero sin agobios: vuelvo a saber lo que es caminar en amistosa compañía. Me guía por un embrollo de callejuelas en las que trato de fijar rincones familiares (no estarán ahí mañana, sonríe leyéndome el pensamiento) para terminar sin error en la falda del Peñazo, arriba y abajo de la última vía principal, de la que parten las escalinatas del fortín: la calle Salsipuedes, que remacha de acantilado a acantilado el cuello de la península. Por ahí humea la

parrilla de El Fletán, una tasca con porche festoneado de buganvillas y un sentido común insuperable dando el punto a la pajarraya de palangre. Después, animados por abundante vinillo, nos acercamos a ver si está abierta la cripta de alguna de las cuatro iglesias —San Edrín en el extremo norte, San Toral Cristobalito, San Hatorio (junto al Hospital del Marino) y la blanquísima y poco esbelta Virgen del Pilardize, asomada al Paseo Marítimo— que jalonan la calle compitiendo en apedrear campanazos sobre los sufridos parroquianos. Con alguna frecuencia contemplamos resbalar el ocaso desde la cornisa del niño Sirolé. El arrendatario sabe infaliblemente si el último sol va a parir un rayo verde, pero confiesa con cierto candor que no ha tenido ocasión de practicar su don con ninguno de los diez mil novecientos cincuenta y cuatro crepúsculos que muescan la pared del chiringuito.

La arraigada autoridad de Moradillo, su paternalismo sin complejos, las corrientes de amor y odio que ponía en movimiento

Sé que asistió a sus granizadas de huevos. Su calle era célebre entre la estudiantada. Lamentablemente, a la vista de su final

Sí, murió espantando borrachos. Almacenaba un pudridero. Tenía siempre a mano una provisión. En una chichonera

Lo sé, mi primera imagen de él es un contrapicado bajo un chaparrón de huevos y carcajadas: pasar bajo su balcón de madrugada bien mamados y montando el tararira era un rito obligado para los novatos. Se lo conté mucho tiempo después. Contestó: es para mí una alegría haber reconducido a un perdulario a la recta senda. *Y después de seis rondas:* ¿Cómo se atreve a dirigirse a mí quien de mi objetiva ira ha sido objeto y de mis blancos huevos blanco? Sigue siendo un canallita, joven

Ah, tal era Moradillo, un perspicaz energúmeno

Ejercía con fervor la ofensiva afición local a rebautizar a todo jriszto, sólo Piriç le prohibió tomarse esa libertad con él

Tardé lo mío en saber su verdadero nombre

Sí, él no escapó a su manía, aunque nadie supiese el porqué de ese Moradillo..., Limoncito por su origen, Hadlatter por la pegajosa devoción a Piriç, Sr. Ruiz por la hermosa voz de ruiseñor, Hastiazgo por la jeta...,

obligados a tal iniciación so pena de no volver a recibir una mirada del gran mentor

También usted

En cuanto abrí la boca me pedorreó un beso en la frente y rugió: ¡Benito sea tu nombre! La carcajada que siguió acabó de borrar mi identidad anterior

No me consta que yo fuese otro que Garraiz, es curioso que renunciara a unas risas a mi costa

¿Cómo? ¿…? ¿No lo sabe, amigo mío?

¿Saber qué?

¡Su sobrenombre es Amigomío*!*

En fin.

Repantingado en el sofá de la sala de juegos, separada de la estancia principal por un cortinón estampado —obviamente, con una versión efectista del horizonte capitolino— cuyo mínimo temblor vigila ese peculiar ménage formado por Relámpago, Desgraciao y la chica de ambos, Pizarrita: mozos polivalentes al servicio de la casa triangulando incansables alrededor de una mesa de guabillar que acogería a cuatro atunes abiertos en libro. Relámpago tarda una media de ocho minutos en decidir la tacada —vuelta y vuelta y vuelta retorciéndose la perilla mientras empalma sordos eehmmms— a Desgraciao le entra la risa tonta en cuanto logra eludir la tronera central un par de veces y Pizarrita —ah Pizarrita, qué encanto pizpireto— no deja un instante de aconsejar efectos y prevenir retruques, aunque tan curtida teoría no la libre de palmar como cualquiera. Sin contar la porción del edificio dedicada a viviendas —la de este trío, la de Benito, la del Dostó, la de Andru y su familia (a la que preserva de toda contaminación con el negocio) la mía…— esta sala constituiría el *segundo círculo* común, de acceso restringido. Benito acaba de entrar en el tercero, oculto tras una puerta falsa con pezuñas de gamo alcayatadas en oficio de perchas, cuyo conocimiento (quizá se trate sólo de una despensa con acceso propio para suministros que requieran discreción) me está, de momento, vedado.

¿Y qué? ¿Va trabando conocimiento con los tabernícolas? ¿Se ha

presentado ya al Mesías, a los poetisos?

¿El Mesías? ¿Viene aquí?

¡Cómo! No me sorprende que un soñador de su talla haya comido tantos años del periodismo, ¡y disculpe! Es el hombre del maletín: el importador de toda dopa susceptible de ingerirse, fumarse, inyectarse o aspirarse en Capitolia..., ¡feliz vía al olvido, único modo de sobrevivir en y a este poblachón! Ésta es su base de operaciones: aquí menudea por nostalgia de sus tiempos de camellito, aquí cierra tratos internacionales y suministra personalmente a los elegidos —o mejor, comparte con sus amigos— lo más selecto de cada cargo

> *No deje de presentármelo hoy mismo, quiero agradecerle en persona la calidad del consumao. Y los poetisos, ¿quizá sean los que se pasan la noche entre la priva y la escriba y luego le llevan sus papelitos?*

Acertó esta vez. Moradillo destinó una porción de su herencia a crear una editorial para estos escribidores sin fortuna, irreductibles y caudalosos, séctula adoradora de un dios de la letra —otro más en el caótico altar de Capitolia— que los redimiría de la celebridad negada, de la miseria asociada al sablazo, de los desdenes de críticos y coetáneos. Conoció bien a su fundador, un visionario llamado Méndigho. Por cierto, los así subvencionados andan algo revueltos: se murmura que la visita de su Hija está próxima. Ella sostiene la memoria de Méndigho: es una reliquia viva, más venerada aquí que los tuétanos de San Cocho. No debería perdérsela

irrumpe el Dostó, es cada vez más infrecuente verlo fuera de sus habitaciones. Su aspecto es terrible, demencia y consunción en salsa bien ligada. Se lo digo, claro: protesta desplegando una batería de tics

La calavera está limpia, la calavera está limpia

antes de acarrear el gris premortem de vuelta a su intransferible agonía.

Es cierto, los poetisos —que voy individualizando de lejos: Perceval, John, Amanda— están excitados y las falsas alarmas del advenimiento de la Hija de Méndigho se suceden, aunque la inquietud más inmediata, no saber ni por aproximación cuándo remitirá el

pésimo estado de salud que la mantiene amarrada a la cama (¡a la cuna, disparató el Dostó!) se suma a la incertidumbre de cuándo su caprichoso talante —siempre excusado con sonrisa benigna— mareará rumbo al puerto que acoge a sus fanáticos. Pero esto último no los perturba: tomada la decisión de que (se) aparezca, se espera a que (se) aparezca y ya está. Actitud, qué duda cabe, de fanático.

La cripta de San Toral Cristobalito tiene planta de cruz griega y su única luz es la que arde en seis hachones de filamento. No hay visitantes y Benito somete la estancia al protocolo acostumbrado, ya no me sorprende. Pasea lentamente el haz de una linternita de clip por los rincones, las losas, las bóvedas, los cuadros y retablos. Palpa con las yemas, golpea con los nudillos, rasca con una navajita, saca una brújula, tira croquis en un cuaderno. Alude vagorosamente a la investigación que mantiene al ralentí desde los años en que se empeñó en gripar su doctorado.

(¡Los poetisos desencostran sus ternos y chales y fieltros estragados, sacan brillo a la bisuta y se encajan las dentaduras tras soplarles los vilanos! ¡Aquél desatora la pluma cuartelera que le regaló en un rapto de moscatel quien fuera ajada reina de kermesses literarias, aquélla se proclama Disco Solar de Galamusa luciendo un calendario azteca de henna en la chapeta! ¡Huyen liendres, caspa y grasa del vigoroso rastrillado que abre una raya lunar hemipartiendo el tufo fosco! ¡Saltan virutas de uña acorazada, rueda por el piso la borra que ha despoblado las mejillas, mil exóticos hedores se solapan y acosan impacientes! ¡Risas y colores reventones, *colores y risas de poeta*!)

El Mal es un truculento salón de belleza: el rumor, esta vez, parece bien fundado. Pero pasan los días, la Esperada no se muestra y la *roña de poeta* vuelve de su breve exilio para reinstaurar el cutre standard.

El Dostó, completamente enajenado en el Seor Ciruelo, su doppelgänger cóncavo, arrastra los chanclos de goma que ya no se quita jamás gritando

¡Murió Moradillo, maestro de epicedios! ¿Quién recitó el suyo? ¡Decidme! ¿Quién recitará el mío, muerto Moradillo?

y

¡No! ¡No es eso, que no es eso!

y

¡Tampoco, tampoco es eso!

una media de cuarenta veces antes de que Desgraciao y Pizarrita (¡qué incondicional dulzura gasta esta chiquilla!) lo acompañen a dar una vuelta a la manzana. Benito chasquea la lengua, menciona algo acerca de la necesidad de asistencia médica. Tendrá razón, no me he enterado demasiado bien: estaba confortablemente enmimismado en un pedo rutinario con el Mesías, que no habla ni para fijar precios pero sonríe con frecuencia. Doparse con él es como esnifar un tiro de yopo sin entender qué leche chamulla el buen salvaje que te lo insufla desde el otro extremo de la cerbatana: simplemente confías en que la sonrisa sea un universal antropológico de concordia y buen rollito no obstante sus dientes tallados en sierra. La sonrisa del Mesías es fácil (pero aterradora) y su único ojo despide el brillo sin mácula de mil capas de laca superpuestas, summa de experiencias enteógenas que, intuyo, le han abierto todas las puertas del Adentro. Sí, el Mesías sabe: y cuando fija en ti esa cuenta china de hondura impenetrable deseas que siga sin hablar y que sonría mucho, amplio y lindo.

Volví de una espontánea escapada sin sospechar que *llegaba tarde,* tal y como me informó Andru en el mismo umbral

Llega tarde

Venía de vagar por los Sofiones, en la ladera noroeste del Peñazo. Desde los primeros paseos me fascinaron esos bizarros ingenios de artillería consistentes en taladrar pozos en la roca y rellenarlos de

pólvora de can, cascote y hierro, que mantuvieron a raya cuatro asedios por mar —espejos de Arquímedes rayados por el bronco asperón capitolino. Las ventanas oscurecidas de El Mal, la insólita ausencia de la bullanga que sale a presión nada más abrir la puerta deberían haberme avisado del ambiente antes de sentir el peso colosal de su mano en el hombro

Llega tarde. Se ha perdido
Los Hurras
Recitados de Acogida
Infancia y Adolescencia de Méndigho
Internamiento de Méndigho
Méndigho Asesina a su Tío
Formación de la Familia de Méndigho
Vaya

desciendo abriéndome paso entre la prieta masa de acólitos que, a falta de candilejas y diablas, tienden sus mecheros desechables hacia un punto del escenario que sólo empieza a ser visible cuando ultimo la escalera: decenas de ojos titilan en la sala en medio de un silencio anecoico, el único que en verdad permitiría imponer esa debilísima voz redicha y extrañamente chirriante de Gracita Mochales a 78 rpm

así que por decisión de Paapa cuando yo era aún más pequeña, hasta hace unos pocos años no he tenido más de seis meses

que surge de un cuerpecito consumido (así pues, el Dostó tenía razón: duerme en cuna) amarrado a unas angarillas o variedad de zancos con respaldo —y estribera para evitar que resbale hasta el suelo— alzados en ángulo de sesenta grados. El cuerpecito está desnudo y semeja el de una bebé con exceso de piel o escasez de esqueleto: los huesos parecen gozar de un espacio más que holgado en el interior de un mono de pellejo que se arrolla en lorzas mutantes y desplazamientos de ombligo imprevisibles, fenómeno que se adentra en lo inquietante cuando se extiende al rostro y los párpados pierden el correlato de sus globos oculares y los dientes asoman por los ángulos más insospechados de una boca anárquica que hace un

segundo hablaba desde la barbilla

¡Mírela…

un aliento cargado de anís y devoción en mi oreja izquierda

…, se ve brillar su almita en la jaula de las costillas!

¡¡a callar!! (¡Coooñññño: es cierto! ¡Un fulgor de brasa radiografía a impulsos intermitentes el costillar flotando en un odrecillo de aceite!) (¡Pero la impresión de fragilidad preagónica es falsa! ¡Pronto el organismo demuestra poseer un pneuma que rompe el espirómetro, a juzgar por lo que larga con cada golpe de aire!)

tenía una familia que mantener sin haber aprendido más oficio que el de pedir dinero a cambio de las gracias y considerando que ya lograba sostenerse sobre sus piernas, abandonó la silla de ruedas y trató de sacarnos adelante mediante el desempeño de los trabajos más humildes y hasta humillantes, de los que lo despedían, fuese por hastío, por incompetencia o por su amor incondicional a las artes liberales, invariablemente

toma aliento

y es que, como Paapa decía Esto no es lo mío pero tampoco quiero volver a pedir ni mucho menos a matar, aun cuando las sangrantes chanzas de los varones de la familia de mi madre —tironeros, descuideros, carteristas y butroneros autosuficientes si es que no estaban cumpliendo en el maco— y el bochorno de que su mujer, si bien amorosa y comprensiva o quizá por eso, amenazase con echarse a la calle para paliar chocho mediante la cotidiana abstinencia de alimento sólido, acabaran por empujarlo a agarrar su primera y colosal borrachera, que durmió en un banco

toma aliento (los espectadores suspiran)

cuando despertó estaba rodeado de moneda calderilla, consecuencia, dedujo, de haberse quedado sobado con la mano, involuntariamente, en posición petitoria y ahí, ahí mismo se sometió a la revelación de su destino ineluctable, ese mismo día dejó de lavarse y de cambiarse de ropa hasta conseguir un aspecto que calificaba de honrado desaliño, de padre de familia con el hedor justito *para que las damas de la sociedad no se llevaran el fragante pañuelo a los ollares al asalto del suplicante*

toma aliento

si estaba condenado a la mendicidad sería el archimendigo, el pedigüeño científicamente cualificado y adaptado a estos tiempos positivistas que dedicaría su vida, en adelante, a hallar la Fórmula, esto es, el porte, el olor, las palabras, la entonación, la mugre cuya conjunción resultase irresistible al abordado, que, como es natural, pasaría a ser víctima de un atraco incruento y *aflojaría encantado unas pelfas cual si se tratara de un amigo en apuros*

toma aliento (los espectadores arrastran los pies)

la mendicidad es una desgracia que no excluye la conciencia profesional, decía, sí, ser pedigüeño es una desgracia que el pedigüeño usa como arma arrojadiza —y de ahí su, con demasiada frecuencia, aspecto repulsivo y comportamiento imperdonable— contra quien en última instancia va a mantenerlo por más que lo haga responsable de sus males, decía Paapa, así que mi propósito cientificosocial es mostrar una mendicidad agradable, de tarjeta postal, que inspire compasión o interés pero no mala conciencia

toma aliento

así empezaron sus experimentos para sintetizar el hedor justito*, meses de ensayos con las más diversas sustancias —a menudo nuestra chabola era un lugar inhabitable— que tuvieron por resultado la Suloción Final, tal como bautizó el ungüento que (sobre una base de jabón de fregar, agua al uno por ciento de ambientador, aceite de oliva, semen en escamas y leche*

materna regurgitada, a la que añadía matices de temporada) se untaba todas las mañanas por cuello, mejillas y antebrazos puntualmente a las ocho quince

toma aliento (los espectadores anotan los ingredientes en la palma de la mano)

la ropa muy gastada y muy limpia y pulcramente remendada, el aliento a romero y albahaca con su punto de ayuno y ajo, dos días de barba, espalda erguida y mirada franca, horas de ensayo y estudio y una rígida autodisciplina que exigía también de su familia empeñando en la tarea todas las fuerzas que había ahorrado en ocupaciones anteriores, prueba no pequeña de que la llamada vocación, no obstante el descrédito en que ha caído el término, existe

toma aliento

tal era la alta meta de sus días, lo que daba en llamar el Doctorado: su profesionalidad y afán habrían de culminar en el momento en que un millonario, los ojos arrasados de amorosas lágrimas incontenibles, le donara sin vacilaciones una porción de su fortuna, cima que de algún modo coronó, aunque no de la forma que su imaginación había improvisado, en esas jornadas felices en que creía pisar firme la senda de la perfección mendicante

toma aliento (crece el nerviosismo entre los espectadores)

de modo que la idea fija de sólo hallar consuelo y recompensa en una posibilidad tan remota dará cuenta de lo ímprobo de nuestro sacrificio y de la alta valoración que otorgábamos a sus esfuerzos, en fin, de nuestra entrega incondicional a quien había decidido consagrarse a su delirio y salvar todos los obstáculos que lo separaban de su delirio, al punto de no dudar de que la menor flaqueza supondría abandonarnos para ir en pos de su Doctorado

toma aliento

pero ya la fama del achicharrante cambio meTeológico atraía a miríadas de mendigos hartos de desplazarse huyendo de inviernos rigurosos y alcaldes con más escrúpulos que el Ponzano y aceras y parques públicos, plazoletas, albergues, covachas del Peñazo, sótanos y ruinas, andamios y escalinatas se poblaron de una muchedumbre en arisca competencia por la explotación de unos recursos que mermaban al ritmo en que progresaba la obsolescencia de Capitolia

toma aliento (los espectadores alternan «uumhs» y «aahs»)

superado el primer estupor derivado de lidiar a diario con un número de colegas siempre en aumento y por ello forzados a actuar rozando la frontera del delito, Paapa se percató de que tenía ante sí un campo de estudio inigualable y tras recoger en sus cuadernos de campo y cotejar en casa centenares de datos mediante simplicísimos procedimientos estadísticos, se reafirmó en la línea de investigación emprendida, ya entonces vivíamos de la caridad de mis tías

toma aliento

habida cuenta de que el método tradicional, una letanía más o menos ininteligible (que los más viajados hasta poliglotizaban) recitada con la mano extendida, mostraba su anquilosamiento tras milenios de uso y dada su escasa rentabilidad, visible en cómo, verbigracia, un rechazo inicial en una terraza abarrotada alentaba al resto de la clientela, de súbito impermeable a las palabras más conmovedoras, a cortar con un gesto terminante el discurso mejor compuesto

toma aliento (el aliento de los espectadores se pone a compás)

dificultades y no pequeñas, por cierto, a las que se añadía la alarma estupefacta que invariablemente excitaba su voz atiplada entre los contribuyentes, reduciendo sus tres principios de acción (fachada de digna pobreza, olor a digna pobreza, palabras de pobre que sabe hablar con dignidad) a los dos primeros, decidió en un rapto de genio comportarse a semejanza del labriego que siembra un campo en su totalidad y siega en

haces las espigas

toma aliento

y volviendo al tiempo con ímpetu de ciclón su olvidada pasión por la escritura y su experiencia del poder de la letra *(lo cierto es que si había abandonado* la letra *era porque la asociaba al asesinato de su tío) se decidió a confeccionar un centenar de* Papelitos *del tamaño de una ficha de biblioteca en los que exponía su situación y pretensiones, de modo que pasó a* escribir *lo que antes* declamaba, *imitando las pautas occidentales de desarrollo cultural*

toma aliento (los espectadores aprovechan para echar un trago)

dedicándose a localizar terrenos fértiles en donde volearlos en la confianza de que si la semilla era apropiada, su mera presencia y la muy calculada composición serían el agua benefactora que haría fructificar el grano de argénteo sonido, así que pronto determinadas terrazas de Capitolia veían como planeaba sobre sus mesas a la hora del aperitivo un Papelito *solicitando el óbolo del contribuyente... —¡¡sí!!— ¡Paapa fue en verdad el primer no sordomudo que pidió con* Papelito*!*

¡¡Alabastro sea!!

rugen a una los espectadores para el mi sobresalto

claro que esa innovación mantuvo poco tiempo la privacidad y ya los más avispados hurtaban sus Papelitos *a fin de disponer de un punto de partida o modelo previo a la confección de sus propios papelitos, a menudo escritos, como no tardó en comprobar consternado Paapa, sin ton ni son, con los ojos puestos en el beneficio inmediato y en ese sentido de una lamentable tosquedad (que, no obstante la rápida saturación, habría de beneficiarle a largo plazo)*

toma aliento

fueron tiempos duros porque también prosperó (no podía ser de otra manera) al amparo de la nueva técnica una modalidad de piratería de secano conocida por la escoba, *¿os suena, gomballeros?*

¡¡Chí!! ¡¡Nos suena!!

los espectadores podrían ahorrarme estos sustos mediante pancartas de aviso

que no consistía más que en agazaparse en las proximidades de una terraza medianamente poblada al acecho de un colega que repartiese su material de mesa en mesa y cuando el pringaíllo había cubierto dos tercios del recorrido saltaba la escoba de su escondrijo para recaudar a toda velocidad las monedas ya depositadas junto al plato de los quicos, expolio parcial que, si tomaba la precaución de mantenerse siempre a espaldas del repartidor, quedaba impune

los espectadores se palmotean ferozmente las espaldas mientras braman

¿Quién no lo ha hecho?

y

¡Paráchito!

y

¡Pimpocho!

muy cordialmente, es notable la fraternidad cuasinavideña que levita hoy sobre estos competidores natos —ahogados o en tregua sus rencores durante esta jornada de culto

pero si tal no era el caso y el repartidor, aun concentradísimo en la

cobertura reticular del terreno, se apercibía de la existencia de ese bulto furtivo y zigzagueante, de ese escondetrás que le barría los beneficios, no es difícil conjeturar que el menos fornido de los dos sería víctima de brutal apaleamiento si no se ponía a salvo y en efecto, la existencia de estos gorrones llevó a repartir en pareja y a practicar una política de minifundismo karateka consistente en parcelar el territorio, nunca de más de seis mesas a la vez

toma aliento (los espectadores lo exhalan, esparciendo un aroma a fregona de hospicio)

y repartir un par de palizas ejemplares

(¿Quién no ha dado?

y

¿Quién no ha recibido?)

así que desaparecieron las escobas mientras Paapa tomaba nota de la suma de contrariedades (entre las que no era la menor la prodigiosa capacidad de mímesis del colectivo a la hora de detectar y apropiarse de una técnica novedosa y desarrollar su contratécnica) que complicaban un oficio que quería no sólo rentable, sino además digno, comprendiendo en otra suerte de revelación que había emprendido la búsqueda de lo que no está en ninguna parte

toma aliento

la tarea de su vida sería, más que nunca, hallar esas palabras dispuestas en un orden único *que dadas a leer al contribuyente se mostraran más suasorias que un niño pelma o una pistola, palabras que se agotarían en sí mismas, tal que el nombre secreto de Diosz o la canción del verano, cerrando un anillo irrompible en el cerebro del antedicho contribuyente que ya echa mano encantado a la cartera en trance filantrópico*

toma aliento (vibran los pelillos nasales de los espectadores)

búsqueda sin fin, análoga a la del poeta o el místico o el cabalista o el publicitario, que lo embarcó en la redacción sucesiva de docenas de Papelitos *que trataban de pulsar los más variados resortes emocionales y no puedo dejar de recordar aquí su primer éxito para ilustración de cómo una voluntad irreductible puede influir en la realidad y hacerla suya poniendo la muy garbancera contundencia de los hechos y las circunstancias a su servicio*

toma aliento

soy un joven en paro con una mujer y una hija de seis meses que mantener no recibo ayuda del estado ni de institución algunA les pido una pequeña ayuda para poder subsistir mi familia y yo MUCHAS GRACIAS fue el primer canon que subvirtió genialmente uniendo dos de las obsesiones del paisano, la religión y el cantonalismo, en una estampa en que un busto de Jriszto copiado de un tatuaje, los ojos bovinos cargados de rímel y un lunar equívoco, propiedad del tatuado, punteando el pómulo coquetón

toma aliento (los espectadores chupan la punta de sus lápices)

se combinaba en desconcertante, en apariencia, coniunctio con el aserto capitolia es mi patria entrecomillado, esto es, «capitolia es mi patria», notáis el cambio de entonación

¡¡Chí!! ¡¡Lo notamos!!

(¡esta vez no me habéis pillado, cabrones: ya veo de qué va esto!)

estampa petitoria cuyo contenido, si lo hubiere, modificó posteriormente sustituyendo en la fotocopia «patria» por «madre» y hasta por «matria» y añadiendo lunares estratégicos al rostro del Jriszto pero no hubo caso, incluso los hallazgos más eficaces se agostaban con rapidez inusitada obligándolo a concluir, una vez más, que sólo una vida de

ascesis, de devota entrega a la letra, *le propiciaría la frase mágica o Secuencia Total*

toma aliento

mi madre y yo, en sus brazos, sometidas a la inquebrantable voluntad de Paapa, nos vimos obligadas a hacer la ronda de terrazas con unos Papelitos *ad hoc que nos confeccionaba, ensayando con nosotras sus tentativas y estableciendo meticulosos criterios para distinguir cuándo el origen de los beneficios se debía a la casualidad, la persuasión, la fiesta de la patrona o* la letra *a partir del informe detallado de nuestra jornada*

toma aliento (los espectadores echan ojeadas nerviosas en dirección a la barra)

empezando al tiempo a establecer, a costa de nuestra salud, la que después sería copiosa correspondencia con poetas, místicos, cabalistas, publicitarios y todo aquel que pudiera proporcionarle una vía ora de profundización-en ora de ampliación-de sus conocimientos, durmiendo y comiendo lo mínimo para no desfallecer hasta que una noche —¡ah! ¡Esa noche, gomballeros!— se levantó y en trance sonambúlico escribió la que, si no Secuencia Final, debía de ser su prima hermana

toma aliento

a la mañana siguiente nos contó que había tenido un sueño en el que corría alocadamente por la superficie de un folio cuadriculado huyendo de un bolígrafo Biz gigantesco hasta que cayó exhausto, resignado a una muerte esferógrafa, pero el Biz, cuyo capuchón se perdía en las alturas, se detuvo en seco a dos centímetros de su entrepierna y cuando pudo ponerse en pie constató lo que, en su persecución, había escrito en grandes caracteres sobre el inmenso papelote

toma aliento (algunos espectadores alzan sus vasos suplicando mudamente renovar sus consumiciones)

yo soy el guma y tú eres mi jumi tras lo cual el bolígrafo volvió a ponerse en movimiento para escribir: escribe al tiempo que el callo de su dedo medio, de un tamaño considerable debido al curro de cálamo que soportaba cotidianamente, reventaba vertiendo un manantial de sangre que, tal y como adivinó sin hesitaciones, era la tinta con que el Guma le exigía que tomara nota y fue entonces cuando debió de abandonar el calorcillo camero y escribir al dictado inconsciente

toma aliento

hecho lo cual parece que se hizo visible una inmensa presencia que se identificó como la Esposa del Guma o Gran Fabe Capitolina y con majestuoso acento tronó Capitolia será del Jumi porque me complace y Paapa cayó en un profundo sopor hasta que despertó para contárnoslo y el hecho es que, ya en la vigilia, el callo del dedo medio parecía mordido y el producto de lo que llamaba la Visión Milagrosa temblaba en sus manos, faltándole tiempo para probarlo personalmente

toma aliento (los espectadores se prodigan en comentarios

Tengo sed

y

Tengo sed

y

No hay derecho

sosegados por la deslizante figura de Pizarrita y la discreta de Relámpago, con una frasca en cada mano, rellenando vasos

Si no hay otra cosa

que apuran en glotona comunión)

volviendo al cabo de apenas tres horas con pose de feliz alienación repitiendo sin cesar... ¡No me atrevo a ir con tanto dinero por la calle! *¡Jamás habíamos oído una frase así!* ¡¡No me atrevo a ir con tanto dinero por la calle!!

los espectadores prorrumpen en altitonantes barritos, vuelan gorras y boinas y alpargatas y un ojo de cristal

ese instante, condensación de una década de sacrificio, dio principio a la bonanza familiar y compramos una casa con jardín y columpios, Paapa salía todas las mañanas con numerosa escolta a sueldo, se cambiaba de ropa en el cochazo y se untaba con la Suloción Final, actos ya puramente rituales dado que bastaba mostrar con rápido gesto el Mensaje del Guma para que el indefenso contribuyente aflojara unos billetes inquiriendo con gesto interrogante si eran suficientes o quería más

toma aliento (los espectadores pasan por un común trance exteriorizado en zureos de pichón en celo)

mensaje que a imitación de los presos coloniales guardaba enrollado en un cilindro de aluminio que se insertaba en el ano al final de la jornada, mensaje al que jamás pudimos echar un vistazo mi madre o yo y cuya posesión lo convirtió gradualmente en un infeliz desequilibrado —¡aah Paapa, cuánto odio hablar así!— para el que ninguna muestra de amor o la adhesión demostrada durante años certificaban nada que no fuese nuestra condición de rémoras de su genio

toma aliento

comportamiento errático y cada vez más extravagante que sin embargo le ganaba día a día un discipulaje deseoso de recibir sus enseñanzas y ampararse al abrigo de su éxito o contagiarse de él, pública adoración que lo inducía a mantener largos silencios interrumpidos por sentencias absurdas y periódicos ataques de generoso despilfarro, consecuencia de

releer él mismo el Papelito *expoliador que lo empujaban a repartir miles de pelfas sin ton ni son, deviniendo en..., mendigo que alimentaba..., mendigos..., o Méndigho, como lo bautizó el inolvidable Señor Moradillo*

toma aliento (los espectadores muestran con ruidosos bostezos su inquietud por la visible extenuación de la narradora)

tardó todavía bastante tiempo, por aquel entonces ya pedía por las terrazas rodeado de una corte de gomballeros poetas, en caer víctima de una enfermedad que..., atribuyó al precio que tenía que pagar por la singular fortuna de haber accedido a un secreto comparable al de la inmortalidad sin más instrucciones, porque lo cierto es que ni el Guma ni su Cónyuge volvieron a presentársele en sueños, enfermedad que lo postró impidiendo su cotidiana ronda...

toma aliento, vuelve a tomar aliento

vanos fueron nuestros ruegos para que nos transfiriese el Mensaje del Gran Poder y nos permitiese suplirle ni aun bajo el juramento de que nos limitaríamos a mostrar el Papelito *sin leerlo y no era ya la locura la que extraviaba sus palabras y torcía sus acciones, sino una descarnada lucidez que lo convencía de la responsabilidad de* la letra *en su mal..., mal al que de ningún modo quería exponer a su mujer, a quien había puteado y a su hija, a quien había prohibido crecer por simple imposición de su voluntad..., ciega*

boquea en busca de —aliento

el día anterior al de su muerte, mi madre nos había dejado solos para negociar un entierro que se presumía inminente, vi cómo Paapa extraía el cilindro de su tibio alojamiento, lo desenroscaba y sacaba un papel, hacía una bolita y se lo tragaba, indiferente a mis frenéticos manoteos me miró con infinita dulzura y susurró Es mejor así, mi ninia

la inspiración desata un bravo entre los espectadores

fueron sus últimas palabras antes de derrumbarse agotado sobre la piel de cebra sintética, no volvió a recobrar la conciencia..., indefensión que parte de la multitud que aguardaba la revelación y custodia del Mensaje Total aprovechó para arrasar nuestra casa y romper los columpios cuando supo de su disolución en jugo gástrico, pero una pequeña facción, convencida de que Paapa había mostrado el camino a seguir, de que su vida era Doctrina más allá de la fácil rapacería y la avaricia sin fondo

¿Se desmaya? ¿No se desmaya? ¿Toma..., aliento?

logró recuperar la cabeza desmembrada y salvarme a mí..., ya que no a mi pobre madre, que pereció cubriendo el cadáver de quien en verdad no le había proporcionado sino una vida de infelicidad..., el resplandor del genio achicharra el terreno en derredor..., mmmpff...

la vibración sobrevenida por la cascada de erres provoca que el cuero cabelludo se deslice sobre el rostro anunciando inminente muerte por asfixia, uno de sus asistentes se apresura a tirar de la coleta y manipula el pellejo de la cara hasta que hace coincidir las fosas con la nariz y los ojos con las aberturas correspondientes, ya puede pasearlos por aquí, por allá

..., reconozco en algunos de vosotros a mis custodios de entonces..., gomballeros queridos...

gruesos lagrimones discurren por los surcos de esas mejillas curtidas, ajadas, ralas, mejillas tópicas se empapan de tópicos lagrimones. Un rumor, un movimiento al fondo: nos volvemos en dirección al salón de guabillar, de donde surge Desgraciao a paso de novia portando una caja de madera que sube al escenario y pone al alcance de la Hija de Méndigho, que ya se enguanta las manos y se remanga los brazos, ya descorre una tapa lateral y saca, no sin esfuerzo —¡una calavera bruñida, rajada de frente a coronilla, que besa con ternura antes de alzarla sobre la muchedumbre! ¡Todos elevan sus brazos en un aullido unánime, llueven destilados diversos sobre nuestras cabezas! ¡Confusión y escándalo, abrazos y besos propinados con demencial entusiasmo que superponen a mi recuerdo

una parodia pobreta del bautismo de Ola, felices tiempos! Me fundo en la sudada multitud sin tratar de evitarlo y paso los siguientes minutos luchando para no caer au dessous de la melée ni perecer sous les sabots de la melée (se habría precavido maese, francófono amateur y clasista impúdico). Una rápida dispersión despeja la visión del escenario: Desgraciao desciende con la caja, bueno, craneal. Han envuelto prietamente en un vistoso echarpe de caucho el cuerpecito. Me observa con fijeza, curumbu: y por una abertura a la altura del cuello, un dedo semejante a un calcetín tendido me señala. A continuación la niña se toca la cabeza. ¿Me estoy volviendo loco o me ha parecido leer *Amigomío* en sus labios irreales por dos veces unidos? Ah, ya cuatro porteadores la ponen a volar en sus angarillas camino de la escalera mientras las gargantas de sus acólitos disparan la última andanada de homenaje. Me pesa un aturdimiento consecuente con esta clase de regocijo masivo que no tolera disidencias: no obstante, alcanzo a fijar la imagen de los poetisos demorando de más los ojos en mí antes de enajenarse afanosamente en sus papeles.

En la cripta de San Edrín. Voy recogiendo del murmullo de Benito flecos que aluden a los criterios de traslado o permanencia de los huesos, a las áreas de sepultura en torno a las iglesias, a los cadáveres enterrados con la cabeza en dirección a Gerusolami, a la progresiva singularización del muerto —de algún modo (con voz más viva) una recuperación de las estelas paganas, a partir del siglo ¿XII?..., al cabo, bosteza

Uuuuaaamhsrrrescoldos de esos años en los que estudiar y sólo estudiar prometía ser la alternativa a una vida abocada al hampa o a la tuna, pobre erudición apuntalando una pobre autoestima... Como es deducible del desproporcionado número de viejas iglesias, buena parte de Capitolia es una necrópolis de la que antaño me prometí alzar el plano. Todavía me entretiene el asunto, ya sin dirección definida, ya sin..., nada: ni siquiera aprensión académica. Constatar que la verdadera necrópolis asomaba a la superficie en lugar de descansar mansamente bajo tierra estuvo a punto de desviarme a la sociología. Por fortuna, me obstiné en no ceder a tentación tan malsana

Culminamos el trayecto habitual en la deslumbrante balaustrada que se asoma a la bahía desde Virgen del Pilardize, nos acodamos en un tramo limpio de guano. Con un amplio saludo que abarca la ciudad

Todos muertos, ya lo ve

y unos segundos después, sin apoyarse en el ademán

Todos muertos

Si se anunciaba una conversación de camino, la fastidiamos. El desaliento de Benito al repetir no sé si una estimación, un veredicto, un deseo, una condena: esa voz rota, sabida nuestra escasa afición al gesto ampuloso, congrega una pena bajo mi nuez que no disuelve la primera botella de Albertiño, como si Piriç me hubiese agarrotado con su cuentatragos. Las moscas lerdas revolotean sobre las aceitunas sin posarse y los pipos que echamos en el platillo de los pipos parecen tacados en mi garganta formando el Gran Pipo. Una brisa aleve y fría que sólo yo creo recibir me encrespa la piel con su plumón, me recorren tontos estremecimientos. Se asorda la voz de la clientela, me pregunto si esta mansa felicidad que ahora, mientras el sol irisa la mugre de mis gafas, anuncia por fin una espléndida monotonía no es sino una forma de muerte, abandonada toda expectativa que no contenga una sucesión de días idénticos como este cielo repetido. ¿Tendría que desplegar ante Benito mi vida anterior a Capitolia y mi vida en Capitolia para que entrevea a qué punto está siendo el artífice, heredando los cuidados de Moradillo, de que sienta que por primera vez piso mi olvidada patria, de que entre los muros de El Mal descanso entre mis iguales? Si todo devoto de Krshna aspira a vivir con su dios héroe en Dwarka, yo ya he hallado mi Dwarka, no sé si mi dios. Pe-pero, ¡las lágrimas saltan de mis ojos en aspersión radial y confieso mis días como si el Gran Inquisidor en persona me estuviera ajustando los pernos!

Vemos amanecer desde la terraza de El Fletán. No me sentía tan cerca de un semejante, sin sexo de por medio, desde aquellas madrugadas de los quince años que el despunte del sol tornaban

atónito rito de paso. La fatiga de la primera claridad confirmaba la expulsión de los demonios, un poso de impureza daba cuenta de la magnitud de la purga. Al contrario de lo que podría suponerse —un cataclismo de confidencias abruptas y sueños rotos— superado el primer alud casi toda la noche transcurrió en silencio. Tampoco es que me apremie la menor necesidad de hablarme de ello: pero por analogía acude el recuerdo de aquel (era fácil querer entonces) con quien creí establecer unos vínculos más sinceros —por voluntariamente elegidos— y perdurables —porque compartíamos el privilegio de que una experiencia idéntica nos marcase con el mismo signo indeleble— que los impuestos por la pantomima de la consanguinidad. Benito y yo volvíamos enlazados del brazo, aspirando la breve frescura de esa hora. Y no podía evitar preguntarme:

¿será esta vez para siempre?

(¿Obliga la formulación de tal deseo a redefinir la no sólo expresa sino —compruebo la reiteración ojeando este diario sin fechas— incluso irrenunciable dependencia de los *otros* —un amigo para siempre, siempre el ansia condenada al absurdo de un amor para siempre— en tenaz pugna con mi deseo *ya vaciado de deseo* de desprenderme de *ese* amigo, de *esa* mujer, de ese yo, de ese lastre que bajo el nombre de pasado creía abandonar cuando puse mis pies en el andén de la estación de Capitolia?)

Era fácil querer entonces.

Rebabas: como a Moradillo, le sorprendió sobremanera que la esposa del Guma se me hubiera manifestado durante el coma

Desnuda, además

y ese fenómeno infrecuente y jamás documentado en un fuerano, unido al repentino impulso de la Hija de Méndigho de distinguirme en público

No crea que el gesto pasó desapercibido a nadie

lo animan a pedirme que tome a mi cargo la Tercera Antología de Poesía Sin Techo que está seleccionando a unos meses vista

Su prestigio ha florecido como el manto multicolor que tapiza el desierto con abronias y dientes de león tras un aguacero

Lírico estáis

Es el contagio. Pero se avecinan quehaceres que me van a robar el tiempo que hasta ahora podía dedicar a los poetisos y a nuestros paseos. Así que me haría un enorme favor

Estaré encantado de pagar de algún modo mi hospedaje. Tampoco olvido que..., me salvó la vida

(¡qué raro es decir algo así!)

No sea ordinario. Es cada vez más obvio que su..., lo que sea..., se lo salva usted mismo

(¿A costa del lo que sea de los demás?)

Amanda Lavanda, poetisa estacionada en un puntillo esquizoide que acojona, saja en canal un brazo de gitano hundiendo sucesivamente los pulgares en la capa de chocolate y vierte a lo largo de la herida abierta medio cubatta di saronno que el bizcocho absorbe glotón

Para luego

dice exhibiendo —en verdad no deja de sonreír un segundo— una dentadura en la que faltan los cuatro caninos, si se entornan los ojos semeja la parrilla frontal de un deportivo. Benito me ha presentado como el nuevo capataz (así me ha llamado, *capataz)* a quien deberá mostrar su producción. Antes de dejarme me ha recomendado en un aparte que, sobre todo al principio, me muestre indulgente con el género pero comedido en el pago

propone como Principio General de la Edición. Sin duda hacen falta unas dosis colosales de indulgencia, porque las tarifas no varían gran cosa. Veamos. La mencionada Amanda busca con denuedo el gran amor, asunto poco novedoso si no diese la impresión de topar con él a diario —a juzgar por el entusiasmo saltimbanqui depositado en un cotidiano fornicio que presumo más onírico que real

Como Ícaros modernos
planeamos en ala delta y
en la ciudad jugamos
a cruzar enrejados y
reímos cuando la vaharada
que sube
nos revuelve la ropa y
en la cabaña nos amamos
acompañados por el rumor
de los árboles agitados
rumor que se vuelve silbidos
en las junturas de los troncos

Dinamismo presente desde la alada figura que abre el poema, dinamismo apoyado por el uso sin concesiones de las copulativas que con osadía ligan acciones truncas hincándose en la mismísima cesura versal. Hip. De acuerdo con que los dos últimos, interminables eneasílabos delatan cierta carencia expresiva, pero es defecto que puede corregirse con tesón: de la soltura con que Amanda administra sus recursos da fe el par de creaciones que acompaña a la primera

Me diste de beber
en el hueco de tus manos
del manantial del bosque.
El de los tréboles.
Y te besé las manos.
Cuando llueve paseamos
dejándonos empapar

sin que nos importe la gente.
Y esta noche nadaremos
otra vez hasta la isla.
La nuestra.
Para amarnos en secreto

Otra jornada aventurera que la afortunada Amanda remata quilando, quizá por eso no deja de sonreír nunca. Observo al paso el celo, la solemnidad (entrepausada) que pone en que el amante identifique el bosque —que es el de los tréboles, no el de los níscalos ni el de las mofetas— y la isla —que es *la nuestra*, no te me vayas a despistar por el archipiélago como la última vez

He bailado para ti
a la luz de cien velas
desperdiciadas
[perdón: *desperdigadas*]
y nos hemos amado
bajo el crepitante hogar.
Una vez cenamos
con velas en la mesa
y hemos quemado sándalo
innúmeras veces. Y
esta noche
saltaremos la hoguera
cogidos de la mano
mi amor

De que no ha palmado abrasada *innúmeras veces* por la deflagración de tal mezcla de material inflamable y vulva enchilada da fe su estampa, salutífera a más no poder, nada de linitules envolviendo quemaduras de segundo grado: ahora desenvuelve el brazo de gitano para terminar la copa comiendo algo. La presencia de esos tres elementos primarios en lo que sospecho ha de ser un ciclo cosmogónico, erotológico y hasta onanofántico (de largo aliento) me da pie a conjeturar la inminencia de un próximo poema que, cerrándolo tras copular por aire, agua y fuego, sugiera las más

sicalípticas hazañas que jamás se hayan practicado en un barbecho, ejemplo

Chapoteamos en el lodo
como Agamenón y su porquero y
esta noche
haremos gorrinadas
en nuestro barrizal
ya sabes cuál te digo

Le aflojo doscientas pelfas para adquirir los derechos, a partir de ahora el destino de sus versos es la Tercera Antología y no puede venderlos sueltos: naturalmente, es imposible comprobarlo. No parece descontenta —¡pues de eso se trata! ¡Autor y editor han de entenderse *por principio*!

Pasan los días y la tarea desenmascara la cara ingrata. El carácter de las perlas que han empezado a cubrir mi mesa —sí, ya dispongo de mesa fija, a distancia medida de un ventilador que desplaza el aire sin volar papeles— delata a sus autores con celeridad y nitidez sorprendentes: identifico a cualquiera con leer sólo el primer verso, recién adquirida maestría de la que sería tonto jactarse considerando la maciza coherencia con que llevan adelante su obra.

El amor en especial, la recurrencia de sus espectros de amor me lo vuelve aborrecible —penas de amor, trabajos de amor, celebraciones de amor, copleros loquitos de amor: de nuevo la náusea que me doblaba cuando un sapo cansionero se arrancaba, con ukelele o a capella, a croar una farseta que soldaba su mujer a su madre, su amante a su mujer, sus hijos a Diosz, su novia a las flores, ¡el virgo y el vino, el honor y la sangre, el amor y el horror! ¿La desposesión de sí? ¡Nada puedo contra este fatal juggernaut que ponen a rodar tanto tus encantos como tus traiciones! ¡No hay solución: amarte me descerebra! (¡admira este claqué sobre nuestras masas encefálicas!) ¡Vengan penas, que vele mis ojos jartos de llorá el embotamiento del insomne, sea bienvenida una salvaje chaladura bien pimplada del aguardiente que atenuará mi condena! Amor y destino exasperados en

todas sus posibles combinaciones aneuronales: destinados a encontrarnos, a merecernos, a cabalgarnos, a separarnos, a matarnos —ante esa repulsiva baba sentimentaloide y letal que justifica transitar con naturalidad de la violación al martillazo me siento retado, síntoma de juventud: no me queda más expediente que cagarme en el amor en verso. Hago saber a los más pertinaces adictos al estro amatorio que más les vale asesinar a su musa o diversificarla. Ni caso. El menos afectado por el anuncio es el odioso Julito el Simpa, vate desecado que a despecho de su mote gasta un humor de lo más agrio (subrayado facialmente por alzamientos ametrallados de la misma ceja que juzga muy distinguidos) sebo desplazado hacia la nuca y un bigotillo ralo de galán pasao. Su Poema, que ha fotocopiado por resmas, impreso en tipo gotizante y enmarcado en un pergamino enrolladito de mural de escuela, clama

Si algún día pudiera meterme
dentro de una de tus lágrimas.
Y con ella
recorrer el encanto de tu rostro.

Sentir tu piel,
agitar mi ser
dejar que esa gota se evapore
y que lleve un poco de mí
a todas las partes,
para no dejar nunca de existir.

Que no haya un telón de secretos
ni abismos,
para que crezca entre nosotros
un amor verdadero.

Y saber que haberte amado
no resultó
en vano.

la voluntad

me da por saco, pero le doy el pase y pago. Mas hete que leyendo por primera vez, para comprobar el nivel ínfimo y no desmerecer en la próxima, las dos antologías publicadas, ¡lo encuentro en ambas sin cambiar una coma! ¿Un despiste de Benito? ¡Pues aquí está de nuevo el capullo! —y debe de pensar que padezco locura senil porque me planta el Poema delante sin decir palabra. Se lo devuelvo

Aquí se paga la novedad

esto es, se premia el esfuerzo pero dicho para que lo entienda. Con media sonrisa desdeñosa y una ráfaga de la ceja da la vuelta al papelito y cincela a boli ahí mismo, sin ahorrarse volutas

En la Quietud,
de tu Alma,
Amas el Amor.
Y a la Mujer que esta noche
está a tu Lado,
compartirás, siempre con Ella
Tu Corazón.

la NOVEDAD

Caramba, qué reflejos: vengan cien pelfas por el anacoluto. Pero, ¿qué lo impulsa desde entonces si no es la más pétrea jeta a traerme versiones en las que el único cambio reside en que la Mujer, pobrecita, está al lado del Simpa *esta noche* o *siempre*? Forata forata, que ahí aguarda su turno Alfayo Mega, hombrecillo pulcro y virtuoso irreductible del soneto en ABBA ABBA CDE CDE, arrastrando cuatro décadas en cada pierna y dispuesto, una vez más, a inmolar a su anciana esposa ante el altar de Eros o de Eres

Eres, mujer, el más bello boceto
del Divino Escultor. Desde la cuna
tu sonrisa es el canto de la tuna
bajo un balcón. Tus ojos son un reto.

Tus labios el abrazo de un abeto
a la nieve, creyéndose aceituna.
Bajo tu pecho llueven luz de luna
cuatro estrofas a lomos de un soneto.

Son tus mejillas góndolas marinas
y tus pómulos leves altozanos
donde zozobran savia las encinas.

Y qué decir podremos de tus manos
si son todo caricia y terciopelo.
Tú, Esmeralda, mi amor, eres mi cielo.

¡Quinientas pelfillas y una copa para el aedo Alfayo, ciego d'amore! Acepta una pensacola: no sopla jamás y lo que gana lo deposita devotamente en el cepillo de su santa. Guiña un ojo al decir *cepillo*. Qué tipo. Bien alejadas se hallan su firmeza métrica y un epigonal arrojo que no puedo sino calificar de postforbiano (donde Forbes escribiría *runa* él escribe *tuna*) de los que el muy profundo John Shon llama Endecasilatos, que el mismo John pare incansable como una manga churrera

Hablar con el ayer no satisface
Te espero simplemente y tal vez vengas
En la nube del sueño con que sueño
Que mi deseo forje tu presencia
Me pongo a platicar con esa sombra
Que fuera de ti en mí se queda
Me cala hasta los huesos me conquista
Y me parece entonces que estás cerca
Hablar con el recuerdo es pesadilla
Hablar con el silencio que me dejas
Es lo mejor que tengo sin tu cuerpo
Un poco más que nada igual que mientras
De lo vivido cruel fantasmagoría [?]
Del viviré una feliz promesa

de crujientes endecasilatos calentitos.

Sí, aunque no hayan recibido más que hosztias, cantores y hasta cantautores del amor que no falten: ahí cojea en mi dirección Iruretagoienetxebarri, un lunático que bajo los heterónimos de Iban Otxoa Grande (Excampeón de Mus) Patxi Arrozabanda (Pelotari Sindáctilo) o Aitor Menta (Txef Meteorólogo) perpetra una *Oda A Nuestro Satélite* en verso trompicado que se antoja infinita. Se despega la última entrega del esparadrapo de los muñones

La luna se quedó muy asombrada
de verse en el mar reflejada.
¿Cómo saber lo que pasaba?
Ella sintió gran timidez
cuando se vio aquella vez.
¿Qué es lo que ella llegaría a ver?
La luna no se aparece
cuando la noche se va acercando.
¿Será entonces que se ha disgustado?
La luna sale cada mañana,
del cielo oscuro que la encerraba.
- -.. - -.. - -.. - -..
¡Oiga!
Ddssculpe

improviso tratando de sacudirme la soporreta

Es tal el poder de ensoñación que encierra el poema, tan..., lunar..., y su confeso romanticismo..., tan musculado..., que yo qué sé

del cielo oscuro que la encerraba.
En Oriente, se apareció con cara triste; preocupada.
[???]
¿Es porque se halla enamorada?
La luna siempre aparece sola,
como esperando que el tiempo corra.
Laa luuunaa es beeeellla y cauuutivadddd

- -.. - -.. - -.. - -..

¡Oiga!

- -.. - -.. - -.. - -..

¡Despierte, cabrón! ¡Está echando babas sobre mi Oda!

Buenos días - -.. gracias: perdone. Aquí tiene doscientas cincuenta por los daños

(¿Seré capaz de llevar adelante digna y responsablemente la tarea que Benito me ha encomendado? Confieso que en ocasiones dudo tanto de mi competencia profesional cuanto de lograr sostener un mínimo sentido de la equidad —por no mencionar el allanamiento que del recuerdo de mi amor y de mi sentido del humor practican estos bárbaros poetisos.)

Porque, ¿qué hace quien no sólo ha renunciado a hablarse de la única mujer que ha amado sino que además tiene prohibido (¿cuánto tiempo?) hasta el sexo de pago y su único contacto íntimo con el género femenino está limitado a LA mano? ¡Sí! ¡Yo también deseo amanecer junto al cuerpo amado y que el cuerpo amado se lleve una porción de mis pensamientos y mis flujos todos los días! Pero, ¿podré resistir a la desesperación de enfrentar noche a noche mis más tiernos sentimientos a las canturrias galantes de Udolfo Rodolfo, el tronado más exasperante que pueda contener alma alguna de pegarrimas?

El loco de amor me llaman
el eterno enamorado
el iluso a mí me llaman
los muchachos en el barrio

Y yo la llevo muy dentro
y a mí nadie me comprende

Y el loco, loco me llaman
porque el cariño me prende

El loco de amor me llaman

porque amando yo me muero
y en amor nadie me gana
amando soy el primero

Aunque me llamen el loco
loco y loco yo la quiero

hala, cien pelfas para el electrochoque y aire, que haciendo cola está esa chica sorbida y fanée, siempre en compañía de una vieja cascada y blasée: atiende al enigmático nombre de Zigurat y parece, a despecho de tanto pipiolo trempado —incluyo a Amanda en la categoría— haber apurado las heces de la letrina del amor y andar hozando con renovada y hasta enérgica esperanza en la de la amistad, extinguidos los picores que le han dejado la fachada tan erosionadita

Se entiende por amistad
compartir esa mitad
q. de uno mismo damos
cuando una mano estrechamos
ofreciendo libertad.
Amistad...

Amistad son las mariposas
el sol, el aire, la rosa
y la mujer q. en su igualdad
trabaja y gana las cosas
dándose así dignidad

A la amiga Zigurat la lectura de los ilustrados le anquilosó la copla y las ideas pasiempre: preveo que voy a tener que rechazar la producción venidera, así incluya la *fraternidad* en la familia, si no logra dar el salto a la consonancia en -on.

Golpe a golpe de verso absurditi engorda la antología. Ya he decidido dar tribuna vip y paginaje rumboso a mi favorito, Perceval López-Rúa, que reúne en su obra los valores de un excepcional desinterés por lo que sucede entre dos o más cuerpos y una formación humanística desconcertante: Benito me confirmó que su única lectura es la Historia Universal de Virenque, cuyos infolios desencuadernados alfombran su cuchitril. Perceval pregona un aspecto y un espíritu coherentes con los que ya debía de gastar su rústico tocayo en la Yerma Floresta: va hecho un eccehomo y anda empeñado en recorrer la vía de la purificación —la poesía es su grial, vaya. Entre tanta bajeza hormonal es un alivio leer

En el barco de remeros
de los Reyes egipcios
la noche era inmensa
y La Luna
compañera de belleza

¡De acuerdo: de nuevo la puta luna haciendo de las suyas! ¡Pero qué concisión de tanka! (de tanka nilota: la ambición colosal de alzar ebúrnea torre con los cascotes de dos grandes culturas y las que hagan falta). Despliega con soltura de croupier una barajita de poemas. Celebro

¡Es-estás trabajando duro!

lo que me vale un breve sondeo de sus ojos pitarrosos —¡sosiega,

buen Perceval! ¡no hay sarcasmo en mis palabras!— cuyo resultado parece tranquilizarlo porque contesta con la mayor seriedad

Ayer, sin ir más lejos, escribí tres

(¡Tres! ¡Aprende, Simpa! ¡Tres poemazos en un día!)

Éste es en homenaje a Napoleón

Sur la Revolutión... [sic, pero qué importa]
Recuerda un jacobino en una
tarde de Checoeslovaquia
a los granaderos de a pie
del Emperador.
Y durante esta meditación
un sueño guerrero
me lleva
hasta Wagram, Austerlitz
y la etiqueta del planteamiento
es indudablemente
bonapartista.

¡La etiqueta del planteamiento! *¡La etiqueta..., del planteamiento!* ¡Indudablemente..., *bonapartista*! Estoy a punto de incorporarme y estamparle dos besazos en las mejillas, pero no alcanzo a distinguirlas. Mi excitación provoca que una franja verdosa se destaque en la mitad inferior de su rostro: ¡Perceval sonríe!

Fluctuoso y turbulento
recuerdo de la Francia
de Los Luises
salones de bailes vieneses
acogen príncipes
y princesas en
alegre inconnú [sí, sí, sic: pero qué importa]

¿De qué noble moisés se cayó Perceval cuando niño? ¿No son el

soberbio nombre y el apellido con guioncito y dos tildes pruebas de su sangre linajuda? Intuyo en la chapucera ortografía el eco ya apenas perceptible de una instrucción políglota y refinadísima truncada por ignominiosa conspiración de parientes. ¡Yo saludo en ti al Hombre de la Máscara de Hierro, a Kaspar Hauser y a todos los inconnús condenados por la codicia y la crueldad de quienes deberían haber preservado intacto su destino! ¡Yo..., yo...!

Me despiertan los cachetes de Benito, mantiene un bote de mostaza Conan abierto so mis ollares

Quizá está usted trabajando demasiado

Como..., Perceval...

Tranquilo. Cuando se desmayó no dejé que le pusiera las manos encima, no corre riesgo de agarrar infecciones. Se ha tomado demasiado a pecho una tarea a la que podría dedicar nada más que ratos perdidos

Buah, lo cierto es que mi día a día es cuando menos insalubre, esto es, como siempre pero con algún matiz. Camino menos y la ya cordial relación con el Mesías y su maletín prodigioso me ha engolosinado, ejemplo, con el dopabinol, un derivado del THC —al parecer lo sintetizaban en grandes cantidades en los laboratorios de Piriç— que libera los efectos del mejor cannabis ingiriendo una cápsula, lo que me evita los sanguinolentos ataques de tos que desollaban mis bronquios al empipar la Purple Goddess en circulación últimamente. Por la misma acera, vivir en y sobre una barra libre en que cohabitan la frasca de batalla con la botella selecta y el gusto por la mezcla —no, de ningún modo compararé a Andru con Frisco por más que sea capaz de simultanear la agitación de cuatro cocteleras: pero afición y toque no le faltan— es un paraíso para la nula templanza. No me ha dado por transgredir aún la regla del triple seis, pero el estado de mis mucosas nasales delatan un consumo de piedra del santo más que imprudente. Cómo esta sucesión de días intoxicados no aplasta mi último resto de lucidez o me condena al oxígeno y el gotagota es algo sólo atribuible a una naturaleza menos escuchimizada, no obstante las décadas de obstinación en el vicio, de la que acostumbro a jactarme por tic defensivo —naturaleza que, aun sin haber hallado su límite,

exige su tributo con alguna frecuencia desenchufándome sin aviso, catapum.

La intensidad de trabajo —inercia creativa sobrevenida por la visita de la Hija de Méndigho— va cediendo y el flujo de escritos recupera la intensidad normal. La epidemia grafómana ha afectado de manera diversa: Andru ha pasado a limpio las cuentas de los últimos años, Benito ha resuelto unos centenares de crucigramas y hasta el pobre Dostó ha mejorado de su catatonia y me tiende, en tres noches consecutivas, los penosos episodios de su deterioro:

la sangre genera electricidad

Experimentos recientemente realizados (por mí) en Capitolia demuestran que la sangre contiene y genera electricidad. Creo que es la primera vez en la Historia que se efectúa tal experimento o similar. La sangre genera electricidad en cantidad sorprendente: recién extraída, 1,10 voltios por unidad (o pila eléctrica pequeña); diez minutos más tarde mide 0,98 voltios; dos horas más tarde genera 0,88 voltios; al día siguiente, 0,80 voltios y hoy, catorce días después, se mantiene midiendo 0,80 voltios.

Extraída de vena —quizá de arteria genera más.

No sé cuánto genera en el interior.

La sangre (aparte oxígeno y nutrientes) lleva electricidad a todo el cuerpo.

La sangre está compuesta por más de veinte materias, la mayor proporción es agua, 90 y tantos %. Parece evidente que el principal aportador de electricidad a la sangre es el agua.

El corazón es una motobomba-generador de electricidad que se mueve a impulsos eléctricos. Es razonable pensar que la electricidad de la sangre le induce el movimiento.

Esto es un nuevo campo de insospechadas posibilidades para la Ciencia Médica.

Quizá puedan curarse ahora enfermedades que eran incurables.

Es posible que la hemofilia sea a causa de un desequilibrio en la carga eléctrica de la sangre. Es posible que yo sepa cuál líquido, inocuo y con

alto grado de electricidad, se ha de inyectar en los vasos para aumentar su potencia eléctrica.

Es preciso medir el contenido eléctrico de la sangre de un hemofílico y en su caso inyectar agua o agua tratada

etc., etc.

y

URGENTE – AL MINISTERIO DE SANIDAD –
a todas las personas

He encontrado una manera de superar la angina de pecho casi siempre, sin tomar ni comprar nada.

Es necesario difundir este método que siempre es beneficioso. Podemos salvar muchas vidas en el mundo hoy mismo. Está fundamentado en nuestro consejo básico para vencer el dolor: lejos de ponerse del lado que no duele [hay que] *torsionarse, buscar el dolor, afrontarlo, retorcerse para donde más duela —aparte otras razones.*

Consiste en hacer dos cosas y una tercera, opcional; a veces con hacer la 1.ª es suficiente: ante el menor síntoma, un dolorcillo en el pecho o lo que sea:

1 – Hinche el pecho a fondo, todo el tórax, la espalda, los costillares, distiéndase, expándase. Repita, insista.

2 – Mueva las cejas arriba y abajo a fondo. Insista, repita. Si el ataque persiste, busque ayuda médica mientras sigue haciéndolo.

La 1.ª casi todos los cardiólogos con quienes he hablado hoy mismo están de acuerdo; la 2.ª es más reciente y aumenta el efecto beneficioso — Yo ya sé que 2/3 de los ataques cardiovasculares se convierten en ataque cerebrovascular—

Mover las cejas arriba y abajo despeja la cabeza— Hacerlo cuando no hay nada, solamente dolor de cabeza, migraña, etc., alivia dicho dolor casi siempre en 3-5 minutos.

La electricidad mueve al corazón, que hasta ahora se creía nacía en el nódulo sinusal —¿por generación espontánea?— Asimismo en las cardiopatías interviene un fluido etéreo invisible de tipo magnetoide que se expulsa en todo o en parte al realizar la función de torsionar, hinchar el tórax a fondo —(aparte esta acción suponer más oxígeno, etc.).

Esto es muy importante. Es totalmente inocuo, siempre beneficia, puede haber caso en que sea preferible hacerlo con prudencia como fractura, prótesis, aneurisma y otros.

Esto no necesita más estudio ni prueba porque es tan natural como el respirar, hágalo y recomiéndelo ya

etc., etc.

y

información y opinión pública

¡Constrúyase de inmediato en Capitolia el Hospital más grande y más completo del Mundo...! Tendrá colegio de médicos de todos los ramos y los estudiantes cobrarán 'nómina obligatoria'... Habrá supermercado público día y noche y Bar Restaurante con cafetería, churrería y pastelería... Farmacia permanente día y noche... Sauna, baños, duchas... Peluquería señoras-caballeros y ortopedias, además de ópticas y gimnasios. Debe de tener conjunto— Hotel económico... El Hotel es para visitantes de quienes están hospitalizados y para quienes no tienen donde ir o vivir...— Con lo que ganan de lo que he escrito aquí y alguna otra cosa como gasolinera propia; reparación y limpieza; autolimpieza y engrase y lo que puedan poner en 'El Mejor Hospital del Mundo'— se mantendrá por sí solo.

¡¡¡Cuanto más pongan más ganarán, para el mejor 'Hospital' con todos los adelantos médicos y no morirá nadie en la lista de espera!!!

pónganse de inmediato de acuerdo todos los partidos políticos... Los soldados cobrarán una nómina obligatoria... Las mujeres recibirán una enorme cantidad de dinero por el nacimiento de un hijo y nada de nada por el nacimiento de una hija

etc., etc.

¡Pobre, pobre Dostó! Benito quiere que muera en su cama. Ha contratado a tres Siervas de la Llaga para que nunca esté desatendido.

(¡He aquí que he recuperado la perdida autonomía de antaño y la ciudad es mía hasta donde mande mi cautela!) (¿Era tan sencillo?). En Casa Barrett

¡Fuerano, cuánto de bueno!

me saluda el jovial civismo de un territorio libre y hasta el anciano rufián abandona su chaise longue para servirme él mismo una copa de Tónico Mariani, anticipándose a mis apetitos con memoria infalible para el vicio ajeno

Lamento decirle que La Rompida nos abandonó hace ya tiempo, este territorio se quedaba corto para sus posibilidades..., una vez más (son incontables) he lanzado a una muchacha a la Phama..., no le guardo rencor, mi local ha sido siempre un trampolín para las profesionales ambiciosas. Creo, no obstante, que le interesará una nueva experiencia... Aguarde un poco, se lo ruego

Isquia tiene su esqueleto minuciosamente tatuado: afloran en su piel costillas, vértebras y carpos, la calavera en la cabeza afeitada. Sus ojos brillan fiebre al fondo de las negras cuencas, su cuerpo es suave y frío y evocar la forma en que la punta de su lengua atacó los puntos busha en la base del rafe me estremece todavía. Voy a ponerte el palote como el cuello de un loco, fue lo único que dijo. Y cumplió. Cumplió. Esa noche inauguró algo, aparte del desatoramiento glandular: la definitiva y feliz conformidad con una vida en la que no falta de nada. Fornicar, beber, charlar, leer poesía mala y dormir entre doce y catorce horas al día.

Confidencia de Benito en El Fletán tras repasar el correo antes de la cena

No sé si alguna vez le he dicho... Mi matrimonio acabó de la mejor

manera posible. Suri se fugó con Usmail, poco después me llegó su petición de divorcio. En una carta encantadora y prolija me contaba que a fuer de su amor, Usmail se había ganado su colaboración para un programa de mejora: iban a poblar la isla con chigros a los que pensaban cruzar en el futuro con caribe aborigen. Calculaban que en ocho generaciones sabiamente encastadas una porción de sus descendientes poseerían los protorrasgos que la entera humanidad está destinada, en términos evolutivos, a compartir en unos pocos milenios. No pude, ante un proyecto común de tal envergadura, sino aplaudir su decisión, desearles un prolífico porvenir, apadrinar al primero y abrirle una cartilla. Me acaban de enviar una foto: se llama Esteban Chow en honor a mi abuelo euskariota, Estebantxo

me muestra a un precioso txinito de ojos azules y pelo rizado, se le escapa un juaujuau de puro orgullo

Usmail consiguió, por métodos que ignoro, subvertir la anorgasmia de Suri y que dejase de tañer el condenado palitroque

reincide en el juaujuau, empalma un soñador ayayay. Qué despreocupadamente indiscreta ha sido siempre la vida de esta mujer. Negada la vida interior, queda la íntima.

Se ofusca de pronto en el Peñazo con esa húmeda fijeza propia de las despedidas definitivas. Se lo digo, se sobresalta

Muy perspicaz..., pero no. Antes tendría que irse a nado

Así será. Pero me mira raro.

Sube la temperatura para mantener el ánimo popular en una sana desesperación y durante seis horas al día las calles desiertas se funden y las persianas bajas compactan las fachadas. El aire acondicionado de los innumerables edificios públicos ha colapsado la central eléctrica, ergo el funcionariado disfruta de unas breves vacaciones y los cacarras negocian una tregua, quién se pone a asesinar con este calor. En un

camping de roulottes de las afueras se gratinan cuatro familias en sus hornos de chapa, un mercancías descarrila en un tramo de vías deformado —no hay junta de dilatación que aguante este veranillo comanche. El humo del incendio que fríe el último pinar de Sierra Mellada, arrastrado por el terral que lo aviva, enciende los más bellos ocasos que haya contemplado desde que llegué, las garrapatas prosperan en el herbazal agostado de los jardines públicos. La última diversión de los niños, pasada la moda de la mortífera perinola, consiste en eyacular con jeringuilla un chorro de gasolina inflamada, a modo de lanzallamas en miniatura, sobre los desdichados que duermen la merluza a la sombra contada de las aceras. Que ronquen con la bocacha bien abierta y luzcan una barba florida es el colmo de la buena suerte. Es la forma que tiene Relámpago de decirme que no volveremos a ver a Perceval López-Rúa, príncipe de los poetas de la calle. Al tiempo, deposita en mi mesa un fajito de papeles chamuscados. Los poemitas son enojosos, una porquería: puedo afirmar ya con cierta perspectiva que la visita de la Hija de Méndigho esparció el polen de una demencia persistente que ha desmoronado las últimas defensas de los más débiles y corrompido el manantial en que abrevaba el raro talento del mejor. Unos y otro han acabado por escribir lo que no quieren. El Dostó testimonia la primera variante, la obrita póstuma que desmiga su ceniza junto a mi agüisqui es prueba de cargo de la segunda.

(No será necesario incinerarlo

comentó en passant el hideputa de Julito el Simpa, ¿aliviado de competencia?: ¡juro que si llego a tener una botella a mano se la estampo en las pestañas! Salió de estampía haciendo que me sienta lo que no soy, un matasiete.)

(Lo que más me irrita es que todavía no me había dado tiempo a formular un *pobre Perceval.*)

Benito no mentía en cuanto a sus quehaceres. Nos vemos poco y luce invariablemente exhausto.

Otra noche irrelevante, qué paz de espíritu procura tanta estabilidad. Ahí recoge el cambio el sordo que tira la pensión en la máquina tragapelfas —a la que Andru *ha quitado el sonido* porque el único que juega es el tal sordo, así motejado: Sordo. Un notable ejemplar de simple que renquea escorado a la quasimodo y un pavo con piorrea al que dicen el Herboso entretienen la velada acercándose a hurtadillas al jugón, ensimismado en su rotante universo de fresones, mandalas y picotas, para propinarle ominosas tobas en el pabellón de la oreja —que el desdichado protesta, desviada su obsesión durante un segundo, acompañando con un par de manotazos la emisión de algo semejante a un trombón de hemorroides: los agresores se funden en un risueño abrazo fingiendo regomello y celebran su extraordinario ingenio con otra ronda hasta que el aburrimiento los empuja a engatillar el dedo corazón en el pulgar y reiniciar el martirio de los tumefactos soplillos del Sordo

Sea ca bó la juer gue ci ta

silabea Andru. Los memos se enfurruñan en sus vasos, estrellan las monedas contra la barra con ímpetu de dominó y abandonan la taberna mascullando improperios (inteligibles). Se acabó la juerguecita. Agotado el peculio, Sordo rumia cotidiano y vacuo remordimiento en un taburete. Su salvador desenchufa el trasto infernal, le sirve un café, se esponja la frente con un pañolón verde y saca de la cámara un barro —*su* barro, un gres de dos pintas con la base dentada de carámbanos— que inclina bajo el grifo y llena piano piano, mimando ángulo, flujo y altura hasta coronarlo de merengue: sus mejillas se tiñen de un místico yoquesé cuando lo eleva en pose que conjuga al feliz gambrinus con el cura transubstanciando. La capilla anda escasa de parroquia y quizá lo que semejaba una defensa gallarda —más jaquetón que dos jaquetones, dicen aquí— no ha sido sino un intento de aliviar el tedio, como sentarse a mi mesa y brindar

Salud y pelfillas
Y tiempo para gastarlas
Acabará con mis mismas orejas de repollo. Pero yo fui boxeador, no pirobanderillero

su nuez sube y baja y sube y baja y sube y baja y sube y baja, vuelve a tremolar el pañolón, desnata la punta de la nariz y los mostachos, hipa, rehipa, regüelda, dos lágrimas de dicha barnizan sus ojos, ríe como un chavalote al posar la jarra exhausta con un crujido de hielo fracturado

¡Sí..., bluaarp..., señor! No sé si es usted aphicionado a la Phiesta..., beeeuurperdón. Si es así, no dejará de sonarle el nombre de Pepín de Managua

¿Pepín de Managua? ¿Pundonores?

¡El mismo! ¡Pues ahí lo tiene!

pongo cara de continúe, baja la voz

No está sordo, en realidad. O no del todo, digamos. O depende del idioma en que se hable. No sé explicarlo mejor

> *Recuerdo una entrevista que concedió a..., a Deoth, a un colega con motivo de su jubilación. Un tío vivaracho que parecía oír y hablar con absoluta normalidad*

¡Ahí está, la tengo en mi álbum! ¡Grran entrevista! ¡Enorrme entrevista! Fue inmediatamente antes de la corrida de homenaje a la gloria que con su oficio aportó al arte. ¿La vio usted?

> *No, no. Mi aphición a la Phiesta es limitada. De hecho sería incapaz de recordar el nombre de cualquier otro pirobanderillero —por no hablar de enhebrar las palabras corrida, homenaje, gloria, oficio y arte en la misma frase*

Andru entorna los párpados y da comienzo

LA VACAMAQUIA

Usted se lo pierde. Yo digo que no hay emoción comparable a contemplar a un hombre con muletas enfrentándose a su enemigo natural, la vaca cimarrona..., pero al coso, si es que le interesa: la corrida fue en la Plaza de Las Destazadas, ahí es nada, llena a reventar de buenos aphicionados que no habían olvidado esas tardes en que Pundonores

lanzaba su cuerpo rechoncho con ímpetu de bala de cañón, pirobanderillas en alto, contra una res ya arrancada hacia el osado para..., ¡para no empitonar más que aire mientras las bengalas inflamaban prestas la misma cepa del morrillo...! ¡Qué agilidad lebruna, qué quiebro inimitable de almorzas en el último segundo, qué estuporosa exoftalmia desorbitaba los ojos del animal —confiado en estar ensartando al retaco como una aceituna gordal— cuando sentía el zarpazo de la pólvora chamuscándole las entendederas mientras el pícaro torturador se catapultaba tal que una judía saltarina sobre la barrera, ya fuera de su alcance!

Jjjoder qué preámbulo más vistoso. Suspira

El cartel reunía a tres figuras de la época, El Fuguillas..., nononó, Miralcielo, Gaby Bomárquez y Joselín el Lencero..., los dos primeros ya vaqueadores consagrados y el Lencero con ganas de darse al cacho. Pepín iba a honrar con un par de pirobanderillas tornasoladas —de traca doble, las de despedida— a cada vaca: ya le faltaba el fuelle para hincar las seis de rigor por cabeza

bebe

Seguramente se encomendó a Diosz antes del paseíllo, rogándole que la corrida fuese memorable: y Diosz tuvo a bien concederle ese deseo. Saltó al ruedo una vaca coloradota, ubriescasa y retrancada que paró en seco justo al inicio del famoso quiebro michelín, tan enfáticamente ejecutado que la inercia lo llevó a enlazar dos trompos y medio: quizá podrían haber pasado por adorno si la taimada no hubiese aprovechado la momentánea desorientación para apuntar al bulto. Volaron las pirobanderillas como fuego griego en dirección a un tendido en donde prendieron sin dificultad en una chistera cordobán y en un falso moño con peineta que marcharon a enfermería con pronóstico reservado. El respetable aplaudió con ganas, no obstante, alentando al veterano que ya enfrentaba, rematada sin gloria la anterior, a una novilleja calimocha, apescozonada y mustia que le presentaba el rabo cada vez que la encaraba, oreándose la pólvora hasta que en sus manos sólo humearon dos tizones que arrojó con rabia al albero. Arrancose al punto el innoble animal y vuelta Pundonores a corretear y a saltotear sin compostura: pero honró el respetable con fresco

aplauso el frustrado esfuerzo, denostando a ganadería tan esquinada. A la tercera de la tarde, moronda y cariacontecida, logró plantarle un palitroque en la yugular. La deflagración la desangró en medio minuto: seis sacos de arena y serrín empaparon la hecatombe. Aplaudió dividido el respetable esa suerte jamás presenciada con un punto de horror y chufla, lanzole Joselín una mirada torva porque el trapío y la bravura del animal prometían y aún no había lucido sus dobles pañoletinas en la plaza. A la cuarta, una boyaza boquituerta, zancona y enchancletada, pudo clavarle el par según canon, aunque un defecto en la carga sofocase las tracas antes de churruscar carne, arrebatando al lance lo que tiene de más vistoso y animado. Lástima, por otra parte, que sólo cinco buenos aphicionados se percatasen de que Pepín parecía recuperar la perdida maestría: porque el resto del respetable, transistor en mano, se había puesto a hacer la ola coreando el nombre de Yrundain, biciclista local que acababa de coronar el Tourbillon luego de épica escalada. La ola duró hasta la quinta res, parapléjica que fue devuelta al corral en camilla. El despiste de un mozo —que no se apercibió de que abría el primer portón de chiqueros sin estar aún franco el segundo— lanzó a la siguiente por el interior del callejón mandando al personal al albero a golpe de mochadas y puntazos: tan flexible se mostró en las revueltas, tan prestamente dextrógira y levógira, tan engolosinada en la embestida de pasillo y tan poco dispuesta a deponer su actitud que la Guardia de Plaza hubo de reducirla con dos ráfagas de fusil de asalto. Ya la mitad del respetable abandonaba sus localidades con mucho que reflexionar acerca de la Phiesta cuando la sobrera, una morlaca cornibisoja y menguada de buenas intenciones, irrumpió en el coso manoteando arena y bramando trueno y badajeando ubres y astillando burladeros..., pavor daba el peazo bicha..., disculpe, estoy seco. ¿Damos presión a las birritas?

Venga

y de vuelta

¡Gracias! ¡Es un placer escucharlo, Andru! ¡Percibo décadas de abono con veguero en el..., en el..., ¡Tendido del Entendido!! ¿Lo coge?

Gracias a usted por la flor, pero no se equivoque —y deje descansar ese porro, empieza a decir tonterías. La hipertensión atípica que padezco, derivada de mi vigor natural, me impide asistir a la Phiesta: pero los

amigos me cuentan las corridas con provecho y no hallo mayor placer que el de recrearlas una y otra vez en mi memoria hasta dotarlas de mayor viveza y sentimiento que las originales. Lo considero una obligación para con este rito ancestral en que vida y muerte se entrelazan como el yin y el yang en místico círculo que también es laberinto en que Teseo y Minotauro se enfrentan en eterna pugna..., ¿sigo?

¡Se-se lo..., se lo suplico!

(¡me tiene acojonado!)

Salió Ramiro Vélez, Desperdicios, *con quien Pundonores había ensayado los primeros palos en la cuadrilla del Mangui —lloraba de rabia el veterano peón al ver cómo se le torcía la última phaena al amigo— blandiendo los capotes con vibrantes jejés y jaujaus provocadores. Acudió de largo al cite la cornúpeta, a la que aún dio tres medias carolinas trompicadas antes de que una de las bregas se le enredase en un pie y un súbito ventarrón, augur de la tormenta que estaba al romper, le retractilase el careto con la otra, montera inclusiva: circunstancia que permitió a la por mal nombre llamada Muslera tirarle un traicionero derrote al perineo que (progresando hacia la rabadilla) sembró los desperdicios de Desperdicios enfrente del burladero tras el que Pepín se hacía el loco mondándose los padrastros. ¡Al tiempo saltaron al quite Bomárquez y Joselín, estorbándose y retándose y exhortándose a abandonar la liza!: la vaca entretanto se encelaba en el cuerpo malherido, al que sólo el generoso arrojo de los subalternos logró regalar unos minutos más de la espantosa agonía que habría querido ahorrarse. Los vaqueadores, arrolladas las muletas al brazo, cruzaban los aceros mentándose a sus madres, espectadoras consternadas del fin de una reputación sostenida a golpe de luto anticipado y rictus desgarrao. Un clavel rojo floreció en el esternón de Bomárquez tras fallar una parada en cuarta baja: abandonado el campo del honor a pesar de su empeño en seguir dando brega al estoque, quedose solo El Lencero lustrando la hoja en la taleguilla. El animal trotaba en círculo con desafiante garbo, dirigiendo miradas altaneras a los tendidos y corcoveando y caracoleando tal que un joven garañón. Detuvo el joven maestro con ademán desabridísimo a quienes de su cuadrilla pretendían asistirlo, ordenando a Pundonores —la punta de la tizona a medio palmo de la golilla del desdichado— que* cumpliera

articulo un buf

Buf

Pistacho y gualda como la divisa de un ceferino lucía su tez cuando prendió las mechas y asomó la panza, falazmente animado por una patada en las partes viles, a la Arena de la Verdad. La homicida frenó de golpe piruetas y garabitas. Lo miró con pausa: sus ojos despedían más chispas que las pirobanderillas que le estaban destinadas. Y elevando belfos y ollares al cielo de pizarra exhaló un formidable bramido que fue contestado desde ese mismo cielo con un relámpago nuclear —barrido sin transición por un trueno de la hosztia que desató el chillerío del respetable

> *Disculpe, Andru, ¿otra ronda? Desde 'Pistacho y gualda...' le chasquea la lengua contra el paladar en discurso complementario o percusión de apoyo, síntoma de secarrina*

Olvídelo, estoy lanzado y ya las pesadas gotas de baba de bestia se mezclaban con pesadas gotas de baba de nubes cuando esprintó sus seis quintales hacia ese tembloroso suflé de lentejuelas: ¿qué retuvo en el albero a Pundonores sino las cualidades que justificaban su sobrenombre? ¡Pero ese ejemplo de arrestos destinado a perdurar en la memoria del buen aphicionado fue aniquilado por los que no puedo sino calificar de sucesos posteriores! *Amagó Pepín a un lado, amagó al otro: ¡la vaca no desvió un grado su trayectoria y el demonio de la espantada lo abalanzó hacia Joselín en alas del canguelo! ¿Prefiriendo quizá el estoque a los pitones? ¡El cielo cabrón vació su sopera sobre el respetable pero el respetable era tan incapaz de moverse como de abrir un paraguas! ¿Qué sucedió entonces?... ¿¿Qué sucedió...??*

> *¡¡Jriszto!! ¡¡Eso!! ¿¡Qué sucedió!?*

¡No encontrará testigo, salvo Sordo, capaz de responder a esa pregunta! Hay un lapso de tiempo en blanco, una acción que se hurta: la que media entre el remate de una acometida que —en esto el acuerdo es absoluto, así sea entrevista a través de un telón de lluvia— se anuncia mortífera y la escena que descubre la repentina escampada del temporal: ¡Pepín, chapoteando a cuatro patas, trata de embutirse en un burladero! ¡La vaca tira tainas como un potro de rodeo con la pirotecnia clavada en el hierro de la ganadería —vamos, ¡en mitad del mismísimo jamón!— y medio estoque asomando del lomo bajo! ¡El Lencero se convulsiona con el escroto poché —¿una patada o una coz?! ¡Se acabó el chaparrón de bragolines y sujeles volanderos que ensombrecían el sol durante sus phaenas como las flechas del ejército de Jerjes!

ahoga el berrinche con el culo de cerveza

El respetable enmudeció, haciendo audibles las voces destempladas de los subalternos reclamando a las asistencias..., voces acalladas por un tableteo de fusilería: la Guardia de Plaza vaciaba unos peines a bulto en el monstruo al fin inmóvil..., de nuevo un silencio estuporoso, humo de pólvora aventado por la cola de la tempestad..., hasta que restalló, sosteniéndose interminable, un silbido vitricida prestamente imitado por diez, cien, mil morros..., la entera plaza era un chiflo infernal y en dirección a Pundonores —que aún trataba de incorporar su cuerpo tundido y embarrado— se precipitaron almohadillas, dentaduras postizas, bocadillos de panceta y tarteras con sardina a la paprika, frutas de estación, bastones de resorte con la hoja nuda y un sonotone de diseño preindustrial que le acertó en pleno entrecejo: lo aferraba entre sus manos cuando salió dando tumbos por el callejón, perdiéndose en el atardecer mientras el respetable seguía improvisando en la plaza una sinfonía de la peor leche, quién sabrá por qué. Lo encontraron tres días después, al amparo de un puente a las afueras: desnudo y meditabundo entre los juncos, el gigantesco sonotone le tapaba los colgajos. Cuando renunciaron a quitárselo se dejó llevar dócilmente a casa. Anacusia postraumática, diagnosticaron los médicos

y ludomanía crónica

añado, cuando quería decir *qué trágica historia* pero la priva no perdona, venga otra loncha de santo

Bueh: desde la reapertura del local viene cada noche. Antes quemaba la pensión. Cuando lo reconocí, perdidos sus kilos y su orgullo, logré que aceptase tres mil pelfillas que le deslizo religiosamente en cuanto aparece para echar en la jodida maquinita. Con tal de no buscar la ruina a su pobre vieja, que pasará a recogerlo dentro de un rato. Y si le cae el premio le prohíbo que lo reinvierta. Total, las recupero abriendo la caja sin más y hago algo de bueno por quien fue figura menor de la Phiesta, si usted quiere: pero echa carrera honechta y chochtenida no mereche perecher tan cruelmente, ni caer en el olvido la chingularidad de su echtilo

¡Se lo dije! ¡Su lengua es pura mojama! ¡Está descervezado!

¡Una ronda de urgenchia, Picharrita!

ya se ha hecho de rogar la recuperación de líquidos esenciales

Blarp y reblarp..., perdone, carezco de hiato y de educación..., un día baja la Giovanna —nos conocimos en Perugia, por si no lo sabe, en el Simposio Intersexual de Artes del Puño: ella defendía el título de peso tanqueta— que es que no aguanto ver su culo en el negocio, a ventilar gilipolleces domésticas y empezamos a discutir en capari —siempre siempre discutimos en capari por los niños, las burradas suenan mejor— se lía a upercutes, que sabe que me joden y cuando logro mandarla de vuelta arriba ya a puntito de descargarle la hebilla en donde caiga

(he sido testigo en una ocasión de las viriles maneras de Andru con su oíslo y viceversa)

sorprendo una expresión desconocida, por lo atenta, en el rostro habitualmente viracocha de Sordo: con mucho esfuerzo y tras un carraspeo abominable, susurra

Buona femmina e mala femenina vuol bastone

¡Coooojjóder...!

Eso mismo se me escapó junto con el cinto. Inquirido a continuación en itálico estándar, se negó, no obstante, a pronunciar una palabra más: pero me guiñaba ora un ojo ora el otro con simpática complicidad. Tardé meses en urdir la estrategia con la que casi he logrado que retroceda a aquella tarde..., pero, ¡vamos! —el local está vacío y quizá le arranquemos unas palabras si supera la mudez que le contagian los extraños..., aunque ante usted, he de decírselo, resulta de lo más fácil ponerse a largar, Amigomío

¡Será porque nada de lo que me dicen me interesa un peperone! (¡Eso, a la barra, a la barra: cerca de los gotagota!)

Se acerca muy afectuosamente a Pepín y le habla al oído, il mio amico he pillado al paso mientras tiro torpemente de grifo haciéndome el despistes. Me acerco empapado en cerveza y estrecho su mano tentando arquetipos de admiración (¡jo! ¡ufa!) mientras

Andru saca de entre dos cámaras una caja de cartón grueso que, una vez desplegada y ajustadas las pestañas, muestra una plaza tridimensional en miniatura con medios, tercios, tablas, rayas de picadores, burladeros, barrera, callejón y tendidos, un primor de juguete de niño antiguo. Con voz suave pero firme

Peppino, Peppino! In nome dell'Arte Vaccina! A che ora incomincia la corrida?

Pundonores (¿o tendré que llamarlo Punti d'Onori a tenor de la metamorfosis que se avecina?) clava los ojos en la plaza y carraspea interminablemente, el cuestor insiste

Peppino, Peppino! In nome della più grande delle Arte! A che ora incomincia la corrida?

el carraspeo se eleva, desciende, culmina en un estertor asmático

Uuuarrgh... A..., a momenti..., uscirà la..., la squadriglia

Vayavaya. Está fatal. Normalmente sigo un orden estricto en el cuestionario, de lo general a lo particular, pero no..., no se encuentra a gusto. A ver si yendo al ajo lo pillo por sorpresa

Sitúa dos toscas figuras de papier maché —un matador con el estoque desenvainado y un gordito con banderillas en alto— en el coso. Florecen dos farolillos de carnaval en las pupilas de Sordo y

Peppino, Peppino! E quando uscirà la vacca Muslera?
el pobre viejo se echa a temblar y a carraspear sin tregua

Pepp...!

¡¡Bbbrraauaagh!! Subito! Subito! Appena suonerà il clarino...!

Buf. Lo dicho. A quemar etapas

Me empieza a inquietar la doctrina de este médium vacuno: ahora sopla una trompeta de plástico, introduce en el coso un buey de belén apaciblemente recostado (¡la cosa es simbolizar!) saca el chisquero y aplica la brasa a las banderillas de la figurita gorda: ¡chispean festivas dos bengalitas de cumpleaños!

Peppino, Peppino! Le banderuole splosive!

las glándulas del desdichado riegan abundante sudorina sobre los tendidos, ¡una bombilla estalla sobre nuestras cabezas pero nuestras cabezas no se desplazan un milímetro! ¡Aúlla Pepín como si le estuviesen estrujando los compañones del alma!

¡¡Uuuaaauuaaarrr!! Le..., le..., le banderuole di fuoco!!

Andru empieza a desplazar al buey en dirección al chispeante rechoncho y al chispeante rechoncho en dirección al estoquechín

¡¡Brreeeuurgh!! La vacca, Maestro! La vacca!!

sus dedos engarabitados están perjudicando gravemente la estructura de los tendidos seis y ocho

Peppino, Peppino! Che sta facendo ora il ammazzatore?

La vacca, Maestro!!

¡Peppino, joder...!

Lavaccjjaaaaaaaaubragh...!

¿Qué? ¿Practicando el exorcismo floïdiano?

se aproxima Benito superponiendo una sonrisa de Papi Banana a su cansancio

¡Su vieja está al caer, no vayamos a cagalla!

Pepín iba a desplomarse pero ya lo atrapa y endereza el recién llegado

¡Aúpa, figura!

¡Mierda e merda! ¡Nunca había llegado tan lejos...!

rezonga Andru mientras extingue las bengalas con las porretas y saca el pañolón verde (¡que devuelvan la vaca al corral!) para enjugar las lágrimas, el sudor, la mocarra que ha secretado tanto sufrimiento

¡Vuelves a estar hecho un princés, Pundonores!

y ya despatarrados en los sillones

Infeliz Pundonores..., la aphición de Andru va a acabar con él

> *Me mortifica más que no se defienda de los dos patanes que le zurran las orejas*

Andru se encarga de que no se propasen desde que le quitamos la puntilla al viejo. A un tipo que lo reconoció y tuvo la ocurrencia de cantarle una copla de las que

aprieta el botón del interfono

Andru, ¿se ha ido ya Pepín? ¿Sí? ¿Cómo era la copla que le cantó el temerario aquel?

sale del altavoz un aire aflamencado

Er Pundonoreh cree
que ir ar cuarteo
eh jincar palitroqueh
en loh cuartoh traseroh

Ahí está

se regocija

Le sacó las mantecas

La peculiar insania que define esta taberna filtra la violencia exterior, me doy cuenta con intensidad variable cada vez que vuelvo de un garbeo, con tupidísimo tamiz. Pasan los días idénticos, se me escurre el tiempo indiscernible como lefa entre los dedos: la condición de tal regularidad es la perseverancia en desempeñar cada uno (de suyo arrinconado y excluido) su papel de pacífico tronado, de dejemenpaz. De nuestra tenacidad en representarnos noche tras noche depende la solidez de nuestras murallas: nos sentimos protegidos porque nos protegemos implícitamente, así sea con el mayor desdén. Nadie, en general, quiere saber nada del otro, los habituales no se saludan, se defienden territorio y copa con gruñidos lobunos: pero detentamos y detectamos el olor común de la manada y aborrecemos al nuevano que no se somete a ella según entra: para ello es imprescindible una esencial sintonía entre la calidad de su tedio y el que aquí se expende, nada de amable conversación, marchamambo y señoritas sorbiendo mosto gasificado en copas de flauta. Al cerrar la puerta se quedan afuera los pepinazos, los tiros en la nuca, las viscerales proclamas del Gran Konsejolari en loor de la subespecie capitolina, los curas panzones, el sol aplomado, el encanallamiento y la cobardía —que vaya si encajo, como el resto— de quienes sostienen habitar el paraíso mientras hacen de la vida ajena un infierno. ¡Ojo: yo he encontrado el paraíso en este infierno y si de alguien es este paraíso en el infierno es de quien lo descubre: mío, mío pues! El paraíso es hablar con desgana a un acompañante que minusvalore ilaciones y agudezas (o prefiera los silencios) vivir de gorra, dormir hasta el calambre muscular en una cama digna, disponer de barra

libre y media docena de variedades de dopa a mano, carecer de objetivos que excedan el carpenoctem, contemplar por fin los años transcurridos y los por venir bajo la ausencia de finalidad, hombre entre hombres o bestia entre bestias, adormecida la voluntad, enrasados a cepillo los días hasta que de ellos no sobresalga un nudo que de cuenta de la veta —si no es examinándola con una atención que se revela ociosa de antemano. No trabajar, no padecer a un anciano padre que te implora un cigarrillo ahora que no está mamá ni a amigos que exijan la regular pantomima de hacer ajoajo a los mocosos que no has querido engendrar en un ataque de acefalia. Y alrededor, pumpum.

En cuanto al sexo, mal que bien, me voy apañando. Pero hasta el sexo es postergable y de algún modo es *instructivo* amar fugazmente hasta que uno acabe por amarse con exclusividad.

(Mentira. Mentira. El sexo siempre está ahí, jodiendo.)

Me animo a echar una partida de guabillar con el Mesías —que antes de cada tacada me persigna mientras masca un acullico tch tch tch con parsimonia: bendición tras bendición, chasqueo a chasqueo, Pachamama nueve-Garraiz uno cuando surge de la puerta con patas de gamo un grupito de individuos embutidos en monos impermeables con mascarillas, excelente motivación para una remontada

Huy la hosztia

Desencapuchan su identidad ¡Desgraciao! ¡¡Relámpago!! ¡¿¡Benito!?! —más media docena de desconocidos. Ya están vestidos de calle y *todo tan normal,* Pizarrita emburruña los disfraces y los hace desaparecer en tres tandas —¡qué femenina!— se escancian grogues para reponer la color de las teces, se comenta la liga de julbiton. Entre ellos. Ni uno me ha sido presentado.

Tal irrupción de operarios se ha convertido en una constante desde entonces, el número final al filo del cierre —sin tanto aparato como la

primera vez, ahora llegan cambiados. Andru se encoge de hombros cuando le pregunto

Cosas de Benito

pero es que Benito no quiere hablar de sus cosas. Con la más infantil de las sonrisas de su repertorio, elude dar importancia a la novedad

Investigación, investigación, Amigomío. Explorando criptas para satisfacer los restos de mi necrofilia, ya le hablé de ella

y luego con cautela

Creo que puede ser un bombazo
¿…?
en el mundillo paracadémico, claro está
¿No podría acompañarle alguna vez?
Oh, bueno…, quizá, ya le avisaré… Es una tarea oscura, húmeda, maloliente, resbaladiza y bastante tediosa

¿¡Me lo pone difícil!? Pues conecto el turbopelmazo y ante mi insistencia, días después, ríe

¿Qué quiere? ¿Convertirse en pocero, en husmeador de alcantarillas, en exhumador de cráneos? ¡Acompáñeme!

¡Bien! ¡Allá voy en pos del *tercer círculo*, variaciones sobre un mismo ambiente! Pero antes de llegar a la puerta cinegética, Relámpago lo detiene y le susurra algo al oído, Benito se vuelve

Lo siento. Tendrá que ser en otra ocasión

Jjjoder. Ésta me va a costar perdonársela.

Empezó como una leve pátina de humedad en la nuca al despertarme pero ya se condensa en perlitas sobre mis labios, desciende en ocasional reguero hacia los riñones y me lubrica las ingles: el sudor ha vuelto, caducado antes de tiempo el efecto antitranspirante del bautismo de ola. Qué poco fundamento tienen aquí las cosas.

Los poetisos manifiestan su asco blandiendo suplementos culturales antes de pasárselos por la raja culera con grosería medieval. Han publicado, parece, la lista de premios, homenajes, sinecuras y ganancias que acumulan los escritores punteros del país, a quienes denominan, con desprecio difícilmente superable, *letramuertos* —pero que también denigran con los apelativos de plumíferos, cacalibri, letrabundios, plagiocetos, coprógrafos, atletras y pasticheros (echo un vistazo: sorprendentemente, Deoth no aparece mencionado en la relación. ¿Dónde está el novelista mejor pagado desde Ramiro O. Tesela?). Salpican breves discursos sembrados de escupitajos y a continuación, ¡se me quedan mirando como alelados! ¿Qué esperan de mí?

La redención

bromea Benito antes de intervenir

¡De acuerdo! ¡De acuerdo! Pero recordad: ¡vuestros primeros enemigos son los biblioclastas! Localizadlos, nosotros nos ocuparemos de ellos

salen en tromba

¿Nosotros?
¡Oh, sí! También eso los mantiene a nuestro lado. Son objetivamente útiles como red de información
¿Nuestro lado?
Estaré ausente un par de días, ¡cuídese!

Que se cuide su puta madre.

Lo divertido, verdad, de beber, es combinar con sabiduría los diferentes alcoholes para que, lejos de estorbarse, se contrapesen y potencien y enlacen, para que fraternicen como el ácido nítrico y la glicerina, se echen un pulso, vibren a la par, soplen su nota, se atomicen en confeti de neuronas. El alcohol no quiere la mesura. Beber con seriedad y conocimiento es reventar aquella conseja de las primeras borracheras: *No mezcles nunca.* Pero, ¿¡qué dices, hombre!? ¡Ni sabes beber ni tienes respeto al alcohol!

Es posible que esté llevando demasiado lejos esta doctrina.

Todo periodista tiene un deje de espía frustrado o de soplón sancionado por la comunidad: en cualquier caso, es un cotilla nato, me digo recuperando (en un instante) del charco de una inconcebible resaca los principios del ambicioso becario que, si no me engaño, fui una vez. Porque por una especie de maravillosa casualidad estoy solo en el salón de guabillar y la ignorancia en que se me mantiene acerca de las segundas actividades que recelo afecta ya insufriblemente a mi amor propio.

Ahí voy, sin más consideraciones: traspaso sin dificultad la puerta de las pezuñicas presionando, tal como he visto hacer siempre, la de enmedio. Da a un pasillo fugado hacia el patio trasero al que asoman un par de estancias sin puerta repletas de botellas, conservas, embutidos y vitualla diversa, eso de ahí parece una pirámide de ladrillos de haschís junto a una pila de cajas de material farmacéutico y una saca de marihuana —el stock del Mesías, conjeturo. ¿Eso es todo? No: en una esquina del patio y al amparo de un tejadillo de uralita cubierto de una hiedra sospechosamente verde hay un pozo con el brocal tapado pero sin asegurar. La hiedra es de plástico.

El rumor que acechaba al abrir la tapa crece y rebota en las paredes del pozo conforme voy descendiendo por la escala metálica, muy sólidamente anclada en el muro. Curumbu, esto es profundo: al mirar hacia arriba casi sufro un ataque de vértigo inverso. Al fin piso suelo, aguardo a que mis ojos se acostumbren a la penumbra, se oye con nitidez un fragor lejano espejeado en ecos de gotera y chapoteos.

Las paredes de la galería son de un yeso blando que se deshace bajo las yemas impregnándolas de una suave fosforescencia. Echo a andar sin que por fortuna tenga que decidirme, de momento, por..., me he apresurado, ahí está la primera bifurcación. Llegó el momento de demostrar algo o de envainarme tanto arrojo (una vez más). Perseverancia. Vamos por la izquierda. Al cabo de unos cuarenta pasos hallo una bifurcación idéntica. ¿Por qué, de pronto, esta sensación de déjà vu? Esto lo he, esto lo he... ¡El maestro Togarpo acude en mi ayuda! (¿No es de locos?) ¡El Gran Truco! *¡Trampas fatales aguardan a quienes ignoran el Gran Truco!* ¿Cómo era..., en la primera a la derecha, en la segunda a a la izquierda...? Perseverancia. Volvamos atrás. Tiemblo: lo que era un insólito fresquito, tan de agradecer en contraste con el horno de la superficie, debe de rondar los catorce grados. Y no puedo ocultarme que me zurro de miedo. Serénate, hombre. Siempre puedo volver si no sobrepaso unas pocas bifurcaciones. Quizá alguna más. Perseverancia. Ya estoy en la salida, pistolita pum. Adelante, primera a la derecha, segunda a la izquierda, dos siguientes a la derecha, dos siguientes a la izquierda, tres a la derecha, tres a la izquierda. Los ojos ya habituadísimos a la extraña penumbra empiezan a distinguir vagas formas animadas, diminutos armadillos hozando en pilas de caracoles transparentes, el rayo zigzagueante de una salamanquesa embuchando una polilla, ristras de cuentas luminosas deslizándose con cadencia de alga por los muros, una inquietante fauna que me hace añorar la propia —yo qué sé: ratas, murciélagos— de estos sitios. *¿Estos sitios?* No estoy propiamente en las alcantarillas, aunque no me haya abandonado en ningún momento toda la variedad de sonido que contiene el agua. Hasta creo percibir el ritmo del oleaje retumbando desde el fondo de la nada. No puedo distraerme, cuento desvíos como un autómata, a partir de no sé qué momento me ha ganado la certidumbre de que desandar el camino sería exponerme de veras a vagar hasta la consunción por estas ¿minas, catacumbas? ¿Pasadizos? He aquí a un completo estúpido contando bifurcaciones en un laberinto, la boca seca y el corazón sacando notas a todas las costillas. Cuarenta por el lado derecho, he perdido la noción del tiempo pero debo de llevar *horas* caminando, *tío flâneur* me llamó Moradillo en una ocasión: y su recuerdo me infunde una intranquilidad definitiva. Pero aún no he caído en una *trampa fatal*, luego llevo bien la cuenta, ¿no? ¿¿NO?? El

aire sigue siendo sorprendentemente fresco y ya ha dejado de preocuparme si los que crujen bajo mis suelas son armadillos o caracoles. Sólo quiero salir de un decorado cuya hiperracional monotonía lo hace, justamente, del todo irracional. ¡Merezco un castigo! *¡Quiero ser castigado!* ¡Pero que alguien me saque de esta galería de pesadilla! ¡Alto! Aaalto. He aquí que un viento entre cañas o una roca despeñándose por oscura garganta o un alboroto de gaviotas o un chirrido de ejes o un gemido de cópula repta imponiéndose al fondo acuático, guiándome de la oreja con más seguridad que una recua de espeleólogos. *Me guía*: lo cierto es que mi ánimo vaciado ha encontrado de pronto motivos para correr tras un rastro de esperanza. ¡Y tanto que corre! Me doy cuenta (estupefacto) de que no puedo detenerme aunque quiera, se suceden las bifurcaciones al galope corto hop hop hop sin que mi voluntad decida en absoluto privilegiar una vía sobre otra ni mucho menos darme un minuto de resuello. Esta anulación del querer debe de ser el ansiado zen, ¡en qué momento! ¡¡Y es agotador, nada de orientales parsimonias!!

Engorda el hilo de *ruido* del que me tiran, ahora se distingue una voz, no, un coro de voces, dicen algo, qué dicen

calaveras descarnadas
sois mi sola compañía
vais conmigo noche y día
a mi alma encadenadas

al galope dejo atrás la boca de la última galería, corro por el pretil de un ancho canal abovedado, cruzo un chato puentecillo y un arco que se abre a una gran cámara circular en la que una veintena de individuos juegan al corro de la patata, el ruido ensordecedor hace que el espacio vibre y zumbe como un colosal generador y ya está, la imagen funde a negro.

Mi nariz está próxima a insertarse limpiamente en el canalillo de Suri. Inclinada sobre mí, restaña la sangre que vierte mi calva generosa, a la izquierda la voz de Benito

No hay duda de que es una M

También podría ser una W (Suri)

No, no. Se lee del occipucio hacia adelante (Benito)

Ah (Suri)

Ay (yo)

Ha despertado (Suri)

Un brandy (yo)

Traed un brandy (Benito)

Qué bien huele Suri. Qué contento estoy de volver a olerla. A pesar del flautazo. Me siento para beber mejor

Así que finalmente ha llegado, Amigomío

Eso..., parece. Pero no sé adónde

Ha demostrado astucia al invertir la secuencia de Togarpo y empezar por la derecha, dado que en este caso se trataba de un descenso y no un ascenso

Le confieso que ha sido pura casualidad. No recordaba si empezaba a derechas o a izquierdas

Lo cual vuelve a confirmarlo como el Superviviente. Porque le aseguro que, de equivocarse de trayecto hasta que lo ha atrapado la flauta de Suri, se habría ahorrado el entierro

L-lo suponía

Su presencia aquí, unida a las pruebas anteriores, hace de usted la señal *que esperábamos para culminar nuestra empresa*

(*¿Pruebas anteriores?* ¡No irá a mencionar él también el antojo del culo!)

La devolución de algunas facultades relevantes me muestra rodeado de un grupo nutrido entre los que empiezo a distinguir al equipo de operarios impermeabilizados de Benito, una porción de poetisos (¡Iruretagoienetxebarri y Udolfo Rodolfo sumando cocientes!) y otra de tabernícolas en general, al Mesías, a Pizarrita enlazada a sus maromos, a..., no es extraño que me hubiese quedado solo en El Mal —y es obvio que ya no puedo atribuir más situaciones insólitas a la

mera coincidencia. Miro a Suri con simpatía

¿No se había mudado de país?

Benito ataja la respuesta para desenrollar el protocolo debido

Ha de saber que conocer determinados hechos comprometería definitivamente la tranquilidad de su existencia

La tranquilidad de mi existencia. Veamos. Quizá debería haber aprendido en estos años que la precariedad es mi signo. Arrogármelo no significa que lo ignore en los demás: pero la inestabilidad ajena me la trae floja, que apechen. Y aunque reconozca que jamás me ha abandonado la opresión supersticiosa de que una felicidad regular —así sea bajo la forma llana de una despreocupación casi absoluta de lo más básico: qué como, qué bebo, dónde duermo y con quién, porque mis aspiraciones son modestas— está abocada a un plazo menor que el que cumple la muerte, había logrado creer que esta existencia de inútil se prolongaría hasta el último latido indolente de mi corazón indolente. Vuelve a no ser así: la compatibilidad y aun la coincidencia de mis pretensiones con las de Benito y su entorno eran sólo aparentes: ellos están sometidos a la Espera. Espera que en un momento decido hacer mía, qué más da ya todo

Estoy dispuesto

Entonces habrá de someterse al Juramento. Jure sobre las Profecías de Nosladamus, por el Guma, la Fabe y los Cráneos, que no hablará con nadie que no haya prestado este mismo Juramento sobre las Profecías de Nosladamus por el Guma, la Fabe y los Cráneos

Juro

Ahora ha de hacer un salut ridicule *como este* salut ridicule

Lo hago. Es ciertamente ridículo

¡Vale!

gritan todos

Suri ha vuelto a Nosotros tras cumplir con su deber, ejecutar a Usmail

Eeesto..., si lo que sigue es así, prefiero que pare ahora

Imposible, es un juramento sin marcha atrás. Fue Usmail quien aflojó la tornillería del balcón de Moradillo para multiplicar las probabilidades de accidentarlo, alcanzase o no el adoquín su cabeza..., era uno de los dos infiltrados que han estado a punto de acabar con Nosotros

¿Con ustedes?

No. Con Nosotros. Recuerde el juramento. Nosotros. La CoCa

¡Así están las cosas! ¡Pertenezco a la CoCa! ¡Y yo que pensaba que estaba rodeado de irresponsables!

Volved a vuestros quehaceres. No nos queda mucho tiempo

Uno a uno estrechan mi mano de una peculiar forma que supongo propia de la fratría, plegando el dedo corazón y haciéndome cosquillas en la palma. Estamos solos, nos sentamos en la bancada baja de un graderío que ocupa dos tercios de la circunferencia

Empezaré..., da igual por dónde empiece. Moradillo me encomendó su cuidado en caso de que a él le sucediera algo irreparable, cual temía justificadamente desde que en la juventud invirtiera inteligencia y *fortuna, en indivisible alianza con las de Piriç y el Dostó, en una guerra clandestina a cuyo final, por desgracia, no asistirá ninguno. Aprovecho para informarle de que el Dostó falleció en paz la semana pasada, no creí oportuno molestarlo para negocio tan triste y previsible*

Sea, me pliego, me pliego: pero no ahorro a Benito una mueca de desagrado. Por más que el Dostó llevase unos meses intratable, acochinado en sus habitaciones y sólo asistido y acompañado por Siervas de la Llaga, por más que estuviese atrapado, según pude comprobar la última vez que bajó a la taberna, en la red de una muy dulce enajenación, sentía afecto por el recuerdo de lo que fue. El recuerdo de lo que fue: sin duda, acabo de dar a Benito el pretexto

para que, en efecto, no me molestase.

Las razones por las que tres amigos pertenecientes a la burguesía ilustrada y liberal de Capitolia deciden oponerse al clan ultraconservador representado por los naszionalistas del josuítico Ponzano y los mariconsones fundamentalistas del Opus Gay y al tiempo, comprometidos en una defensa implacable de las libertades civiles, extirpar con la mayor determinación el desde el principio denominado Cáncer Cantonalista, entretuvieron a Benito durante horas: y no son resumibles sino en la necesidad, expresa en los estatutos de la ContraCaCa, *de resistir al miedo y de no huir del miedo.* Tras treinta años de batalla y con más derrotas parciales a las espaldas que victorias, dividida la población en amigos, enemigos y sufridores, habían (habíamos) empezado a sumar ofensivas exitosas —la más reciente, la voladura de dedos cantonales con que se respondió a la voladura de la librería Lagos— cuando el CaCa activó los topos que había logrado infiltrar en los niveles más altos de la CoCa

Tenga presente que de la perfección del engranaje de ambas organizaciones había dado cuenta durante décadas la probada imposibilidad de acceder a las identidades de las cúpulas respectivas. Y a tal punto la gangrena del soborno y el chantaje infecta a la policía, a las instituciones académicas, al clero, a los funcionarios de ventanilla, a la clase política o a la banca que la más absoluta desconfianza en el semejante o la emigración se constituyeron en únicas posibilidades de supervivencia, en reglas del Juego de la Supervivencia. No sabemos en qué momento exacto se renovó la jefatura del CaCa y tuvimos enfrente a un juguetón tan formidable como Piriç o Moradillo, un tipo ingenioso y malvado —un actor insuperable, según averiguamos, ay, demasiado tarde. Tuvo que asesinar a Piriç para descubrirse

¿Piriç? ¿También murió asesinado?

Lo de la leucemia fue una tapadera oficial. Creía que lo había sospechado, pero es usted tan

¿Cortito?

¡No! Tan..., da igual. Piriç recibió de regalo en su último cumpleaños un hermoso macho de pájaro pituí para su aviario..., lo vi tras su fallecimiento: el negro capuchón crestado, el cuerpo de azafrán encendido, silbando y maullando en su jaula, bien satisfecho de su trabajo.

Recientemente descubierto en Nueva Guinea y traído a Capitolia de contrabando, ni siquiera él sabía entonces que su vivo color no era un reclamo sexual sino una señal aposemática, una advertencia dirigida a potenciales depredadores. La tal ave segrega un alcaloide casi idéntico a la batracotoxina de las ranitas flecha, una especie de kokoi o curare que impregna su plumaje: si una dosis ínfima penetra por la herida más diminuta, bloquea las placas neuromusculares

¿Un..., pájaro venenoso*?*

Ajá. Usted recordará las manos de Piriç, siempre excoriadas. Tomó al pituí y musitó 'Esta secreción lechosa...' antes de caer en un prolongado coma del que no lo salvó ni el equipo del Dostó, adiestradísimo en afrontar tales contingencias. Ahora bien: le preguntaría quién le regaló el pituí si no previese que tendré que contestarme yo

¡Alto ahí! Mmmmm..., Haaaad ¿latter?

¡Venga un abrazo! ¡Es la primera conclusión *que le oigo sacar por sí mismo desde que lo conozco!*

¿He acertado? ¿De verdad? ¿Hadlatter? ¿De verdad?

¿Esa meliflua?

Un genio. Sólo recientemente hemos podido encajar todas la piezas, pero ya no hay duda: se trata de Quim Kropot, también conocido por el Dolphos. Se metió, ya no en la cocina, sino en la cama de nuestra organización. Ordenó ejecutar a Victoria, ideó la operación pituí, hizo entrenar a un jugador de béisbol en lanzar adoquines con mortífera precisión...

un nombre se me ha clavado en las meninges

¿Victoria? Pero, ¿no era una activista cacarra?

Una de nuestras mejores agentes, infiltrada en el CaCa desde la niñez —ha de saber que los niños constituyen una fuerza no precisamente pequeña en los dos grupos— y desenmascarada en el momento en que nos era más necesaria. Fue la que informó de su..., marca en la nalga..., ¿no?

Ya salió —ríe por primera vez pero no tengo la menor gana de acompañarlo. Victoria. Victoria era una heroína y no una fanática descerebrada

Sí, sí: es triste. Nos amparan sin descanso tres y hasta cuatro círculos concéntricos de protección..., La Palmera era inexpugnable, como El Mal ahora. Los peatones con que se cruzaba cuando volvía a casa de madrugada, los camareros de los locales que frecuentaba, la barquillera y el viejo del tílburi en el Paseo Marítimo, la Rompida

(¡coño! ¡Rompi!)

su portera

(¡Deme! ¡Coñe!)

y buena parte de los pedigüeños de Capitolia, por salpicar ejemplos, han velado por su seguridad. Por desgracia, hasta una maquinaria tan bien engrasada ha demostrado tener fallos: el ataque de que usted fue objeto por parte de Tomacariño y sus jaquetones, su secuestro temporal a manos de Vico..., éste fue un caso curioso, porque tenía orden de darle matarile de inmediato y Vico era un artefacto de dar matariles..., un lucabrasi, decimos aquí: como nuestra Suri..., las muertes de Victoria, de nuestros rectores..., todos habrían sido errores evitables de no ignorar por completo que Kropot estaba ya embarcado en la fase ejecutiva de su plan

Ahora..., ahora comprendo por qué Moradillo parecía saber siempre dónde me encontraba

Cuando trataba de convencerlo de que dejase de ir a remojarse a la playa de Opomona o de deambular día y noche por La Remetida no pretendía sino asegurarse de que usted estaría protegido eficazmente en todo momento

Aquella paternal insistencia: qué paliza. Benito no vuelve a sentarse. Cruza de un lado a otro la estancia circular como la vaca Muslera los diámetros del coso, arroja miradas terribles al suelo de cemento mientras tienta las palabras justas —no se trata sólo de instruir a quien todo lo ignoraba, sino de convencerlo de que ha asumido un destino— y lucha por establecer —inútilmente— un orden en su exposición. El reclutamiento en todas las capas sociales de los descontentos con La Situación tras la muerte del Mariscalísimo, la crisis de aislamiento sobrevenida por el establecimiento de la Frontera

Sutil a partir de la firma de la Carta de Autogestión, los status sucesivos de Ciudad Autónoma, Naszión Adjunta, Pequeña Soberanía y Comunidad Naszional (una papilla espesa que mis entendederas se resisten a digerir) la formación de células estancas y agentes dormidos, las redes clientelares, la herencia al estilo mafioso de cargos y misiones, el aislamiento de la cúpula, el poderío económico que sostiene una causa sin recurrir a la extorsión o el atraco

Autofinanciación. De nuevo, por distinguirnos del enemigo. Porque a pesar de mis ruegos, se negaban a disponer de la vida ajena con la misma falta de piedad del CaCa. Mutilaciones: bromas pesadas. Así nos ha ido. Jugar, jugar: estábamos en manos de niños. Si se mataba, había que hacerlo como jugando: así que matábamos poco. ¿Conoce la pasión del nativo por los juegos mortales y las apuestas?

Algo..., el revientaviejos..., la perinola

y la ruleta rosa, la comba ahorcada, el motocarro de hidrógeno, el clavado del Peñazo, el puño-puñeta-mi-puño-en-tu-jeta, el violapoker, la rayuela del faquir, la botella regia, el quién-se-come-el-fugu..., innumerables son las maneras que ha hallado la imaginación local de hacer del juego un asunto fatal o de la invalidez y la muerte un juego. Billarines, adoquines, pajaritos..., por supuesto, una buena porción de atentados se cometen a la vil manera continuista, pero sería desdoro para ambas facciones acabar con la jefatura enemiga por procedimientos vulgares: no sólo porque medidas de seguridad excepcionales requieran recursos y estrategias de ataque análogamente excepcionales sino por cierta clase de respeto a unas reglas implícitas..., de-de honor*..., cuya transgresión supondría la lucha intestina, la escisión y la segura disolución del grupo infractor. Ganar, sí: pero con originalidad y estilo. Ganar, sí: pero no a cualquier precio. En fin, éstos son detalles de tradición que usted no tiene por qué compartir o siquiera entender. La situación actual es la siguiente: después de estar a punto de exterminarnos, la eficacia del Dispositivo de Defensa Final diseñado por la tríada fundadora y servidor ha preservado de momento nuestra capacidad de respuesta. Pero se nos acaba el tiempo: el Gran Konsejolari proyecta someter a sufragio su Proyecto Técnico de Deconstitución (el llamado Planazo, como sabe) y ya ha iniciado conversaciones secretas con el CaCa infringiendo el Tratado Antiterror. Somos el último obstáculo que le impide llevar a fin el cierre de fronteras, la formación de un ejército regular y la puesta en circulación de*

la nueva moneda, el capitólar, de troquel y plancha ya aprobados — porque a Fuerania, sabe, le importamos un pimiento desde que nos concedió régimen aduanero propio y selección de julbiton. Pero basta por hoy: lo iré poniendo al corriente en los pocos días que nos restan, la información que me llega no puede ser más inquietante. Aproveche para despedirse de esta ciudad tal y como la ha conocido hasta ahora

Le agradezco el stop porque se me estaba instalando una migraña XXL

El aire está más enrarecido de lo que parece. Vamos a que Madre nos abreve. Madre es el nombre en clave de Andru. Se empeñó él: no pasaba por participar en una conspiración sin tener un nombre en clave

Es comprensible

se detiene, apaga las luces. Nos oímos respirar en la penumbra. Posa sus manos en mis hombros, me sacude un repeluco

¿Sí? ¿Sí?

Garraiz..., Garraiz..., la ContraCausa no ha dejado de velar por usted desde que llegó a Capitolia..., por la ContraCausa han muerto grandes amigos de ambos..., ¿qué cree, por su parte, que puede ofrecer a la ContraCausa?

balbuceo

Pues nada..., salvo mi inanidad..., ya me conoce..., mi plena nulidad..., mi cariño

me estrecha con fuerza

¡No concibo mejor contestación!

Con el pueril gusto por el golpe de efecto que distingue a esta gente, a mi gente, tras embarcarnos en un ascensor de mina que parece devolvernos del Hades, Benito empuja un portalón metálico y antes de superar el deslumbramiento identifico el lugar: mis sentidos anegados se mecen en el gran tolón del Megacampano y Capitolia destella a mis pies un mediodía triunfal. *En ese instante me supe capaz*

de todo.

Jaqueca y taquicardias. Pero he dormido diecinueve horas sin interrupción.

In taberna quando sumus. Con muy suave delicadeza ha mejorado un ambiente que presumía inmejorable. Jamás sospecharía la posibilidad de enredarme en una trama que abarca décadas, en una malla que cubre una ciudad y su población atrapando entre sus nudos miles de identidades —absorbida su identidad, como es obvio, en nombre de la Identidad: un vértigo celular que desconocía se deriva de este nuevo estado. Desde el principio estuve rodeado de luchadores. Y yo sólo veía hipócritas campeones del bienvivir, refractarios al compromiso. ¡Dioses, estaba más ciego que Jojeluí!

Mal que bien, creía avistar los nulos límites que habían sido concedidos a mi individualidad, el campo (im)posible de mis acciones. Reemprendí una vida en Capitolia, asentada en la ingenua esperanza de que conocerme, de que *ser más yo* significaría *disolverme,* mediante una disciplina de férreo ganduleo, *en lo demás*: establecerme en una ciudad ajena, entre extraños, facilitaba la transición. La coincidencia entre mi propio reconocimiento y la anulación de todo propósito autoafirmativo constituiría una modesta forma de certidumbre, de nirvana realista: ver pasar los días, que los días te vean pasar perpetuados en un día único, matar el tiempo hasta que el tiempo te mate —en esa tierra que te acoge quizá con indiferencia pero en cuya luz hallaste tu patria: porque jamás habría tenido fuerzas para, voluntario apátrida, poseer el mundo. Y desde que me sé parte de esta valerosa hermandad, retumban entre mis sienes las palabras del muy virtuoso Vayarata que releí una y otra vez en la adolescencia

::dispongan otros de mi libre albedrío y de mi inopia:: porque el hombre libre no es libre y el que no actúa también es capaz de culpa::sólo es libre el que sirve a otros::libre el que entregando su voluntad a otros entrega su inopia sin hacer preguntas::

palabras de perdida memoria porque extravié su sentido, palabras

que la fragua de la vida parecía haber consumido para que mejor brillara su aleación entre las cenizas. Palabras que ahora hago de nuevo mías para confirmar que ni en la infancia había sentido este entusiasmo infantil, liberado por la certeza de no equivocarme. He elegido rectamente. Formo parte de Algo, de una empresa de hombres libres y honorables tocados de una santa insensatez. Y en sus miradas percibo una fe y una lealtad inalienables.

Sea cual sea el breve plazo que nos resta antes de un final del que nada sé aún, he empezado a transcribir a máquina este diario sin fechas: el lenguaje cifrado (¡la vieja clave W!) y la letra microscópica son escudriñados y hasta celebrados, cuando abandono la mesa para repostar o desbeber, con gestos de admiración y ohés enfáticos. Porque entre los poetisos, cuyo grado de responsabilidad en esta maquinación ignoro —Benito me asegura que aquí siempre se está entre amigos *(amigos* tiene ahora otro matiz en sus labios)— ha crecido alarmantemente mi autoridad. Quizá tras este respeto que con demasiada frecuencia chapotea en el ridículo de la veneración se oculta una broma o alguna ingeniosa patraña de Benito o Andru, pero no: son más bien ellos los que van recogiendo y acopiando rumores acerca de mi supuesta condición de mensajero de ultratumba de Méndigho, delegado del Guma o Jumi de segunda generación. De mi enigmático cuadernillo se espera alguna especie de conjuro que fulmine a poetas funcionarios, novelistas de culto masivo y en general a todos aquellos de quienes pueda decirse con propiedad que están montados en la letra. Ha cesado el goteo de poemillas. La mayoría ha dejado de escribir y se entrega a la bebida sin desclavar los ojos de la hoja que va escupiendo el rodillo de la Oliveta. Tras seis horas de tamborileo y dopa se me desenfoca la vista y empiezo a marrar teclas. Estirarme, guardar la máquina en su funda, la agenda en el bolsillo, la jornada de descodificación en una carpeta que engorda perceptiblemente: gestos que imitan con devoción haciendo de la trivialidad un complejo ritual que me avergüenza. Invitarme a la siguiente copa —aunque aquí nadie gaste una pelfa en comer o beber — era un continuo motivo de trifulca que me obligó a establecer un turno: bebo doblemente de gorra, por así decirlo, a la salud de estos amiguetes.

Despedirme: he de reservar ocasiones para despedirme, me recomendó Benito. El problema es de qué o de quién. Psé. Cojo el tranvía de la universidad por ansia de ver bronceados muslos midelclás, sigo siendo un anticuado. A medio trayecto me apresto a ceder el asiento —¡qué extravagancia!— a una mujer resollante que suma al tonelaje en propiedad un embarazo avanzadísimo a juzgar por el *síntoma* y dos capachos que acopian mercado y medio

Por favor

me pasea los ojos despectivos por la calva

Asiento caliente, ni del pariente

prorrumpe el completo pasajerío en una risotada canalla que me devuelve el sano rubor de la adolescencia y cuando vuelvo a sentarme

¡Chéééeéé!
he notado un pinchazo en la almorza derecha, doy un brinco, los asistentes al acto repiten otra de carcajadas gratis a costa de un bufón surgido de la nada con el único fin de salpimentarles el día (¿cómo es que no hemos visto antes a este ganso?): mi exlugar lo ocupa un delincuente cuya camiseta desmangada pregona kuidao konmigo, ya devuelve el imperdible a su agujero del labio

A mí no me importa que te sude la raja, castita

(risas) antes de ensimismarse en el arete que taladra el sobaco perlado de una moza asida a la barra, indiferente a la dentera que expele su sobaco. La requiebra

Rubieeeh..., hozaría en ti como un facócero en el ñame

(más risas). En homenaje a su interés, ella alza el otro brazo enseñando (no, no lo diré) así que aprovecho el intercambio de rijos para verter sobre el andoba una mirada macarricida —hervor que se

extinguiría de golpe, me temo, si le da por volver hacia mí la torva jeta: cruza su frente el cordón encarnado de una cicatriz a la que ha superpuesto, a modo de burdo costurón, una docena de gruesos puntos tatuados. La capacidad de sufrimiento de esta juventud me provoca escalofríos. Ya con un pie hundido en lo más viscoso del asfalto —nos hemos detenido entre dos paradas para asistir, masaje cardíaco mediante, a un viejo infartado de risa al que deseo un buen jamacuco por cabrón— me sobreviene un acceso de fisionomismo: ¿no era esa gorda la pugilista multípara a la que arreé un cabezazo en el tren? ¿No era el escalpado el matón que, con un palmo menos de estatura pero la misma mala follá apalizó al pequeño julbonista, aquel día lejano en el parque, ante mi búdica indiferencia? ¿El huérfano de Vico, quizá, con el recuerdo de su padre estampado para siempre en la cima del careto? (¿Me estaré volviendo loco como el Dostó? ¿Empiezo a ver doble y hasta triple —por separado?). El tranvía arranca escupiendo chispas y campanillazos furiosos, dolín dolín dolín.

Ahí está, me digo ¡compadeciéndome! Y aunque devuelva de inmediato la dirección de mi lástima al rumbo del pésame, no puedo evitar sentirme brevemente asquerosito: por fortuna estos tragos pasan rápido según quien los padezca —yo, sea el caso (y de la fronda de los plátanos resbala el rocío de la voz aún veteada de frescura de los elásticos muslos midelclás). Ahí, ahí impone su desafiante azafrán a las pupilas un edificio de ladrillo aristado de funcionalismo feísta (pupila ambigua, así se queda): Victoria daba clase *ahí* tres días a la semana. Victoria, me descubro murmurando victoria victoria victoria.

Todas las facultades de letras apestan igual. Las proclamas cantonalistas, inscritas en pendones de Capitolia, alternan con tímidas convocatorias (pocas) a actos de repudio de la penúltima escabechina cacarra. Los pasillos están asquerositos de pintadas. Jovenzanos macarronizando en trocámbicos, Departamento de Filología Nativa, jovenzanos partiéndose los hocicos, Departamento de Políticas Marciales. Un cretino que avanza haciendo eses con tres tochos bajo el brazo (La Axila Ilustrada, llámase esa estampa) frena en seco, lanza una ojeada límite a las bombillas, pega el índice libre a la pera del mentón, prosigue haciendo betas: Departamento de Pura Filosofía. El bar me recibe con una andanada de gritos y cloqueos, estudiar da

mucha risa. Pido al camarero media combinación: el vermut es Maritrini, la ginebra Gordos —¡estos hígados bisoños se pervierten con el alcohol más abyecto del mercado! Me asomo a los julbolines, me entretengo en la corchera: anuncios para hacinarse en un apartamento con quince semejantes, Nativo da clases de latín, Vendo *Sexo y Alquimia* en buen estado, *aviso*

Se pone en conocimiento del Alumnado que a consecuencia del desgraciado accidente, con resultado de muerte, del Excmo. Sr. Don Hugo Cotta y Cota, obra en poder del Rectorado una Lista de Objetores Académicos, elaborada conjuntamente con Lautoridad, en la que se incluirá a todos aquellos alumnos matriculados en esta Facultad que sean sorprendidos, individualmente o en grupo, impidiendo o perturbando por cualesquiera procedimientos el descanso de los ciudadanos residentes en el barrio de Sans-Répos a partir de las 22:00 horas. La inclusión en dicha Lista de Objetores Académicos será considerada una falta grave y supondrá la inmediata aplicación de las medidas disciplinarias previstas por parte del Rectorado a los alborotadores, sin perjuicio de las sanciones penales con que Lautoridad decida castigar tales comportamientos incompatibles con la más elemental urbanidad y el cuatro veces secular prestigio educativo de la Universidad Centrípeta de Capitolia. Y para que así conste, etc.

El papel se abarquilla, amarillea de puro viejo: ¿hace tanto tiempo que palmó Moradillo?

Trato de disipar la tristeza —mi amante y mi amigo unen sus sonrisas, en una viñeta más dulce por apócrifa, en la penumbra acogedora de La Palmera Salvaje— sentándome en un banco. Concentrado en los muslos, me parapeto tras un número de *La Voz del Estudianto* en el que he taladrado una mirilla con su propia grapa. Mi discreto homenaje no parece agradar a ese grupito (¡lástima! ¡pedazo muslos!) que ha abordado a un prosegur de guiñol señalándome con índices acusicas: ya se apresura el mocetón tintineando galones, ya mis dedos crispados arrugan el boletín, ya planta el paquete ante mí y me saca una foto que su polaroid de camuflaje escupe con un zumbido. Mientras la abanica y mi cara estupefacta va surgiendo con

vivos colorines de la superficie satinada, pregunta

¿Es usted Alumno de este Centro? ¿Docente? ¿Investigador? ¿Profesor Visitante?

Eeeehm... No ha dado usted una. ¿Qué se le ofrece?

muy satisfecho por mi contestación, declama, ampuloso el ademán

Las Ordenanzas de la Universidad me obligan a advertirlo de que su rostro será archivado y —caso de que reincida— reproducido en octavillas y repartido por la entera extensión de este Campus exponiéndolo a un potencial linchamiento del que esta Institución no se responsabiliza

¿De que reincida? ¿De que reincida en qué?

¡En mirar muslos, viejo cerdo!

y antes de que pueda aducir siquiera mi condición de verraco patanegra recita de corrido

Las mismas ordenanzas me autorizan a llamarlo Viejo Cerdo y a proceder con contundencia si estas palabras provocan otra reacción que no sea su inmediato alejamiento del Campus Antedicho

taconazo y mano a la porra. Me voy sin prisas, apurando los aplausos de las delatoras. Paneles informativos y farolas, me percato ahora, lucen los torraos invariablemente sórdidos de los reincidentes. Sobre algunos han pintado una crucecita y una fecha.

Jjjoder: si una ciudad se define por sus habitantes, esta ciudad da ganas de vomitar. Y voy a salvarla: de ella misma, parece. Luego es mi patria. *No me une a ella el amor, sino el espanto*.

(¡Soy un salvapatrias!)

Despedirme. Volvía de Los Sofiones y no me he resisitido, tomo el ferry a Opomona. Les ha dado tiempo de cambiar el modelo desde la última, lejana vez que lo abordé, estúpida manera de tirar el dinero. La asepsia de estas líneas supuestamente ergonómicas, la moqueta esmeralda chachachá del bar, la ausencia de óxido en los ojos de buey y de calor en los del camarero —un funcionario del refresco carbonatado, el hielo en viruta y la mísera botellita de cinco centilitros. Qué disgusto.

Donde antes podía escribir de María, María se me hurta. Empero a la vuelta y animado por la marejadilla, mi rencor reincide, traicionándome por segunda vez, en entregarme al poco refinado placer del recuerdo lacerante. Y vuelven con insólita nitidez —no acabaré de vaciar nunca esta letrina— los años de su ininterrumpida crisis matrimonial, sabiamente salpicada de retornos gachos y dramáticos arrepentimientos, de detallados éxtasis sexuales (al fin y al cabo, era confesor de ambos) y de tristeza sin fin: la farsa de creer que se amaban al extremo de estar *condenados* uno al otro (¿o la una al Otro, al siempredeoth, al gran copulador, al ausente?). Sospecho ahora que de veras contribuí a esas reconciliaciones —y no porque cumpliera con prudencia y sagacidad una involuntaria función de mediador (¿mediador? ¡Ello habría implicado que la felicidad de la dubitativa, escindida, bifronte y hasta pentafronte María tenía algún sentido para mí *por sí misma!* ¡Pero una felicidad ajena a la que pudiera obtener de mí, por mí y conmigo me importaba un carajo!) que aportase un poco de sensatez a su desorden conyugal: si fui un mediador fue en oficio de mamporrero. Para defender su amor de mi amor me redujo a la mera ocupación de exasperar su cuerpo para festín del pseudocornudo: en esas temporadas en que resultaba imposible arrastrarla a un hotel y apenas podía arrancarle dos horas de almuerzo, acababa por ceder a dar media nota en el restaurante o en el café (su deseo simulaba ser tan reacio a contenerse como el mío) para, bien lubricadita, mejor violar la siesta de un tipo (casualmente de vuelta por unos días de cualquiera de sus peripecias) encantado y aburrido de disfrutar renovadamente el premio de esa belleza apasionada, voluntariosa, entregada hasta la sumisión. En cuanto a mí, conservaba entre los dedos un resto de su perfume y en la cabeza tres o cuatro pecios del inmundo filete que acabábamos de

representar..., patético magreo que finalizaba en los servicios de la redacción con una m'kuka ambientada en su piel evadida.

Demasiados paréntesis.

Su perfume. *Parachute.*

Poco después volvería a estar sola. Tendría noticia de otras amantes, comprobaría que nada que no fuese conciencia nefasta (te quiero *bastante*, cielito) sostenía esa sucesión de treguas sin arraigo, ondas residuales de sus dos triunfales primeros años de matrimonio. Entonces se resignaba a mí con la convicción que depositaba en todo lo que hacía —esto es, con un sentido de la obligación casi puritano: de hecho, María no pudo evitar jamás parecer sincera. Pero no olvido que yo era el pobrete al que limosneaba y que su miserable espantajo de amor se instaló entre los dos como un fantasma pelmazo. En esa fase fui, en jocosa expresión habitual de Deoth, *el que da lumbre al puro que se fuma otro*.

En fin, hasta el adulterio llevado adelante con la mayor determinación se enrarece, encelado en su secreto —y no me refiero a la necesidad de mantener oculto lo socialmente inaceptable. Mentí al mundo primero, a María después y acabé preguntándome si en algún momento me había dicho a mí mismo algo mínimamente veraz. La almohada rompe el equilibrio entre lo que se *querría* decir y lo que se *puede* decir para preservar el tan novedoso como ilusorio equilibrio que se estableció en aquel instante (¡ah —aquel instante!) en que cualesquiera previsiones se hundieron en la total ofuscación: y si había amistad previa, la almohada —el cruijj cruijj, el semen, la saliva, el chof chof, el grito— obligará a reemprenderla. Por ancho y agradecido que sea el camino, tienta abandonarlo con un brinco impulsivo y tirar campo a través y abandonarse a un terreno, con frecuencia más desconocido que inhóspito, que ponga a prueba nuestros recursos de explorador pipiolo. Lo subyugante es la conciencia de que tal elección es posible. Luego, ya manoteando en arenas movedizas, vendrá el preguntarse qué es lo que no se tuvo en cuenta al perseverar en la ocurrencia y la respuesta será invariable: nada.

Adiós, María. Nada, nada me dejaste salvo instantes de placer pánico y adicción al ansiolítico, summa de nuestros aburguesadísimos padecimientos: adiós, María. No volveré a navegar en este espacio que te convoca, negaré como espejismo de catarsis toda conjetura que pretenda escarbar más allá de tu piel entonces y de tu nombre ahora. No entiendo *nada,* luego me permito ser injusto. Adiós, María, adiós.

El tiempo cunde, ¡a qué tanta urgencia! Reemprendo los senderos de la primera época (me asaltan, pertinaces, episodios de la primera época) ateniéndome a los mismos itinerarios con un abandono sólo evidenciado cuando atiendo a la llamada de un callejón que, súbito, abre su negrura de desfiladero —proponiéndome un rodeo o un atajo, igual da: el final es siempre el mismo, no he vuelto a perderme.

Comprenderá mi sobresalto aquel día al comentarme que parecía estar despidiéndome del Peñazo, porque eso es exactamente lo que vengo haciendo desde que nos vimos obligados a poner en marcha el Dispositivo de Defensa Final

Benito juzga que ha llegado el momento de informarme de los últimos detalles. Nos acompaña Suri, inconsolable de la doble pérdida —en su huida tuvo que dejar atrás al pequeño Esteban Chow— de su hijo y de Usmail. El jefe la agasaja con un sinfín de atenciones que no queda por debajo del que le prodigaba Hadlatter en los dichosos tiempos de La Palmera (¡Hadlatter! ¡Ese grandísimo criminal!): pero resulta imposible rastrear en su voz siquiera un eco de la asilvestrada risa de bacante que la estremecía cuando se sacudía la testosterona de encima a palabrazos. Cruzo por primera vez la puerta blindada que da a las estancias de Benito. Paneles de roble y sillones capitoné proponen la calidez pelín artificiosa de un salón de Real Sociedad Geográfica, impresión que no desmienten las paredes forradas de vitrinas en penumbra y la hermosa biblioteca de pulido lomo

Bienvenido a lo que se conviene en denominar refugio: *mi refugio. Discúlpeme por no habérselo mostrado antes, pero la preservación de su carácter exige que sólo muy ocasionalmente admita invitados —salvo el Dostó, que siempre tuvo entrada franca, como Suri. Mis ocupaciones*

saturan las ansias más desquiciadas de vida social —no sabe lo difícil que resulta a veces disfrutar de un rato de soledad

(pe-pero, ¿éste es mi Benito o una estrella de rockopop?)

Discúlpeme usted a mí. La atmósfera de privacidad que contiene esta habitación es tan perceptible que al entrar me he sentido profanando el sagrado espacio de su intimidad

Bien. Ahora que hemos consonantado en -ad las gilipolleces rituales podemos brindar. ¿Coñad?

Sirve tres copas, pulsa un interruptor y las vitrinas se iluminan con suave luz palo de rosa —ringleras y ringleras de cráneos surgen de lo oscuro, la sonrisa tetánica, ¡portentosa colección propia de museo antropológico o laboratorio forense! Me aproximo invadido de curiosa reverencia, la que asalta al supersticioso occidental ante la grosera exhibición de lo que prefiere oculto. Benito me escruta complacido (¡menudo golpe de efecto, vieho!)

Comprenderá que tampoco puedo dejar ver a cualquiera la materia prima de mis investigaciones

quiere decir que

que este craneario es fruto del expolio y el robo. De la afición. Sí

no percibo la menor contrición en su voz

Así que a esto es a lo que dedica las noches su gang de hombres de caucho

No exactamente: éste es un beneficio..., digamos..., colateral de su labor. El suelo de esta ciudad es, creo habérselo dicho, una gusanera por la que uno puede llegar a cualquier parte —o perderse para siempre. Criptas, museos, palacetes y casas nobles, iglesias, panteones, conventos, osarios, hospitales, cementerios de Capitolia y de... En fin..., no pocas expediciones al extranjero han engrosado los fondos

la entonación se arroba en descripciones

Un hermoso ejemplar de cráneo-trofeo munduruku con el pelo y el tocado de plumas intactos..., cráneo de ancestro, de..., de..., no recuerdo la isla exacta de Indonesia..., estos provienen de las criptas capuchinas de Palermo, Nápoles

y de Roma y Évora y Faro y Elvas y Monforte y Sedlec y Mondoñedo. Cráneos horadados dan cuenta del arte de la trepanación entre los incas, de la afición al suplicio entre los gentiles, de los calibres de munición diversa con que se facilita el acceso al verme hambrón. Ahora agita uno, suena a canica en un tiesto

ejecutado vertiéndole oro fundido por el oído

cráneos de porcelana y vidrio soplado y cristal de cuarzo y jade y alabastro y lava pulida, tres cabezas frenológicas, una bandeja en la que un cráneo se eleva en alitas de una mariposa (confeccionada con omoplatos infantiles) sobre la leyenda venit hora conmuere con una saboneta cuya tapa, un cráneo tallado en marfil, luce la inscripción ruit hora, cráneos deformes, abombados, abollados, acromegálicos, tumorados, aureolados de nimbos de pedrería

atribuido a San Dez

y *atribuidos* al Hombre Enmascarado y a Yorick el Llorica y a Iokanaán el Inmersor a los doce años y a Allardyce el Rubio y a Phineas Gage, rotulados a pluma —N.° 487-B, Et in Arcadia ego, Mira Tu Retrato— pintados, policromados, raspados, estriados y tallados y golpiados, de cartonpiedra con fecha y origen —*Quauhnáhuac•Día de los Muertos•1938*— una caja de lepidopterólogo con seis ejemplares de esfinge calavera, cráneos-máscara

lorr *de Papúa*

cráneos de orinal y jarras de cráneo (skol, skull!). Un húmero no es un brazo ni una vértebra una espalda, pero los huesos soldados de un cráneo son un rostro y doscientos cráneos doscientos rostros diferentes

que conservan más restos de vida que la ceniza de mil urnas o los iris de un banquero. Ahora coge uno con delicadeza, rajado de frente a coronilla

¿Le..., le dice algo?

Veamos... Aparte de que le faltan dos premolares como a mí... Y de que mi paso por esta ciudad lleva camino de dejarme la cabeza como la de este desdichado

miro con cariño a Suri, alza la copa

Ya caigo, ya caigo, lo he visto antes..., ¿no es el de Méndigho, el que besó su hija?

Benito suspira

Sí, digamos que es el que besó la niña..., ¿y éste?

posa sobre una pletina una calavera cubierta por una filigrana abigarrada y la somete a un gran cristal de aumento

Parece un..., plano. El plano de un laberinto

Así es. Por esta cabeza vino usted a Capitolia

No se equivoque. También vine por..., más cosas

Por lo que usted quiera. Contempla la cabeza del autoguillotinado, el suicida de la persiana, conocido por Espelunca. Durante dos décadas alzó el plano del subsuelo de Capitolia y se lo hizo tatuar en el cráneo afeitado —imitando ese antiquísimo procedimiento esteganográfico ya descrito por Heródoto por el que el mensaje queda oculto al crecer el cabello

Qué dolor. Pero..., se trata de hueso mondo y lirondo, sin rastros de piel. El tatuaje debería haberse perdido junto con

buena observación, joder..., lástima que sea justo al final cuando le esté dando por...

..., ¿desarrollar cociente?

No..., da igual..., es una buena observación*..., sí, debería haberse perdido junto con la piel..., aquí intervino Piriç de nuevo, inspirado en una tinta inventada en el xvi por Della Porta que penetraba la cáscara porosa*

de un huevo duro depositándose en la albúmina: para leer el mensaje había que pelar el huevo. Del mismo modo, la tinta de Piriç traspasaba el cuero cabelludo para inscribirse en el hueso nítidamente..., una estratagema que preservaría el plano ante una eventual captura del portador, así le volviesen a rasurar el cráneo. Como de costumbre, su producto era útil si no se tenían en consideración los efectos secundarios. La inoculación de la tinta desencadenó un proceso neurotóxico que llevó a Espelunca a decapitarse con una persiana-guillotina, presa de una crisis paranoica que lo imaginaba acosado por el CaCa, con el fin de poner su cabeza en nuestras manos: la Organización sabría entender el sentido de ese extravagante suicidio

> *Quién iba a decirlo...,* (yo no) *pero no acabo de entender la trascendencia de su..., labor topográfica, de su inmolación por la custodia de un plano secreto*

El plano secreto que tiene usted bajo los ojos es el que ha hecho posible nuestro trabajo en el subsuelo durante estos meses. Gracias a él hemos podido llegar por una docena de accesos diferentes al cuello del Peñazo y almacenar el material sin ser descubiertos

> *¿Qué material?*

El material explosivo*, naturalmente*

Huyuyuy: estos tíos se proponen hacer un disparate. *Nos* proponemos hacer un disparate. Atiborrar los sótanos del Peñazo —aprovechando que el cercano y hasta ahora ilegalizado Día del Purismo concentra al naszionalismo radical en sus escarpes— con espuma de poliuretano inyectable y después largar amarras, en gráfica expresión de Benito, dinamitando la unión del istmo con el continente en su parte más estrecha, la calle Salsipuedes. La voz de Benito se esfuma en ensueños

... perdiéndose en el horizonte como un galeón de piedra, al fin plenos poseedores a la vez de su tierra y de su símbolo, del entero cielo y el mar inabarcable..., no cabe hacerles mayor favor..., una Capitolia emasculada quedará aquí..., entrada en razón del modo más catastrófico posible —y por ello, sin vuelta atrás— aprenderá la futilidad de matarse en nombre de quimeras o quijadas

pero pronto recupera la determinación

Lamentablemente, no hemos tenido tiempo ni ocasión de sellar con espuma las fugas del..., casco del Peñazo, que flota como un gigantesco huevo sujeto por un espigón de roca al continente. Sus innumerables sótanos sirven de polvorines —aunque quizá pronto podamos decir santabárbaras— protegidos por un dispositivo de seguridad impenetrable. Ni siquiera los pasajes secretos detallados en el plano de Espelunca nos aseguraban un sabotaje impune..., así que la flotabilidad del Peñazo está en entredicho y es más que probable que se hunda según lo botemos, no obstante su interior hueco y Arquímedes. La incertidumbre de no saber si vamos a fletar una comunidad naszional o a hundirla en el puerto como el Wassa entre el general estupor nos obliga a llevar a la práctica lo que sólo era una contingencia contemplada por la teoría del plan: el sacrificio

(¡aibó!)

Nuestro honor y el respeto de las futuras generaciones se

¿Eeeeehmm? ¡Un suicidio colectivo! ¿¡Un suicidio colectivo!?

¡Ningún aborrecimiento justifica un genocidio ideológico! Las muertes derivadas de la voladura son un accidente asumible, contamos con que sobreviva un 93% de la tripulación de leva. De ninguna manera *podemos deshacernos de ellos a la monturiol y luego pretender los vítores de la población restante: tanto si flotan como si se hunden lavaremos su sangre con nuestra sangre. De Capitolia desaparecerán los* extremos *y las* esencias, *nuestros conciudadanos abandonarán la resignación y (deslumbrados por esta suprema muestra de resolución y altruismo) alzarán unidos la sociedad por la que hemos luchado, literalmente, hasta la muerte..., ya no habrá más* voluntad capitolina..., *y de dar cuenta al mundo del alcance y sentido de nuestro adiós muy buenas..., se encargará...*

¡Jriszto! ¿Quién: quién se encargará?

¡Usted, Amigomío!

pienso fugazmente en desmayarme pero se me pasa el punto. Librarme. Soy yo el que se libra tralarila tralarí

No de otra manera cabe interpretar el que Moradillo le regalase la Doble Caja: quería que fuese usted la caja de resonancia de la ContraCausa si es que no quedaba nadie que pudiese explicar nuestra Acción Postrera como el Punto y Seguido a décadas de heroica resistencia. Su condición de superviviente nato —mientras a su alrededor palma la gente como moscas adheridas a un ataúd embreado: el Peligroso, lo llamaba Maese en su ausencia— se cumpliría hasta el final. Pero en esta ocasión no de una manera aparentemente fortuita (algo que podría atribuirse a esa entelequia llamada suerte *o a un ángel de la guarda de anchas espaldas) sino con un objetivo a cumplir, un destino:* salvar a este pueblo de su odio de nacimiento. *Nosotros hemos cumplido para que usted cumpla, Garraiz. Renuncie gustoso a morir en comandita para que triunfe de nuevo la palabra honesta y Capitolia recobre el entendimiento. ¡Limítese a considerar la magnitud de nuestro sacrificio y contribuya a la realización de la Historia, no de la historia que querían imponer quienes estarán pescando a curricán en unos días — los que distan de su apoteosis racial!*

Está sin aire. Y yo. Suri hace como que se la suda. Constato que aquella china parlanchina se ha convertido en una enigmática oriental. Necesito dormir. Pero Benito ataja con gesto malicioso la solemnidad de su discurso

Además, no ignora que los poetisos confían en que su escritura acabe con los letramuertos: usted será el responsable de su exterminio mediante la difusión de su diario, que ya adoran como un libro santo. Nada de papelitos *aflojando el bolsillo del contribuyente: el último mensaje de la Hija de Méndigho antes de dormirse para siempre, asfixiada en su propio pellejo —al parecer dejaron mal trabada su camisola de contención: pero quién sabe a estas alturas qué es descuido y qué una maniobra letal del enemigo— es que* el Librillo del Neojumi acabaría con todo aquel que tuviese la osadía de escribir algo con más trascendencia que la lista de la compra o una carta comercial. *A los letramuertos 'les falta sentido del tumor' según afirman algunos que dijo, 'les falta un poco de tumorismo' según otros: su testimonio, convenientemente infiltrado, esparcerá un cáncer de la letra destinado a extinguir a todo el que lo lea y después tenga la ocurrencia de escribir por medrar o porque sí o porque tal*

(¡A-así que a eso debe referirse el debatín sobre *la muerte de la novela:* a que la diñan todos los novelistas! ¡Por no hablar de *la poesía después de Auschwitz*!) El sueño ha cedido a una crispación nerviosa que pone a bailotear mis principales articulaciones. Benito suspira

Pida al Mesías que le prepare una infusión de kava. Sabe a cal disuelta en sobacola pero su eficacia es legendaria

No se equivoca. Creo recordar que me llevaban en volandas y aspiraba el deje vainilla de Pizarrita al pasearme las yemas de sus pezones por los labios embotados. Trataba de lamerlas para lamer las yemas de unos dedos que se despedían de quien ya se hunde en un estanque de terciopelo preguntándose si ese rapto de sensualidad no es más bien el gesto maternal de enjugar un pucherete de baba.

Sí, ya asoma a vueltaesquina el Día del Purismo, que en El Mal se denomina con paladina gracia el Día P (por Pum) y el Peñazo congrega a sus masturbadores. Convenientemente disfrazados (Suri, luciendo lacios bigotes postizos, pasa por independentista *cantonés*) con la parafernalia imprescindible: fulares bicolores y txukrutos prendidos en las solapas, calculamos el incremento de población adventicia —esta convocatoria batirá sin ninguna duda las anteriores marcas de asistencia porque el Gobierno Cantonal ha ensanchado el pecho del nativo fósil reclamando al Gobierno Central la restitución de los fueros y exenciones sustraídos por el tatarabuelo de este último. Aquí lo llaman el Ejpolio. Discursos institucionales y arengas espontáneas, pancartas y pareados exigen con aterradora vehemencia el estatuto de Cantón Libre Asociado expuesto en el Planazo, recién redactado por los juristas del Gran Konsejolari, que ha subrayado el poder insustituible de la *voluntad capitolina* estrenando una campaña de proyección internacional *(Freedom for Capitholia) y* convocando un próximo referendum (en capitolano *faragundun*) de aprobación. Las tensiones y quebrantos que el tal faragundun provoque en las voluntades de la mitad restante de la población y de la nación adyacente se reabsorben en su lacónica filosofía, agotada en el mantra con que suele rematar sus discursos

Pez grande, pez chico, lo que importa es que se muerda la cola

Recolectamos tres o cuatro fanzines de la Kausa Kantonalista Kapitolina o Triple K, echamos unas pelfillas en las huchas batidas al efecto para sostenella, nos detenemos ante los carteles que reclaman la libertad inmediata de los matarifes en serie encarcelados (asintiendo gravemente) y firmamos en los manifiestos esparcidos en mesitas de trile silbando entre dientes *Peñazo de Capitolia / Piedra de mi Corazón* y practicamos el arte de la sonrisa amenazante al sostener la mirada entre inquisitiva y macarra del cachopatriota. En el transcurso de lo que denomina la *gincana jingoísta,* Benito me va indicando con leve gesto, cada treinta pasos, los puntos en los que las cargas de plastinita retienen su mortífero aliento.

Vemos atardecer desde nuestra mesa en La Cornisa. ¡Un brevísimo destello esmeralda ha despedido el sol y Benito brinca, grita y crispa los dedos en mi manga: el rayo verde al fin! Y debe de considerarlo un augurio: pero no sé de qué. Ha durado tan poco que el tonto del patrón, escindido entre el crepúsculo y el mórbido castillo de popa de una morena calopigia ¡se lo ha perdido! reduciendo a polvo en un momento sus presuntas facultades heliománticas y tres décadas de neurosis obsesiva. Armado de un cuchillo cebollero trata de filetear las nalgas de la culpable y cuando se le amonesta con severidad, placaje masivo mediante —en el que no hemos participado: no vamos a poner en peligro la *última misión* por una bobada— amaga con superar el salto del niño Sirolé: pero Suri, desdeñando toda cautela, lo hace desistir aplicándole la llave tristemente conocida por *bracitos de tortuga.* Nos vamos. Lloraba sin consuelo el insensato, estarciendo su sangre a cabezazos en la pared de las muescas.

Lo he meditado sin prisas según termino de transcribir mi agenda. Benito no tiene derecho a pedirme que renuncie a inmolarme con nuestros camaradas. Me da miedo diñarla: clarinete. Pero más miedo me da asumir el papelón de único superviviente y vocero del partido, no he permanecido el suficiente tiempo en la CoCa para hacer mío su discurso y encauzar el futuro de una ciudad castrada. *Kokutai*: país y cuerpo, así se refería Yoritomo a Capitolia.

Mi nula preparación me expondría a ser lapidado (con fundamento) según abriese la boca.

En cuanto a lo que los poetisos esperan de mí, cumpliré enviando estos papeles a Deoth, seguro que se los atribuye: le regalaré esta crónica errática de mis últimos años para que..., iba a escribir *para que se divierta.* Para —aprovecho y ladro— echarle en cara su egopatía, su desmemoria, la irresponsabilidad de sus sentimientos, su narcisismo, lo indigno de su trato con todo aquel que tuvo la desgracia de estimarlo. Es una revancha generosa. Dispondrá de una explicación veraz acerca de lo que va a suceder para pasmo del mundo y meditación de secesionistas: y no dudo de que sabrá sacar tajada de la primicia. Conjeturo además que no ha de encontrar poca satisfacción en comprobar que a pesar de mis esfuerzos no he sabido despegarme su pringue, si bien sea asociada a la imposible huida del recuerdo de María.

(¡María!)

(María: te amo) (Mentía heroicamente cuando me despedí de ti y cuando he tratado de expulsarte de mí) (Esta acción cuya póstuma infamia asumo también te venga).

Lo diré mejor: idéntico rencor me excitan su comportamiento imperdonable con ella y su intolerable abandono de quien lo tenía por único amigo. Seré consecuente y moriré sin perdonarlo. Aquí lo digo: lee, Paco. Si los frívolos tiempos que corren no hubiesen arrebatado autoridad y pathos a la última imprecación de un condenado a muerte, proferiría ahora la más espantosa maldición que haya escupido una voz que al fin odia sin restricciones.

(Maldición que quizá se cumpla si es que los poetisos tienen razón, porque fe no les falta. *Un cáncer de la letra que acabe con sus agiotistas: qué hermoso si fuese cierto.*)

He hablado con Benito, he balbuceado mis razones como mejor he

sabido. Doy una importancia extraordinaria —y sincera— a mis sentimientos con respecto a él, a nuestros amigos muertos. Mi destino, que ya he aceptado, ha de ser el reservado al resto: no volveré a quedarme al margen. Esta ciudad es mi patria porque he hecho míos su olor, su luz, sus..., sus necesidades, sus expectativas. En ella se encuentran las únicas personas que significan algo para mí —sus calles no serían sus calles sin sus ojos. No quiero volver a partir de cero en un lugar extraño cuando mi corazón intuye que jamás volverá a hallar plenitud semejante.

Pareció contrariarle el planteamiento

No es momento de volver a repartir misiones

se mostró protector y comprensivo hacia el nudo

Entiendo sus vacilaciones: pero le aseguro que no hay persona más capacitada que usted para reivindicar la nobleza de nuestro gesto y legitimar nuestra resistencia: su misma intención de participar en el Sacrificio sin haber nacido aquí es el mejor ejemplo

y concedió con un chasquido de lengua el desenlace

Está bien. Habrá de ocuparse Andru

Mi voluntad será cumplida. *Es tiempo de grandes esperanzas*.

He entregado la transcripción mecanografiada de mi agenda a Andru. Un sólido paquete con la dirección del condenado. A partir de ahora sólo tomaré notas en piernas, brazo tonto y torso. Moriré tatuado a boli con letra pequeñita.

Todo dispuesto, cargas y cables de detonación comprobados. Quedan 48 horas.

Fiesta de despedida en El Mal. En medio de un espléndido silencio, de un silencio único, los conspiradores nos hemos enlazado en un corro amplio. Sollozos barajados con risillas. Una común vibración nos recorría. Después, tumulto, alcohol y polidopa. Los tabernícolas tocan uno por uno, santiguándose de abajo arriba, los lacres del Libro del Neojumi, expuesto sobre un atril antes de salir mañana temprano por correo.

Qué hora es. Sobresalto. Un cuerpo desnudo al lado. Desgraciao dormido. Qué pasó anoche. Me escuece el ano.

El Sordo, inesperadamente locuaz, me contó el desenlace de su última phaena. Era morrocotudo. Pero no me acuerdo.

Hora de la cita. Me sacudo la caspa. El Mal está vacío y limpio. Andru y Benito a ambos lados de la barra. Un chupito de tequila reposado y el último barro de cerveza

La arrancaera

se desconsuela Andru. Nos envuelve en sus manetos

Te queda lo más arduo, hermano

susurra Benito. Camino del guabillar oímos al grandón sonarse una mocarra inextinguible.

El pozo. Nos adentramos en las galerías en una vagoneta de vaivén sobre ruedines. No hablamos.

En la sala semiesférica. La penumbra apenas deja distinguir los bultos del resto de los conspiradores en las gradas. Ni un murmullo. Nos sentamos en las cajas de plastinita que nos volarán simultáneamente con las amarras del Peñazo. Oigo a Benito manipular el detonador. *Tengo miedo*. La esfera luminosa de su reloj se suspende en la nada. Coge mi mano. Cuentatrás

Diez
Nueve
Ocho
Siete
Seis
Cinco
Cuatro

Tras

Adiosss

Uuuh

PFFFF

[¿Pffff? ¿No era Pum?]

Aun así, la cubierta del llamado Liber Vitae se abre ante sus ojos para foliar sus láminas a una velocidad propia de ese entretenimiento de niños tudescos, el Daumenkino o cine de pulgar, un librillo en el que apoyando el pulgar en el canto y dejando correr las páginas el personaje cobra movimiento por el mismo principio de secuenciación de partes discretas que anima el cine. Monigote animado se ve Garraiz, siempre de espaldas

abriéndose paso entre los muslos de mamá
abriéndose una brecha contra un revoco a la tirolesa
vomitando sobre una cartilla de lectura
irrumpiendo en una alcoba, una pareja quila
embuchando la hosztia que le tiende un cura
encajando una hosztia de otro cura
trepando por la cuerda de un gimnasio
absorto en las mallas agujereadas de una trapecista
amaneciendo al son de un bolero

amaneciendo al son de un cornetín
abrazando una arena negra y cálida
subrayando frases que no entiende
husmeándose el sobaquillo
avizorando mujeres sin número
desenmascarando al gran escenógrafo tras un doble
arcoiris
golpeando a un niño con puños de niño
gritando de pavor y vértigo en la noria
pellizcado salazmente por los dos curas de antes
acariciando una tetas duras, diminutas
corriendo tras un balón, un autobús, un camarógrafo, un
tironero
convaleciendo de algo grave con un termómetro en la
boca
aturdido en el hedor a salvajina de un zoo miserable
mitigando la sed atroz con agua de charco
escribiendo y escribiendo y escribiendo y escribiendo sin
corregir apenas
solicitando algo en un millar de ventanillas
escrutando desde un helicóptero la cumbre que se dispone a coronar
salpicado de espuma aferrado al helado timón de un balandrito
acodado en una barra, en otra barra, en otra barra
al volante de un coche sobre las rodillas de papá
arrastrándose entre detonaciones y tableteos y gritos y chiflo de metralla
hablando ante una cámara de TV y otra y otra
saludando con familiaridad al papel couché en una boda principesca
haciendo pelotillas
zarandeado por el bullicio de un zoco
penetrando orificios incontables
estrechando un torniquete en el muslo de un colega

escribiendo y escribiendo sin reescribir apenas

trotando a lomos de una variedad insólita de cuadrúpedos y bípedos

aclamado, ponderado, bendecido, indiferente al desdén, doblado de triunfos

en viaje de luna de miel con

María

etcétera. Un millón de sensaciones diferenciadas prende mecha en un millón de evocaciones en las que Garraiz se reconoce pero paradójicamente (¡huy!) no se reconoce, documental acerca de su vida que —es raro— habla de otra vida. Esta división íntima parece afectar a su misma estructura física —también es raro— que por razones similarmente inextricables tiende a una plasticidad desconcertante, la carne sometida a una novedosa ósmosis que la invita a rebasar con naturalidad los límites familiares de la piel mientras trasvasa a sus venas la penumbra, el fresco y el silencio, silencio acallado por una voz que es muchas voces o por muchas voces amasadas en una: qué importa, la asimila sin desgaste esa superficie sembrada de poros de súbito ¡tan receptivos, oiga!

—Por descontado, no era éste el fin que pretendíamos: pero nos declaramos incompetentes para afrontar su incompetencia, señor nuestro.

Zumo de escalofrío exprimido de muchos escalofríos (resuelva esta raíz cúbica, está despedido, el tumor es maligno, el pasaporte no es válido, vamos de culo, las bombas no achican, su mujer ha muerto) discurre con oleosa parsimonia por la cañería que antaño estuchaba su médula espinal, en la voz reconoce voces a las que le importa asignar un propietario que, no obstante y como atendiendo un deseo no formulado, aclara la silueta al frente (sentado a una distancia de entre dos y medio y trece metros y) flanqueado de —no iluminadas por fuente externa sino más bien irradiando con sofoco un par de vatios— sus voces apéndices bajo el aspecto arrumbado de anónimas sacas de guano (pero qué familiares resultan) en sillas con atril diseminadas por una gran aula o escenario.

—¿Tenemos todos el Techto a la vista?

—¡Chí! —se responden las condensaciones de ectoplasma esforzándose por adoptar una forma menos indefinida.

—La facilidad con la que usted hizo suyo un destino faccioso —luego se dirige inequívocamente a él— no expresa más que su nulo interés en conocerse: debería haber aprendido del obcecado ejemplo de jrisztianos y naszionalistas, tan obsesionados por urdir identidades colectivas que no tienen ocasión de construirse una de uso personal.

—¡Eternos actores de la misma delirante pantomima!

—¡Títeres en manos de Diosz o de la Identidad: igual da!

(da da da canta el eco consustancial a tanto espacio).

—¡Basta! (ta ta ta). Seamos piadosos, están condenados al nivel alfa. Como las peñas de julbiton: no progresan. Jrisztianos, naszionalistas, phorophos: naszionalistas, phorophos, jrisztianos: phorophos, jrisztianos etcete, nivel alfa y nivel alfa. Usted tenía la sola obligación de desentrañar la trama que hicimos el esfuerzo de poner a su disposición, su currículum parecía avalarlo. ¡¡A ver: el currículum!! ¡Y rapidito, que ya hemos desperdiciado demasiado tiempo y recursos con este tarugo y quiero volver a mi nivel! ¡Me lo he ganado!

Si se pudiese hablar propiamente de incomodidad, Garraiz estaría incómodo. No es sólo que lo hayan llamado tarugo: le preocupa la certeza de que el tal currículum va a restablecer la misma confusión sujeto/objeto que aún lo tiene en trance de desposesión. Además, el portavoces acaba de mimetizar con bastante fortuna en acento y estampa los arranques de exasperación de..., de Moradillo, por fin recuerda el nombre.

—Veamos..., nacido Francisco Deoth en blablablá hijo único de blablá estudió en los Hermanos de blablablá se licencia en Ciencias jejé *Ciencias* dice, de la Información en la Uniblablablá expediente mediocre, tres empleos sin relevancia blablablá enviado como reportero de guerra bla Nikka Rawa, bla Chaz, bla Tirtrea, bla Marlinas, bla Perejil y al menos otros veinte jejé *conflictos* dice bla blablá casado con María Hansen, hija del célebre bucanero de la prensa blablá...

—¡Buen braguetazo, campeón!

—Blablablá viajes y aventuras blablá la ruta de los opiotas en tándem, el estrecho de Spelling en pirautxo, el Guayna Potosín en parapente blablablá publica una novela de ésas con problemita a

resolver, *El espadachín calvo* bla éxito fulminante bla siguen *Venenosa Venecia* bla *Un asceta del yoyó* bla blablá y otra media docena bla bla *Gárgaras Habladas*, bromazo pseudoantropológico con trescientas páginas de bibliografía blablá alternando con los dieciocho volúmenes de aventuras del Almirante Mordecai Capacaída, que lo consagran autor de mass-mass-mass...

—¡Apocalíptico cagalibros!

—A callar, bla y reblá películas basadas en sus intriguillas y mixtificaciones bla dinero a espuertas, ¿cuatro residencias en cinco países...?, a saber quién habrá escrito esto blablá patrón y propietario del *Djinn,* un Swan 45 y del *Desperado*, una goleta Perkins de 1914 restaurada...

—¡Un viejo bobo de mar!

—Blablá presentador del programa literario *El penoso escrutinio,* contertulio habitual de *Qué grande es el cine doblado*, autor de la columna *El Paco de Oz* con tres millones de lectores semanales bla Miembro de Número de la Academia de la Lengua y Honorario de la de la Historia, quién justifica esto blablá habitual de subastas fetichistas bla crítico gastronómico bla predicador laico de una ética ora de tebeo bélico ora de cartilla republicana blablá fornicador insaciable, qué capacidad de trabajo pordiosz bla Director General del Instituto Golfantes y de la Biblioteca Estatal bla antiabortista con nueve hijos sin reconocer, ¡un golfante! blablablá *La membrana de la zarina,* última novela con problemita que precede a una mamarrachada mística, *La Vereda del Camino de la Senda* bla suicidio de su esposa bla depresión leve, leve abandono de actividades públicas blablá y todo esto más lo que me dejo, ¡en cincuenta y cinco añazos bien cundidos! Ea. ¡En verdad en verdad le digo que ha sido usted el más repelente Conducator Cultural desde Wethe y Sancho Endriago! —a quienes por cierto hace tiempo que no veo. Y suelen ir del brazo.

—¡El CoCu! —se regocijan los bultos, cada vez más nítidamente diferenciados en sexos, formatos y edades (al así cocurriculado no le pasa desapercibido que todos mueven los labios dismorfos al mismo tiempo, incluido el portavoces, luego atribuir la emisión de palabras a uno o a otros parece cuestión de mero reparto variable de volumen y resonancia: pero es tan confuso oír con todo el cuerpo). Tampoco (le pasa desapercibido) que los bultos se han multiplicado en feraz campo de coronillas que fuga ondeando como una hectárea de girasoles hacia

un horizonte sin cielo.

—Hemos votado que seamos Yo el que hablemos *principalmente*. Nos ruego dejar las coordinaciones locales para más...

—Ahora entiendo..., ahora entiendo —profiere por primera vez el escindido (por los mismos poros por los que oye: es *curiosísimo*). Y los presentes profieren con él Ahora entiendo ahora entiendo: pero el truco no lo amilana, un subidón de testiculina galopa por sus venas aniquilando la tendencia al titubeo que juzgaba consustancial a su estilo de negociar con la realidad.

—Si no sueño (y no sueño) es obvio que me han suministrado algún tipo de droga...

—Bueenoooo..., flojo, flojo.

—..., y estoy en poder de una organización paraestatal que pretende que abandone mi investigación...

—¡Investigación, dice!

—¡Que no siga, que nos aturdo!

—A no ser que haya caído en manos de una compañía de actores locos...

—¡Mira, ésa es mejor!

—¡Nosotros quiero ser Ayax, Próspero, Estragón, Ubu, Don Latino y un rinoceronte!

—¡Yo queremos ser Mirrina, Ofelia, Casandra, la Chispa, Arkadina, Lulú, Gina Ekdal!

—De nuevo: basta. Nos recuerdo las reglas. El asunto es que usted apareció aquí por medio del tránsito habitual...

Interrumpe. Con decisión. A algo tiene que agarrarse. Su palabra, así lo cree, procurará orden. Memoria. ¿Memoria?

—¡El tránsito: eso es! ¿Qué tránsito?

La creciente capacidad gestual del portavoces construye una expresión de profundísima fatiga con sólo cuatro o cinco arrugas primordiales.

—El suicidio de su esposa, a la que literalmente destruyó, ensimismado en un hedonismo ramplón (¡usted, el predicador de virtudes civiles!) lo pilló en plena crisis de los cincuenta, como si fuera lelo. Remordido, quiso volver a unos imposibles orígenes..., apearse de su vidorra de pornostar cultural..., cambiar. Y a fe nuestra que lo

consiguió: porque aquí está... ¿Proseguimos? Una vez llegado se puso a su disposición un pasado condicional y un presente bajo la forma de ciudad de acogida, empleo, alojamiento, ama de llaves, un tutor, un círculo de amistades, amante, putas, enemigos...

—¡El tránsito, joder: el tránsito!

Decididamente es otro: este autodominio administrando una medida exasperación, el rápido establecimiento de estrategias con su correspondiente cupo de probabilidades adosado, un aplomo que remite a un número indeterminado de *experiencias* previas que lo instalan en una alerta familiar. Pero duda en entregarse al que quiere reimponerse como él mismo, detesta abandonar a quien ha creído ser y sin embargo es menos desde hace un buen rato y hasta ninguno por instantes. Normal, ¿no? Pues no, el portavoces no lo considera normal: de hecho, la entera asamblea —que ocupa a estas alturas (¿de qué?) un par de kilómetros cuadrados bajo cubierta (¿en dónde?)— procede a patear el suelo con tacones ya bien torneados, abre sus bocas y ¡brama irritadísima!

—¿Pero no es ése Deoth, Francisco Deoth, El Paco de Oz, el altivo escriba que ha apurado hasta la madre la tóxica cursilería jemingüei (tanto o más daño ha hecho al *oficio* que la espantosa precocidad del poeta-niño galo) de que hay que escribir sencillito y vivir para escribir, ese *vivir* pronúnciase en cursiva, viajar incansable y arriesgar el su pellejo, lucir las cicatrices del alma en un rostro impasiblemente acuchillado por una sonrisa desdeñosa, crispados los tendones del cuello y los ángulos sin grasa de esa mandíbula que es perpetuo desafío y pendón de la dura fibra que una ropa costosa y sabiamente desgastada oculta resaltando pectorales y deltoides, el que aseveraba con gravedad de muslari He trepanado orificios de todos los colores y por ende He acariciado pieles de todas las edades, el que ha caldeado sus temblores al amor del radiador de una tanqueta o de la bosta que lenta se consume y ha escrito sobre una carretilla y la chepa de un cadáver, el que navega y escala y tirolina proclamando que el trayecto hasta el quiosco contiene tanta peripecia como el centenar de guerras que ha pisado, el temido columnista, el sinigual prolífico novelista de gran venta (siempre áspero y seductor, tiernos y vigilantes los ojos ambiguos) el tío fino que distingue al viajero del turista del viajante del pionero y el brandy del coñac del armagnac del aguardente velha en cata ciega, el atleta de la documentación, el rasuradísimo, el

estiloso, el analfabeto emocional, el bienplantao, el chulo de la letra, el entertainer, el medrador, *el héroe de su tiempo* al fin (aunque le falte algo de estatura)?

—Seeeeeh..., seh seh seh seh seh seh seh seh seh —el paso del haber sido al casi siendo al pleno ser es liberado con la cadencia del pitorro de una olla a presión para su intermitente regocijo— Seeeeh..., yo soy ése: el orgulloso guión y depositario de la grande, verdadera y muy bonita tradición del novelín decimonón que se devora y es que no hay modo de soltarlo, el que desprecia las filigranas del artista o gran coñazo sonajero, el fustazo semanal en la página cuatro de ese suplemento a colorines, qué le vamos a hacer, el éxito llamó a mi puerta dindón y le di la bienvenida, admito con modestia que soy un tipo intrépido que amontona más *experiencia* que usted y su entera estirpe de esclavas y cornudos y sostengo que cada uno luce la cara que merece y la mía se talló a golpe de caricia, chicotazo, sal y viento, toma y toma, es y soy el madrugador de ducha fría y carrerita por la finca y diez largos de piscina al que cunde el día ni te cuento, el gourmetillo reticente a dar el pláceme franco a un vinazo de la hosztia, seh seh seh soy el severo investigador de libros raros que me callo para que no me pisen las fuentes ni me detecten intertextos, el eremita ocasional que sabe rodearse de lo más guapo y lo más listo si procede, el rey del simultáneo que se estremece junto a ti, oh mujer numéricamente incalculable que has acogido un número igualmente incalculable de celestiales orgasmazos ensartada en mi espetón tantra que te tantra que te tantra (ah María, eso no lo soportaste nunca, ah María, por qué no te conformaste con dos perros, dos abortos y un amante) soy el bidirector, el vicerrector, el honoris causa, el guionista y presentador, el consejero, el académico, el crítico y conferenciante y tertuliano y corneador, *el héroe de nuestro tiempo* si usted quiere, el pavo de la foto —¡*ése* soy yo!

Una alegría asilvestrada sucede a este acto de estupenda autoafirmación, a este drama de vida. Deoth palpa de nuevo sus límites. Aquel a quien ni el más mínimo espejismo de trascendencia ha alzado una ceja desde la primera comunión se fija en los muslos cruzados de esa oriental de la primera fila: superfollable. Le suena pero no la localiza, se ha follado a unas sesenta orientales con mucha juerga pero poca huella. La flema del portavoces se constituye en inoportuna antípoda de este espíritu poderoso y aun venoso recién

relocalizado.

—Si por fin estamos de acuerdo en la constitución básica de ese *ése,* podemos seguir... Mmñ̃nsbs, se le proporcionó un pasado condicional y un presente, digo, ciudad de acogida, círculo de amistades, amante, putas, enemigos y hasta un apellido acorde con el paisaje, *Garraiz,* que en esa incomparable carpetolengua que se remonta a nuestros antepasados más póngidos significa *peñón elevado.* Más: mitos fundacionales de chichinabo, fenómenos absurdos, parodias de deportes folclóricos y de salvajadas tradicionales, códigos secretos, ¡hasta pasadizos y calaveras!

—Alto.

De nuevo ha hallado un asidero.

—De códigos secretos, a lo tonto a lo tonto, resulta que sé un huevo —aunque le sorprenda hablar con esa campechanía, la alusión vagamente genital no deja de tener sentido porque los muslos ahora recién descruzados de la oriental arrechan al mismo ángulo el vigoroso ego recién adquirido (entre botón y botón de su blusa abren ojuelos los pechos pujantes) y el cuerpo esponjoso vagamente emplazado a nivel de la entreingle. Insiste por despistar:

—¿Qué código, a ver: qué código?

Primordiales a más no poder: deshidratadas como barro cuarteado se resquebrajan las llamadas líneas de expresión de Moradillo (pe-pero, ¿no ha dejado de llamarse Moradillo?) haciendo de él un tipo simplemente antipático que da paso a un gritón de lo más ordinario.

—¡Jojeluí! ¿Dónde está Jojeluí?

¿De qué sueño surge esa figura vacilante que tantea el vacío frente a sí mareando una gruesa garrota torneada? ¿No le falta algo, quizá un bandoneón de lotería pinzado en los mamelones? Acompaña al arrastre de sus pasos la melodía del joyero de la abuela loca: el portavoces está dando vueltas a una manivelita.

—Aunque se apresura en olvidar lo que de algún modo nos ha sucedido con la misma celeridad que empleó al llegar a Ultramort-on-Capitolia, quizá recuerde la caja de música que le regalamos (si usted fuese usted, habría consignado que se trata de una Thorens de encargo) y que, en un nuevo acto imprevisible y en esa medida abominable, hizo trizas durante otra de sus borracheras. Enrollamos este papel cebolla, guillotinado al efecto, alrededor del rodillo..., así...,

hasta que las púas lo perforen..., veamos... ¡Lee, Jojeluí!

El así reclamado posa el papel sobre sus muslos trémulos y sus dedos trémulos sobre el papel trémulo

y en un pispás, con vocalización muy cultivada, descifra (sin evitar una risita):

ESTAMOS
TODOS
MUERTOS

—Mínima conclusión a la que debería de haber arribado por sus medios en un tiempo razonable, gracias Jojeluí, vuelve a tu sitio, si hubiera ligado, haciendo honor a su fama y a la fama de sus protagonistas —pero una vez más constatamos que la dificultad de crear un personaje inteligentísimo y sagacísimo depende crudamente de la inteligencia y la sagacidad del autor— este simple mensaje en braille (que retrata, una vez más, su propia ceguera) con, ejemplo, la tajante afirmación de Benito: ¡Benito, saluda...!

Un albino de la primera fila lanza con odio un bumerán. Al instante, una vampírica bandada de bumeranes colma el aire de fufúes. Perdón por esta frase.

—..., recogida (de milagro, dada su impericia) en la página 321 de su mecanoscrito..., aquí está: *Con un amplio saludo que abarca la ciudad: Todos muertos, ya lo ve. Y unos segundos después, sin apoyarse en el ademán: Todos muertos.* Más claro, agüisqui. Por no hablar de, ejemplo, la m de mors ya cicatrizada en su calva..., o ejemplo, de los Dead Phorophos que tuvo ocasión de conocer en el estadio, nada de Ultrakillers cual era habitual en vida: cuando aún se podía matar de verdad. Creamos el Megacampano (¡poniéndolo a la entrada del panteón para que se le ocurriese *forzar la cerradura a medianoche*!) en un intento desesperado de que rectificara su comportamiento de campano del culo. Y la Fisiológica Tumbona por restregarle su vagancia. Todo inútil. Ya decía el Dostó *no es eso, no es eso*.

—¡Nos equivoqué!

—¡Me equivocamos!

Un silencio de remuerte, cabe decir, se apodera de esa nave tres veces catedralicia, una sombra de pánico arruga de golpe lo que al

acecho de los ya asomadizos pliegues sotolabiales de la oriental llevaba camino de adquirir una dimensión indecorosa. Mutismo y gatillazo que aprovecha el presentador del programa.

—Por mostrarle, hasta le mostramos su propio cráneo, rajado de frente a coronilla: pero despertar su curiosidad en cualquier aspecto se ha revelado una tarea sisífica. Terminemos: tenemos ganas de desembarazarme de usted. Ha debido de odiarse mucho en vida para enquistarse con semejante obstinación en una personalidad espuria. Lo normal es que la gente se de cuenta de que no es la misma al poco de llegar: algunos incluso instantáneamente. Pfffffff, a qué seguir: pusimos en sus manos un misterio a desentrañar con el doble fin de que usted redescubriese quién era y al paso de curarse de la esquizofrenia postmortem, dispusiéramos por fin del primer best seller *de calidad* escrito en Ultramort con nosotros de reparto estelar, tarea que no consiguió ni el gran Hugo, Victor en este caso. Y en lugar de progresar en la dirección que le íbamos indicando se dedicó a errar de aquí para allá y a hacer preguntas necias que nos obligaban a darle respuestas estúpidas (¡la caca! ¡las cucarachas!) ¡Sus paseítos del demonio, una crónica de lo insustancial! ¡¡Esto —agitando un mazo de papeles del que intuye brumosamente ser el responsable— es infumable, señor nuestro!! ¡Se ha dejado usted en la cuneta casi todo lo relevante —con el esfuerzo que nos hemos tomado! Ni por un momento pensó en hurgar en las tripas del Opus Gay, tan tenebroso de suyo. No leyó *Ariopueto*, el relato que con tantísimo cariño le dedicó Sixto Frontín, donde se explicitaba nuestra intención original de estrellar una avioneta cargada de explosivos contra el Peñazo. No menciona al swami Vishnukuchipanda, el yogui de barra seguidor de Vayarata. Ni al padre Kazallus, mano izquierda del Gran Konsejolari, que intentó atraerlo de publicista a sus filas tras leer su inverosímil artículo *Otra Capitolia es potable*. Ni a Pierluigi, el confidente del Potorrito's, ni a Elpidia, la azafata de uñas azul corporativo, ni a (y esto ya tiene delito) ¡Nuño, el menor de los hermanos Gorina, el vecinín que lo ha acostado y arropado la mitad de las noches cuando se desmayaba sobre el felpudo de la corresponsalía! ¿Cómo estamos, Nuño?

—Pues cómo voy a estar: consternados —gruñen unas voz infantil al fondo.

—Su prestigio es una filfa, señor nuestro. Usted fue calificado de

maestro de la ingeniería narrativa cuando en realidad perpetraba bollería industrial. Llega y en lugar de ponerse a *trabajar*, cual se esperaba de su legendario tesón y teníamos por correspondencia de ley a nuestra propia labor, se abandonó a lo que llamamos *la muerte fuelle*. No ha parado de intoxicarse un instante, viendo pasar petreles de torrija en torrija en lugar de planear estrategias, rastrear pistas, interrogar al prójimo, confirmar sospechas, descifrar mensajes, establecer nexos clarividentes, documentarse a fondo, frecuentar a indeseables: astucia, diplomacia, sutileza, persistencia que habrían sido recompensadas con la *resolución del asunto*, nuestro respeto y pláceme y los créditos suficientes para ascender dos o tres niveles de golpe cum laude —progreso de no desdeñar en vista de la masiva afluencia de novatos en estos tiempos de hierro y la competencia consiguiente. Usted —*usted ha matado el misterio.* Esto..., esto es sólo *desorden.* Una sandez, el diario de un capullo. Y su estilo, tan alejado de la llaneza patontos que lo hizo ecuménico: venga esteticismo vacuo, ojo vago y túnel carpiano, descripciones de baedecker, falsa erudición y efusiones líricas alternando como comadres de copas con la inmundicia, lo castizo, la germanía, lo ingeniosito. Penoso.

Arroja con mal contenido fastidio las hojas sobre la mesita de camping que se ha desplegado porque sí entre él y el aludido, que ya ordena retirada ¡ar! a sus humillos a una posición dudosamente asentada en el suelo precario de *esa* malísima conciencia que creía haber dejado atrás, muy atrás (pero vuelve, vaya si vuelve).

—Le ponemos delante al tópico comisario reticente y se nos raja a la primera, le archivamos una primorosa colección de noticias y el único día que va a la hemeroteca se masturba en la sección de revistas porno, le sugerimos que penetre en las entrañas del Peñazo y coge el ferry a la playita, le salpicamos los barrios bajos de grafitos y se va de putas, lo introducimos *en sociedad* y aprovecha para gorronear sin tasa (ha de saber que los SuperGorrones caen tan mal *aquí* como *allí*, señor nuestro) le matamos a los amigos y les dedica desganados mementos en lugar de vengarlos, lo aliviamos de sudor para facilitarle el ejercicio y se cree enfermo..., ha roto la baraja tantas veces que el resto del tiempo asignado se nos ha hecho *eterno* (y sabemos de lo que hablo). Creímos remorir de júbilo cuando el rayo verde avisó de que el fin de su concurso estaba próximo. Sólo la bondad y convincente persuasión de unos pocos le han procurado un último pasar caritativo

y un espejismo de simpatía (en una historia que, por cierto, dejó de ser la suya hace un buen rato: aquí el que ha puntuado ha sido Andru). Yo, ejemplo, habríamos sido partidarios de dejar que Vico lo despachara y ¡a repetir curso, sin más! Bueenooo: qué fracaso. Que ni a palos en la cabeza le hayamos podido recordar su tránsito...

¡Esa palabra acude a su boca como mágico talismán que sana la mudez y ¿aúlla?!

—¡Tránsito! ¡Eso: el tránsito, el tránsito! ¿Cómo transité aquí?

—¡Mierda! ¡Perdón! ¡Nos exaspera este fulano! Pero, ¡paciencia!, ya queda poco..., sepa usted que la primera y única etapa de su huida del personajón que había construido se inició en un tren —de incógnito: con calva postiza. En su compartimento gritaban unos niños en presencia de la imperturbable madre hasta que se encaró con ella, exigiéndole que los hiciese callar o lo haría usted mismo a hosztias. Así, por las buenas: también era célebre por su carácter anfractuoso.

—¡Lo recuerdo, lo recuerdo! ¡Nos dimos un cabezazo y...!

—Usted no recuerda nada. Agredió a la señora con tan mal vino que la primogénita, diez años, atendiendo instintivamente a la ciega llamada de la sangre, se trepó al asiento y le abrió la cabeza (con la contundencia del machete que parte un coco verde) de un solo botijazo. Un botijo de Talanca, ¡pardiez!: un buen botijo con tres dedos de gres macizo en la base: ni se desconchó. Lo dejó seco, incluyendo el interior de su cráneo salvo unas pocas adherencias. Tendría que ver cómo quedó el compartimento de sesos desparrrrr...

Aaaaargh. La mera posibilidad de haber protagonizado una mort ridicule lo atormenta con una perversidad inconcebible: la muerte a secas no es bastante castigo —es incrustándole un epíteto cuando se vuelve tragedia. ¿O comedia? ¿Farsa? ¿*La muerte no se vive,* sentenció Pee Witt? ¡Juaujuau! ¡Un botijazo! ¡La infame arma que acabó con su vida fue un..., un botijo! ¡Tanta guerra y tanta mujer cabalgada y desdeñada y cabreada para perecer a manos de una niña con botijo! ¡Juaujuau! ¿Aúlla?

—Pe-¡pero esto no puede ser cierto!

—Curumbu. Sabíamos que iba a aullar eso: pero no le tocaba aullarlo ahora. Debe de tratarse del último poso de autonomía que apura antes de liquidar su..., eeeehmmm..., *existencia...,* a la que quedan, constato, mil trescientas cuarenta palabras a partir de ahora,

esto es, de 'ahora'. Después colgaremos el cartelito de *acta est fabula*, la obra ha terminado. Aquí se mantienen ciertos protocolos y sigue habiendo afición a las lenguas *muertas*.

Revibra un timbre riiiiiinnnnnnn y es la uniforme algarabía, chirrían las patas de las sillas en un solo chirrido simultáneo.

—¡¡¡Biiieeeeeeeeennnn!!!

—¡Silencio un instante! ¿Estamos de acuerdo en la nota?

—¡¡Chuspenso!!

—Ya lo ha oído. ¡Adiós, imbécil!

La concurrencia rota disciplinadamente sobre el eje longitudinal buscándose el perfil, afinándose, película tenuemente vaporizada en glóbulos del tamaño de una canica —mientras que en él, a la inversa, se espesa un descorazonamiento plúmbeo y elemental como el de un niño sin veraneo. ¿Aúlla?

—*¡Esperad!*

—¿Qué queréis?

—¡¡Redención!!

—¡Planta seis!

Un risotón sin bocas subraya la cruel astracanada, propia del Almirante Capacaída. Con el mismo espasmódico impulso, tan *último,* le parece, como el que logra sacar a flote al fin la cabeza del náufrago ya resignado a bracear entre algas por la eternidad, arroja lejos de sí el cobertor y se sienta en el borde de la cama, la cara enterrada en las manos. Ahí termina el impulso, suficiente. Está en su cama. El perfume de María la anuncia, los tacones finísimos no han sacado un repique de la moqueta.

'¿Quién...? ¡Ah! ¿Te..., te vas?'

'En este momento. ¿Te encuentras bien?'

'No. No sé. He tenido un sueño..., he tenido el sueño más..., hostil..., el sueño más abominable de mi vida.... Una..., una..., una locura'

No quiere abrir los ojos aún. Siente su proximidad en el tintineo de las pulseras. En el suave sarcasmo.

'¡Pobrecito! ¿Una pesadilla? ¿Y... ?'

'Estaba ante una especie de..., corte marcial. Me juzgaban. Juzgaban mi vida. Juzgaban mi obra. No había hecho nada bien.

Era..., era todo repulsivamente..., *moral*, eso es. Me untaban de moralina como si fuera la tostada del desayuno del Papa. Dándome una lección. Sin vuelta atrás. Aprende, imbécil..., me llamaban imbécil. Estaba muerto. Tú estabas muerta..., yo..., yo te había empujado a matarte. Y lo bueno es que los que me despedazaban eran mis..., mis amigos..., ¡los mejores amigos!..., aunque no reconociera a ninguno. Gente a la que estaba unido. Gente por la que había hecho *algo*..., algo que no recuerdo. Me segregaban de sí, me echaban del club de los decentes, me..., me condenaban a un destino horrible..., con curas, independentistas y..., curas independentistas y..., hinchas de fútbol'

María enciende un cigarrillo. Deoth detesta que fume en el dormitorio.

'Impulso tanático y degradación de la vivencia. Suena a *La conciencia, ese infierno*. Te regalo el título para que le adjuntes quinientas páginas. ¿De qué tenéis que hablar mi hermano y tú? Creía que hacíais lo posible por no coincidir'

'¿Alberto? ¿Qué quiere?'

'Eso te estoy preguntando. Acaba de llamar para recordarte que habéis quedado a las dos en El Corazón de las Tinieblas'

Es cierto, se encontraron anoche en la entrega del premio Ipecacuana. Y qué pesado se puso el pequeño Hansen.

'Sí'

Ella roza mano con mano, se va. Él la caza al vuelo y la retiene, la lleva a su mejilla, siente la presión de la alianza en el pómulo, los óvalos lacados de las uñas en los labios. Aún no la ha mirado.

'¿Qué te ocurre? ¿Te hace sufrir tu última putita?'

Pero se ha estremecido antes de retirar la mano. Sin brusquedad.

'Hasta la noche'

Deoth suspira. No suele suspirar.

'¿Soy un predicador?'

Ella se detiene en el umbral.

'No. No, más bien...'

Apenas lo ha pensado.

'Un verdugo'

¿Más moralina? ¡Más moralina!

La cafetera en el fuego, Deoth abre la correspondencia a toda máquina con el cuchillo kukri que le regaló un gurkha nepalí —y que ha sorbido, cómo no, sangre de diez cuellos. Se masculla, irritado. Tiene un dolor de cabeza incongruente con lo poco que bebió ayer.

'Qué querrá el tontucio de Alberto, ese enfermo del trabajo. Y encima cree hacerme un homenaje invitándome al corazón de los cojones, con su muestrario de explorador barracaferia y las máscaras swaihwé y epa que tallan dos moritos a la vuelta de la esquina, los cazamariposas y salacotes y mesitas de caña y emanueles de médula y doseles mosquiteros retratando con flou a un paisanaje de fijador y rayos uva cuya suma de corbatas en cash daría para fundar tres hospitales a la vera del Taganka, patéticos bwanitas de dry martini y single malt, el precio del hotel incluye rugidos certificados de león espeluznando al crepúsculo la blonda pelusa que esfuma las nucas impregnadas en Soie Sauvage o Nuit de Promises de esas damas que se abandonarán al abrazo de pronto impetuoso —te juro que esta tierra inculta y misteriosa ha desatado algo en mi interior, no sientes la vena azul y gorda sacando virutas del cuello de tu osea— de un marido fondón que ha dejado de afeitarse pero no de engominarse y exhibe de pronto un estudiado desaliño de safari de opereta, que otea el horizonte prensando una quijada pingüe pingüe y —diríase— hasta ventea la derrota de una manada de ñúes adiestrados mientras pide un tomtom collins más corto de limón a ese impecablemente disfrazado gigante de ébano y librea que es, en realidad, el que su señora o él mismo querrían tener entre las nalgas al ritmo de un tamtam rayado en el mismo tam y'

Y una leve sorpresa le afolla la frente interrumpiendo lo que amenazaba ser un libro en ciernes: sostiene en la mano un impreso oficial que reclama su Incorporación Inmediata con inquietante tipografía, nada oficial. Además, qué hace esa jolly roger junto a la fecha —antes de proseguir *comprende*. Recoge el sobre del suelo, él no es ese Nicolás Garraiz que pretende el pirata remitente. Un timbrazo demasiado colegial (¿riiiiiiinnnnnnnnn?) para ser cortés abrevia el de por sí breve déjà vu, estéril paramnesia. Abandona cuchillo y cartas en la mesa del estudio haciéndose la pregunta del millón, quién-podrá-ser. El cartero enmendando su equivocación. La cafetera rebosa, sisea. Abre la puerta: un violentísimo vaivén lo catapulta de bruces contra el tronco de una sabina que opone sus ramas al ventarrón, vieja reina de

un patio de armas empedrado. Se incorpora trastabillando. El cielo es una colosal caracola de nubes de oscura capa, heraldos grises de una lluvia sin fin. Un mulato se chancea fardando de incisivos

¡Míalo: talmente un madero cachizo!

sin dejar de remover a cucharón el contenido de una lata de conservas de tres galones que oscila en un trébede. Los restos de la etiqueta muestran una provocativa y muy arriñonada alubia en porreta, fabes la capit. Trata de aplomar las piernas con los brazos molineando en frenética compensación de equilibrio cuando el mulato blande el cucharón y le arrea un estacazo en la mismísima con risa fiera

¿Dónde te habías metido, filifi?

se arrastra, gatea, rueda, tropieza, se tambalea, logra afianzarse en la almena por la que ha estado a punto de salir despedido: ya la recia fibra de sus dedos crea asideros donde no los había, ya los reflejos adiestradísimos del lobo de bar (¿no fue él quien sin una vacilación trepó a la garfia para embolinar el bolestrinque durante aquella fiesta en el..., ¿Penta..., en el Pavilhão Chinés?) devuelven un orden razonable a sus sentidos. El Peñazo brega en océano abierto con la desafiante oscilación de un tentetieso enloquecido. Cuatro iglesias, allí abajo, humean los restos de su ruina, pasto de la mar bravía. Una multitud rodea a un puñado de mamarrachos con mitra que voltean incensarios, unos fulanos mostachudos dan patadas a un balón voceando consignas y oreando banderas bicolores —las mismas que pespuntean el camino hasta la cumbre. Estrumpe un cañoncito.

¡El piloto! ¡Llaman al piloto!

Todos los rostros se vuelven a él, todos los índices lo señalan. El mulato le guiña un ojo azul a través del denso vapor de legumbre.

Comprende. Es decir, no comprende nada.

Las primeras gotas, gordas como moscateles, enjuagan su calva de

sangre, sudor y caldo. Y alzando los ojos a un cielo aovillado en ubres de oro, merengue y plomo —¡¡aúlla!!

Pe-¡pero esto no puede ser cierto!

ACTA•EST•FABVLA